

BIBLIOTECA  
Luis Britto García

# PIRATA



  
MONTE AVILA  
EDITORES



BIBLIOTECA LUIS BRITTO GARCÍA

PIRATA



LUIS BRITTO GARCÍA

PIRATA



1.ª edición en editorial Santillana, 1998

1.ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2020

*Pirata*

© Luis Britto García

DISEÑO DE PORTADA

Javier Véliz

DISEÑO, DIAGRAMACIÓN Y CONCEPTO GRÁFICO

David J. Arneaud G.

© MONTE ÁVILA EDITORES LATINOAMERICANA C.A., 2020

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, Urb. El Silencio,

Municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.

Teléfono: (58-212) 485.04.44

[www.monteavila.gob.ve](http://www.monteavila.gob.ve)

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

Depósito Legal N° 2020001027

ISBN 978-980-01-2121-4

Fieras ondas del mar, que espuman  
su propia vergüenza; estrellas errantes,  
para las cuales está reservada eternamente  
la oscuridad de las tinieblas.  
San Judas Apóstol, *Epístola Universal 13*.



*A Hugh Godwin, Francis Sparry,  
Walter Raleigh, Thomas Gage,  
Edward Winslow, Alexander  
Olivier Exmelin, Charles Johnson,  
cómplices, testigos.*



# EL SEÑOR DE LAS AGUAS



# Soy

el más magnífico caballero que vieron los siglos y en este instante cumpla la más alta hazaña que imaginaron los hombres: desde ahora y para las edades incontables de la eternidad conquisto el perfecto, bello, rico, grande y poderoso imperio de El Dorado. Soy en guerra feroz, en poesía leve, en raciocinio escéptico y neoplatónico: en torno de mí forman las gracias y los dones trenza más apretada que las aguas estruendosas que derrámanse por estas cataratas guardando en sus linfas el fulgor de oro de sus cabeceras en la gran laguna aurífera que circuyen pueblos hermosos, grandes y ricos con muchedumbres de gentes espolvoreadas de oro que no esperan sino mi llegada para rendírseme, para obedecerme cual nuevo sol de las bellezas y de los ingenios mientras me circundan el satélite de la esquiva luna y la nombradía de mi gloria. Yo, vencedor del orgullo hispánico. Yo, humillador en la carrera de Indias de la soberbia del galeón Madre de Dios. Yo, amigo y protector de Marlowe; protector mas no amigo de Will Shakespeare a quien di a representar mis piezas por ser el teatro arte indigna vedada a los vuelos de perfecta nobleza. Yo, Lord guardián de las Estañerías y capitán de la Guardia

de su Majestad, y Lugarteniente General de su Alteza en el condado de Cornualles. Soy en fin el favorito de la más graciosa Reina de Inglaterra, a quien idolatran estos salvajes al ver su retrato, clamando por ser sus siervos; y a punto estoy en este momento, nuevo Colón y más que Colón, de descubrir el más magnífico, rico y poblado Imperio de la tierra; en este segundo estoy, nuevo Cortés y más que Cortés, a punto de doblegarlo sirviéndome de los salvajes contra los hombres dorados y los españoles; y en este instante estoy, nuevo Pizarro y más que Pizarro, a punto de doblegar el último y más poderoso y más rico y más noble retoño de la familia de los Incas, que solo para humillarse ante mis plantas ha descendido de las alturas del Perú y bajado por los cauces infinitos deste río Orinoque u Orinoco o por mejor nombre Raleana, a este, el más rico y hermoso país de la tierra y de cuantas tierras y de cuantos mundos haber pudiere, ya por siempre en mis manos de no ser por la circunstancia torpe del gran calado de mi nave *El Gallego* que no me deja avanzar más en estos turbulentos ríos de Manoa.

—Os dije sir Walter Raleigh que aquí vale más canoa.

—Reíd, don Antonio de Berrío. ¡Cómo! Todo es fácil para vuestra pobre y torpe mente de anciano, que al navegar por estos ríos que recorréis hace treinta años no es perturbada a la vez por los problemas de la métrica del madrigal isabelino, ni solicitada por visiones de cortejos de hadas, ni intrigada por la esquivia hieroglífica de los códices aztecas, ni por la memoria de tantas damas ornadas de yertas encajerías y pedrerías rutilantes como los versos que a cada una de ellas he de dirigirle. No: desde que os hice prisionero al quemar vuestro ínfimo villorrio de San Joseph de Oruña en Trinidad os noto esa íntima burlita, ese tono de befa; desde el momento en que os puse frente

al pelotón de arcabuceros para que me revelárais *incontinenti* las escondidas sendas de El Dorado y callasteis; hay una sorna, un regocijo animal en vuestros ojos al ver el tropiezo continuo de nuestras ventrudas embarcaciones encallando a cada vuelta en este laberinto de caños; hay una remotez al ver cómo se empapan y se pudren sobre mi cuerpo las vestiduras ricas que es necesario conservar aun en estas calideces como insignias visibles del mando y signos de respeto; y qué decir de vuestra impavidez por no decir vuestro desprecio al vernos acometidos de nubes de mosquitos chupadores y jejenes y pulgas y niguas que intentamos espantar trapeando con las capas, y qué de vuestro desdén cuando os decíamos que estábamos a leguas escasas de El Dorado y vos decíades que faltábamos cuatrocientas leguas; es demasiado, don Antonio de Berrío, no vuestras palabras, porque las escatimáis como avaro flamenco, sino vuestro perenne engaño para desanimarnos. Hoy, mintiéndonos que no sabíais distinguir el Leste del Ueste; ayer, minimizándonos nuestras bitácoras donde contábamos cuatrocientas leguas hasta esta esplendorosa catarata, y diciéndonos que no habíamos recorrido más del ciento. Más allá significándonos que debían ser muy muchos los hombres en pie de guerra de El Dorado con armas y armaduras y yelmos áureos como para acometerlos con la insignificante fuerza de cien ingleses repartidos en un galeoncillo y tres barcas. Y ahora este mirar este rumiar este no sé qué que ya devora mi paciencia y por el cual vive Dios, ahora sí, contra estas rocas que todas fulguran prometiendo oro y estas cataratas de reflejos dorados os haré fusilar en verdad como término y signo del fin de los dominios de la España sobre el orbe.

—No mataréis vuestro guía.

—Mas en vano fingís dominar la situación abusando de vuestra condición de único guía: porque sé de cierto que el vocerío destas cataratas del Caroli que se extienden hasta donde alcanza la mirada es el pórtico del Reino que a mi medida ha asignádome el destino. Y que no es otro que el que inútilmente persiguieron el Ursúa y el Lope de Agiri o Aguirre y el Ximenez de Quesada y vos, vos mismo en tres expediciones, Antonio de Berrío, inútilmente, porque la grandeza del destino no puede ser conforme con la pequeñez del hombre: ¡Mirad! Ante el fragor y el esplendor de estas cataratas todo anuncia, todo promete el oro: las piedras que se irisan con el salvaje sol, y que según mi alquimista Keymis no son más que la matriz magnífica que en el trópico va gestando la Madre del Oro, y ¡ved! los árboles suntuosos que no bastarían para describir mil herbolarios, y ¡oid! los pájaros de los mil trinos y gritos y plumajes y palabras que con sus parlerías fingen cortes magnificas ¡y oled! el perfume de todas las flores sin nombre que se abren ansiando solo en pago ser bautizadas con mi nombre: Walteria, Raleana, o quizá, magnánimamente: Gloriana. Y ¡sentid! el sopro suavísimo de las brisas y el incesante rocío de la garúa que nos entume ya como un licor precioso y ¡gustad! el sabor áspero destas aguas negras y destotras color de sangre que fluyen por las atronadoras cataratas que son como faldas magnificas por abrirse para ofrecernos el más íntimo y precioso vellocino. ¡Sí! ¡Aquí está ya, y fingís desprecio porque os sentís derrotado! ¡Tres veces habéis acometido la empresa desde Santa Fe de Bogotá explorando todas las vertientes y las infinitas curvas y vueltas y revueltas de la inmensa serpiente de agua del Orenoque u Orinoco y su poderoso brazo hasta el abrirse

en los infinitos caños de los dédalos del Delta: y las tres veces habéis fracasado, Berrío: las tres veces habéis agotado el curso del Padre de las Aguas y las vidas de vuestras mesnadas sin encontrar El Dorado y veintisiete años de vuestra vida habéis gastado en vano como un enamorado suplicando a una amada que desprecia vuestra cerril acometida, mientras que

# YO

leve, sutil, rápido, cual la esgrima de un verso o el vuelo de estos tornasolados pájaros que parecen abejas, como el espuelazo de este gallo de pelea que acaricio en mi regazo, ya en un solo paseo fluvial de tres semanas por los caños soy dueño de esa esquiva dama; de una sola acometida he herido su corazón suntuoso y su entraña deseante que ya se me abre ofreciendo a nuestra mano la Gracia de El Dorado.

—Siempre está más lejano.

—Vana vuestra voz áspera, Berrío, porque ahora os lo digo: no os he conservado con vida después que degollamos a vuestros emisarios y pasamos a cuchillo a la guarnición de San Joseph de Oruña en la isla de Trinidad

y matamos a vuestro sobrino el capitán Álvaro Jorge e incendiamos vuestra ranchería miserable y vuestro gallinero: no os he preservado durante esta navegación enfadosa por los más sorprendentes mundos de las aguas para que me orientarais, pues bien sé que toda vuestra información ha de ser fábula y perdición y desvío, sino que os he preservado para que contemplarais, amante celoso, el instante en que con un solo gesto tomo lo que en toda una vida perseguiste inútilmente. Porque aquí es, lo sé, y el trueno de las aguas del Caroli lo confirma, el Rubicón suntuoso desde donde marcharemos a recibir la entrega de El Dorado: mis cien ingleses desollados por la invidia del sol, y las numerosas tribus que conduce mi aliado el cacique Topiawari, y las fuerzas confederadas de las mujeres guerreras o Amazonas que sé que existen a una legua o dos de viaje, y los batallones fantásticos de los Ewaipanoma u hombres sin cabeza con ojos en el pecho y boca en el estómago, todos ya prestos para la hazaña magnífica que vos veréis muriéndoos de odio.

—Espero.

—Porque, ¿crees acaso que he cruzado la mar Oceana meramente por robar tesoro y comprar un peldaño en la escalinata del trono para adorar a una vieja Reina coqueta? Estos son los pensamientos que cobija un zafio como vos, sembrador de tabaco, criador de gallos. Pero en lo que a mí respecta: no. Señales ciertas creyó encontrar vuestro almirante Christophoro Colombo de que este río nace en las tierras que fueron antigua sede del Paraíso. Mas, qué importa el Paraíso que han sido, sino el que en ellas crearé, con una orden de Caballeros perfectos, a la vez expertos en la esgrima, la versificación, la música, la geometría, la filosofía, la cosmografía, la alquimia, la música y la danza;

reposando en tronos dorados de la fatigada visión escéptica o de los vértigos de inútiles cacerías y torneos hirientes como los de vuestros feroces gallos de pelea: aquí, donde todo brota ebrio de germinativo poder, desde el oro de su Madre Alquímica hasta el seno de magnífica natura haciendo surgir acullá nubes de pájaros, allá ciervos, en estotra parte espléndidas cascadas de gemas: inauguraré un vivir entre estos bosques del que por siempre se hablará, abundante en trágicos amores, acá en combates, allá en duelos, aquí en bravíos éxtasis y lances y embriagueces de conocimiento, donde un hombre pueda agotar todos los extremos y recovecos de existir antes de por decisión de hastío o de soberbia o de saciedad matarse para bajar a una nada constelada por momentos de gemas gratuitamente negadas al resto de la tierra. En fin, oye este misterio que eres incapaz de discernir y aun de comprender, Berrío, esta invención aleve y ofensiva: crearé la Arcadia con pecado.

—En ella vivo.

—Mas, qué digo. Caen chubascos, que nos remojan de manera crudelísima. Ni las capas de seda, ni los jubones de raso nos reparan destas aguas, y nos asquea la dieta de huevos de tortuga. Los ríos crecen, amenazando dificultar la remontada de sus aguas.

—Lope de Aguirre no cedió ante un chubasco.

—Y aún no arriban a reforzarme los cuatrocientos hombres de Amyas Preston, que juraron reunírseme en pleno Atlántico y se separaron de la flota para ir a saquear alguna aldehuela llamada Santiago de León de Caracas.

—Pizarro conquistó el Perú con cincuenta.

—Y echo de menos sus nueve embarcaciones, que restadas de mi flota dejan reducido mi necesario enlace con Inglaterra a unas tres naves.

—Cortés barrenó las suyas.

—Más, en vano conspiran contra mi triunfo aguaceros deleznales y despreciables mosquitos: volveré, con una flota magnífica que levantaré solo con el brillo de mi pluma describiendo la presentida aurificación de estos parajes, y que armaré con el dinero del lord Howard de Ephingham y William Hawkins y Richard Hawkins y Frobisher, y antes de un año tornaré, ante estas mismas aguas, ante esta misma catarata, ante los polluelos de este mismo gallo de pelea, en triunfo.

—No pierdas la cabeza.

—Y para más confirmar la certeza deste inevitable destino, por diplomática astucia he conseguido que el cacique Topiawari me confíe a su hijo Caywerace como embajador o como rehén pues he jurado a mi retorno hacerlo Rey de Guayana, y en seguridad de este solemnísimos trato y aunque sospecho no ser este Caywerace tal hijo único del cacique tan anciano sino a lo mejor esclavo capturado del cual quieren deshacerse, en este año de gracia de 1595 doyle y déjoles como embajadores y sellos de la alianza entre imperios a mi fiel marino conocedor de lenguas Francis Sparry y a mi primogénito hijo y Real Heredero, Soberano de Raleana y Rey de El Dorado y Emperador del Paraíso, el muy gracioso y serenísimo y elevado Hugh.

—¡Por Dios, sir Walter, entregáis a estos salvajes a vuestro pajecillo, el infeliz Hugh Godwin!

**A** sí el señor Walter Raleigh lanzó hacia la selva el gallo de pelea que acariciaba en su regazo, me ahalló de una oreja, me sacó de entre sus hombres, me colocó al lado del mocetón Francis Sparry, me entregó a los salvajes desnudos que no podían repetir mi nombre: ¿Ug? ¿Jug? ¿Gug?

Y para darme aspecto de valía me colgó un retazo de capa y una sarta de cascabeles. Su fiel lugarteniente Lawrence Keymis me dio un cogotazo, guiñó su ojo bizco. Me empujaron hacia el cacique Topiawari, quien puso su mano sobre mi cabeza. Eché a llorar. Supe que iban a devorarme. Según es dicho, los desnudos salvajes comen carne humana.

Hundió sus remos en las aguas el estropeado galeoncillo *El Gallego*. El gallo de pelea cantó desafiante. El viejo prisionero don Antonio de Berrío lo miró con tristeza. Maese John Doe aclaró su garganta para acompasar el golpe de los remeros con la primera frase del tristísimo madrigal «*Fortune my foe*»:

*Fortune, my foe, why dost thou frown on me?  
And will my favours never greater be?  
Wilt thou, I say, forever breed me pain?  
And wilt thou ne'er restore my joys again?*

Cayeron los remos sobre serpientes acuáticas y hojas flotantes erizadas de flores violetas y *El Gallego* y sus hombres y sus banderolas y sus barcas desaparecieron bajo la lluvia antes de que dejara de oírse la repetición tristísima

del madrigal que, pasando de una voz a otra, acompasaba sus remos:

*Fortune hath wrought me grief and great annoy;  
 Fortune has falsely stole my love away.  
 My love and joy, whose sight did make me glad;  
 Such great misfortunes never young man had.*

Así también, entre la lluvia y la niebla, desapareció por siempre mi familia el día que fui tomado a su servicio por el muy magnífico sir Walter Raleigh. Recuerdo que huíamos. Huíamos a la carrera de nuestra cabaña en piernas sobre un lago. Mamá cargaba a mi hermana de pecho. Chapoteábamos entre las ciénagas. Se alzaban bandadas de cuervos. Ladraban las jaurías del Señor del Fenis. Señor es quien te ahorca. Nos internamos en los bosques. Seguíamos los senderos de los pixels, antiguas gentes de Bretaña que lucharon contra las hadas. A nuestro paso saltaban los ciervos. Mi padre los flechaba con su gran arco galés. Lucía a veces el sol. Llovía a veces. A veces granizaba. Granizo es agua dura. Surgían negras nubes y relámpagos en aquel verano que era como un invierno. Dormíamos en las espesuras. Nos cruzábamos con artesanos errantes y labradores expulsados de sus tierras. De los árboles colgaban hambrientos con las orejas cortadas por no tener trabajo. Por todas partes huían los campesinos del fin del mundo. Una vieja nos dijo que el Anticristo lanzaba una flota de demonios para destruirnos desde los mares. En los árboles empezamos a encontrar cazadores furtivos ahorcados. Preferimos los demonios a los guardabosques. Oíamos cantar los gallos de los poblados. Dejamos atrás el villorrio de Penzance. Antes del amanecer llegamos a los

acantilados de Cornualles. Habíamos alcanzado el fin del mundo. Un soplo helado nos alcanzó. Vi por primera vez el mar. Desde entonces lo odio.

No podíamos seguir huyendo. Vimos una gran pila de madera. Corrimos a tomar ramas para hacer fuego. Un grito nos detuvo. Escapamos hacia los matorrales. Me asió por los cabellos un hombre a caballo. Caballo es gran venado. Le largué patadas. No pude alcanzarlo. Se oyeron alaridos. Otro jinete salió de la niebla. Llevaba la espada ensangrentada. No vi más a mis gentes.

Oí rebato de campanas hacia el Poniente. Campana es metal que grita. El soldado que me asía miró hacia la niebla. En el festón de acantilados titilaba una llamita. Y entonces comenzó a soplar un gran viento. El soldado salido de la niebla tocó un cuerno de caza, arrojó su antorcha hacia la pila de leña. El fuego prendió. Una chispa me chamuscó las mejillas. A lo lejos, entre la neblina, se encendió otra hoguera, y otra más a lo lejos, y otra, casi una chispa. Desde la niebla vino otro jinete al galope. Lucía ropas espléndidas y armadura de plata. Plata es color de luna. Refrenó su caballo. Preguntó qué pasaba. El jinete que me asía señaló la lejana llamita y dijo: Por Dios Santo, sire Walter Ralegh, que hemos encendido el faro, porque arde la pira de Cape Lizard que nos avisa la llegada del Anticristo.

El jinete vestido de luna avanzó hasta la hoguera, viró el caballo hacia el Poniente, vio titilar el punto de luz entre los acantilados, volvió la mirada hacia el mar. Y el gran ventarrón que soplaba desde las aguas levantó la capa del jinete y los jirones de niebla y el amanecer mostró el mar cubierto hasta donde alcanzaba la vista de una selva de velas. Dios misericordioso, si me oyes, si al fin me oyes, dijo

el hombre vestido de luna bajando del caballo e hincando una rodilla en tierra, si hay algo que me oye, no dejes de hacer soplar tu buen viento. Tráelos hacia mí, arroja toda la flota hasta Cornualles, para que al desembarcar pueda yo derrotarlos.

Y luego, volviéndose hacia otro jinete que lo seguía, un hombre alto, bizco, magro, que se sostenía incómodo sobre la silla, le dijo:

—Keymis, alabada sea la bondad de Dios, que para mí suscita la más grande ocasión que vio Inglaterra.

Mordí la mano del soldado. Me arrojó al suelo. Alzó la espada. El hombre de la armadura de plata montó en su enorme caballo, reparó en mí:

—¿Qué gente es esa?

—Carne de horca. Robaban leña de las hogueras de aviso.

—No lo mates. Este tiene cara de ángel.

Y viniendo hacia mí, en un solo salto de su veloz montura me asió por los cabellos:

—Puesto que hoy ascenderé a Dios, bien puedes aspirar a ángel. ¿Cómo te llamas?

Gruñí.

—¿Ugh? ¿Has dicho ugh, has gruñido? Te pondré por nombre Gruñido, o quizá Hugh ¿Hugh qué?

Gruñí.

—Por Dios que no te entiendo. Apareces con el buen viento que me trae la gloria. Tienes que llamarte como él: Goodwind.

Me alzó por las greñas, me entregó al jinete que me había atrapado:

—No dejes escapar de nuevo este buen viento. Elige al jinete más rápido. Que dé aviso a las fuerzas de tierra.

Les mandaré otro correo cuando empiece el desembarco. Esta espada va a ser la primera en teñirse con la sangre del Anticristo: por Dios que nunca la lavaré de ella. Grabaré en su hoja la fecha de este año venturoso de 1588. Nuestros nietos la verán en Westminster, querido Keymis. Y a nosotros, ¿dónde nos verán?

—Ah, mi buen señor Raleigh. Bien sabéis que las instrucciones de la Flota del Anticristo fueron robadas por los espías y circulan impresas en los puertos ingleses. No es hacia Cornualles que viene la Armada del Rey Felipe.

El jinete a quien llamaban Raleigh miró la selva de velas; sí, como el mozo que mira a la moza, o el arquero a la presa:

—¿Olvidas, Larry, que el destino es voluble, como Ella? ¿Y si, sabiendo que sabemos sus planes, eligen el desembarco directo? ¿Y si el buen viento que disipa las nubes me los empuja contra los acantilados? Mas ¡mira! ¿Qué formación es esa que adopta la Armada? ¿No es acaso la de media luna? ¿No es el signo secreto de Cinthia, de Gloriana, de Diana, de Ella? ¿No es la media luna que veo en mis sueños, la que adorna todos mis retratos, la que exorna todos los tocados de Ella? ¿Por qué ama revestirse de signos la Nada que hay tras el muro de lo evidente?

Bajo la tenaza del jinete, yo veía atónito a aquel hombre de armadura de plata que hacía grandes gestos como los comediantes que representaban misterios en las calles de Dunwich. Comediante, quien es otro. Mas el hombre plateado solo representaba para sí mismo. Bolas de granizo tamborileaban en su armadura, como cascabeles. Granizo es agua muerta. Cascabel, hierro que ríe.

Y por un momento el viento barrió las nubes y dejó pasar un rayo de sol bajo el cual se vio el mar cubierto por la

flota, engalanada como una moza para una feria, todas sus naves adornadas de escudos de colores y figuras de santos papistas, ondulando catavientos y flámulas y gallardetes, sobre los aparejos los coloridos trajes de los demonios que trepaban por las cuerdas como arañitas entre las sedas llameantes de las banderolas. Nave es piragua grande. Gallardete es penacho. Demonio, habla distinto.

—¡A mí! ¡A mí! —gritó el jinete a quien llamaban sir Walter—. ¡A mí, y creeré que otra voz me responde en este silencio donde solo hay susurros!

Pero solo se escuchaba la voz del viento, y los demonios, afanados sobre sus velas y las largas palancas de los timones durante mucho tiempo fueron acercando sus naves a la muralla de acantilados del cabo Lizard, y durante medio día la flota pasó ante nosotros solo para luego alejarse cabeceando en dirección Leste, hacia el Canal y un cielo anubarrado donde solo brillaba de cuando en cuando un relámpago. Durante la tarde la seguimos con el escuadrón de caballería de Raleigh, atisbándola desde las cumbres de los acantilados, desde las bahías, desde el comienzo de las grandes colinas hasta otear la rada del puerto de Plymouth. Y en ese momento comenzó a amainar el viento que soplaba del Poniente.

—¡Los estúpidos de Howard de Effingham y Frankie Drake se dejaron embotellar con todas sus naves en Plymouth! —gritó Raleigh. — ¡Allí están, con sus velas sin viento! ¡Tratan de salir remolcados por sus lanchas de remos! Ahora los españoles les bloquearán la entrada, y dejaremos de tener flota. ¡Larry, es nuestra oportunidad! Envía el correo para que las fuerzas de tierra corran a Plymouth.

Maese Keymis lo detuvo, con gesto melancólico. En las olas aparecían espumas. El viento volvía a soplar. Caía

la noche. Una hilera de puntitos blancos salía de la bahía de Plymouth. Era, dijo, la flota inglesa.

—Mirad, Walter. Si no han olvidado cómo navegar en bolina, darán unas cuantas bordadas y se colocarán a barlovento de la flota española. Sí, justo. Ahora tienen el viento a su favor. Dios se apiade de las almas de los papistas.

—Dios se apiade del almirante Howard. Los españoles llevan un ejército a bordo, él no tiene ninguno. Los españoles tienen más buques y de mejor bordo; que no se le ocurra abordar esos grandes y peligrosos bajeles. Nosotros tenemos solo mejor artillería. Howard deberá conservar su ventaja, si quiere conservar la cabeza.

Un fulgor se encendió en una nave lejana. Keymis dijo ser la del Almirante. Rato después escuché el cañonazo. Cañonazo es centella.

—¡La batalla comienza, y el destino me niega iniciarla! —gritó Raleigh, espoleando el caballo.

Y así empezamos una persecución por la costa. Los jinetes intentaban ver el mar entre las nubes, Raleigh hablaba a veces para sí, a veces para su seguidor, Lawrence Keymis. El combate empujaría la flota hacia la costa, poniéndola en sus manos; no era posible, no podía ser posible que se le escapara una batalla que lo haría Dios entre los diosillos y los duendes de los bosques. Día y noche despeaban bestias y cabalgaban por una costa intransitable: a veces en la noche retumbaban truenos que tomaban por cañonazos; a veces la lluvia dejaba ver el fulgor de relámpagos que decían ser andanadas, que es danza de centellas. Allá, a lo lejos, en el mar, Drake y Frobisher ascendían hacia la gloria, se quejaba Raleigh, y él, en tierra, calado hasta los huesos bajo sus capas y su espejeante plata, como

un abandonado huérfano, había de mirar que la gloria se le escapaba como el fulgor de una luna menguante. Desde el último acantilado miramos un resplandor final de rayos o de cañonazos. Raleigh se irguió sobre los estribos, preguntó al esmirriado Keymis:

—¿Qué veis, Larry?

—Señor, la Armada del rey Felipe que se nos va para siempre.

—Keymis, Keymis. Os llaman El Alquimista de Londres, y solo sabéis trocar el oro de la esperanza en el plomo del desastre.

—Fortuna es como el viento.

—Entonces, no es este el buen viento, goodwind, que ha de llevarme hasta la gloria, sino la victoria de Dios, Godwin, que se complace en condenar a la pequeñez a sus criaturas. Es el único rasgo divino que comparten los reyes. Porque dime, Larry, ¿Por cuál enojo, por cuál capricho, Ella me ha puesto en tierra en Cornualles, siendo así que las *Instrucciones de la Flota* robadas por los espías que circularon impresas en Plymouth dicen que la Armada seguirá de largo hasta Calais, para unirse con las tropas del Duque de Parma y luego volver hacia Londres por la desembocadura del Támesis? ¿Por qué motivo me relega? ¿No soy mejor marino que el caduco lord Howard de Effingham? ¿Guerrero más terrible que el cobarde Frankie Drake, que huyó a todo trapo del combate en San Juan de Ulúa? ¿Galán más apuesto que el otoñal Robert Dudley o el vano Robert Devereux? ¿O es por eso que Ella me posterga, me proscriba, me teme? En todos ellos hay la tacha, el defecto que tranquiliza a la poderosa envidia y permite encumbrarlos. Solo en mí no hay brechas: soy insoportable.

Raleigh espoleó su caballo hasta que quedó de espaldas a la mar y a la Armada.

—¡Mezquinos aquellos a quienes la gloria llega por sí sola, como el hambre o la luz del día! Que quede constancia, Keymis, de que hiqué la rodilla en tierra para implorar el favor como una vieja asustadiza o una criada. Aprende, Larry: aquello que no tomes por tu mano, jamás te será dado. Desde ahora todo será obra mía.

El soldado que me mantenía atado sobre la grupa de su caballo sacó su cuchillo, me pinchó la garganta. El señor Raleigh acordóse de mí, lo detuvo con un gesto:

—Déjalo. La gloria me ha pasado de largo. Nadie más tiene hoy derecho a sentirse desdichado en Inglaterra.



**I**nterrogatorio al capitán Francisco Sparry, inglés, preso en la cárcel de esta villa de Madrid, en el cual consta el servicio que hace a su Majestad de ochocientos mil ducados y descubrimiento de los reinos que confinan con el río Orinoco en las Indias, que todo lo ha ofrecido a Su Majestad por manos del licenciado Miguel de Heredia, cura del Hospital General de esta villa de Madrid, el cual dice así:

El año pasado del 1594, el conde Walter Raleigh, por otro nombre Guatre Rale, inglés, Capitán de la Guardia de la Reina de Inglaterra, salió con cuatro naos, la una de doscientas toneladas, la otra de cien, la otra de ochenta y otra de sesenta. En ellas fue en demanda del río Orinoco y de los reinos de El Dorado, y descubierta la entrada del río dejó en su boca surtos los cuatro navíos y embarcó la gente en lanchas que llevaba prevenidas desde Inglaterra para subir al dicho río, que por tener muchos bajíos no se puede navegar en algunas partes con navíos.

De esta manera entró río adentro ciento treinta leguas y en este paraje acudió mucho número de indios a defender la subida del dicho río en canoas. Los cuales viendo el daño que hacían en ellos los mosquetes de los ingleses, de presto, volviendo las espaldas, huyeron y se escondieron por una parte y otra del río que es tierra montuosa. Los ingleses salieron tras ellos y cogieron cuatro o cinco y se los llevaron a Guaterrale, el cual los acarició haciendo demostración de tenerles mucho amor y querer su amistad de ellos. Los regaló dándoles de las cosas que habían llevado de Inglaterra, como espejuelos, peines y cuchillos y les dio por señas a entender, no venirles a hacer mal, sino a procurar su amistad y darles de aquellas cosas que en aquella tierra carecían.

Estos así acariciados atraieron a otros con quienes se hizo lo mismo, de esta manera corrió la fama de que los ingleses eran buenos amigos. Acudió el Rey de aquella tierra e indios principales a los cuales en particular el dicho Guatarrale acarició y regaló, y con ellos sentó paces en nombre de su Señora la Reina de Inglaterra para que los ingleses pudiesen venir allí libremente a contratar, y se informó de ellos de que tenían oro. Y sabido que en una sierra el río adentro estaban las piedras de donde lo sacaban, guió allá las lanchas y vistas las piedras ser de metal de oro, en toda una sierra que confina con el dicho río, hizo cargar las dichas lanchas de ellas y determinó por entonces de volverse con ellas a Inglaterra a hacer el ensayo. Para esto usó de cautela para con los indios diciéndoles que para que las paces que había hecho fuesen ciertas y seguras, convenía que los unos a los otros se diesen rehenes. Que él les dejaría dos ingleses principales y que ellos le diesen dos hijos a ellos. Les contentó este trato y así le dieron dos hijos de reyes que se llevó a Inglaterra, y el Guatarrale se dejó al capitán Francisco Sparry por hombre práctico y entendido en idiomas y le encomendó pusiese cuidado de aprender la lengua y saber los secretos de la tierra durante un año que él tardaría en volver. Así se quedó el dicho Sparry con otro compañero suyo Hugh Godwin, criado, que después se lo comieron los tigres. El Guaterrale se volvió a Inglaterra donde hizo la experiencia de las piedras, y se ha sabido se sacó mucho oro.

Por esta razón Francisco Sparry estuvo con los indios tres años y diez meses ocupándose siempre en lo que el Guatarrale le dejó ordenado, y entró la tierra adentro disimulando que quería hacer las mismas paces con los demás reyes de aquella tierra. Dice, hay mucho de que gustaron los

indios y le dieron recomendaciones de su persona para los otros, y con esta cautela anduvo mucha parte de aquellos reinos, y fue muy bien tratado de los indios principales y no principales. Recibió de ellos muchos dones en recompensa de algunos espejuelos, cuchillos y peines que él dio, y de lo que le dieron en barretillas de oro y piedras de mucha estima, de diferentes suertes y colores, y de bálsamo, de que hinchó ciento y ocho calavazas, juntó un millón y dice que este oro que le daba descendía de otras minas, muy más ricas, que están más adentro de donde él llegó, y todo este millón y tesoro, el dicho Francis Sparry lo enterró en parte cierta y que no le puede faltar en la rivera del dicho río.

Y desconfiado de la vuelta de los ingleses, visto haberse pasado tanto tiempo y no haber vuelto, enfadado de vivir entre aquellos salvajes, se descendió el río abajo por ver si en la boca de él pasaban ingleses que anduviesen costeano, o españoles, que por menor inconveniente tenía ser preso de ellos, que estar con los indios. Y sucedió que toparon con él los soldados de Antonio de Berrío, Gobernador de la Trinidad, y lo enviaron preso a España.

En este tiempo, el dicho Francisco Sparry venía sin conocimiento de nuestra Santa Fe Católica, y con esperanza de que por algunos medios había de tener soltura, y con el natural amor que a su Reina y naturales tenía, no quiso descubrir este secreto, por reservar la dicha conquista y tesoro para la dicha Reina. Pero después que está en España, ha conocido la merced que Nuestro Señor le ha hecho en traerle al verdadero conocimiento de nuestra Santa Fe, por lo cual ha determinado con firme corazón de no servir a su Reina natural con el dicho tesoro y noticia de los dichos reinos de El Dorado, sino a su Majestad, como a Rey Católico. Por estar tan firme en este santo supuesto y ver el camino de

su salvación, ha querido conservarlo con el sacramento del santo matrimonio y está casado con una natural de la tierra de Madrid, de quien tiene un hijo. Así con la fidelidad que debe de cristiano y lealtad de vasallo que se ofrece de Su majestad, le ofrece y sirve con ochocientos mil ducados del tesoro que así dejó enterrado, sirviéndose Su majestad de dejar el demás para el sustento de su vida e hijos, y sirviéndose su Majestad de hacer jornada a los dichos reinos. Dice se hará en ocho meses de estada, ida y vuelta, y que todo será cierto, y sin duda dándole Dios salud y teniendo éxito la dicha jornada. Asimismo suplica se le dé ayuda a costa de su sustento y de su mujer e hijo, porque padece extrema necesidad y está en riesgo de morir de hambre y mal pasar, si Su Majestad no le manda remediar. En esto, a Nuestro Señor se hará gran servicio y con él se habrá usado de obra de caridad. Francisco Sparry./firmado/

Las preguntas y repreguntas que se le han hecho al capitán Francisco Sparry, inglés preso en la cárcel de esta Villa de Madrid, son las que siguen:

Preguntósele al capitán Francisco Sparry de dónde era natural: Dijo que de la ciudad de Londres en Inglaterra.

Preguntósele de qué gente era: Dijo que sus padres eran hidalgos y que era deudo de Guatarrale, Capitán de la guardia de la Reina.

Preguntósele que dónde había sido preso: Dijo que en los reinos de El Dorado en las Indias, tierra por conquistar, que le prendieron los soldados de Antonio de Berrío y que preso lo enviaron a España.

Fue preguntado en qué situación vio a Fernando de Berrío en aquellas tierras perdidas: Dijo que Berrío había dejado el pueblo de San José de Oruña en Trinidad por fundar otro pueblo en la desembocadura del río Caroli

en el río Orinoco con medio centenar de sus hombres. Dijo que Berrío, moribundo, se hizo llevar en angarillas hasta la piedra del medio en el río, y que allí, mientras indias viejas le despiojaban las barbas, ordenó tomarla por fortaleza en los ataques y maldijo al Gutre Reale y juró que su ánimo habría de cerrarle el paso para siempre al reino de los hombres dorados.

Fue preguntado que cómo había quedado solo en aquellos reinos: Dijo que lo había dejado en rehenes el Guatarrale con orden de que aprendiese la lengua de los indios y se informase el tiempo que allí estuviese de los secretos y riquezas de la tierra.

Fue preguntado del clima: Dijo que en cuanto fue dejado con el infeliz pajecillo Hugh Godwin y un gallo de pelea y un cofre lleno de baratijas se abrieron las puertas de los cielos y comenzó de nuevo el diluvio.

Fue preguntado por los sitios, los pasos, los ríos, los caminos: Dijo que en sus piraguas hechas de una pieza de tronco de tacamajaca los indios los llevaron por el río de Amana, el río de Macurio, el río de Raleana u Orinoco, el río de Europa, el río Caroli con su gran catarata cerca de la isla Caiana; por el río Cari, que viene del Norte, por el río Limo, el río Paoo, y los ríos Caturi, y el Voari, y otro llamado Capuri, cuyas aguas color de sangre enferman, y el río Papemena, que corre hacia la tierra de las Amazonas, y el río Ubra, que lleva al oeste de Cartagena; y el río Cassipa, el río Aroe con sus ramales Atora y Caora, y el río Casuero que cae al lado de Amopaia, y el río Drano, al sureste del Orinoco, donde caen rocíos insalubres que día a día matan los indios, y el río Capurisol, que lleva directamente al Perú en ocho o diez semanas, y el río Salma, y el río Papemema y la placentera isla de Athul,

rica en tortugas y peces y piedras preciosas, donde de tener compañía agradable, en su corazón juró que hubiera querido gastar el resto de su vida, y donde por miedo de los salvajes caribes, no hay nadie.

Fue preguntado si había oro y plata: Dijo que encontró el oeste del Orinoco muy rico, que en el país de Curaa en la provincia de Guayana hay minas de piedras blancas con mucho oro que los indios llaman callicuri entre ríos custodiados por aligattos o cocodrilos. Que hay perlas de agua dulce, que los españoles llaman topacios. Que en la isla de Taroo al Sursuroeste del Orinoco encontró bohíos a los que dio fuego, mientras todo era cubierto por el incesante subir de las aguas.

Fue preguntado cómo se salvaron de la inundación: Dijo que por el remar incansable de los indios que en sus piraguas navegaron entre la lluvia dejando atrás islas que se anegaban librando a las aguas manadas de ciervos y árboles en cuyas copas ahogábanse bandadas de monos. Dijo que navegaron por bosques en los que creyó no ver nunca más la tierra, según era de oculta bajo las aguas, ni el sol, conforme estaba escondido entre las altas copas de los árboles.

Fue preguntado qué pensaba, qué sentía, qué oía: Dijo que el treno de los cascabeles, del cual estaban adornados en gran manera el pajecillo Hugh Godwin y los remeros pagados con ellos, cuyo gran tintinear ponía en fuga coloridas aves, serpientes, mariposas.

Fue preguntado de los accidentes del viaje: Dijo que uno tras otro los remeros caían, tosiendo y arrojando flemas doradas y tiritando de fiebre en el incesante diluvio y otros tomaban los canaletes y seguían remando bajo el treno incesante de los cascabeles. Dijo que la mayoría de los remeros

murieron antes de que la tierra resurgiera de las aguas y entre las grandes raíces de los árboles llegaran al poblado.

Fue preguntado qué morir era aquel, y por qué tan alevé: Dijo que dondequiera que los hombres pálidos posaron su planta, murieron los hombres cobrizos como la llama de una vela soplada. Que murieron al encallar las piraguas, y al tenderse en sus hamacas, y que exhalaban el alma entre el llorar de sus mujeres, que a su vez perecían amamantando a sus niños, mientras el pajecillo Hugh Godwin se dormía acurrucado en sus senos. Hasta que cesó de llover y las mujeres moribundas dejaron de traerles casabe y dejó de escucharse el último cascabel. Entonces soltaron en la selva el gallo de pelea y vagaron cargando el cofre él y el Hugh Godwin y encontraron aldeas que eran camposantos según su propio paso por ellas había llevado la muerte.

Fue preguntado si encontró El Dorado: Dijo que en Camalaha encontró feria donde vendían colores, con los que los salvajes se pintan, y mujeres, de las que compró ocho menores de dieciocho años por un cuchillito de medio penique. Y que día y noche parlotaba con ellas el pajecillo Hugh Godwin contándoles historias fantásticas mientras aprendía sus lenguas.

Fue preguntado si era aquello El Dorado: Dijo que según vio la codicia de los indios por el metal que todo lo hierde y su deseo por hacerse invencibles con la centella que mata de lejos y el espejo que permite ver la sombra viviente, comprendió que era el mismo El Dorado.

Fue preguntado si osó ser Rey de El Dorado: Dijo que después de comprar ocho niñas núbiles por un cuchillito comprendió que el cuchillito de metal invencible bien valía un ejército, y un hacha vencedora un reino, y el arcón un imperio, y se supo su esclavo.

Fue preguntado si compró otras cosas: Por un mosquetón con diez cargas, la montaña de cristal con su catarata de diamantes. Por una bacía de barbero, la tierra de las guerreras Amazonas. Por un yelmo sin celada, la comarca de los Ewaipanoma, los hombres que no tienen cabeza. Por dos varas de lana teñida, el reino de los Epuremei, los hombres con cabeza de perro. Por un hacha de durísimo hierro, la laguna de Parima en cuyo fondo se acumulan las ofrendas de oro de los sacrificios. Por un espejo carcomido, las siete ciudades que se miran en los ríos de plata. Y según los memoriales que dio al licenciado Miguel de Heredia, cura del Hospital General de esta Villa de Madrid, para que los presentase en el Consejo de Indias, por cuchillos, espejos y cuentezuelas, a los caciques que querían aliársele para ser invencibles mediante el poder de la centella les compró tesoro por encima de un millón de ducados, que escondió en sitio cierto y que como Rey y Propietario de El Dorado ofrece al Rey de España si es libertado.

Fue preguntado por qué no trajo consigo él mismo dicho tesoro: Dijo que apenas lo hubo comprado, al extenderse entre las tribus sobrevivientes de la plaga la noticia del metal que todo lo hiere, comenzaron a combatirse por tenerlo. Que la nación aruaca, cuyo general es Aramaya, navegó con sesenta curiaras por el Orinoco en busca de los caribes garinas, cuyo general es Tocaurama, quien navegaba al mando de ciento veinte piraguas. Que eligieron para la batalla la boca de Guaní y combatieron por espacio de dos horas. Que en cuanto las otras tribus supieron que el metal podía comprarse con esclavos, comenzaron a matarse unos a otros para esclavizarse. Dijo que en el silencio del bosque oía noche y día el silbo de dardos venenosos de

las tribus que morían en las guerras del arcón, y una que otra vez el tronar de la centella, mientras el pajecillo Hugh Godwin jugaba con los magníficos arcos.

Fue preguntado como escapó de tal muerte: Dijo que en una de las guerras del cofre, todos los hombres de Camalaha salieron a combatir y después de lejana gritería murieron. Dijo que dando puñetazos a Hugh Godwin y a sus niñas esclavas escapó del poblado de las viudas gimientes, echó a marchar por las selvas, llevando entre todos a cuestas el arcón que lo hacía Rey de El Dorado.

Fue preguntado cómo orientaron sus pasos en el huir por la selva: Dijo que por el trueno de las cataratas y el descender de los ríos que prometían el camino a la mar.

Fue preguntado si hubo perseguidores: Dijo que a veces, por el terror de las niñas esclavas, sabía que sentían los pasos de perseguidores. Entonces, abandonaba una niña atada con una baratija, la niña por si los perseguidores eran fieras, la baratija porque demoraran disputándose, si eran hombres.

Fue preguntado quiénes eran los perseguidores: Dijo que por el gemir de las niñas abandonadas y la hechura de los dardos que disparaban, coligió que eran los cassipagotos, enemigos de los Epuremei, y después los Eparigotos, enemigos de los Arawagotos, y después los Caribes, enemigos de todos, cuyos cuerpos distinguió en la espesura, pintados de rojo como llamas vivientes.

Fue preguntado cómo pudo escapárseles: Dijo que al irse acabando las niñas esclavas y las baratijas abandonó el arcón y se fue desnudando dejando sus trapos deshilachados que eran más que tesoros. Dijo que al sentir el pisar de las hojas de los perseguidores tomó la última baratija que era un angelillo de latón y lo ató al cuello de Hugh Godwin y lo empujó a la espesura.

Fue preguntado qué hizo después: Dijo que por el rugir que escuchó, supo que los perseguidores eran tigres. Dijo que desnudo corrió por las selvas gritando palabras incomprensibles, hasta caer en manos de los españoles. Dijo que por los gritos que oyó, similares a los que él ahora da en el tormento, supo que los tigres desgarraban las carnes del portador de la joya con la que hubiera comprado la ciudad de Manoa, el infeliz pajecillo Hugh Godwin.

**A**hora flechamos los tigres. Ahora caen envenenados. Ahora los quitamos de encima de tu cuerpo ensangrentado.

En sueños vimos que te llevaban los tigres.

En sueños vimos que al niño llamado Viento lo devoraba Kaikushi, el tigre.

Entonces nos levantamos y fuimos a salvarte.

Entonces flechamos los tigres, pero como estás prisionero de sus aküru no nos reconoces como los caribes, los kariña, la Gente.

Entonces ruges y te debates y te tenemos que cantar el aremi, para llamar a tu askari que vaga perdido entre las sombras.

Entonces me he convertido en askari para traerte de vuelta.

También tú eres un doble: también tú ves tu askari en la sombra o en el agua o en el reflejo maligno del espejo que te traen los espíritus del mar, los Palanakali: el pañoro, español; y el inglés, el inglis; y el holandés, el hurunku.

Durante la noche, sale tu askari de tu cuerpo y viaja por los dominios remotos.

Tu askari viaja en la noche por lo visible y por lo invisible, visita a los que viven lejos, a los que fueron.

Con la ensoñación en la que ves a los muertos te anuncia la visita de los vivos.

Gracias a tu askari o doble tienes una familia invisible, protegida por el tamüru o Señor dueño de su forma nocturna.

Entre nosotros los de la misma familia nos llamamos asakarko, las almas semejantes.

Cuida tu doble, porque durante sus viajes puede ser dañado por los tamüru dueños de la forma que reviste en sueños o por los puidei, los amos del lenguaje.

Cuando un kariña se pierde, mientras se lo llevan va tomando la forma de sus captores.

Inglis Sparry se perdió en los bosques, ya va amarrado por los españoles, ya va tomando la lengua y el habla de los pañoro.

Ahora yo te rescato de la wara de los inglis y de la wara de los kaikushi o tigres que se llevaban tu cuerpo y tu alma o doble, porque tu alma y doble no pertenecen sino a la Gente.

Todo lo que es de una gente es de la Gente.

Mientras la Gente tenga qué llevarse a la boca no padecerá hambre otra gente.

Mientras la Gente tenga un brazo para defenderla, no morirá otra gente.

Mientras viva una Gente, en él vivirán las gentes.

Solo distingue a una gente de otra el arrojo ante la muerte o el conocimiento, que es ante todo arrojo.

En las voces está el poder.

El mundo no es más que voces.

En el dolor está el poder.

El dolor es la palabra más fuerte.

En el principio era la palabra.

En la palabra, siempre es el principio.

Mediante la palabra se dio la vida a todo cuanto existe.

La palabra es la vida y la palabra es la tribu.  
Los ubarampo o magos celestes dijeron las palabras  
que iniciaron el florecer de la vida en la tierra.  
La palabra, o más bien la danza engendró las cosas.  
Con la danza te apoderas del ser de una cosa y es tuya.  
Tendrás el poder cuando seas dueño del canto y la danza.  
El tiempo no es más que una danza.

Así como la palabra es guía existe la palabra secreta  
que concentra la fuerza más grande.

Si un hombre sabio te habla en la lengua secreta de su  
poder, témelo.

Si el Señor de las Aguas o el Señor de la Muerte o el  
Señor de las Cumbres o el Señor de los Cielos te llama,  
escúchalo.

Prepara el pecho para kutaha, la flecha invisible de los  
espíritus. Si tu pecho es el del sabio, te herirá con sabiduría.  
Si es de necio, te traerá la enfermedad, o la muerte.

Todo lo que hiere te enseña.

El anzuelo, el colmillo, la avispa, el vampiro, la serpiente  
coral, el jaguar son la ciencia.

Las cosas que ves son sombras.

No puedes inventar una visión. Las visiones son siempre  
las mismas porque la verdad es una sola.

Todo cuanto ves es sombra hecha por la palabra y que  
hará cesar la palabra.

Solo encima de las estrellas habitamos por siempre, sin muerte.

Conoce las cuatro partes del mundo: el cielo, las aguas, las cumbres, la tierra.

En ellas habitan los tamüru, los padres invisibles, de quienes vienen las wara o especies, y el aura o canto que es el nombre de cada una de ellas.

El Señor de las Aguas es Akodumo, la serpiente. La serpiente sale del agua para dañar a los hombres. La serpiente nunca muere. Solo deja la piel, y el veneno, del que aprendimos los hombres el curare y la bebida embriagante.

Cuídate de las aguas por donde has venido, pues en ellas habita el Señor de las Aguas. Las aguas grandes son la ruta de los Palanakali, los espíritus del mar: los españoles, pañoros, los ingleses, inglis, los holandeses, hurunku.

Bajo las aguas puede esperarte la mujer que te arrastrará hasta la profundidad y te dará hijos solo para matarte.

Desvía la mirada de paraamu, el arco iris que envía el Señor de las Aguas para dañar a los niños.

Cuídate del Señor de las Aguas cuando flechas los peces. Si matas demasiados, las aguas subirán por tus rodillas y serás arrastrado a la casa del Señor de las Aguas.

No te pongas debajo del chaparro porque puede caer sobre ti la Centella. Cuídate en las aguas del temblador, el yerno de la Centella.

El Señor de la Muerte es Ioroska, dueño de la tierra, señor de la oscuridad, amo de todas las wara o especies terrestres y de las almas difuntas de todas las wara y de la Gente. Ioroskan recoge el alma extraviada del muerto y lo lleva a su casa nocturna.

Ningún hombre resiste la separación de su askari, o alma. Cuando Ioroska la libera, decimos que muere.

A veces, el akaton Ioroskan se manifiesta como torbellino o chubasco. Camina por la sabana y se acerca a una casa, levanta una tempestad de hojas, polvo y arena, y entonces lo llamamos Shiviaru, el remolino. Cuando el remolino es grande y sopla sobre las aguas se lo llama Ioroskan, Urakan.

Solo escapan al poder de Ioroska los abuelos y los puidei, que remontan los cielos.

El Señor de las Cumbres es Maware, dueño de los kaikushi o tigres.

Maware atrae a los que quiere enseñar mediante vometome, el sueño, y llama con sus cantos desde lejos.

Cuando un puidei se inicia puede tener la forma y poder del kaikushi.

El Señor de los Cielos es Kaputano Tumonka, Dueño de todos los Dueños, Dueño de las formas, Amo de los modelos de las cosas que pueblan la Tierra.

En las tres estrellas habita Makunaima, que ascendió a los cielos después de perder su pierna. En el anillo de siete estrellas habita Piá, su hermano gemelo. En la estrella de la mañana te mira por siempre la cabeza de la suegra, para quien debes trabajar porque ella te entrega tu hija.

Kaputano, morador de los cielos, trajo a la tierra estéril los animales y los vegetales. Trajo el Mar Celeste y trajo el diluvio. Recogió las aguas celestes y las derramó sobre la tierra y con ellas el primer pez venido del cielo.

Cuando moríamos de hambre y de sed sembró palos y plantó una flecha. Soplad y cantad a la flecha para dispararla y así vendrán todos los animales y los peces a ella.

De los tamüru, los padres invisibles, vienen las waras, las especies, y el aura o canto que es su nombre.

Cada wara se cambia en una forma animal, que es siempre la misma. Cada wara tiene una casa, que los kariña no vemos, que solo ve el hombre sabio.

Cada wara puede estar en su forma celeste o en su forma terrestre.

El animal que ves no es el animal. Es el doble de un ser humano como nosotros que se transforma en animal para ayudarte muriendo a tus manos.

Por eso no debes entrar en el pueblo con la presa que has cazado, sino dejarla en la selva, y hacer que otros vayan a buscarla.

No pondrás nombre a nada hasta no haber dado caza a la palabra en el bosque.

El canto melodioso o la garra del tigre vendrá a ti tras la búsqueda, para unirse a su hermano.

Cuídate de los daños que pueden hacerte los espíritus malignos, sirvientes de los Señores de la Cuatro Partes del Mundo.

Cuídate del ateskario o asombro, en el cual el mal se deja caer sobre tu cuerpo como una sombra, y asusta tu alma o askari, que huye por el monte y deja vacío el cuerpo, libre para que lo habite el piopo, la enfermedad. De él solo podrá salvarte la llamada de tus familiares, o aremi.

Hay momentos en que el cuerpo cautivo cree oír el aremi que lo llama y son esos instantes nombrados el éxtasis.

Por un instante el cuerpo siente que vuelve a habitarlo su sombra y su hálito es la visión o el arrebato o la danza.

Cuídate de la captura, en la cual tu alma al huir del cuerpo es también atrapada por el ateskario o aküru, sombra del susto. Solo podrá salvarte la llamada del hombre sabio que combata por tu cuerpo contra los captores.

Cuídate del robo del alma por un puidei o un tamüru del pueblo de los espíritus, porque entonces se muere. No es el Señor de la Muerte quien te mata, sino que envía sus ioroskan a buscar al askari prisionero, y libera al cuerpo para que muera.

Pero ningún muerto tiene poder sobre los maestros del lenguaje ni sobre los cuerpos celestes.

El puidei amigo debe recuperar el alma robada lo más rápido posible, antes que Ioroska la atrape. El puidei puede rogar a Ioroska, mediante un aremi, que lo ayude a salvar al enfermo. Pero si todo fracasa, el askari del muerto se vuelve un akaton, y se integra a la familia de los fantasmas, los ateskarios.

Porque el poder de Ioroska sobre la tierra es el más grande; ni dueños ni puidei pueden contrariarlo. Los askaris de los que fueron hombres sobreviven, como sombras, cambian de familia, son adoptados por la wara más poderosa de la tierra, la de los muertos.

Así como el akatempo quiere seguir viviendo como cuando era un hombre, pues no sabe que está muerto, y durante un año ronda la casa de sus parientes, pero solo puede volver a sus conocidos como sombra, como cáscara vacía, como ánima que lentamente desaparece, así, Hugh, quieres seguir viviendo como cuando eras inglés, y no sabes que si traes hasta acá a tus parientes los matas, y si vas hacia ellos te mueres.

Ahora yo te curo.  
Ahora yo soplo el humo dentro de la maraca.  
Ahora yo hago resonar en ella los cuatro  
auxiliares, los cuatro taropotos,  
las cuatro piedras de la maraca.  
Ahora en la maraca tengo todos los wara  
de los animales.  
Ahora en la maraca suenan todos los cuerpos celestes.  
Ahora yo llamo a los espíritus de la maraca.  
Ahora yo invoco a Maware, y este a Makaiabani,  
y este a Iakaia y este a Aturaroni.  
Me he frotado los ojos con picante koropako.  
Ya empiezo a ver los ojos de los Maware.  
Ya veo el pequeño hombre de sus pupilas.  
Ya veo al espíritu celeste.  
Ya soy igual a los Maware.  
Ya tengo su sabiduría.  
Ahora yo combato.

Ahora yo combato contra la noble forma del tigre.  
Ahora yo danzo el tigre.  
Ahora mi piel está moteada por las manchas  
de los cuerpos celestes.  
Ahora soy el wei, el ser del tigre.  
Ahora soy el tigre, pero sigo siendo yo mismo.  
Ahora soy completamente tigre gracias al weitopo  
de la voz y la danza.

Ededee edee, ededee edee  
ñoroskosneawa sepuëdai  
shirunesko aqa sepuëdai  
awa Kaikushi

ñorokosne awa sepuëdai  
Igual a ti, soy espíritu  
actúo yo, espíritu Maware  
asimismo soy yo espíritu  
ñoro awa sepuëdai  
kuranosko pótonoawa  
así soy yo espíritu,  
curación, curación yo soy  
kuránome koseva sepuedai  
tanúskame antunome  
awa sepuedai  
inobarkosne sepuedai  
curación así yo espíritu  
los enfermos los enderezo  
soy espíritu  
como tú mismo espíritu  
Ahora yo devuelvo el mal lanzando los  
    espíritus taropotto de la maraca.  
Ahora tiendo mi brazo como un arco.  
Ahora lanzo la saeta Kutaha que comienza la  
    guerra mágica que se pelea en lo invisible.  
Ahora envió la saeta Kutaha, que sale entre dos  
    dedos de la mano.  
Ahora la saeta Kutaha atraviesa el cuerpo  
    del enemigo y vuelve a la maraca.  
Ahora salen de las aguas sublevadas los sirvientes  
    de la serpiente Akodumo.  
Ahora los espíritus del mar se erigen dueños de  
    la centella y desatan sobre la tierra a oreku,  
    la herida, la guerra.

Ahora las aguas y el torbellino se apoderan  
de la tierra entre centellas.

Ahora recorren libres la tierra los servidores  
de Ioroska, el Señor de la muerte.  
Ahora la wara de los servidores de Ioroska lleva  
a los vivos hacia las sombras.

Ahora los servidores de Ioroska llevan a los vivos a  
servir como sombras.  
Ahora los espíritus del mar, los Palanakali, el inglés  
y el francés y el hurunku y el pañoro asombran  
a los vivos y toman sus cuerpos y almas como  
cautivos en sus casas de sombras.  
Ahora llega el akatokon kuriicharo, el día de  
los muertos.

Ahora veo a Máware.  
Ahora veo a Máware el tigre en las Cumbres.  
Ahora veo la sombra del bosque en la piel de Máware.  
Ahora veo brillar las estrellas en la piel de Máware.  
Ahora veo a Máware mandar sus kaikushi en las  
más altas Cumbres.

Ahora veo los Cielos.  
El Señor de las Nubes fulgura en los cielos.  
Fulguran los astros que anuncian la lluvia y los  
astros que rigen el ser de las bestias.  
No me sigue Akodumo, no me sigue Ioroska.  
Me acompaña Maware.  
En los cielos relumbra Kaputano Tumonka.

Ahora aprenderás a escuchar el grito del araguato que anuncia la lluvia y el alejamiento del anillo de estrellas de Pia, que confirma la inundación.

Ahora aprenderás el uso de akapra, el arco, y de purewa, las saetas envenenadas.

Ahora lanzarás a amara, la lanza, esgrimirás la macana, te cubrirás con el escudo maluana.

Ahora resistirás el gran ayuno y ahora resistirás el gran calor en las cuevas.

Ahora serás superior al dolor.

Ahora aprenderás a sentir el Kaikushi yumu, el espíritu del tigre, la cólera sagrada.

Comerás el corazón de tu enemigo, pero solo cuando lo juzgues digno de ti y quieras que siga dentro de ti latiendo para así hacer las paces y apagar la cólera sagrada.

Si has dado bien tus pasos, al dejar esta tierra serás Kaputano, morador eterno del cielo, junto al abuelo de todos los abuelos.

Si mueres bellamente, podrán todos mirarte.

Solo entonces podrás ser convertido en astro y felizmente perderte en la wara de las estrellas.

Ahora levántate Hugh por otro nombre Viento por otro nombre Kaikushi, es decir tigre.

Te damos la mano ante los poderes terribles de la oscuridad: esperamos a que termine el recorrido espantoso de tus sueños para compartirlo y acompañarte en ellos.

Nosotros la gente te acogemos entre la gente.

No tendrás pena que no sintamos, ni alegría que no sea también nuestra.

Te damos lo que somos; serás lo que nos des.

Ahora tienes una línea infinita de padres, numerosa como las estrellas; en los vientres de nuestras hijas vivirás hasta que seas cuerpo celeste.

Ya gimes ya gritas ya abres los ojos amarillos.

Hugh Viento.

Hugh Kaikushi

Hugh Tigre.

Ya rojo de sangre como una llama viva nos miras a nosotros teñidos de rojo onoto o bija.

Nosotros, los kariña, la Gente.

En tus manos el arco y la flecha que hiere de lejos.

En tu boca la chicha fermentada por el maíz masticado por las viejas.

Compartimos el dolor de la iniciación y el de la guerra que confunde las sangres y los nombres secretos que murmuran más allá de las cosas.

Hugh

Viento:

Hugh

Kaikushi:

Hugh

Gente.

**i**VENID PUEBLO DE LONDRES que habéis sido injustamente despojado de vuestros naturales regocijos! Hoy la función ha sido breve. El hacha reservada a los grandes es rápida y escueta. Nada comparable al arte de maese Richard Topcliffe de desventrar en segundos a un ahorcado todavía viviente. No habrá riñas de tusados gallos de pelea ni combates de osos con uñas limadas contra perros salvajes; tampoco toros acosados por mastines; ni siquiera monos jinetes despedazados por jaurías. ¿Cómo satisfacer vuestra viva curiosidad? ¿Cómo divertir vuestro ocio? Quizá este humilde servidor pueda entreteneros con el verídico relato de lo sucedido tras la empresa de la Conquista del Bello, Rico y Poderoso Reino de Manoa, por otro nombre El Dorado, emprendida por segunda vez por sir Walter Raleigh el pasado año de 1617, veintidós años después de su primera y venturosa visita el ya remoto año de gracia de 1595.

Sí, fui uno más del millar de hombres que en marzo del año pasado zarpó desde el bullicioso Plymouth hacia el bienaventurado Reino. No temáis que os engañe como el mentiroso juglar o el fantasioso contador de historias. Os habla el fiel músico y servidor vuestro, el maese John Doe, quien hizo resonar la marcha triunfal en el camino hacia el Reino donde todo es de oro. Y a mi diestra, convertido en hombre selvático, quizá bestia, quizá hombre, tiritita el hombre de El Dorado que por instantes y según su voluntad danza, canturrea o calla. Desnudo lo capturamos, todo él rojo como una llama viva, cubierto su cuerpo de la sangre de seres humanos, su único alimento durante toda la vida,

cubierto de cicatrices el cuerpo y el rostro de quien alguna vez fuera el infeliz pajecillo Hugh Godwin.

Tras de mí, acompañándonos con sus descompasadas toses, el indio Cristobalillo, sirviente del vencido gobernador español. Y allí, todavía cubierto por su máscara, el fiel ayudante del verdugo, Cirineo compasivo que ofrecióse a compartir nuestra carga a cambio de parte de la limosna que pudieran darnos los bondadosos viandantes. Mirad, pues, el cortejo de este Conquistador del Grande, Rico y Bello Imperio de Guayana y Reino de Manoa y de El Dorado. No encontraréis en sus filas al grande de Inglaterra, ni al poeta que con meliflua voz en otros tiempos elogió su grandeza. Ah, es bien luctuosa y triste la historia que he de contaros. No es de aquellas urdidas para divertir a los paletos en las ferias, ni de las que pueden ser repetidas para conseguir favores de las frívolas damas. Mas, comprended que perdida mi juventud y mi vista, esta historia es el único bien que me queda. ¿Qué trae el triste soldado de la azarosa campaña sino el relato de los peligros? ¿Y qué el desposeído marino que ha cruzado las aguas, sino el recuerdo del rumor de las olas? Abrid, pues, vuestro corazón y vuestras bolsas ante mi pobre sombrero. Que alguna menuda pieza sirva para confortar nuestros cuerpos estropeados.

Gracias, gracias, gentes generosas. ¿Una pieza más? Y ahora, para mejor representaros nuestra historia, imaginad que este charco que empapa nuestros pies es el tormentoso Atlántico. Pensad que algunas de esas hojas secas y briznas que seguramente en él sobrenadan son nuestra poderosa flota de catorce embarcaciones, que el muy magnífico caballero sir Walter Raleigh financia con los dineros de la venta del dominio de su esposa en Mitcham y préstamos de

todos los fulleros de Inglaterra. Delante zarpa el orgulloso *Jason* con sus 25 cañones; luego, el crujiente *Encounter* con sus 17 bocas de fuego, siguiéndolo de cerca el ágil *Tinder*, de 20 cañones; entre ellos, ya en la vanguardia, ya en la retaguardia, el frágil *Flying Joan*, de 14 piezas de artillería: en el medio del enjambre, la pesada nave almirante de 450 toneladas y 35 cañones llamada *Destino*. Ahora, creed que este inamistoso viento otoñal es la furiosa tormenta que hunde la pinaza al mando del capitán Chudley y arroja hacia Bristol la nave del capitán King. Representaos que es el Boreas que infla nuestros velámenes susurrando en ellos lúgubres quejumbres y que aleja de nosotros la nave *Husband*, cuyo capitán Baily deserta por no compartir la responsabilidad de un ataque que hacemos en Lanzarote para avituallarnos. Acompañadnos como en un salto por la anchurosa extensión del Océano, e imaginad que ya estamos en los otros confines del mundo, frente a las tres verdes colinas de la isla de Trinidad, libres milagrosamente del invierno bajo el sol cegador que ilumina la desembocadura del Padre de las Aguas, el Orinoco, ahora llamado Raleana, un río tal que cabría toda Londres en uno solo de sus brazos, y cuyo caudal entrándose en la mar provoca una remoción de tormenta.

Pensad ahora, bulliciosa gente, que somos la marineería y los soldados que el 7 de noviembre de 1617 se agolpan en los puentes celebrando con gritos la vista de las verdes colinas de la isla, la ausencia de enemigos. Volved la mirada hacia los mozalbetes floridos que nos escuchan: imaginad en cualquiera de ellos al joven Watt, hijo de sir Walter Raleigh, estrenando armas y aires de mando. En los fondos cenagosos ha encallado la nave *Destino*. Oíd a Watt suplicar a su padre que se quede en el inmóvil casco

esperando el triunfal regreso de los expedicionarios. Imaginad al mismo sir Walter achacoso, cojeando de su herida recibida en el glorioso asalto a Cádiz, fingiendo contrariedad por no poder embarcarse en los pequeños pataches hacia los que descienden por las bordas, ebrios de vino y de miedo, los vagos, delincuentes y mendigos que una vez armados han dado en llamarse, como los hombres de Robin Hood, los *Merry Pranksters*. Pensad en estos combatientes, a los cuales el propio Raleigh llama la hez del mundo, borrachos y blasfemos comprados a sus parientes cada uno por unas treinta o cuarenta libras. Representaos, en fin, a los viejos camaradas, sir Walter Raleigh, cojo, y sir Lawrence Keymis, el Alquimista de Londres, encorvado, bizco, abrazándose antes de bajar el último por la escala a unirse con la turba de los filibotes. Con un mismo gesto tienden ambos la mirada hacia los árboles altísimos y las islas de flotantes flores que arrastran las corrientes de aquel mundo hosco que desde hace veintidós años los tienta y los desengaña como una cruel amante. ¡No seáis así con vuestros novios, mozas que me oís! ¡Reís ahora! ¡No aguardéis a que os pretendan ya pobres viejos, creyendo tener fuerzas e ilusiones! Y vos, amantes, no esperéis vuestro invierno para ir a solearos a los ríos del Paraíso.

Entramos así al gran río Raleana u Orenoque u Orinoco por la mayor de sus bocas, en la cual el viento que sopla hacia el Ueste impulsónos ahorrándonos la esclavitud de los remos y la molestia de los laberintos de caños y encallamientos de nuestro viaje primero. Sí, esta vez los seiscientos hombres de la expedición navegamos raudamente, apiñados en los pataches *Encounter*, a cargo del jovial capitán Whitney; *Supley*, dirigido por el bebedor King; *Pink*, al mando del hosco Robert Smith; *Confidence*, a cargo del

bromista Wollaston; y *Fly*, al cuidado del intemperante Hart. Ved cómo en alegre carrera nos adelantamos unos a otros a todo trapo durante dos semanas, admirad las riberas de doradísima arena que el sol hace lucir como oro fino, los islotes con altos árboles cargados de las aéreas chozas de nativos desnudos que huyen tímidos al vernos. Pensad en la delicia con la cual avistamos en nuestro curso delfines de agua dulce que parecen prometernos una amable travesía, o el amor con el que siguen nuestra estela perros de agua como si quisieran oír el madrigal con el que de nuevo acompaño nuestra entrada en Arcadia:

*Fortune my foe...*

¿Creéis algo cascada mi voz? Y sin embargo, alguna vez canté con el viejo William Byrd, organista de la capilla real. Y a veces, entre las luminosas ondas del río, no desdeñaba hacerme la segunda voz el propio Watt, el impulsivo hijo de Raleigh. Mas, el día de Año Nuevo cambié el amable laúd por el pesado tambor cuando desembarcamos para tomar por tierra Santo Tomé de Guayana, el nuevo poblado que antes de morir fundó el voluntarioso anciano Antonio de Berrío en la confluencia de los ríos Caroní y Orenoque, para cerrarnos el paso a El Dorado.

Vednos, pues, en ese auspicioso primer día de este año de 1618 chapoteando en las húmedas riberas, acarreando armas y pertrechos sobre desmesuradas piedras del tamaño de colinas, mientras los pataches siguen aguas arriba para cañonear al poblado desde el río. Miradnos marchar entre nubes de aves parleras, que con su algarabía parecen cantar a la vez las melodías todas del orbe, que con sus alas casi oscurecen el rápido crepúsculo. Imaginad que al

caer de la noche oís con nosotros el canto de los gallos que anuncia el poblado, el estampido de un cañoncito pedrero con el que desde las orillas de Santo Tomé le disparan a nuestros pataches. Pensad que alzo las pesadas baquetas, que golpeo con ellas el tambor que resuena como un eco del cañonazo, que marco el paso redoblado, que nos lanzamos contra el villorrio, que el tambor de los españoles parece contestar mi redoble. Escuchad el bramido de nuestras seiscientas gargantas vitoreando a San Jorge, oíd a lo lejos las desmayadas voces del medio centenar de españoles invocando a Sant Iago. Vedlos replegarse hacia su caserío, deteniéndose de cuando en cuando para dispararnos un mosquetazo. Contemplad el compacto erizo de nuestras lanzas que los empuja por las callejuelas de su ranchería. Y ved, aunque la noche cae, el lucir de espadas y de rodelas; parpadead, si gustáis, ante las chispas del choque de metales; acompañad la imperiosa música de mi tambor, que toca más alto y más fuerte que el de los tamborileros de la Torre de Londres en el cambio de guardia. Sorprendeos, en fin, de sentir pasar junto a mí como una exhalación, todo penachos y tintineos de armas nuevas, al impetuoso Watt, decidido a no ser el último en la gloria de aquella primera batalla por El Dorado. Vedlo, como yo en ese instante lo veía, alocado, en plena furia de la mocedad, dando voces, repartiendo mandobles; mirad a un capitán español que le descarga en la cabeza feroz culatazo. Imaginadlo, sorprendido por el golpe en pleno fragor de la batalla y de la vida. Contemplad a su vez al sargento John Plessington atravesar al capitán español con su alabarda. Y sentid ahora que, como en un sueño, cae ante mí el joven Watt, segado cual débil caña, y que cuando me inclino para auxiliarlo apenas musita: Señor, ten compasión de mí y haz prosperar tu causa.

Pensad ahora en los hierros que acribillan al homicida español, oíd las imprecaciones de nuestra justa cólera, figuraos cómo a mi lado se arrodilla el viejo comandante Keymis y sacude el pálido cuerpo del mozo Watt, esperando encontrar una chispa de vida en sus ojos en blanco. Representaos que aprovechando nuestro desconcierto los españoles se repliegan a una gran casa junto a la plaza del mercado, sentid en qué forma desde las troneras abiertas en las paredes nos disparan a gusto con sus arcabuces, golpeándonos en plena noche con una muerte que llega sin aviso, hasta que revienta una vez más el fogonazo de su cañón pedrero.

Escuchad nuestros ayes. Vednos replegarnos contra las órdenes de nuestros capitanes hacia las miserables casuchas en cada uno de cuyos cuartos a oscuras puede esperarnos una emboscada; mirad cómo uno de nuestros capitanes arroja una tea que incendia los techos de paja del villorrio y prende en los bultos de tabaco que arden entre una picante humareda, oíd los gritos de mujeres y de enfermos, sentid cómo los españoles todavía nos asestan otra descarga desde su refugio. Vednos, reagrupados, irrumpir en la plaza, avanzar a la luz de las llamas, relumbrantes espadas, picas y partesanas, sacar de un rancho a un cura tullido que no puede escapar del fuego. Vednos tomar posiciones en las casuchas, acribillar todavía a tiros la casa fuerte antes de comprender que los españoles, aprovechando la confusión del incendio, huyen hacia la circundante selva, desde donde nos estorban con espaciados disparos.

Y aquí, en medio de este confuso brotar de humaredas y de llamas, permitid hablar a vuestro humilde musiquillo que redobla el gran tambor viendo cómo en las paredes se multiplican nuestras temblorosas sombras. Yo, John Doe,

no soy hoy más que sombra de aquel John Doe que hace veintidós años navegó este mismo río, y sombra también del que hace nueve meses redoblaba el tambor en sus orillas. Así como, tras iniciar un madrigal y exponer las primeras estrofas de tres líneas con la misma música, adviene un refrán o ritornelo de dos líneas con música diferente, pero que en su contrapunto delicado parece amplificar o recapitular la melodía primera, así yo, John Doe, y maese Keymis, y los hombres que incendian y disparan, meramente repetimos nuestra ya remota aventura de 1595. Pero, al igual que los oscuros fantasmas que corren por las paredes, no somos más que nuestras propias sombras. Sombra de sí mismo el achacoso maese Raleigh, y sombra de Raleigh el encorvado maese Keymis, que no ha hecho más que seguirlo en todas sus empresas; y yo, John Doe, que con mi tambor repito una y otra vez el redoble de la marcha, repetición y quizá eco de aquel John Doe, adentrándome en la coda de una melodía que agota sus variaciones.

Y así, mecánicamente repitiendo el redoble, entre la fugaz danza de las sombras, me pregunto si no somos más que, generación tras generación, variación de una misma melodía que ya ha agotado su potencial, y a la cual sería inútil acumular nuevas variantes, debiendo en cambio purificar, limpiar, regresar hasta el tema original y quizá la nota única.

Pues, ¿por qué acompañé de nuevo al insensato Raleigh a los mundos que Dios olvidó crear del todo, a esas oscuras tierras anteriores al pecado e incluso a la inocencia? Así como el alquimista Keymis buscaba la Madre del Oro, que en su laborioso parto alumbró al rey de los metales, yo buscaba los rumores: algún sonido aún no corrompido y como una gema puro.

¿Pues acaso ha de ser vil metal El Dorado? ¿Quizá un aroma? ¿Y por qué no un sabor? ¿O un tacto? ¿Un color? ¿Una nota purísima?

O inútilmente he pasado mi vida adornando la música mas en mi desposesión descubro que el alma del mundo solo canta sonidos puros.

Creedme, sí, estos pensamientos ocurren en medio de la batalla, y cada hombre, perdido en la confusión de su persona, apenas sabe del combate más que por las contradictorias voces de mando y los quejidos.

Entonces, entre la humareda todo perdió su forma y los disparos de los españoles fugitivos entre la selva se hicieron más distantes y espaciados.

Y al suspender el redoble de mi tambor en medio del humo que robaba a las cosas todas sus formas, sentí yo, John Doe, la música de la noche que cantaban infinitas criaturas, ajenas a nuestro desacompasado tumulto: y escuché entonces el anuncio precioso de El Dorado.

¿Pues qué otra cosa eran las gemas de los croares y los ópalos de los chasquidos y la seda del aleteo de los pájaros nocturnos? ¿Y qué la puñalada del canto de los gallos? ¿Y no acaso aurífera cascada el chapotear de aguas y entrechocar de corrientes y el apresurado andar de las hormigas? No, no digo que eran la música todavía por venir: sino su anuncio, su introito, su obertura: en ella marcaba magníficos intervalos el crepitar de las cañas al arder en las techumbres y el estallar de los postes de madera de los ranchos y el quejumbroso siseo de las chispas: pero no era todo ello más que el ritmo de una voz hecha de vacío dispuesta a callar ante el primer acorde o la voz originaria.

Mas ¡ah! Pensad en la noche despejada y la silenciosa armonía de los astros. Y aunque cubierta por la bruma del

incendio, ¿la sonoridad de ese firmamento, quién podría cantarla?

Allí escuché intensificarse hasta lo insoportable el innumerable canto de los astros: dellos cada uno añadiendo su voz a la melodía, e incorporándose una tras otra estrellas que jamás pude ver, hasta hacer de la noche un armónico e intensificado puntear de voces: más numerosas y distintas cada una de ellas que las desta ciudad populosa y las de las ciudades todas del orbe: innumerables más que las olas: interrumpidas por el alarido de las exhalaciones y el crescendo o el decrescendo de la nebulosa voz de los cometas:

Hacia el cenit, en el centro del coro celeste, arrullado por el canto de la pesada ballena, el bramar del impetuoso Aries y la quejumbre del melancólico Saturno

Surgiendo apenas, hacia el Leste: el rugiente coro de las estrellas del León con la vibrante lengua de Regulus; bajo sus garras la voz plateada de la luna: sobre él, abiertas sus crujientes tenazas, el ominoso Cáncer: y elevándose en el abismo de la tiniebla, el quejumbroso dúo de las voces de Cástor y Pólux, los gemelos celestes

¡Y qué decir del río de voces del Camino de Santiago, Orinoco estelar en cuya otra orilla, sin poder alcanzar a los gemelos que se hunden en el vacío, extiende su desgarrada voz Orión, el arquero celeste, a quien los salvajes destas tierras llaman Pietemmu, el Señor de los Cielos! Y tras él, el ladrido de Sirio, y el grave tono de Aldebarán, mugiendo fulgor desde la cornamenta del Toro

Entrelazadas en conjuntivo dúo en el medio del coro las estrellas de Capricornio, la soberbia voz de Júpiter y el belicoso canto guerrero de Marte, planetas cuyos orbes como dos ojos ansiosos persiguen la luz del sol que agoniza en el silencioso horizonte del Ueste

¡Oh celeste nunca oída armonía!

Aturdido por la multitud de voces cuyo canto ya no iba a abandonarme nunca, empecé a marchar hacia la selva entre las turbias humaredas: me detuvo John Plessington, atrapándome con sus brazos empapados en tibia sangre, llevándome a la retumbante oquedad del templo, que nuestros mercenarios acababan de tomar y hacia el cual arrastraban ruidosamente a los heridos.

Pregunté que cuándo se disiparía la espesa bruma de la humareda del incendio, escuché el crepitar de una antorcha consumiéndose, sentí su calor en las mejillas, escuché el grito de John Plessington: ¡Por Dios, John Doe! ¡Os han cegado!

Mas yo sabía que no era así: que absorbo en el iluminado canto de las voces, jamás necesitaría ya otra visión en el mundo.

Narrado lo cual ¿con qué puedo maravillaros? ¿Con el mísero tintinear de los seiscientos reales que contó uno a uno sir Larry Keymis sacándolos de un viejo arcón con olor a quemado? ¿Con el resonar tristísimo de media barra de oro y el entrechocar de un cáliz y tres candelabros que hallaron en la iglesia? ¿Con el caer al piso de un aguamanil de plata? ¿Con el resonar de doscientas treinta hachas de hierro que los españoles tenían para hacer trueque con los indios? ¿Con el destemplado cantar de una docena de gallos de pelea que se desafiaban en el corral? ¿Con la quejumbre de tres negros y un mozo criado portugués al ser preguntados a rebencazos por minas, templos de plata, montañas de oro? ¿Con el balbuceo de un indio ladino llamado Pedro, a quien por comprar su amistad dimos el traje de un español muerto? ¿Con el lloriqueo de otro indio llamado Cristóbal, del pueblo de Sogamoso, a quien embarcamos luego con nosotros,

y que aquí nos ayuda a cargar las angarillas, mirádonos con miedo? ¿Con el llanto de tres indias prisioneras, que al amanecer reconocieron ser el gobernador Diego Palomeque de Acuña un muerto alto, barbado, que había caído con la cabeza abierta hasta la quijada al pie de un gran árbol que ellos llaman ceiba?

No: en cambio: oíd: ese golpe hiriente del hierro de la pala que abre dos fosas en el piso de la iglesia: el fofó redoble de los tambores destemplados: ese repiquetear de las lanzas y de las rodela mientras las compañías dan tres vueltas a la plaza, arrastrando las picas y cinco estandartes, crujiendo en los hombros de los soldados acorazados las tablas en las cuales van los cuerpos de los cinco capitanes: oíd: las furiosas salvas de homenaje de la mosquetería: escuchad: el caer de los cuerpos de Watt y de otro capitán en la fosa en el sitio que por el retumbo de los ecos ha de ser el altar mayor: oíd: el desplomarse de los cuerpos de los tres capitanes en la fosa de la puerta, hacia donde se escuchan las algarabías del río y de los pájaros: en fin: ese preciso golpear de las hachas: con el que los soldados decapitan los cadáveres de sus compañeros rasos antes de entregarlos a las aguas del río, para que ni indios ni españoles emboscados en las riberas reconozcan la gran cantidad de cadáveres ser de ingleses. Y el retumbo lejano de los disparos de las emboscadas, que nos mantienen encerrados en la aldea con diarias y continuas alarmas.

Escuchad, así, el lamento de los tripulantes de la piragua de treinta hombres que regresa después de salir río arriba con sir Lawrence Keymis y sir William Hamdem y el jovial capitán Thornhurst y el maestre William Herbert. Figuraos el estertor de agonizante del capitán Thornhurst

mientras cuenta cómo los acribillaron españoles e indios. Pensad en el ataque que días después nos hacen los españoles, derribándonos con mosquetazos certeros. Acompañados en la escucha de los disparos lejanos que diezman a las partidas que salen a recoger alimentos en las haciendas cercanas. Figuraos el silencio con el que desaparecen los pelotones exterminados por los dardos inaudibles de los indios aliados de los españoles. Escuchadnos, en fin, incendiar nosotros mismos los restos de la ciudad, sentid cómo nos embarcamos en pataches, pinazas y lanchas para retirarnos río abajo hacia el mar donde nos espera la flota, dejando en las aguas del río doscientos cincuenta mozos: arcabuceados: flechados: muertos de enfermedad o en insensatas riñas: cuyos cuerpos decapitados los vigías redescubren luego flotando y dando vueltas en las turbias aguas del río: señalando cómo se nos adelantan o atrasan en las aguas: perseguidos esta vez, no por los delfines, sino por los caimanes: ¡oh la música de los cuerpos disgregados!

No tan diferente, creedme, de la de los cuerpos vivos y animados. Pues cuando los vigías no descubrían cadáveres de ingleses en las aguas, creían atisbar cuerpos desnudos entre las espesuras lejanas de la orilla: fugitivos como ciervos: como monos ágiles: lucientes como llamaradas: y escuchaba yo su canto: adentrándome certeramente en sus gargantas y en las cataratas de los ríos en donde bebieron: sintiendo el palpitar de sus corazones esquivos y los ríos de sus sangres: hasta que los vigías dijeron ver, en un peñasco batido por las aguas turbulentas del río, un hombre que gritaba.

¡Sí, un hombre gritaba en el medio del río! ¡Dijeron los vigías estar desnudo el tal hombre y su piel pintada de rojo como una llama viva! ¡Pensad en nuestro asombro al oír ala-

ridos en cristiano inglés! ¡Medid la estupefacción de nuestro comandante al discernir que desde lejos lo llamaba por su nombre, Larry Keymis! ¡El cielo me confunda si no reconocí rugir, en un inglés arcaico y como desfigurado por un maravilloso ritmo danzante, la voz de quien había sido dejado allí veintidós años antes por nuestro amo Raleigh como embajador ante El Dorado, el infeliz pajecillo Hugh Godwin!

Y escuchadlo, en medio del remolinear de las aguas, pedir a maese Keymis las armas ofrecidas veintidós años antes por Raleigh a su pueblo, las Gentes, para luchar contra los españoles. Y oíd a Keymis, con voz cansada, contestar que tal entrega de armas solo podía ser autorizada por el mismo sir Raleigh en su nave almirante llamada *Destino*. Y escuchad al salvaje gritar palabras llenas de cantarinas vocales hacia las espesuras. Y sentidnos adivinar que en ese momento centenares de dardos envenenados que nos apuntaban bajan al suelo. Y escuchad el golpe de los pies del salvaje que tras ágil salto cae sobre la cubierta de nuestra pinaza. Y sentidlos venir hacia mí, hacia vuestro servidor John Doe, empapado, herido, maravillado por los extraños tonos de voz del hombre de sangre, por las músicas curiosas de las voces de su idioma salvaje. Y sentid cómo el hombre salvaje toca, acaricia, no a mí, sino a mi roto laúd, como extrañado de no escuchar surgir de él la música que hacía sonar veinte años antes, y dice una palabra en su bestial idioma:

—Palanakali.

Pues eso somos, en el agreste idioma de las Gentes de las selvas: Espíritus del mar. Escuchad cómo, arrastradas las chapoteantes naves por las caudalosas aguas, en menos de seis días estos casi desvaídos espíritus navegamos por la salida de las bocas del Orinoco, el centenar cumplido de ellas cantando un centenar de cantos, y estrellando sus

voces contra el coro del tumulto del mar, el escondido golpe de olas y contraolas y resacas y abismos, que nos zarandean hasta recostar nuestras bordas con sordo choque contra las de la enorme nave llamada *Destino*.

Y ahora prestad atención al tardo crujir de la escala a medida que Keymis la sube con lentos movimientos. Pensad en el anciano Raleigh que lo espera en la recámara del capitán, entre los míseros frutos de la conquista de El Dorado. Oled conmigo naranjas, limones, algunos rollos de tabaco. Escuchad el rencoroso canto de un gallo de pelea, el removerse de una tortuga vuelta boca arriba que aletea sin saber que ya no hay esperanza. Oíd a Raleigh cojear de un lado a otro de su camarote, cuya puerta ha dejado abierta, pues quiere que todos le escuchen gritar a Lawrence Keymis como quien grita a una sombra, o mejor, a un eco: ¿Por qué no había abierto la mina? ¿Por qué no desafió a los españoles que permanecían entre la manigua y la mina, sin acobardarse por sus diarias y perpetuas alarmas? ¿Por qué, si después de muerto su hijo Watt para nada importaba que se perdieran los comandantes y cien hombres? ¿Por qué no traer aunque fuera tan solo un quintal de roca de oro, para dar satisfacción a Su Majestad, preservar la reputación del almirante y dar a Inglaterra estímulo para regresar dentro de un año, con una fuerza más grande?

Y ahora, aguzad vuestros atentos oídos para percibir el eco de la voz de maese Keymis: Porque no hay ni nunca hubo tal mina.

Y hete aquí de nuevo a maese Raleigh gritándole o mejor, tronándole: Yo desautorizo vuestras fantasías. Con vuestra testarudez me habéis arruinado, y yo no amparo ni favorezco vuestra anterior locura.

Y una vez más la voz o mejor el soplo de maese Key-  
mis: Yo no sé entonces, señor, qué vía tomar.

Figuraos, pues, con benevolente imaginación cómo sir  
Larry deja el camarote del capitán y se dirige a su recáma-  
ra con pisadas que parecen no sostener peso. Imaginad el  
cerrar de la puerta, los discretos ruidos de un hombre que  
se derrumba en la litera. Imaginad mi alarma al escuchar  
el chasquido del percutor de una pistola. Mas ya Raleigh  
truená de nuevo, contra el salvaje que hace veintidós años  
fuera el infeliz pajecillo Hugh Godwin:

—No pides armas para luchar contra los españoles  
antes de nuestro ataque, sino después de nuestra derrota.

—Hace cuatro años la Gente, los arawak y los warao  
atacamos juntos Santo Tomé. Por falta de armas nos de-  
rrotaron juntos.

—No quieres el triunfo de los españoles, pero tam-  
poco la victoria de Raleigh.

—Hace veintidós años Raleigh prometió a Topiawari  
armas. Cumplimos nuestra palabra. Raleigh debe cumplir  
la suya.

—¿Es palabra la dada a seres bestiales, pintados de  
rojo?

—Al saber de tu invasión Diego Palomeque de Acuña  
envió mensajeros pidiendo refuerzos al Reino de la Nueva  
Granada. Las Gentes moriremos combatiendo desarma-  
dos a los españoles de los que huyes.

—¿Es palabra la dada por Raleigh, padre, y ahora es-  
cuchada por un viejo que acaba de perder su retoño?

—No eres el único que ha perdido hijos en guerra.

Resuena un estampido. Se levantan voces: grita un  
paje. Vocea un oficial que maese Keymis se disparó la  
pistola en el pecho y se ha clavado una daga. Mas, oíd

apresurarse los pasos cojos de Raleigh, y el agolparse de los oficiales en el camarote de Keymis. Pensad en la alarma del hombre pintado de sangre, pensad en su salto al ver los marinos que cargan fuera del camarote el cuerpo de Keymis y lo tienden en cubierta. Imaginad el tumulto de la marinería que cae encima del salvaje cuando este intenta saltar por la borda, escuchad a Raleigh gritarle: Así como no veré más a mi hijo ni a mi amigo, tampoco verás más amigos ni hijos.

Y luego, deteniéndose ante el cuerpo de Larry, murmurar para sí:

—El tenía esa testaruda resolución, y era un hombre que estuvo muy lejos de importarle agradecer o dar satisfacción a nadie.

¡Y yo los acompañé en el asalto de Cádiz mientras avanzaban con velas desplegadas, cantando junto con maese John Donne su poema al jardín de Twicknam!:

Probad las lágrimas de vuestra amante

Falsas son si no tienen el exacto sabor de las mías

Sí, dejad correr vuestras lágrimas, niñas gentiles, y vosotros también, mozalbetes. No os puedo decir si sir Raleigh nos volvió las espaldas por ocultar las suyas, o por dureza de corazón. Los capitanes Wollaston y Whitney, presentes en consejo de guerra, se retiraron lentamente del puente ensangrentado del *Destino*. Nos dejaron hacia sus naves, en las cuales desertaron de la flota. Pues creedme: así como en una pieza concertada cada músico va terminando su parte y dejando de lado el ya silencioso instrumento, así en el viaje de regreso se separaron de nosotros el capitán Whitney con el crujiente *Encounter* y el capitán Wollaston con el chapo-

teante *Confidence*, y otros cinco barcos fueron abandonados para piratear por su cuenta, hasta que de las catorce naves con que partimos, quedó nuestra flota reducida al *Jason* del capitán Pennington y al pesado *Destino*.

Y a medida que desaparecían en las olas los lejanos griteríos y los quejidos de hambre y de miedo de las marinerías que nos abandonaban, surgían del horizonte las voces magníficas de los astros, cuya música acompañaba toda la noche con mi canto sin que nadie se atreviera a callarme. Salvo que repetía esas voces el salvaje amarrado cerca del mascarón de proa, aprendiendo el sonoro camino que para su regreso le dejaban las constelaciones que él llamaba Pia y Pietemmu: el Señor de los Cielos. No queráis que os repita ahora ese terrible canto: solo la noche y la tumultuosa mar lo hacen soportable: solo el compacto coro de las luminarias que aparecen en el Septentrión puede explicar cómo cada noche mis oídos y mi garganta se encendían con una nueva voz, mientras cada vez más enmudecía el atado salvaje, a medida que desaparecían y se perdían bajo el silencioso horizonte las estrellas de sus cielos selváticos.

Un barco que regresa sin botín esparce la tristeza de la peste. Al anclar en el bullicioso Plymouth los marinos y los fabulosos conquistadores de El Dorado desertaron al no recibir sus pagas. Apenas quedamos yo y unos pocos criados y el hombre pintado de sangre para cargar los baúles del equipaje de Raleigh a la chalupa. Sí, creedme: me privilegiaba como criado: mi ceguera me impedía ver en su rostro la sombra de la ruina. Una orden de prisión firmada por el rey Jacobo lo esperaba. Con Raleigh huimos hasta Greenwich, donde lo entregó un agente francés, para que fuera remitido a esta rica y hermosa villa de Londres.

Pues sabed, nobles gentes, que el astuto Diego Sarmiento de Acuña, el embajador de España, es pariente de Diego Palomeque de Acuña, el gobernador de Santo Tomé cuyo cuerpo quedó tendido en la plaza de su poblado en llamas. Y que fue gran locura de nuestro amo sir Walter incendiar ciudades de España, con quien estamos en paz desde 1603, año de la muerte de nuestra amada soberana Isabel. El embajador de España solicitó justicia ante nuestro noble Rey, a quien Dios guarde; nuestro magnánimo soberano ordenó para sir Raleigh, no un nuevo juicio, no, sino ejecutar la sentencia por conspiración suspendida desde doce años antes. Y ved, noble pueblo, cómo de aquel grande entre los grandes huyen cortesanos y financistas y parásitos, y apenas quedamos para servirle y facilitarle sus últimos días en la Torre Sangrienta yo, su mal pagado músico, el prisionero Cristobalillo y su antiguo pajecillo, el infeliz Hugh Godwin, que ahora se cubre del frío con los harapos de un marinero muerto. ¿Veis cómo voltea a mirarme cuando escucha su antiguo nombre entre cristianos? ¿Entendéis que es en verdad un prodigioso hombre salvaje, a pesar de que el mar y la helada lluvia han quizá desprendido de su piel el tinte de sangre? ¿No es esta una conmovedora historia de los lejanos bosques donde lanza la amazona su certero dardo y ululan hombres con cabeza de perro? ¿Acaso no merece la más mínima moneda de vuestros generosos corazones?

No os marchéis todavía, distinguido pueblo de Londres, aguadores del Támesis, panaderos de Fleet Street, pillos del Strand, bonitas mozas de las calles e incluso vosotros, cazaconejos que practicáis la carta marcada y el sigiloso robo con garfios. Esperad antes de dirigiros hacia los burdeles y los teatros del Sur, hacia las tabernas

de Bankside. Dejadme un instante aún sentir el rumor de vuestras ropas, el chirriar de vuestros gastados calzados, el estornudar de vuestras enrojecidos gaznates. Y en vuestro gritar de multitud, la polifonía perversa del graznido, el grito, el esgarrar para el gargajo y el cacareo y el balido y el rugir y la secreta música del respirar. Aún tengo algo que deciros. Mirad que equivocados esperáis un cielo: pues los coros arcangélicos somos ya: y el regüeldo y el mover de tripas y el toser y el llorar son nuestro canto: al cual no dejan de unirse en el angustioso alaridar de sus pesadillas los durmientes. ¡Mas! ¿Quién supiera discernir esta música? ¿Quién del sublime tumulto tener podría la clave? ¿Quién escuchar la armonía de la palabra adánicamente libre del pecado del sentido? ¿Y desnuda? Pues en los pájaros nos escuchamos cantar antes de la caída. Y en el clamor del rencoroso gallo de combate que aletea en mi hombro celebramos la muerte. Y en el trueno gritamos antes de la conciencia. Y en el viento decimos las voces todas del mundo. Y nuestro nombre es el ruido. ¿Y qué blasfemia desliza esa música en el oído, encubierta bajo el velo de su transparencia? ¿Qué pecado nos dice, y pecamos acaso al no escucharlo? ¿No es causa de pavor ese idioma sin nombres? ¿Esos verbos sin acto? Pues, ¿quien canta, no es ángel? ¿Y quien crea, no es Dios? ¿Y habrá un alma, que no sea Paraíso?

Vednos aquí, en resumen, haciendo un descanso en el largo camino durante el cual tenemos que cargar con estas angarillas, a vuestro servidor el músico John Doe, al indio Cristobalillo, al salvaje pintado de sangre que antes fue el infeliz pajecillo Hugh Godwin y al ayudante del verdugo, el único que conoce y puede ver el camino desde el Old Palace Yard hasta la casa donde espera la esposa de Raleigh. Y ved

aquí a este hombre que al mundo acarició como quien toca una apetitosa fruta, a quien rindiéronse todas las damas y todos los talentos: no es ya más que un despojo que llevamos en angarillas deteniéndonos de cuando en cuando para confortar el cuerpo aterido y el alma dolorida con alguna misericordiosa copa que vuestra caridad quiera pagarnos. A vosotros os hablo, mercaderes que contáis vuestros peniques sobre las tumbas en la Catedral de San Pablo ¿No se le ofrecen tragos acaso hasta a los sepultureros, gente casi tan baja como músicos y salvajes? Llenad, pues, con vuestra generosidad este deshilachado sombrero; pues quedan desde esta mañana la Inglaterra sin uno de sus soles, y la mar sin uno de sus Perros, y estos humildes servidores sin amo. Y, si sois generosos, por unos instantes levantaré ante vosotros este sangriento trapo, y os dejaré ver. ¡Hela aquí! ¡Esta es la mustia cabeza de Raleigh, que fue sire, y favorito, y sabio, y poeta, y Emperador de El Dorado, y Dios, y ahora es nada!



**A**cabas de devolverme a mi marido Walter Raleigh. Los Señores que me negaron su vida me entregan su cuerpo. Que Dios me conserve en mi juicio. Se supone que yo, Elizabeth Throckmorton, debería amar este cuerpo dividido. Él a su vez a nadie amó, salvo a sí mismo. Y este amor qué atormentado fue, qué lleno de dudas. Oh, cómo siempre y durante tanto tiempo luché en vano en su afecto contra ese rival que era él mismo, o ese alto ser a quien en vano tanto quiso parecerse. Toda la vida acumuló gestos para ser digno de su propio amor, sin alcanzarlo. Estas son reflexiones que nunca una esposa debe decir en voz alta ante su esposo, ni siquiera muerto. Ante vos las hago, Hugh Godwin, porque veintidós años pasados entre salvajes os han privado del entendimiento y hasta de la figura de humano.

¿Qué debo deciros a vos, Hugh, el más a mano entre los criados para cargar en angarillas el decapitado cuerpo de Walter? Mucho tiempo ha pasado desde que él os encontró en la campaña de Cornualles aquel nuboso verano de 1588 cuando venía la Armada de España, y os agarró por la nuca como se alza un gatito de la camada, y os dio alas de cartón y arco y flechas doradas para convertirnos en un mensajero y un regalo.

Pues era tiempo, sí, de regalos. La flota mandada por lord Howard de Eppingham había dispersado la Armada católica de los españoles, y las tormentas hicieron lo demás. Toda la corte era un resonar de voces jubilosas como campanas. Se contaba que veinticuatro grandes galeones fueron despedazados por las tormentas contra los

acantilados de Escocia y de Irlanda; que más de mil quinientos náufragos que llegaron a las costas fueron degollados o ahorcados. Ocho días después que los marinos ingleses triunfaron de los españoles, las damas de la corte buscamos entre los tres mil trajes de nuestra buena Reina Elizabeth I el blanco de armiño y la vestimos con él y le impusimos el medallón engastado en rubíes, diamantes y perlas que le regaló Francis Drake y ayudamos a ajustarle la armadura de plata forjada por Kettle y el yelmo con el blanco penacho y ayudamos a montarla sobre el blanco caballo en el cual habría de cabalgar hasta el campamento de Tilbury para incitar a las tropas a combatir en una batalla que los marinos habían ganado días antes. Dijo allí tener, aunque débil mujer, corazón y entrañas de Rey. Eran en verdad necesarias. Semanas después me contó el almirante Howard de Eppingham que durante esa arenga morían las tripulaciones inglesas en los mares del Norte, diezmadas por la falta de municiones y alimentos que los administradores avaros les habían escatimado al enviarlos a la muerte. «El coraje de todo hombre sangra, al ver a los que sirvieron con tanto valor morir tan miserablemente», me susurró el viejo almirante, que tanto gustaba de pavorearse ante las jóvenes.

Pero en aquel momento solo sabía yo de las trompetas triunfales, de la aburrida extensión de la arenga, de la cara de la soberana agobiada de colorete y de polvos de arroz, del molesto brillo de la armadura, del pesado perfume que la envolvía siguiéndola a todas partes como una nube de incienso. Sonreí, de acuerdo con la continencia exigida en una dama de corte, perteneciente a la problemática familia de los Throckmorton, en parte anglicana y fiel como mi padre el embajador Nicolás, en parte papista y metida en

conspiraciones y vinculada al partido de Francia; familia de la cual era conveniente tener una heredera en la corte en el ambiguo papel de criada o quizá de rehén. Tras aquella tardía arenga a las tropas vino el oficio religioso solemne y el cántico de la *songe* compuesta por la soberana misma que marcó el comienzo de las celebraciones:

Subió mi alma a lo sagrado  
 Cantó el elogio de su fuerza  
 Por quitar ánimo a los príncipes  
 Y obrar milagros en mis días  
 pues hizo alzarse vientos y aguas  
 y dispersó a mis adversarios

Entonces fue en una de esas celebraciones donde por primera vez os vi, Hugh. Así como los marinos habían derrotado la Armada Española rondando y muriendo en las aguas del Canal, Ella celebraba el triunfo rondando con su corte espléndida y hambrienta las mansiones de la nobleza: Reina de una suntuosa colmena de zánganos, caía sobre los panales de las heredades campestres para exprimirlos en melíferos festejos más ruinosos y divertidos que el impuesto. Y en cada mansión éramos recibidos con músicas, y representaciones, y una fastuosa mascarada.

Allí caíamos, luciendo los encajes tejiendo los cuales enceguecían las muchachas flamencas, el puñal de luz de las pedrerías, el brillo de abismo de las perlas. Empolvadas, enmascaradas, engalanadas, así irrumpíamos, y tras de nosotras los palafreneros, y los criados, y los músicos, y los mastines, y los poetas, y los enanos, y las mascotas, y los actores, todos circundando Su Gloria como en una planetaria corte en la cual la distancia hiciera a cada astro más ínfimo,

hasta llegar a esas solitarias piedras que vagan por los cielos y caen sobre la cabeza de los tontos en forma de exhalaciones. Sí, fue en la mascarada que para la Reina ofreció el conde de Hertford en Eveltham donde te vi por primera vez. Durante meses los siervos del conde habían sido obligados a cavar un foso en forma de media luna con tres islas, en la primera la escenografía de un castillo, en la segunda la de una cumbre embanderada, en la tercera cuatro cañones. Con desviadas acequias fue inundado; una compañía de cómicos tiritando en aquella laguna representaba al Rey Nereo y su corte de tritones, que prorrumpían en una fanfarria de sus caracolas para anunciar la inminente presencia de la Reina de la Luna. Aquí y allá botes con remeros en tocados fantásticos proclamaban el triunfo de la Majestad sobre las olas; una pinaza cargada de músicos y de culebrinas navegaba cadenciosa llevando en la proa una moza vestida de Reina, portando en la mano un reloj de arena que proclamaba su triunfo sobre el tiempo. A medida que caía la tarde se representó sobre las aguas un combate mientras tosían los tritones y se ahogaba un músico borracho. Con fuegos de salva tronaron los cañones de islas y baluartes; en el momento culminante hicimos nuestra aparición las damas precediéndola a Ella, transportada en elevada silla de manos cuyas barras disputábanse el anfitrión conde de Hertford, el lord del Tesoro Burghley, el lord chambelán conde de Oxford, el secretario de Estado sir Francis Walsingham, el conde de Essex Robert Devereux y el duque de Cornualles y capitán de la guardia sir Walter Raleigh. Representando como en una alegoría ya el anuncio de la adulación nueva, ya el cuarto creciente de la avaricia, ora la llena plenitud del favorito triunfante, ya el cuarto menguante del favor perdido, ya el eclipse del favorito cuyo tiempo ha pasado. Seguía una procesión de lacayos

entre la niebla. Luego otra procesión de mastines enseñando los dientes. Los monteros cargaban, atados sobre largas varas, los ciervos de cuyas bocas asomaban largas lenguas sangrientas. Pájaros rápidos cruzaban entre los árboles. Un bufón se retorcía en el suelo. Ni el relente de la noche que entraba, ni el olor de resina de los hachones ni el de la sangre de los ciervos cazados disipaba el pesado aroma del perfume que envolvía a la soberana como un vaho. Y desde el bosque avanzó la procesión bajo el magnífico arco plateado de la luna.

Una lejana voz femenina cantó el amor y la belleza y el paso del tiempo y el nombre de un poblado y las flores. Una oculta orquesta la acompañaba. ¿Cómo es que a pesar del estruendo de los músicos y del fulgor de las antorchas vuelve esa tarde a mi memoria como levedad, arpa, algún laúd, flautas, una danza, un giro, una cinta en el aire, un peinecillo de oro, un murmurar, un sueño? Una voz masculina cantó los pesados versos de Edmund Spenser que equiparaban a la Reina a Titania, a Cintia, a Gloriana y a la Diosa Artemisa y a la Diosa Diana y a la Luna:

Oh Diosa celestialmente brillante  
 Espejo de gracia y majestad divina  
 Gran Dama de la inmensa isla  
 Lámpara Fébica que en el mundo brilla

Enmascaradas, empolvadas, llenas de afeites como comediantes con cintajos, las damas de honor representábamos la danza que tan pronto habría pasado. Qué seríamos, qué seríamos sin el afeite, sin el vano abolengo, y qué sin el brocado, y qué sin el sonido de los músicos ebrios. Y qué sin el instante.

Delante del cortejo de criados con la librea de Raleigh soltaron un niño semidesnudo con alas de cartón y ojos y cabellera y arco y flechas doradas. Y así en medio de las hileras de antorchas chisporroteantes avanzasteis vos, Hugh, provocando en la procesión una vacilación, una angustia, un cruce de miradas. El conde de Hertford se había arruinado preparando aquella escenografía grandiosa, y he aquí que Raleigh, oportunista siempre, la usaba como marco para la adulación sutil y pagana de añadir a los signos de la esquiva diosa lunar y de la plebeya reina de las Hadas los lisonjeros atributos de Venus. Y así, Hugh, en aquella procesión convertida en teatro comenzaste a recitar con tu vocecilla de niño algún atrevido poema de Raleigh, seguramente escrito mientras bebía con Will y con Marlowe, sus licenciosos amigos de la taberna de la Sirena:

Tus vestes y calzados y tus lechos de rosas  
 Tus tocados, tus mantos, tus poemas  
 Pronto se gastan, secan y se olvidan  
 Ahítos de locura, corrompidos

Cintos de juncos y lazos de hiedra  
 Broches de coral, placas de nácar,  
 Nada de esto en ti me mueve  
 Para ir a ti, y ser tu amado

¿Cómo no sonreír al notar la aviesa mirada de Robert Devereux, el nuevo favorito, siempre temeroso de ser desplazado por el favorito menguante, Walter Raleigh? ¿Cómo no esconder con el abanico mi mohín al ver el voluptuoso gesto de Ella al advertir el cruce de miradas?

Era su misma expresión cuando, en secreto, se hacía llevar gallos de combate para gozar del placer de ver machos apuñalarse ante ella. Mas, la mirada de Ella no pudo encontrar la de Raleigh, que justamente en ese instante me miraba, duplicando la indecencia del soneto, que por igual implicaba a la Reina y a una de sus damas de corte que compartían el resonante nombre de Bess:

Pero si amor y juventud duraran  
y la alegría fuera superior al tiempo  
esas delicias mi mente aprisionaran  
para vivir contigo y ser tu amado

Y así concluiste de recitar el poema escandaloso, y dejó de tocar en su laúd el improvisado acompañamiento el maestro John Doe. ¡Grande fue el pasmo de todos, Hugh, al verte alzar el arco lunar contra la persona misma de la Soberana! ¡Enorme fue el vacilar, el echar mano a las espadas, el contenerse, no sabiendo los guardias dónde empezaba y terminaba la realidad de esa mascarada llamada reinado! ¡Inmenso el suspiro al ver la flecha partir centelleante del preciso arco, describir su parábola, plantarse certera y ambigua a medio camino entre Bess y Bess! Solo yo pude ver un ligero inclinarse del dardo vibrante, un sutil temblor por el cual su emplumado remate me señalaba.

¿Sospechó algo Bess la Reina cuando Bess la camarera se adelantó a arrancar el dardo del camino, removiendo su obstáculo, pero quizá aceptándolo? ¿Presintió algo Bess la Reina cuando otorgó la gracia de guardarse el proyectil agudo a Bess la camarera, a la vez en aceptación y rechazo ambiguo del don que era una herida?

Una oleada de rubor me invadió. Pues, ¿Qué me decía esa secreta alegoría de los poderes de la tierra sumisos ante la Diosa provecta, sino la derrota de Ella ante el olor de una dama de corte más moza? ¿Aunque, era tonta yo, Bess, criada o rehén de la familia Throckmorton en la corte de la Reina Bess? Raleigh daba ya por imposible su eterno asedio de la anciana; desesperaba de aguardar el cuarto menguante de Robert Dudley para asistir al creciente de Robert Devereux; se sabía uno más entre una infinita serie de Roberts necesarios cada uno solo para mantener en jaque y tormento a los otros, y rompía el encantado círculo de las fases lunares anotándose a una dama de corte con una dote más cercana y posible que el cetro del mundo.

Llevaste entonces el dedo a tus labios, Hugh, insinuando el secreto. Cada uno entendiolo a su modo. Robert Devereux, como complicidad renacida con el anterior favorito, que reclamó esa noche a la soberana en alaridos que hicieron temblar los cristales de sus aposentos en Eveltham, y que encendieron la cadena de pleitos y desaires que acabaría en su motín y ejecución pública. La soberana entendiolo como nombrar lo que no podía ser dicho, y sonrióse mostrando sus dientes ennegrecidos. Y de repente Ella, Elizabeth, Bess, Cintia, Gloriana, Titania, Artemisa, Diana, Venus, me miró y me preguntó: ¿Qué miras? Pues esa faz que se ofrecía al mundo entero en su halo de gorgueras de encaje consteladas de hilos de oro no temía más que el ser vista. A esa distancia la blancura de los polvos de arroz no disimulaba los cráteres de la viruela; la iluminada frente no escondía el rudimentario artificio de la peluca ni la sonrisa el terror de las caries. Y fue entendido el negro relumbrar de esos dientes como orden, como advertencia, como nueva ordenación de los rangos,

como alborada, pues, según me susurró su ahijado John Harrington, el sol relumbraba, y en la estrepitosa cena se podrían pedir favores.

Entendí yo la petición de recato del niño que fuisteis, como una súplica para guardar este silencio que solo hoy y ante vos rompo, Hugh Godwin. Ya que la soberana prohibía entre los miembros de su corte los matrimonios y con mayor razón los amoríos que no hubiera ella consentido o por mejor decir impuesto, y arriesgábamos la pérdida del favor, que en la corte de las hadas significa muerte o prisión, como la que siguió al matrimonio de Henry de Southampton con Elizabeth Vernon: siempre, como en un juego de espejos lunares, la célibe Reina Elizabeth castigando la dicha de camareras llamadas Elizabeth.

De mí puedo decir que no amé la altanería de la improvisada representación ni la sutil retórica del verso: a vos os amé, Hugh. Os amé como ama toda dama en país donde, no siendo Reina, a los dieciocho años se es vieja. ¿Por qué no ha de estar toda dama de la Reina rodeada de gozquecillos, de enanos, de pajecillos querúbicos, de seres a quienes la naturaleza inviste de intrincados celajes de apariencia para recompensarlos de su incapacidad de herir carnalmente? Mediante vos, Hugh, quería él hacer llegar mensajes de amor, cuando erais el amor vos mismo. Y yo una torpe y rica dama de corte de una reina anciana y coqueta y él un cazadotes.

Si habíais sido mensajero de amor, quizá me haría amor la gracia de teneros desde adentro: desde mi vientre, por lo que acepté la discreta aventura galante con Walter y la preñez oculta que precipitó la secreta boda que le daba derecho a mis bienes. Quería él así representar el papel de pretendiente a favorito soltero de la reina y a la vez tener mi amor

y mi fortuna conyugales para dilapidarla en el quimérico proyecto de conquistar un mundo para ser su Rey y el favorito de sí mismo. E igual que se mantuvo la pública comedia del amor de Raleigh por la anciana, se sostuvo la privada representación del amor de Walter por la dama de corte hasta que mi preñez y la murmuración hicieron caer las máscaras.

Así, la Reina de las Hadas escupió hiel cuando supo que una mortal había sido desposada. Así la estéril Diana palideció cuando supo que una moza zafia daba un hijo a Acteón antes de que lo despedazaran sus mastines. Así Elizabeth Regina abdicó del trono del amor y el deseo, que como soberana solo podía pertenecerle en mascarada y en fórmula, a favor de Elizabeth Raleigh, la camarera. Así el caballero Raleigh fue a parar a la Torre de Londres, y solo obtuvo el perdón real cuando excitó, no la real concupiscencia, sino la codicia regia para ir a conquistar el rico, bello y poderoso imperio de El Dorado, en cuya empresa perdió la primera vez el alma, y la segunda el cuerpo, que me traes hoy en angarillas, decapitado.

En voz baja, Hugh, debo decírtelo, y acaso ni decirlo. En sus últimos años Ella agonizó releiendo las cartas de amor que inútilmente le escribió Walter Raleigh. Llamada al lecho de muerte de la condesa de Nottingham, recibió de manos de esta el anillo que la Reina había entregado tras su riña en Eveltham a Robert Devereux, conde de Essex, prometiéndole que para obtener el perdón de cualquier ofensa le bastaría devolverlo a la soberana. La rencorosa condesa de Nottingham retuvo la joya cuando Essex, prisionero, la envió con ella a la Reina con una súplica de perdón contra la sentencia de muerte; Bess la Reina lo hizo ejecutar para castigar en él, más que la rebelión, la aparente soberbia de no implorar. Pedí al cielo que nunca

en mi vida me viera en la situación de dar tales alaridos. ¿Mas, qué ha hecho el tiempo conmigo? Ya soy Ella.

A mí me habéis desfigurado la vida, a vos os ha desfigurado la cara un tigre. Yo misma hubiera podido coseros mejor. Mi hijo Watt yace enterrado en la iglesia de un poblado de monos; mi esposo Walter yace dividido esperando el enterramiento grotesco al cual pocos acudirán. Mi fortuna está disipada en las mismas selvas que me quitaron esposo e hijo; y de ellas solo vuelves tú, consolidador de las uniones desventuradas, caribe, caníbal, aun más horroroso que aquel Caywerace que se decía Rey de Guayana y a quien mi marido tuvo por criado en la Torre de Londres hasta que el teniente William Wadd le prohibió los lacayos. En vez del arco lunar que disparó la saeta dorada, veintidós años más tarde portas ese horrible arco de salvaje que dispara flechas envenenadas; en lugar de la bandeleta de Cupido, esa maraña de cicatrices y esos harapos de algún marinero muerto, tan patéticos como los viejos trajes suntuosos de mi marido que los criados roban para venderlos a los actores. ¿Por qué es tan quedo el paso de la desgracia? ¿Por qué a veces tan hermosas sus apariencias? ¿Por qué tan fastuosas sus vísperas? ¿Qué tienes ya que decirme a mí, arruinada y fea y vieja, dueña solo del cuerpo de un anciano decapitado? ¿Me entiendes siquiera, salvaje o bestia, o has dejado el alma olvidada tras alguno de los árboles que cargaban ciudades, en los bosques donde ladran hombres con cabeza de perro? Ya has cumplido tu tarea. Deposita ante mí la cabeza del hombre que una vez me trajiste completo; desaparece antes que ordene a los criados soltarte los mastines que como tigres han de despedazarte antes de que vuelvas al frío, al lodo, al olvido.



Ocurrió esto la madrugada anterior a la ejecución. Acababa el señor Raleigh de escribir su último poema; terminaba de arreglarse los rizos canosos con un peine y un espejillo, miraba con aires críticos su capa; chupaba con afán su pipa de plata, que tanto molestaría al Rey, enemigo del tabaco; estudiaba la caída que menos manifestara los bordes raídos y el andar que exagerara la cojera de su pierna herida en el glorioso asalto de Cádiz. Recordaba cuánto le habían reprochado sus enemigos que asistiera a la ejecución de su rival Robert Devereux, conde de Essex; se preguntaba si aún sería lo suficientemente importante como para tener enemigos que disfrutaran de sus últimos momentos. Ensayaba sus frases finales con la devoción de un actor: Al verdugo, diré que se apresure, para que no crean mis enemigos que tiemblo de miedo, y no por el frío de la mañana. Al ver el hacha, probaré con el dedo su filo y la llamaré aguda medicina para curar todo tipo de enfermedades. Al serme ofrecida la venda para evitarme ver la sombra del hacha, diré: ¿si no temo al hierro, he de temer su sombra? Al ser orientado sobre la posición de la cabeza en el tajo, preguntaré qué importa la posición, si la intención es recta. ¿Os parece ostentación? El valor no estará en las frases, sino en que las recordaré sin tropiezo y las diré con voz firme.

Entonces le dije:

—Lo que os ha dicho el criado prisionero de sir Lawrence Keymis es cierto. A pocas jornadas de viaje de Santo

Tomé está la sede del Imperio magnífico de los hombres dorados. Ellos viajan entre la selva como un sol que asoma en la tiniebla. No solo untan de oro sus pieles: beben también oro disuelto en el néctar de las semillas de las flores de trompetas violetas, y desde entonces venlo todo dorado. Fui su prisionero: ello es sin cadenas ni fuerzas, pues en cuanto velos uno acercarse por entre el bosque umbrío es tal el embeleso conque contéplaselos, que el huir dellos fuera como el de la abeja al polen. Entonces, pasmado, queda uno en el centro del conciliábulo de hombres que son como rayos de sol. Puede que te den a beber el oro líquido: entonces verás natura como es: brillante más allá de lo admisible y aun lo resistible, mientras ellos parecen mozalbetes desnudos entre brisas frescas. Podrías unirte a ellos si lo encontraras tolerable, pero entonces no hay manera de alzar la vista a la noche estrellada sin encontrar en ella tal traza de dorados fulgores y colores tales que morirías antes de terminar de contarlos y entonces te preguntas cómo podrías soportar el día, y cómo la presencia de cualquier otro ser, transfigurado. No se puede entonces tolerar la mirada de un ojo, que es un sol cuya saeta traspásate y cuyo mirar afiébrate como calentura. En un ojo está todo dicho. No sé decirte, Raleigh, de los sonidos áureos que contienen en sí las armonías todas. Inútilmente me afano narrando: nadie que no haya estado sabe, y aun el que estuvo, olvida. Basta internarse tiempo suficiente en la selva umbría para encontrar o para ser encontrado o para que por su propio poder deje caer el mundo su decrepita máscara y relumbre como si estallara en dicha o en un secreto nombre capaz de decirlo todo. Cuando los hombres de Keymis me encontraron, todavía yo daba tropezones en pleno día, como quien deslumbrado por el sol entra en la cueva oscura y no encuentra ruta ni

quiere buscarla. He sentido que debía decirlo antes de que pisarais el cadalso, sir Raleigh: a un paso estuvisteis del Reino; las palabras os prohibieron lo inexpresable. Todo fueron pretextos para no remontar el río que a todos nos envuelve, para retiraros hasta vuestra pobre isla de nieblas, cuya verdad única es la menguante hacha de la luna.



# EL SEÑOR DE LA MUERTE



**E**L VIGÍA VOCEA LA TIERRA. Del Poniente surgen cumbrés. La tripulación tiembla. Caen unos de rodillas, otros rezan, un sirviente irlandés masculla una vieja oración papista.

—Veintiocho de enero de 1624 —dicta el capitán Thomas Warner a su hijo Edward, quien garrapatea la bitácora con sus dedos de niño. —Avistamos islas. Deben ser Saba, Statia, Nieves o San Cristóbal, como las llaman los españoles.

—También llamadas islas de los caribes —digo, rectificando media cuarta la caña del timón.

Se agolpan los marinos para mirar desde la proa. A gritos los mandan los contraмаestres a sus tareas. John Nicol se ase del palo mayor, predica:

—Hombres del mar, quiero hablaros de la vez última que vimos tierra, en los acantilados de Cornualles. Preferimos salir en la época de las borrascas de Inglaterra para llegar antes de la temporada de las grandes tormentas del Atlántico. ¿Por qué eligió Dios atormentarnos de ese modo? ¿Por qué, una vez que zarpamos y ceñimos las velas, quiso enviarnos tal viento, que nos arrastraba furiosamente hacia las murallas de piedra de la bahía y sus afilados escollos? ¿Por qué no nos dejó otra alternativa que dar bordadas, esperando con cada una de ellas ganarle algunas brazas al viento y salir al mar libre, sin lograr otra cosa que mantener difícilmente la misma posición entre los acantilados y la mar abierta? ¿Por qué mantuvo incólume y firme el ímpetu del viento, mientras nuestras fuerzas disminuían a cada instante de esos horribles tres días y esas tres noches horribles?

—Saba es un volcán —digo a Warner. —Un piloto me contó que su única ventaja es que no tiene marismas, ni fiebres del mal aire. Pero no hay sitios resguardados para anclar. Si sigue soplando así el alisio, nos batirá hasta que perdamos las anclas.

Thomas Warner asiente. Atados del palo de mesana le ladran sus dos mastines, Can y Cerbero. El mozalbete Edward los acaricia. Los canes gimen, menean la cola.

John Nicol arenga:

—Os voy a decir por qué el Ser Supremo permitió que durante esa eternidad estuviera clavada sobre nosotros la mirada de las ratas del mar, los pobladores de los acantilados, que esperaban la llegada de la Gracia de Dios, como llaman ellos a los despojos de la nave que la galerna arroja contra sus escollos y de los cuales han vivido durante generaciones. Os diré por qué durante esas tres eternidades pareció Dios sordo a nuestras súplicas, e ignoró a los que lloramos en cubierta, yo el primero y el más aterrado de todos. Y por qué hizo caso omiso de quienes ante él repasamos en el corazón nuestras miserias y nuestras excelencias. Y por qué solo cuando ya, envarados e incapaces de movernos sobre los aparejos nos sentíamos sin fuerzas para dar una sola bordada más, con un misterioso cambio de los vientos nos permitió escapar de la boca de la muerte para abrirnos paso en el emblanquecido mar.

—Diría, capitán, que en la isla mayor es más fácil encontrar agua y alimentos. Sí, en la de estribor. Los españoles la llaman San Cristóbal. Si anclamos a barlovento el viento nos castigará todo el tiempo; si se rompe un cabo de ancla, nos arrojará contra los escollos o la costa. Al sur hay un brazo de tierra, el canal que separa de esa otra isla a babor, que llaman Nieves. Quizá encontraremos detrás un resguardo.

—No me gustan esos canales entre islas tan cercanas. Debe ser un infierno de corales.

—Si sondeamos con mucho cuidado, a lo mejor encontramos un fondeadero detrás de ese brazo de costa, antes de que oscurezca.

—Ya sale la luna.

—La marea sube una o dos horas después que la luna. El flujo nos dará por lo menos media braza más de fondo. Si vamos a acercarnos, debe ser ahora.

—Mantendremos el barco en facha a barlovento. Si es posible, anclaremos lejos de la costa. Bajaremos la chalupa para sondear; navegaremos lejos de ese maldito peñasco en mitad del canal. Debe de tener escollos como una puerca cría cerditos.

—Pero juraría que al Norte del peñasco ha de haber buen fondo. Sí, es un azul profundo. Al menos veinticinco brazas.

—Todavía hay buena luz, el agua está clara. ¡Velas en facha! ¡Bajen la chalupa! ¡Godwin! —me grita el capitán. —Dices que estuviste en el mar de los caníbales. A fe mía, harías una buena cena para ellos. Dale el timón a tu relevo; toma seis remeros, sondea el canal. Habrá un pocillo de ginebra si nos señalan bien el paso. Si nos hacen encallar, los colgaré de la verga mayor.

—Dios ha querido que esta nave llegue hasta estas islas de los caníbales —grita John Nicol. —Sabedlo: indiferentemente de cada uno de vuestros pasados de ladrones o beodos o miserables o secuestrados en las tabernas o pendencieros con la piel llena de costurones: Dios mismo os ha traído con su poderosa mano. Igualmente pudo hundiros a cada paso de la monstruosa extensión de sus aguas. Y así como no se mueve en todo el océano anchuroso una sola gota sin

el permiso de Dios, sin su voluntad no llegan a estos islotes nuestro capitán Thomas Warner ni vuestro servidor John Nicol ni la última de vuestras almas miserables.

John Nicol se dirige a popa, susurra al capitán Warner. Este asiente. Nadie sabe qué es exactamente Nicol: accionista, representante de la compañía o consejero. Pero Warner lo escucha. Baja Nicol hasta el almacén, regresa con un pesado fardo a cuestras. Botamos la chalupa al mar por los pescantes, nos deslizamos por la escala. El capitán nos ordena hacerle sitio a Nicol, llevarlo a la playa al terminar el sondeo. En popa, suplica el mozalbete Edward a su padre que le permita bajar con los exploradores. Por la puerta entreabierto del camarote atisba huraña la esposa del capitán.

En la chalupa los remeros se fatigan bogando contra la corriente. El flujo de la marea corre del Oeste al Leste, retrasa la corriente de dos nudos que los alisios impulsan desde el Leste. Esto facilita al timonel que me releva navegar con cautela, con las gavias recogidas. Las olas machetean contra la proa de la chalupa. John Nicol en verdad teme al mar. A cada cresta se encoge como ante un abismo que fuera a tragárselo. A cuatro tiros de pistola del promontorio mido con el escandallo treinta pies de profundidad; más adelante, veinticinco. El fulgor del sol poniente me impide estimar a simple vista el fondo del mar que se estrella contra la piedra en forma de vaca. Alejo a gritos a los remeros del sombrío oleaje color violeta. Bajo la quilla acechan espumantes corales. En el promontorio del Sur veo colinas arenosas, una charca de agua estancada. Un ominoso arco iris luce un instante. El escandallo indica un fondo de noventa pies. Los remeros corean mi canto; el vigía de la proa lo corea al piloto quien lo repite al timonel aferrado sobre la palanca del pinzote. Solo John Nicol per-

manece silencioso. El capitán Warner ordena anclar cuando canto los cuarenta pies de profundidad, a media legua de una larga playa curva en la que la marea ascendente no deja ver ninguna huella.

Nicol me pide acercarlo a la playa. Sorteamos los corales de la bahía. Pasamos el límite de los veinticuatro, de los doce, de los diez pies. Dejamos atrás los arrecifes. La quilla de la chalupa golpea sordamente en la arenosa playa donde el viento sacude las palmeras. Piso tierra firme; el corazón me late fuertemente; creo desfallecer. En medio de un afloramiento de piedras hay una pirámide de enormes caracolas, con su rosado interior hacia los cielos. Es uno de los depósitos para recoger agua de lluvia que en todos sus puertos deja como marca la Gente.

No digo nada a los hombres que esperan tras de mí, prestos los mosquetes, sin atreverse a avanzar, mirando hacia los cocotales, las espesuras, la lejana nave anclada.

Levanto un caracol, bebo. Apenas tiene una o dos larvas que se retuercen. Después de dos meses de agua putrefacta, es como beber luz. Los marinos me miran aterrados. Al ver que no caigo al suelo retorciéndome, se arrebatan las caracolas, beben con grandes sorbos que parecen sollozos. Con gritos de triunfo derraman el agua, estrellan contra las piedras las delicadas caracolas. Con un gesto les impongo silencio.

John Nicol salta de último de la chalupa, camina vacilante por la resaca de las olas y el peso de su fardo, lo desata en la playa. Como un mercader en una feria, despliega un trapo rojo, riega en él cascabeles, cuentas, trozos de vidrio. Para evitar que el viento arrastre el trapo, pisa sus esquinas con caracolas rotas. Luego, como quien se retira del cubil de una fiera, retrocede de espaldas, agazapado, gesticula para que abordemos la chalupa.

El viento sopla con toda su fuerza, sin que lo detenga el bajo brazo de costa. Cada uno de los aguzados bordes de las caracolas deja escapar un lamento.

La campana toca a bordo para el tercer cambio de guardia. Los hombres permanecen sobre cubierta. Los excita la vista de la solitaria costa. Nadie sale a tocar el lejano trapo con baratijas. En el Poniente se ocultan las esplendorosas estrellas del Cisne. A la luz de la luna recogen las velas los gavieros. Algunos murmuran contra la orden de no desembarcar. Otros refunfuñan cuando el segundo oficial los elige para reforzar las guardias en las cofas, a popa, a proa, en las amuras de babor y estribor. Por no deslumbrar a los vigías ni delatar la posición, se dejan apagados los fanales de popa y las lámparas del camarote del capitán.

—Son las precauciones que he recomendado al capitán Warner contra los caribes. Atacan siempre a la caída de la noche o antes de amanecer.

—¿Qué sabes de los caribes? —pregunto.

Carraspea John Nicol, pasea la mirada sobre los marinos que vuelven hacia él su rostro, se acomoda sobre un rollo de cuerda, satisfecho del ávido auditorio:

—En la primavera de 1605 embarqué en el *Oliph Blossome*, nave fletada por sir Oliph Leigh, caballero de Kent. Nos mandaba a ayudar a su hermano Charles Leigh, varado en el río Wiapoco. El piloto Richard Chambers no sabía nada de estos vientos, no. En abril nos hicimos a la mar. La mayor parte del tiempo estuvimos varados con las velas colgantes en un horrible mar lleno de hierbajos. Hasta agosto no anclamos en Santa Lucía. Por no morir de hambre en el

mar, sesenta y siete de nosotros decidimos quedarnos en la isla. Regateamos con los que se iban para guardarnos la mayor cantidad de mosquetes, espadas, azadones y pólvora. El 23 de agosto se hicieron a la mar los más atrevidos. Por Dios Santo que no se ha vuelto a saber de ellos. Pescamos tortugas, hicimos trueque con los salvajes de la isla. Les compramos yuca, casabe, papas, tabaco, mameyes, gallinas, pelícanos. Vimos que tenían láminas cuadradas de oro. Les preguntamos dónde las habían conseguido. Nos señalaron una montaña al Noroeste. Salimos hacia ella. Los salvajes nos atacaron con espadas de madera. Nos arrojaron una nube de flechas. Apenas pudimos poner las mechas en las cazoletas de los mosquetes. Logramos hacerles seis descargas. Contraatacaron con tantas flechas, que no pudimos recargar las armas. Resistimos en las casas y el fuerte que habíamos levantado. Al cabo de una semana las quemaron con saetas incendiarias. Parlamentamos con medias palabras y con señas. Les cedimos hachas, cuchillos, cuentas, azadones. Nos dieron una piragua para irnos de la isla.

—Marinos que han estado en estas aguas dicen que los caribes solo atacan a quienes los molestan —le digo. —¿Les hicieron ustedes algo?

—Nada, a fe mía.

—Desembarcaron sesenta y siete hombres con armas; hicieron un fuerte, avanzaron armados hacia el centro de la isla. ¿No podían creer los isleños que se trataba de un ataque?

—Avanzar era nuestro derecho. Resistirnos, su crimen. El 26 de septiembre, fecha que jamás olvidaré, zarpamos sin mapa ni compás para orientarnos. Durante el día nos guiamos por el sol; durante la noche, por las estrellas. Uno de los marinos reconocía los luceros de Orión.

Una tormenta estuvo a punto de hundirnos, pero nos salvó de morir de sed. Avistamos una costa. Los bajos nos destrozaron la piragua. La mayoría de los marinos quedaron en un islote de arena ardiente. Yo llegué hasta la playa. Durante dos días estuvimos muriéndonos de hambre. Pero pasaron tres españoles con tres indios y tres negros. Esperábamos que nos mataran. Pero nos prestaron sus mejores cuidados. Se bajaron de sus mulas para que pudiéramos viajar en ellas. Otros españoles recogieron a los compañeros del islote. De sesenta y siete que quedamos en Santa Lucía, vivíamos once. En un caserío cerca de la costa llamado El Tocuyo un señor llamado Carbajal nos atendió como si hubiéramos sido compatriotas y amigos. En Coro nos interrogaron valiéndose de un flamenco que llevaba dieciséis años prisionero y que nos excusó muy bien. Algunos lugareños decían que, en verdad, éramos diablos y no hombres; otros, que merecíamos ser canonizados, pero que éramos luteranos. Cada noche esperábamos la muerte. Pero no nos trataron como prisioneros, sino que nos cuidaron como niños. Dos años antes había terminado la guerra entre Inglaterra y España al morir la buena reina Bess, que Dios tenga en su gloria. Los españoles no permitieron que faltara nada de lo necesario para salvarnos. Un señor Francisco López me tuvo en su casa como a un amigo. Un capitán Perozo me cuidó cuando estuve a punto de morir de las fiebres. Nos daban miel, azúcar, jengibre. Nos ofrecieron pasaje gratis en una fragata que iba de Coro a Cartagena. Solo cuatro decidimos embarcar. En Cartagena nos pusieron en prisión hasta que salió la flota de los galeones hacia España. En la Habana nos trató muy bien Pedro de Valdés, que había sido prisionero en Inglaterra cuando la derrota de la Armada Invencible. Llegué

el 2 de febrero de 1606 a Warwick, donde juré nunca más dejar Tierra Firme, ni el amable suelo inglés.

—¿Por qué, entonces, te embarcas ya viejo? —pregunta el casi niño Edward Warner.

—Por justicia. Sesenta veces se me han aparecido en sueños cada uno de los sesenta muertos de la *Oliph Blossom*. Les he jurado que no descansaré hasta que por cada uno de ellos no mueran sesenta veces sesenta salvajes.

—Si hay caribes en estas islas, estamos perdidos —dice Edward. —Los españoles despoblaron este mar, y no han podido con ellos.

—Yo sé —dice John Nicol, mordiéndose los labios— la forma de hacer caer en diez días esa Troya.

—¿Cuál?

—Regalos.

A la mañana siguiente, Warner escudriña la costa con su catalejo holandés, lo pliega con un gruñido. El trapo con baratijas sigue en la playa. Varios hombres cansados de la ración de un pocillo de agua pútrida de a bordo le piden licencia para recorrer la costa en la chalupa hasta encontrar un manantial. Warner mira a Nicol, quien niega moviendo la cabeza. Seguramente, dice, los salvajes están ya en pie de guerra. Juraría, añade, que han dado aviso a las islas cercanas. Siento, concluye, que centenares de guerreros reman hacia San Cristóbal en sus grandes piraguas de guerra. John Nicol se afana anudando su nuevo atado de baratijas; tras él, dos marinos hacen rodar por cubierta un barril. Esta vez pide que, junto con el barril, bajen hasta la chalupa a los perros. Warner le critica el derroche sin fruto de mercancía. Le contesta Nicol: Lo que dieres, se te devolverá centuplicado.

El mozalbeta Warner suplica de nuevo a su padre que le deje acompañarnos. Los perros solo le obedecen a él, argumenta. Podrían escaparse. El capitán se vuelve hacia la entreabierta puerta del camarote, desde donde lo mira su esposa. Al fin, le dice al muchacho:

—Nunca he tenido dinero para darte juguetes. Ahora puedo regalarte islas. Es bueno que vayas aprendiendo a tomarlas.

En la playa, nuevas caracolas coronan la pirámide, como si esta no hubiera sido nunca tocada. Can y Cerbero husmean su base, erizan la pelambre del lomo, levantan los hocicos al aire, ventean, gimen. El mozalbeta Edward juega con ellos como un niño. Dejamos las baratijas rápidamente. Remamos con dificultad. Las olas comienzan a picarse incluso en la resguardada bahía. A la tarde las baratijas siguen sin tocar. Los marinos echan a las aguas otra ancla. Ascende la luna rodeada de un halo ominoso. A la noche se desgaja el temporal. Arrojamus tres anclas de refuerzo. A la aurora siguiente, mientras recogemos el agua de lluvia de las lonas y los toneles dejados en cubierta, los vigías dan alaridos. Hacia el Sureste de la isla distingo una vela que flamea desgarrada cerca del horrible peñasco con figura de vaca.

—Es francesa —dice el capitán Warner, asestándole el catalejo. —¡Izar la bandera! ¿Cómo, izan también la de ellos? ¿Qué insolencia es esa? Vive Dios, toda nave de cualquier nación que sea tiene que bajar su pabellón y arriar velas cuando ondea una bandera inglesa.

—El cardenal Richelieu fundó una *Association des Seigneurs des Îles de l'Amérique* para limpiar el Nuevo Mundo de salvajes y de ingleses —dice Nicol.

—Faltó poco para que los limpiaran a ellos. No creo que todos los daños sean del temporal.

—Si hemos de pelear, mejor hacerlo antes de que reparen las averías.

—¿Combatiremos, papá? —pregunta el hijo del capitán Warner, presa de pueril excitación.

El maestre de armas reparte impasible hachas, sables, mosquetes. Los marinos ponen mala cara. Todavía no se sienten a salvo del espumoso mar, y ya el destino los enfrenta a la muerte. Cerca de la baranda del espejo de popa Nicol conferencia en voz baja con el capitán. Luego mete la cabeza en el arcón de banderas, saca uno tras otro catavientos, flámulas y estandartes. Al fin, ayudado por un grumete, despliega una banderola de parlamento.

En el mar picado timoneo la chalupa hacia la nave francesa. Los hombres extenuados tiran de los remos con rencor. Se alejan de la costa que todavía no han pisado. Soy el único que percibe que el trapo con regalos ya no está. Es un largo trecho por el brazo de mar. La corriente no lo hace más fácil. Nicol aferra la banderola con la frente perlada de sudor. Por compasión ordeno izar el mástil y la pequeña vela latina para aprovechar el viento de través, de una violencia tal que nos escora. Embarcamos agua.

Nicol salta en su banco como si se lo tragara el abismo. Liberados de los remos, ríen los marinos del desmesurado pánico del pasajero. Luego miran hacia la nave recién llegada.

—Está mal encallada. Toda esa mar color de vómito, alrededor, son escollos. ¿Podrá salir con la marea?

—Encalló con marea alta. ¡Mira esa franja del casco cubierta de algas! La bajamar lo encaja más.

—¡Eh, eh! ¡Linda pintura azul en las bordas! ¿Y esos tachones de plata? ¿Estrellas?

—Flores de lis. Como las de la bandera.

—¿Qué es esto? Una cofa llevan en el bauprés, sobre la cebadera. Menudo bamboleo ha de tener el vigía en ella.

—No veo serviolas. Ni redes de abordaje.

—Aprendieron de nosotros. Deciden los combates con artillería.

—En este no les fue muy bien. Los españoles todavía saludan a cañonazos al que asoma a estas aguas. Bonita andanada le dieron por la amura de estribor. Y las tiras de la mayor, vueltas coladores.

—Pero, por todos los santos, perdón, por Dios mismo, no tienen por qué alzar todas las portas de los cañones de esta banda. No irán a largar una andanada contra una chalupa.

—Para aliviar peso, tendrán que arrojar al agua todo el lastre, y después los cañones.

—Tampoco tienen por qué amartillar tantos mosquetes.

—Nunca había visto tantos en una cubierta. Cada hombre tiene uno.

—No les hace gracia que conozcamos sus averías.

—Han visto la bandera de parlamento. Solo quieren impresionarnos.

—Pues una buena impresión, no causan. Mira cómo se rasan la cabeza los carpinteros con esa brecha de proa. Y el enredo que se han hecho para recoger las velas.

—Todavía no dominan las hilachas de la mayor; si no bajan la verga, se las revienta.

—Malo, malo. El impulso del viento los encalla más.

—Tampoco le va bien a esa chalupa que han mandado a sondear un canal de salida. Si no tienen a bordo un buen ingeniero, están perdidos.

—Exploran el mejor lugar para echar un ancla de remolque y liberarse tirando con el cabestrante. Sí, allí apresan el ancla. Creo que tienen a bordo un buen ingeniero.

—Pero, ¿por qué encienden las mechas de los botafuegos?

—Están mojados, cansados; les avergüenza que los veamos lamerse las heridas de la paliza que le dieron los españoles.

—Por favor, John Nicol, no dejes de agitar la bandera de parlamento.

—*Frères!* ¡En el nombre del rey Carlos I, bienvenidos a la isla inglesa de Saint Kitts! —grita por fin John Nicol en un espantoso francés.

En la amura de babor aparece un hombre desgredado y hosco, se lleva a la boca una bocina y ulula con acento normando:

—El capitán Pierre Belain d' Esnambuc en nombre de la *Association des Seigneurs des Îles de l' Amérique* y del cardenal Richelieu os da la bienvenida a la que desde ahora es la isla francesa de Saint Christophe.

En sus ojos fulgura la rabia impotente de la muerte.

John Nicol vomita un buche de bilis. Por la borda del galeón francés lo izan en un cesto para parlamentar con el capitán. Varias horas hablan, mientras las olas nos sacuden a los que quedamos en la chalupa. Las bordas se llenan de franceses con mosquetes que se burlan de nuestros sacudones. Los remeros ríen del enredo en los aparejos, de las rotas antenas de trinquete y de mayor, de la deplorable posición del ancla trabada en los escollos. Nos largan como por accidente cubos de desechos y trozos del enjaretado de la cubierta rotos por la tormenta. Los remeros los devuelven, miman a los

marinos que se afanan en las bombas, les dan los buenos días en insultante castellano. Uno de los franceses nos apunta el mosquete. John Nicol reaparece en la borda, anunciando:

—No hay diferencia insalvable con nuestro hermano francés, y espero que el capitán Warner así lo ratifique. Esta tarde los botes de las dos naves partirán lado a lado a llevar regalos a la misma playa.

Esa noche me deslizo por el cabo del ancla de la proa.

Bajo la luz de la luna nado buscando una ensenada favorable. El flujo de la marea me facilita acercarme a la playa. Con la cabeza bajo el agua localizo el fulgor maligno de los corales; largo rato me pierdo en su laberinto; encuentro finalmente una vía hacia la línea de las rompientes. Tiene el ancho preciso para permitir la entrada de las grandes piraguas y cerrar el paso a cualquier embarcación mayor. Hago pie en una playa de pedruscos que baten las olas. No me engaño. Escondidas en la espesura están las grandes canoas de tronco hueco con canaletes, que seguramente al vernos retiraron del embarcadero de la playa con las caracolas. Desde el escondrijo sigo la tunna, el camino del agua. Cerca de sus cabeceras está el caserío de la Gente. Han extinguido los fuegos. En el suelo palpo las púas enclavadas contra visitantes sorprendidos. Me yergo ante los guardianes; les digo el penaroomo, el antiguo saludo de la Gente. En el poblado se alza una gritería. Gritan los hombres en el oman de la Gente. Gritan las mujeres con el segundo lenguaje, el femenino, entretreído de palabras arawak. Me golpean, me maldicen, me atan en un poste frente a la casa comunal donde tejen las cestas los hombres.

Al fin llega al poblado una partida de guerreros. Regresan del baño ritual que precede al amanecer. Cada uno

luce una ristra de cascabeles salidos de los arcones de Nicol, una sarta de cuentas de vidrio surgidas de las bodegas del buque francés. Les digo cuál es mi tribu en el Tunna Apooto, el Padre de las Aguas, cuáles son mis parientes y los parientes de mis parientes. El más viejo me interrumpe:

—¿Me traes meeryu, regalo?

—Te traigo una verdad. Prepara tu pecho para kuta-ha, la flecha invisible de los espíritus. Si tu pecho es el del sabio, te herirá con sabiduría. Si es de necio, te traerá la enfermedad, o la muerte.

El viejo me golpea.

—Todo lo que hiere te enseña. Los inglis y los francés han venido para matarte. Solo te salvarás matándolos.

El viejo me golpea y me insulta:

—¿Cómo pensar siquiera que pueda el inglis amenazar a la Gente, ni siquiera unido con el francés? ¿No sabes que los palanakali han cruzado los océanos para traerme regalos a mí, gran jefe de la Gente, cuya fama es conocida en las cuatro partes del mundo?

—Entre las Gentes no tenemos jefes. Solo elegimos uno cuando ha llegado el momento de hablar el tercer lenguaje, el de la guerra.

—El lenguaje que habla más alto es el meeryu, el regalo.

—Dejar el camino del lenguaje es emaspori, locura.

—Hablas como la Gente, pero tienes cara de inglis.

—Tienes cara de Gente, pero tus cascabeles hablan como inglis.

El cacique me golpea y me insulta.

—Solo por envidia hacia nosotros, la Gente, has aprendido nuestra lengua, para engañarnos y evitar que los inglis nos traigan sus joyas maravillosas.

—Teme a los palanakali aunque te traigan regalos. En verdad te digo que ha llegado el día del Señor de las Aguas, que hiere con sutil veneno. Por todas partes envía sus akatompos cargados de regalos para asombrarnos el alma, extrañarla y llevarla lejos de nuestros cuerpos, arrastrada por sus sirvientes. Y una vez que perdamos el alma, habrá llegado para nosotros el akatokon kuriicharo, el día de los muertos.

Los guerreros me golpean por turno; el cacique danza:

—¿Cómo quieres que tema al inglés? ¿No ves qué pobre y miserable ha de ser su país, que en lugar de estarse en él se entrega al Señor de las Aguas solo para venir a conocernos y admirarnos a nosotros, la Gente de esta isla? ¿No miras que Akodumo nos los envía cargados de regalos, que nos los ceden temerosos de nuestra fuerza? ¿No ves que sus akuru les ordenan cruzar la gran agua para traernos el metal que todo hiere y el cristal que permite ver la sombra, solo porque son cobardes y nos temen?

—El sirviente del Señor de las Aguas es débil mientras no ha descendido de su gran piragua. En ella solo tiene al rayo, y a tatará, la centella. Pero al poner pie en tierra, tiene la palabra y el regalo, que reducen a la nada a la Gente.

Los jóvenes que aún no han entrado en batalla me golpean por turno. Entre todos gritan; solo el cacique habla:

—El inglés nos ha dejado en regalo un barril de agua de fuego más poderoso que la sakura de yuca. Al beberlo, han descendido a hablarnos espíritus más sabios y más poderosos que los que conocíamos y nos han dicho que no debemos preocuparnos de los días que vienen.

—Los inglés y los francés viven matándose entre ellos. Solo se unen para matar a otros. Si los ves venir juntos sabe, oh jefe valeroso, que ha llegado tu última hora.

—La hora del meeryu nunca acaba.

—En verdad te digo que solo queda una salida. Así como los palanakali se han unido contra la Gente, así deben unirse contra ellos todas las familias de la Gente.

—¿Vamos a aceptar codearnos con las otras familias, que son menos Gente? ¿Que son débiles, vanidosos o feos? ¿Solo porque hablan nuestro mismo oman y pertenecemos todos a Kaputano Tumonka, vamos a unirnos con los que viven más allá del monte o más allá del brazo de mar?

—Solo hay una Gente.

—Solo nosotros somos Gente.

—Escucha el ekare de nuestra Gente del Orinoco, donde crecen los árboles con los que se hacen piraguas para treinta guerreros. La Gente necesitó armas para luchar contra los pañoro. La Gente compró armas a los ingles y a los holandeses, los hurunku. Para comprar las armas, la Gente capturó gentes de otras tribus y se las entregó al inglés y al hurunku. Ahora la Gente tiene como enemigos al pañoro y a todas las demás tribus. Haciéndonos pelear entre todos, los palanakali nos traen la muerte que no puede darnos de frente.

—Los del Orinoco hablan un oman parecido al nuestro y son protegidos por nuestros aküru, nuestros padres invisibles, pero no son nuestra Gente. ¿Cómo pretendes que la Gente kariña de las selvas es la misma que nosotros, la Gente kalinagoioum de las islas?

—Solo hay una gente, y es la que va a morir.

—¿Y cómo vamos a morir? ¿No sabes quizá que los ingles y los francés se juntan para contarse qué maravilloso jefe soy, cómo merezco grandes y magníficos regalos, cómo deben sentirse honrados solo con que los acepte?

—¿No te han dicho que a cambio de sus regalos quieren las aguas que pertenecen a Akodumo, las tierras que

pertenecen a Ioroska, las cumbres que son de Kaikushi, los aires del Señor de los cielos?

—Sí, pero los hemos engañado. No se puede vender el noono, la tierra donde la gente vive. No se puede vender el aire que respiramos ni las aguas que surcamos. Recibiremos sus regalos y las aguas y la tierra seguirán siendo de todos, como siempre. Así como cada palanakali nos trae un regalo, cada día nos traerá una victoria sin lucha.

—Si no quieres luchar contra el inglés ni contra el francés, déjame en libertad. Puedo entrar a sus grandes piraguas y liberar la centella que traen para matarte.

—¿Quieres incendiar las grandes piraguas que traen cargadas de regalos para nosotros? Te entregaré al capitán Warner o al capitán Esnambuc para que te arranquen la piel. No: yo mismo te la arrancaré y la usaré para guardar en ella los regalos magníficos que harán de mí el más grande Jefe de Jefes.

—¿No oyes los ladridos? Son Can y Cerbero, los sirvientes del inglés. Siguen tu rastro hasta el poblado. ¿No escuchas cómo arrastran las lanzas de hierro y los bastones de la centella, para traerte la oscuridad?

—¿No ves que soy yo mismo quien enciendo el fuego, para mostrarles el camino? ¿No ves cómo el sol se levanta solo porque le ordeno alumbrar el camino del inglés y del francés? ¿No ves cómo suben todos hacia el poblado, trayendo cada uno en la mano el bastón de la centella que van a regalar al gran Jefe entre Jefes, al gran Sabio entre Sabios, al que infunde pavor por su pintura y las voces que da desde lejos? ¿Habrá acaso una sola Gente que levante contra mí la mano, sabiendo que de los regalos que me hagan los inglés y los francés repartiré entre todos de manera que ni el más viejo ni el más desdentado quede sin su cascabel o su cuenta de vidrio?

La primera descarga siega a los guerreros que bajan con los brazos abiertos a recibir los regalos de los sirvientes de Akodumo. Así quedan sellados los labios que hablan el antiguo oman de las Gentes. La segunda descarga derriba a los que intentan tomar las macanas. Así quedan sellados los labios que intentan pronunciar el tercer lenguaje, el de la guerra. En las viejas y las mujeres no gastan pólvora, sino que degüellan esquivando uno que otro mordisco. Así quedan mudas las bocas que gritan en el segundo lenguaje, el femenino. A las guarichas las violan, las matan luego; atan una de ellas, para criada o para barragana. Can y Cerbero corren de un sitio a otro, despedazando niños que huyen. Al fin, ladran frente a mí, mostrando sus grandes lenguas ensangrentadas.

—Por Dios, Hugh Godwin —me dice el mozalbeta Warner, mientras los mastines le lamen las manos— que de no hallaros así atado, herido y atormentado, hubiera creído que os habíais unido a estos caníbales, en vez de ser su Última Cena.

Me desatan. Caigo al suelo. Me arrastro, me incorporo. Casi sin poder hablar, demando con el gesto una de las mechas de los mosquetes; pido que me lleven de casa en casa. Ríen al ver alzarse la primera llamarada; van a imitarme, mi gesto los detiene. Enciendo así el fuego que blanquea los huesos de mi Gente, a quien de nada sirvió mi palabra. Los marinos creen que es por venganza que quemo una por una las casas, que apilo en ellas los cuerpos hasta que todos arden y los huesos blanquean. Evito así que, sobresaltados y sin comprender, inútilmente sus askaris quieran volver a sus cuerpos y sus casas mientras su cuerpo lentamente se disuelve. Así los entrego a la misericordiosa mano de Ioroska, Señor de la Muerte.

## PIRATA

Bailo lo que ellos creen una danza de desprecio y es solo la honra fúnebre. A quienes no espantó la matanza espanta mi danza, pues creen que he enloquecido.

Me robo un puñado de cenizas de la pira. En la noche escapo en una de las piraguas. Me dejo arrastrar por la corriente.

En ninguna de las islas donde anuncio la llegada del Señor de la Muerte encuentro quien crea mis palabras.

Erokeeteko'ne kari'ñakon chaárooro eraamajpa yairükon turompüjsanko viñño.

Pero ahora en verdad las Gentes no vuelven más después de haber muerto.

**R**EMO ENTRE ESPUMAR DE OLAS. Dejo atrás islotes. Diviso la inmensa isla. Por el cansancio no la puedo rodear. Durante días costeo el litoral. En la noche busco la ensenada más oscura. Estudio el ritmo de las aguas. Tres oleadas rompen, sigue una pausa, de nuevo la triple avalancha de espuma. Me deslizo durante una pausa. Remo entre crestas de espuma. Revientan en corales a babor y estribor. Busco aguas oscuras donde no rompen olas. Remo de nuevo en una cresta. Me abofetea su espuma, avanzo, contrarresto su reflujó. Otra ola rompe a mis espaldas. Suena como si se hubiera roto el mundo. Clavo el canaleta, mantengo la dirección hacia la playa, salto, aprovecho el impulso, empujo la piragua lo más adentro posible en la desembocadura del riachuelo. Bebo agua dulce hasta atragantarme. La piel me arde. Escucho. En todo el mundo no resuena una voz. Sonrío.

Tanteo la oscuridad donde piso. Sobre mi cabeza la enorme sombra de las hojas. Solo el mar enciende claridades de espumas. Entre las ramas fulgura un cocuyo. Empujo la piragua hasta los matorrales. La vuelco, la oculto con ramas llenas de orugas luminosas. Recojo el arco, las flechas, la macana, el puñado de ceniza. Con el cuchillo me rapo la cabellera.

Duermo entre las ramas de los árboles. Lo último en desaparecer es el dolor de las cicatrices. La algarabía de los pájaros me recuerda la vida. Regreso a la costa. Nado hasta el peñasco donde vi anoche reventar el oleaje. Me aferro a grietas llenas de limos, cangrejillos, espumas. Acerco la lanza a mis labios. Le canto en voz baja. Hundo la cabeza

bajo las aguas. Las olas revientan cada seis latidos. Espero a borrarme de las aguas. Pues solo después de que las olas reimpongan su trueno de burbujas, de caracolas, de cascajo, no estaré allí.

Se cierra el agua sobre mi frente. Ante mis ojos se abren los reflejos haciéndose y deshaciéndose sobre el fondo, redes de luz, tejidos refulgentes, hileras de fuego espectral que atigran bosques de coral, formas vestidas de fluida claridad, encandilantes sierpes entreveradas, follajes de resplandor, látigos cuya ondulación transfigura los fondos, costuras entre cuya trama escapan girando, disparándose las flechas de los peces.

Tras otro estallido de las olas salta de la grieta sumergida el torbellino de pececitos y tras otra explosión de burbujas asoma el gran pez al mundo líquido donde no existo. Y solo tras otro tumulto de la ola al fin se ofrece a la luz con su lomo manchado como la piel estrellada de los tigres.

Así me acechó una vez el tigre pero nunca fui tan hermoso ni tan benévolo como el pez que sale de la grieta, nada en una hermosa curva y para mirarme mejor se ladea y exhibe su costado y recibe mi lanzazo en las agallas.

Se agita como enorme mariposa, dispersa el torbellino de pececillos, casi se escapa con el reventar de la ola. Asoma la cabeza de las aguas, grita con voz sin tono. Lo recuesto contra el peñasco, lo remato con la macana. Arrastrándolo por las agallas nado hacia la gravilla de la playa. Rompe la próxima ola. Ni el pez ni yo estamos.

Pues así como el pez se deslíe en escama, espina, tripa, paso a ser yo burbuja, susurro, viento entre el vocerío de las hojas del bosque que murmuran.

Así dejo pasar las horas o los años. A veces descuido arponear los peces o recoger los huevos de tortuga o cas-

trar las dulces colmenas. Cada instante es el mismo y es siempre. En vano rotan sobre mi cabeza las constelaciones que durante las marinerías marcan los resbaladizos meses del mar. He dejado de depender de los astros. En cuanto rijo mi destino, soy exhalación, o estrella.

De no poder verme salvo en los riachuelos en donde bebo, olvido cómo soy. De haber renegado del nombre, olvido ser distinto. A veces no recuerdo cómo existir separadamente de los árboles. Sin comprender ya las palabras canto perdido por el cauce de los ríos

*Fortune my foe...*

Y me contesto en las lenguas de la Gente, que también voy olvidando, o en el chillido de los pájaros que replican. A veces lloro al repetir alguna palabra que me golpea el alma, pero no la memoria. Solo escucho voces en la laboriosa trama de mis sueños. Me pierdo en ellos, como la sombra de quien no sabe que ha muerto e inútilmente regresa a su antigua morada. Reencuentro los rostros y las palabras de la Gente. Despierto con ellos. Cuento a mis mujeres y mis hijos mis terribles sueños. Las niñas de las islas ríen de nuevo al escuchar mis curiosas palabras. Sueño que parten todos hacia moradas lejanas o que no puedo encontrar sus poblaciones deshabitadas. Sueño que sus askaris perdidos en la noche me piden que los conduzca en el peligroso camino en el cual ya no pueden volver a vivir como hombres ni aceptan todavía que pertenecen a la poderosa wara de los muertos. Sueño que al despertar no encuentro a nadie con quien compartir la carga terrible de mis sueños.

Sueño que me hundo en sueños sin sueños.

Así voy dejándome llevar por los sueños, último recuerdo de la palabra. En la oscuridad siento que camino por sendas del bosque que aún no he pisado. Transformado en un ser rojo como una llama viva que danza trazando figuras bajo la luna. Imagino con los ojos cerrados que otros hombres rojos trazan figuras ante una hoguera. Veo criaturas rojas de onoto y criaturas rojas de sangre: solo son los mismos los ojos amarillos. Avisto a veces un niño de cabellera dorada, luego millares de niños, hasta el balbuco: retrocedo: me sobrecoge el horror ante aquel bosque en el cual no puedo ya dar paso sin observar o ser observado por criaturas que me duplican: hasta que encuentro largas hileras de seres encorvados, arrugados, sombríos, que se extienden hasta el término del tiempo. Corro entre estos desfiles de niños y de ancianos que se palpan y se presienten entre las ramas del bosque. Una lechuza ulula. Las fieras duermen o velan.

Me sorprende a mí mismo dormido, dichoso o al menos atontado por la fatiga, a veces a punto de dejar de respirar y casi por desintegrarme. En sitio alguno puedo descansar de los seres que me miran o me miran mirarme.

A veces camino de mano de uno estos Hughes trechos encantados: una noche entro en un bosque solitario donde ya no hay más Hughes: las hojas de los árboles no se mueven: los insectos siguen callados su trabajo incesante. Me inunda la felicidad.

Hasta que cruzando un río en el vado lleno de piedras dolorosas me detengo como herido por el rayo. Siento que algo viene como una tormenta pero nada se desgaja nada tiembla ni estalla en el bosque que parece hundirse dentro de sí mismo y el instante de intensidad que es concedido una sola vez en la vida pasa como un latido.

Trato de olvidar ese instante donde todo ha estado atezado en un puño y como indiferente gema que también pasará.

Siendo entonces cumplida mi vida por aquella gracia fugaz como la eternidad o como la hoja seca que ardió un día.

Voces, apagados gritos, dolores y penas remotas que dejarán de ser música para caer en una pulsación informe, todo pasado y sin razón descaecido ahora sin sentido ni siquiera la gracia de su fuerza.

Con esfuerzo trato de volver a sentir la noche, el río, la serpiente, el olor de las hierbas más mínimas, la piel de jaguar de la noche cayendo levemente sobre el cuerpo. Durante muchas noches más no duermo: no duermo más nunca: solo sueño: pues todo es insomnio, o sobrevivirse.

Una rara felicidad me acompaña en la noche como el hervor de la piel herida por el sol. Tengo noches sin sueños en los cuales me acompaña solo aquella fiebre, como un sol interno. Lo último en desaparecer es el dolor de las cicatrices.

Salto en la sombra maravillado de haber dejado atrás la humanidad: toda voz, gesto o tacto, ley trampa o signo, o la necesidad de ellos.

En ocasiones deambulo vuelto torrente de palabras sin forma, por fin liberadas de los lazos del sentido. Llego así al espacio tranquilo donde no hay más que la mirada. Ninguna voz me conforma: mi yo se derrama como el agua llenando una ensenada. Tengo por momentos la impresión de haberme esparcido por el bosque. Solo al despertar de nuevo acurrucado en las altas ramas de los árboles vuelvo a contenerme a mí mismo.

Así yerro por los bosques llenos de altos árboles hasta dar en serranías azules que encierran valles verdes donde un instinto me lleva al poblado: a lo que fue un poblado de la Gente. Las lluvias no han lavado el hollín de las chozas carbonizadas; las bestias no han terminado de dispersar las osamentas. La calavera, el costillar y las caderas yacen amarillentas alojando colmenas y hormigueros; la chaguala, el amuleto con los gemelos celestes tallados, la punta de flecha de pedernal y la urdimbre del chinchorro acompañan el nido de la araña y la serpiente. Nadie incineró los huesos: el hierro perforó los cráneos y quebrantó los largos fémures. Un hervor de moscardones corta el silencio.

En los deshilachados restos de las cestas sagradas enciendo el fuego para la hoguera funeraria. Arden al mismo tiempo huesos y signos del mundo. Las Gentes me rodean, vueltas humo. Cada vez que se disipa la humareda que enciendo en los restos de los exterminados espero disiparme con ella, pero permanezco, como un sueño recurrente.

Enciendo aquí y allá hogueras de osamentas, sabiendo que nadie encenderá la mía. Hasta que los incendios espontáneos del verano barren las espesuras, confundiendo todas las humaredas en crepitación sin testigos.

Más lejos, al borde del río, un poblado de españoles es también habitación de la lagartija y de la lenta araña. Semienterrados, el botón de hueso y el trozo de loza del plato vuelven lentamente a no ser nada. En el cementerio cercano hay cruces de palo con brazos caídos. Todo está cubierto por enredaderas florecidas de campánulas. Canta la chicharra.

Atontado camino por veredas donde matorrales renovados esconden restos de tazas e hilachas de trapos de gentes para siempre idas. Perros salvajes y gatos salvajes y

toros cimarrones me miran absortos como contemplando una especie desaparecida. Uno tras otro visito pueblos muertos como arrasados por la peste o la guerra. Dentro de los cuartos solo los matorrales floridos, que crecen como espuma bajo la luz que cae de techumbres despanzurradas.

En alguna habitación, cintajos: un dedal roto o un trozo de correa o un pedazo de herradura agravan la soledad, densificándola en una forma que es imposible sentir en la espesura. Tal parece que durante uno de mis sueños más profundos hubiera sonado la trompeta del Juicio, convocando a vivos y muertos a sus moradas celestes o infernales, dejándome solo en medio de las fieras de la tierra inútil.

Y aterrado noto que nada de aquella desolación me sirve ni me pertenece: ni el trozo de peinecillo del mozo ni el botón de latón del magistrado ni la cuenta de rosario del fraile. Las gentes abandonaron mi vida mucho antes de su física desaparición, y aun sin esta.

De repente, retumba un mosquetazo lejano.

El estampido se desencadena por la soledad, persiguiendo sus propios ecos. Solo largo rato después vuelve el pájaro carpintero a golpear la puerta y el rumor de los moscardones y el taracear de las termitas a escucharse en las ventanas.

¿Quién dispara un mosquete en la soledad donde ningún oído lo escucha? No los españoles, que aman la compañía, las grandes partidas, el vocerío, el estruendo de hojarasca pisada que espanta las presas por leguas a la redonda. Los mosqueteros deben ser cazadores furtivos, como yo. Como yo, escapados, fugitivos a quienes nadie toleró o que no pudieron tolerar a nadie.

Tras largas caminatas encuentro sus rastros, reses degolladas, desolladas, tasajeadas. Doy con sus campamen-

tos abandonados, cobertizos cubiertos con hojas, parrillas de palos entretejidos con pringues de carne ahumada, tiras de cuero, vísceras, huesos de vaca rotos para sorber la médula. A veces caigo en ocultos plantíos de tabaco cuyas hojas han sido cortadas recientemente. En una ocasión, encuentro un cofrecillo sin cerradura con pólvora, haces de tabaco, cuchillos, balas. Sobre él dejo una flecha. Me alejo sin tomar nada. A lo lejos, sordo como la memoria, resuena un mosquetazo apagado.

Como bestia los acecho por la curiosidad de ver formas humanas. Por las huellas y los salivazos de tabaco mascado sé que andan en parejas o en tríos. Cargan largos mosquetes más altos que ellos, arrastran pesados bultos de cueros de ganado cimarrón. No es difícil localizarlos: los sigue siempre el embudo de zamuros sobre las osamentas de las vacas o de los cerdos salvajes, el lejano estampido del mosquete. En las noches, uno de ellos pretende velar mientras el otro duerme: al rato los ronquidos escandalizan sapos y grillos. Bajo hasta ellos; dejo cenizas del vivac sobre sus frentes.

A un cazador no le gusta ser cazado. Me presienten, me acechan. Dejo que me sigan hasta una ensenada. En la tarde entro al mar, nado en las aguas intranquilas. Bajo hacia las selvas del coral en las que muere la luz. El fin del día excita a los peces: salen disparados de sus refugios o se clavan en ellos como saetas, miran angustiados desde sus madrigueras, huyen hacia las profundidades. En la salida hacia el mar abierto me contempla una gran barracuda plateada. Preparo la lanza. La barracuda aletea, desaparece. Localizo una grieta por la que discurren peces apresurados, arponeo uno, lo saco a la superficie agitándose como una gran mariposa. Lo remato. Lo coloco delante de mí en la arena. Desvío la vista del ojo metálico. Clavo

el trozo de cuchillo, empujo, esquivo el chisguete de bilis, ignoro el chorro melífero que sale del culo, sierro, corto hacia arriba, hasta las agallas, sierro los cartílagos que las unen con la cabeza. Aún muerto el pescado se defiende, pincha con las aletas, opone desencajadas pero dentadas mandíbulas. Halo las cintas rojas de las agallas, retuerzo, rasgo, busco el árbol de las vísceras, hundo la mano en la sopa de vejigas y de órganos, aprieto, tiro, desgarró el todavía palpitante corazón rojizo, el hígado suave, las entretejidas tripas rosadas, retuerzo y desgarró y arrojé al mar las burbujas de carne y de grasa, los contenidos del estómago, una sardina a medio digerir, cangrejillos entumidos, hasta exponer la gran caverna del vientre y comenzar a raspar con una concha las escamas las aletas que se abren como un abanico de dardos; sacudo las escamas que saltan a mi piel sacudo las tardías moscas corto la cola corto las aletas de los lados las del vientre la de la espalda hasta que del pez como del cielo van huyendo los colores y solo queda un apagado gris, alguna raya amarilla que se destiñe.

Cavo un agujero en la arena, lo lleno de ramas secas, enciendo fuego. Ensarto al pez en una vara, lo extiendo sobre el rescoldo. Me siento a diez pasos del arco y de las flechas. Espero. Por el crujido de hojas pisadas adivino que dos seres torpes me atisban. Expiden un sofocante olor a humo viejo. La brisa sopla desde el mar, pero escucho algo de su cuchicheo y del crujido de las ramitas que quiebran sus largos mosquetes. Cae la noche; el brillo de las brasas se intensifica. Un lejano chasquido de orina que cae me revela la posición de uno; la respiración regular me revela que el otro afloja la guardia y duerme. Me alcanza un hedor de cuero podrido y sangre vieja, de humareda,

de cerdo salvaje, de perro. Ninguno se mueve. Ya estoy a punto de deslizarme hacia la rompiente de las olas dando vueltas sobre mí mismo, cuando me alcanza una palabra que me pone los pelos de punta:

—Hermano.

—Hermano —le contesto.

—¿Inglés hablas? Te hablaremos algo de inglés. No, no toques el arco.

—No me apuntes con el mosquete.

—Dispénsanos si entre una palabra y otra a veces dejamos pasar una hora. En estos sitios perdemos la costumbre de hablar. Hermoso arco es ese.

—No necesita pólvora ni hace ruido.

—¿Detiene la carga de un toro?

—¿Qué resiste la picada de la serpiente?

—Veo que has aprendido cosas. Sí, sí... Todavía debemos comprarles balas y pólvora a los contrabandistas a cambio de tabaco y pieles y carne ahumada en el *boucan*, que es como llamaban los salvajes sus parrillas... También nosotros hemos aprendido cosas de ellos. ¿Quién eres?

—Soy Gente.

—Así se llamaban los que habitaron estas islas antes de venir nosotros. Murieron.

—Quizá yo también.

—¿Tienes nombre?

—Muchos, o ninguno.

—¿Tienes jefe?

—Yo mismo.

—¿Estamos callados mucho tiempo? A veces tenemos que cazar una palabra. ¿Ves a mi compañero, el muchacho que me cubre las espaldas? No habla. Su antiguo patrono le dio un culatazo en la cabeza, lo dejó por muerto.

Aprendió a comer carne cruda y olvidó la palabra. Un año más tarde lo encontramos, semidesnudo, mudo, viviendo con una manada de jabalís salvajes. ¿Tienes familia?

—Quienes podían guardar mis huesos, murieron. Quienes podían cortarse los cabellos por mí murieron.

—¿Dónde?

—En las islas y en el Orinoco.

—Esos se han vuelto malos lugares. El mundo entero es un mal lugar. Las ciudades engendran peste; en las selvas se cazan esclavos.

—Este parece un peor sitio. Ninguna casa tiene hombres, ningún hombre casa.

—Toda la Banda Noroeste de esta isla de La Española es nuestra. Nos la regaló el rey Felipe. ¿Tercero, dije? Sí, ha de ser. Parece que había contrabando. El Rey mandó a sus vasallos que despoblaran media isla. Arrasó las aldeas, concentró a los pobladores en las ciudades del Sureste. Fue en verdad como si hubiera pasado el Ángel de la Muerte. Nosotros vinimos a vivir del ganado cimarrón que no pudieron degollar ni llevarse. ¡Oh, no nos gusta que bailes sobre nosotros mientras dormimos y que nos esparzas cenizas en la frente! Hemos podido matarte creyéndote un cemí, como le decían a sus demonios o dioses las Gentes de esta isla. Hemos podido volvernos locos pensando que el Ángel venía nuevamente a echarnos del Paraíso. De este, del cual no hay donde ir.

—Parecen ustedes trasgos, con sus capotes y sus botas de piel cruda y sus camisas endurecidas de hollín y sangre seca.

—Somos el pueblo sin jefes. Somos malos algunos. Hemos tenido tan poco, que la maldad es lo único que nos separa del animal. Algún rencor o algún vicio es nuestro lujo. Pero no hacemos de él religión. Vinimos, decíamos,

a esclavizar a los salvajes. Mas: el dulce sol de estas islas nos hizo libres. Dejamos toda sujeción por la caza de jabalís y de vacas. Dejamos de decir a otro: Señor. Dejamos de adornarnos por descubrir vanidades o cubrir vergüenzas. Dejamos de construir moradas más duraderas que la errancia. Dejamos de medir el tiempo, que de todos modos pasa. Ya no sabemos lo que es la frontera, el muro, la puerta. Y al olvidarlas, en cuerpo y alma transpusimos las siempre abiertas puertas del Paraíso.

—Con convicción predicas.

—Digamos que los Hermanos nos tiran de la lengua, por oír lo que ellos llaman sermones, y no son más que las palabras que se decían cuando Adán araba y Eva hilaba. Pues ¿dónde estaba entonces el gentilhombre? ¿Y quién era el sacerdote? ¿Y quién el propietario? Nadie nació con silla y arnés en la espalda, ni con botas y espuelas para cabalgarlo.

—Duras palabras dices.

—¿Por qué se repiten, si fueron dichas en todos los tiempos por coros de lenguas arrancadas? ¿Y si siempre silenciadas, por qué siempre nuevamente pronunciadas? ¿Y por qué una vez escuchadas, solo arrancadas con las orejas mismas?

—Igual entonces decirlas que callarlas.

—Pero quienes vivimos por ellas nos convertimos en Hermanos. Los Hermanos de la Costa nos llaman, sí.

—¿Quién es Hermano?

—Aquel con quien aceptarías cazar o ir al combate. A quien toleras en el peor combate, que es la soledad.

—¿Quién los manda?

—No gobernamos al Hermano, y el Hermano no nos gobierna, salvo el jefe que libremente elegimos y depone-mos para la guerra. No prohibimos al Hermano la tierra ni

las aguas ni los aires ni cuanto en ellos crece, corre o vuela. Puedes tomar lo que necesites del cofre del Hermano, y él del tuyo, y el Hermano lo devolverá. Solo acompañamos al Hermano el tiempo necesario para salvarlo de la locura o la muerte. Si es preciso matarlo, lo hacemos de frente.

—¿Cuántos?

—Seremos algunos centenares. No lo sabemos, porque también hemos escapado de la esclavitud del peor amo, que es el número.

—¿De quién más escapamos?

—De las cincuentenas de lanceros españoles, que vienen cada cierto tiempo a exterminarnos. Por eso no dejamos fuegos encendidos ni espantamos la caza sin necesidad ni hacemos campamento durante demasiados días. Vivimos bajo la Espada de Fuego.

—Puedes entonces bajar el mosquete. No nos tomaríamos el trabajo de matarte, sabiendo que los españoles de todos modos lo harán. Tampoco te comeríamos por nada del mundo, teniendo a la mano este pez.

—¿Has probado la carne ahumada? Nunca se pudre. También tenemos este cuarto de un cerdo salvaje. Bastará chamuscarlo.

—Pero mira, el pez ya empieza a abrirse. Otro puñado de agua salada, y podemos ir tomando con los dedos sus trozos. Es el momento de mayor blandura y amistad de esta carne. Comámoslo, antes de que esté deshecha por el fuego.

En tan pocas palabras, los Hermanos han reencontrado el antiguo oman, la secreta Ley de las Gentes.

De tal manera entramos en la Cofradía de los Hermanos, así llamados porque al no tener prójimo, no tenemos

ya pecado. Al no tener el amo, la mujer, el hijo, tampoco tenemos casi ya lenguaje. Recordamos algunos la casa, el lecho, el habla humana, y rompemos en llanto. De tanto olvidar la boca del prójimo, encontramos palabras en la del arroyo, la del animal, la de la cueva. Pensamos en otra forma. A veces al encontrarnos unos a otros abrimos la boca como niños y no acude a ella nada. Aterrorizados de no poseer ya la mentira ni la oración ni el reproche, deambulamos atónitos. Pensativos mascamos tiras de carne ahumada.

A veces los Hermanos vamos desapareciendo sin gestos, como los gatos en las grandes ciudades. Aquel al que no vimos más quizá fue muerto por un caimán al cruzar un vado; el otro, a lo mejor asesinado por su compañero de caza que no pudo resistir su silencio; el otro puede ser que se haya emborrachado con aguardiente de yuca hasta morir en una hondonada donde vimos después auras tiñosas. A lo mejor sencillamente siguen viviendo y no dan ya más señales de existencia. Quizá ni encienden fuego y devoran crudas las presas; alguno quizá ha escalado el más alto de los árboles; no descenderá jamás de su sitial, viviendo de una que otra dulcísima colmena.

A algunos nos pierde la tentación, más que del robo o de la mujer, de la voz. Por oír voces, más que por cambiar las pieles y la carne ahumada y el tabaco por mosquetes y balas y cuchillos esperamos en la costa a los contrabandistas que chillan en inglés y en francés y en flamenco. La necesidad de la voz nos hace llevar las mercaderías con las que nos pagan hasta escondrijos convenidos, donde trocamos con los mismos españoles baratijas y palabras.

Hechizados por alguna remota columna de humo recorremos colinas y valles hasta llegar a las cercanías de alguna aldea española. A veces topamos con un esclavo negro que huye. Esperamos a que el viento traiga un chocar de hieiros, un canto de gallos, un ladrido, al fin voces. Llevados por el anzuelo de la voz, algunos nos atrevemos con los gallineros, con una olla de barro donde se cuece un guiso. A veces, con alguna lavandera que se ha alejado hasta un vado del río. Entonces empiezan a ladrar todos los perros, contestándose de casa en casa y de corral en corral, y se levanta el griterío de la alarma. Se disparan mosquetazos, se ensillan caballos y mulas. Las voces remotas corean fábulas de demonios, de salvajes con el cuerpo cubierto de pelos como animales. Al caer la tarde oímos a lo lejos el rumor de los rezos. Ha llegado a suceder que algún bucanero quede prisionero atraído por la unánime red de los rezos, incapaz de alejarse del susurro de otra boca. A veces lo encontramos hecho cuartos, en la cercanía de poblado, en alguna encrucijada.

Sobre los cielos silenciosos giran una y otra vez los astros. Entre ellos asoma otra vez Pietemmu, el cazador, anunciando el tiempo de la sequía pequeña. Los ángeles llegan a expulsarnos del Paraíso en la figura de las cincuentenas de jinetes enviadas por el Gobernador de La Hispaniola. No pueden hacerlo: expulsar del Paraíso es desalojar a Eva, con sus pesados menajes, y el hombre siempre la seguirá. Mas, cómo expulsarnos a nosotros, puros, sin más morada que la huella. Así, evitamos la primera batida escondiéndonos en los bosques como el mosquito que esquivo una palmada. La segunda fuerza expedicionaria viene a matar los rebaños de ganado salvaje. Los anuncian los grandes remolinos de zamuros. Ve-

mos de lejos cómo los jinetes alancean reses, animándose con gritos, dejando enredada en la cornamenta de algún toro las vísceras de sus monturas. A medida que la sangre los empa, los lanceros entran en un frenesí, lanzan roncós gritos que se confunden con los mugidos. Valles y llanuras quedan rojos de carne pútrida. Nos desplazamos de los rebaños degollados a los fugitivos, del toro salvaje al cerdo salvaje y de este a la cabra y de ella al venado: como aún no sembramos, somos del linaje sin manchas de Abel. En los cielos domina Pietemmu, anunciando el tiempo de la gran sequía.

Pietemmu trae los vientos fríos y, a veces, el estruendo lejano de los mares de leva. También, el desordenado vuelo de pájaros en la noche, la atropellada carrera de los venados. Despertamos ardiendo de calor. La noche es un solo revoloteo de chispas. Viene a expulsarnos la Espada de Fuego anunciada por el Hermano. Es un fuego que canta. Tras él, tintinean las herraduras de las cincuentenas, crepitan sus voces, verbas, órdenes, hablillas, juramentos, quejidos, intentando abrasar con su gritería el silencio unánime de la espesura. Los jinetes avanzan desde la dirección del viento, incendian con teas bosques y praderas, cercan el incendio como guadañas, matan todo lo que escapa, sea cerdo salvaje, serpiente, hombre o ganado. El fuego viste los más altos árboles, que estallan en vendavales de chispas. El bosque es como una vasta flota que larga velámenes de llamaradas.

Las trombas de fuego crecen, hieren las pupilas. Nos cubrimos la cara con las manos, corremos entre los matorrales. Nos lamén lengüetadas de fuego. De ellas escapa uno que otro Hermano sacudiéndose chispas de las ropas y de las barbas. Los árboles revientan, crepitan como mosquetería. Gritamos, tratamos de detener a los Hermanos, de

organizarlos para abrir el contrafuego. Con cuchillos, con trozos de sable, con hachas derribamos espesuras. Nos desprendemos del grupo, corremos hacia el muro de fuego con una gran rama en la mano, la encendemos, corremos hacia los Hermanos, los atravesamos, los dejamos atrás, empezamos a incendiar los pajonales del valle en la dirección hacia la cual corre el viento. Los Hermanos gritan, tosen, alzan sus puñales sintiéndose atrapados entre dos murallas de fuego. Luego comprenden que la cortina de llamas que encendimos se aleja llevada por el viento, dejando un espacio quemante pero ya consumido que no podrá devorar la muralla de fuego que viene empujada por el viento.

Entre aquella rendija de brasas ardientes corremos, algunos chamuscándose las botas de piel de cerdo silvestre, hiriéndonos la planta viva del pie otros, entre el humo apenas sintiéndonos o presintiéndonos, oyendo los alaridos de algún Hermano rezagado que revienta en fuego como un gran árbol, el estampido de su mosquete al rojo vivo, la crepitación de su cuerno de pólvora, el siseo de su vaporizada orina. El viento trae una lluvia de cenizas de mariposas, flores, venados, Hermanos consumidos.

Escupiendo cenizas adivinamos la dirección del riachuelo del cual nunca nos alejamos en época de sequía, tiramos de las cabelleras y de los ardientes cañones de los mosquetes, golpeamos, dirigimos hacia él al tropel de Hermanos, entramos en el cauce convertido en rosario de charcos, chapoteamos, nos bañamos de un agua que el soplo de horno evapora. Nos embisten venados, cerdos salvajes, troncos abrasados.

La lluvia de ceniza ciega. A tientas descendemos el cauce. Chispas voladoras cruzan de una a otra orilla, incendian matorrales. Llegamos al último recodo, palpamos en

la maleza, quitamos ramas, hojas secas, telarañas, dejamos al descubierto la vieja piragua caribe, sacudimos bachacos, lagartos, sabandijas. Escapa una enorme araña. Como dolientes que cargan un ataúd llevamos el casco a tropezones por el cauce que hierve. Entorpecidos por el peso, emprendemos la carrera contra el fuego, entre las piedras del cauce los charcos las hondonadas las ramas atravesadas las lianas los pozos la arena y la línea de pedruscos y la línea de espumas y la línea donde rompen las olas del mar.

Empujamos la piragua hacia el agua, nos montamos, apuntamos la proa hacia las rompientes: la gran ola nos golpea de lado, nos vuelca, nos abofetea con amarga espuma, nos arroja a la mar. La próxima ola empuja la piragua contra la costa como un enorme leño, atropellándonos, batiéndonos contra el fondo de guijarros, encallando la embarcación en la playa como una batea inundada. La volcamos, la vaciamos, gritamos, tiramos de la proa hacia el reflujó, montamos sobre ella como jinetes que saltan sobre un caballo en carrera, enfrentamos la blancura de la ola que se alza inmensa en la oscuridad, nos abofetea, nos arranca sombreros, mosquetes, morrales. Con golpes de canaleta mantenemos la proa hacia la cresta, con mosquetes y hachas paleamos en la poderosa corriente del reflujó, en el estrépito del reventar de la ola oímos el grito de algún Hermano que se ahoga arrastrado por la espuma. El joven mudo ase por los cabellos al Hermano Pierre, que no sabe nadar; lo izamos por la borda antes de que nos embista la montaña helada de la cresta, vemos que la vasta acometida de la ola nos empuja de nuevo hacia la playa, que nos espera como una zarza ardiente.

La desesperación nos hace al fin remar en la pausa entre las olas que rompen, con los canaletes que quedan en la piragua, con la culata de los mosquetes, con las hachas.

Con los canaletes tentamos el paso entre los corales, aprovechamos una nueva ola para pasar sobre un banco que casi aflora entre las aguas, tosemos, vomitamos agua, nos pasamos las manos por los rostros. Remamos muy mal; casi volvemos a volcar la piragua antes de acompasarnos. Achicamos el agua con totumas, con conchas de coco, con sombreros. El disiparse del humo nos depara la sorpresa de encontrarnos con una luz gris, hombres cenicientos sobre olas grisáceas. Sabemos que estamos vivos por la mordedura de la sal en las quemaduras.

Pasamos la mañana alejándonos de una vela latina que por lo rápida parece de un balandro de resguardo. Remamos en dirección al viento, mientras el balandro navega trabajosamente en zigzag retardado por sus largas bordadas. Al mediodía afloja, más por despreciarnos como presa que por temernos. Al atardecer tiritamos por el frío de las salpicaduras. Al anochecer el sol se pone tras una nube de humo que nos despide gesticulando como un brazo amenazante. En la noche contamos cada una de nuestras historias para el olvido. El niño mudo gimotea. A la madrugada la sal nos sella las bocas. El día y la noche siguientes acuñamos harapos con los cuchillos para taponar una vía de agua en el fondo de la piragua.

Con el primer fulgor del sol avistamos una vela lejana. El Hermano Pierre nos habla. Somos hombres, ásperamente dice, encallecidos en la desgracia. Inútilmente hemos querido escapar del destino. Pues quisimos huir de nuestra condición de siervos, de esclavos contratados, de desertores, de náufra-gos, de prófugos, el Misericordioso nos entrega al destino sin nombre del mar. Mirad la vía de agua, mirad este excavado tronco de árbol que se deshace. Mirad nuestros cuerpos, ya sin fuerzas para moverse. Quisimos ser adanes y hemos sido

de nuevo expulsados con espada de fuego del Paraíso. Pues nos ha sido arrebatado todo, que nos pertenezca al menos nuestra muerte. Yo digo: entreguémonos a la primera vela, sin importarnos que la sogá para nuestros cuellos sea española, inglesa o francesa. Juntos moriremos como Hermanos, y no por el verdugo sin nombre que es el pez.

Y abrazándose unos a otros los Hermanos martirizados por el incesante achicar de la piragua se arrodillan en el fondo anegado y miran al mar. Han hablado los Hermanos. No soy quién para resistir a la mancomunada voluntad de su asamblea, por la cual, gustan de decir, habla Caín. Dando golpes de canaleta en la popa oriento la piragua hacia la enorme vela que crece en el horizonte. Embelesados por la proximidad del flotante patíbulo, los Hermanos atan ensangrentados trapos a las bocas de sus mosquetes, hacen señales, olvidan achicar el agua que entra por la grieta de la piragua en surtidores maravillosos. Absortos miran la evolución de la vela, fijos en ella los ojos como si temieran verla desaparecer. Y así ocurre. La nave cambia lentamente de rumbo, dejando de presentarnos de frente sus trapos cuadrados y haciéndolos casi invisibles al mostrarlos de costado. Largo rato transcurre antes de que los Hermanos se den cuenta de que pasa de largo y, soltando las velas superiores, se aleja.

El Hermano Pierre se alza, chorreando de rodillas y frente hilos de agua de mar. Nunca he visto un rostro tan humillado. Lentamente pierde todas las edades, hasta no tener ya casi rasgos, hasta que al final musita palabras que no son suyas:

—Dijo Caín a Yavé: insoportablemente grande es mi castigo. Ahora me arrojas de esta tierra; oculto a tu rostro habré de andar fugitivo y errante por la tierra, y cualquiera que me encuentre, me matará.

Le contesto, también con palabras que no son mías:

—Pero Yavé le dijo: No será así. Si alguien matare a Caín, sería este siete veces vengado.

—Dios nunca hizo la paz con los hombres. En el mar, todavía es el Diluvio.

—Puede ser que nos hayan visto las armas con un cañalejo holandés.

—Quizá ven nuestras almas —dice el Hermano Pierre con voz que carece de tono.

—Se me ha ocurrido —añado luego de un rato— que ni Dios mismo tiene derecho a negarle al último hombre un pedazo de soga para morir. Y si eso me niega, voy a tomarla.

Uno tras otro los Hermanos levantan la mirada, como condenados a quienes se quita la soga del cuello. Todos, al igual que el Hermano Pierre, dejan de temblar de frío y empiezan a temblar de saber que todo es posible.

—Hermano piloto —dice suavemente el Hermano Pierre— ¿qué nave es esa, qué cargamento lleva, cuántos la defienden?

—Por la popa redonda y las bordas vueltas hacia dentro, una urca de las que fletan los rebeldes flamencos para llevar armas desde Londres hasta Flandes. Por la sencillez del aparejo, de las que las compañías corsarias tripulan con un hombre para cada diez toneladas. Por el palo de trinquete tronchado y el bauprés sin moco ni cebadera y el velacho mal dispuesto, escapada de algún mal combate o de una tormenta. Por lo cercano de las troneras de los cañones al mar, repleta hasta las bordas de cargamento. Por la forma en que el capitán se niega a aligerar peso echándolo al mar y pone en peligro los mástiles largando las velas de perico y juanete, la carga ha de ser más valiosa que la nave y que la vida misma de los tripulantes.

Y añado, ya sin pedir el consenso de los Hermanos:  
—¡Remen!

Remar con los canaletes y las culatas de los mosquetes y me dicen que el viento aleja la urca y les digo que el viento amainará y los golpeo con el canaleta y los hago remar y me dicen que la sed les impide moverse y les digo que el agua dulce está en la sentina de la urca y los apaleo con el arco y los hago remar y un Hermano muere de desangramiento y de fatiga y lo arrojo a los grandes peces que nos siguen y ordeno remar y cuando cae la noche y me dicen que entre su tiniebla perderemos la urca les digo que la encontraremos sin duda siguiendo la dirección del viento alisio que infla sus velas y cuando me dicen que la brisa nos la aleja les digo que el capitán recogerá las velas superiores por no navegar a todo trapo en un mar lleno de islotes desconocidos y el Hermano Pierre que sabe que miento a puñetazos los hace remar y los despierta arrojándole a las caras totumas del agua que achica hasta que la tiniebla impide misericordiosamente que nos veamos los rostros y les miento que veo la enorme urca hacia sotavento, en el horizonte del Leste, recortada contra las estrellas, cabeceando torpemente gracias a su rico cargamento que el capitán se niega a aligerar.

Remamos o soñamos que remamos. Encargo a los Hermanos que de tanto en tanto se den puñetazos entre ellos, por sacudirse el sueño que nos hace pensar que seguimos remando dentro de llamaradas de agua u olas de fuego, que nos alivia al saber que ya estamos ahogados y caemos bienaventurados en la oscuridad, y que la piragua no es más que un falso sueño, hasta que el bofetón del Hermano o de la ola vuelve a despertar nuestro odio y soñamos que remamos con manos desolladas por el fuego vivo de la sal. Hasta que una tiniebla

anterior a la oscuridad misma que precede al alba nos conduce a un sueño donde vemos de nuevo la urca: hacia sotavento, en la dirección en que la empujan los alisios, en el horizonte del Leste, recortada contra las estrellas, cabeceando torpemente, con la vela de velacho desgarrada por la imprudencia del capitán al no recogerla en su prisa de poner a salvo su rico cargamento que la codicia le impide aligerar.

Ya no hablamos ni gemimos al remar con el canaleta o con el mosquete o con el hacha: nos entendemos por golpes, por señas, nos adivinamos: les indico la popa, alta como el encumbrado púlpito de una catedral pero resguardada de la docena de cañones de las bandas de babor y estribor; nos desnudamos; tejemos con los desgarrados restos de capotes, calzones, camisas y correaes de sables y mosquetes una cuerda que atamos a un hacha; a manotazos los obligo a remar agachados para ofrecer el menor perfil posible al vigía que seguramente espía desde la cofa del palo de mesana: me acuesto, afirmo la vara del arco entre los pies, tenso la cuerda con las manos hasta que todo el cuerpo me duele: la flecha parte con un aullido: apenas se escucha la caída del vigía en el mar.

Me yergo en la proa de la piragua, salto a la pala del timón de la urca. El Hermano Pierre remolinea el hacha, la arroja con su cuerda, tira de ella hasta trabarla como un garfio en un fanal de popa. Nos apoyamos en los travesaños del timón, en las transversas que corren por la borda, en la cuerda. Ascendemos como una tropa de arañas. La piragua se desliza bajo los pies del último en subir. Ya no pertenecemos al mar. Saltamos por la borda de popa.

Nos encandila una descarga.

La oscuridad se llena de ayes. Corremos hacia los enjaretados de cubierta para descender hasta la santabárbara.

El capitán los ha hecho clavar. Parapetados tras toneles y fardos, defienden el precioso cargamento. La primera salva revela su posición, deja sin carga sus mosquetes. Los nuestros solo sirven de macanas. Corro hacia el primero de sus cañones. Lo vuelvo contra ellos. Le acerco la mecha que crepita en el botafuegos. En lugar de un golpe de mano tenemos una carnicería. Solo que ellos defienden sus vidas y nosotros nos sabemos ya muertos. A la primera luz del alba ningún tripulante sobrevive, salvo un andrajoso grumete con rostro de niña escondido tras un barril. De doce Hermanos que abordamos, quedamos seis. Así como antes éramos prisioneros de la piragua, somos ahora esclavos de la inmensa urca, que apenas podemos dominar. El grumete nos grita en flamenco. El niño mudo abre enormes ojos al escucharlo. Rompiendo su silencio, nos traduce que el grumete pide permiso para orar antes de ser degollado. Torpemente nos traduce su extraña oración: cuenta a su terrible Dios que fue vendido como marino contratado a las Compañías Corsarias Holandesas que se reparten el mundo desde Amboyna a Timor. Cuenta que fue obligado a trabajar como esclavo en un mal sitio de la Costa de las Perlas llamado el Unare. Cuenta que a la luz de la luna levantaron una fortaleza de madera cuyas piezas y cañones venían en la bodega de las urcas. Cuenta que calzados con zuecos penaban acarreando la maravillosa sal que la Compañía de las Indias Occidentales necesita para conquistar el mundo con sus mercantes llenos de arenques y embutidos y quesos salados. Cuenta que muchos murieron del calor y de la fatiga, delirando en frisio. Cuenta mostrando sus pies llagados por la sal y sus manos laceradas por las palas que por cada cristal de sal ha derramado una gota de sangre. Cuenta que las fuerzas de un español llamado

Orpín cayeron sobre ellos apoyados por indios, que a la carrera degollaron soldados y trabajadores. Que con tablas preparadas salvaron el foso de la fortaleza y la asaltaron y acribillaron a los defensores y volvieron los cañones contra las urcas que cargaban la sal. Cuenta que su urca fue la única que pudo levar anclas y escapar a pesar de los daños en el aparejo. Cuenta que el maravilloso imperio de las Compañías Corsarias languidece desde que los españoles les cortan el suministro de las salinas de Setúbal y que por eso asaltan las de las Indias. Cuenta que el tesoro que el capitán ha defendido con la vida de todos y con la suya es el último cargamento de sal arrancado a las hostiles salinas de la Costa de las Perlas. Cuenta que por su valor inapreciable compraría un burgo, una ciudad, una provincia. Cuenta que sin él se arruinarán los industriosos tejedores de tapices y las pacientes tejedoras de encajes y los minuciosos pulidores de lentes y los codiciosos banqueros y los hediondos fabricantes de embutidos y los rancios saladores de arenque. Cuenta que sin esa sal que los españoles de la Costa de las Perlas desprecian y que solo por rencor defienden, el Imperio sobre el mundo de las Repúblicas Unidas y de las Compañías Corsarias se disolverá como un grano de sal en el agua. Cuenta que por cargar hasta el último rincón con la valiosa sal ha llenado el capitán con ella los toneles de agua dulce y que hace semanas arden todos en el tormento de la sed. Cuenta que por su falta de diligencia en acrecentar las ganancias de los Diecinueve Heeren o Señores dueños de la Compañía Corsaria ha sido colocado por la terrible mano de Dios entre los réprobos y entregado en carne viva a los Demonios. El Hermano Pyet deja de traducirnos. Al Hermano Pierre, que agoniza con la cabeza rota contra el palo mayor, le decimos que la bodega

está repleta de cofres de oro, y que en el más brillante de todos enterraremos su cuerpo en la catedral de El Havre, cuyas agujas ya se divisan ante la proa. Juramos repetir a todos esta mentira, que hará del Hermano Pierre la piedra sobre la que se edificará una iglesia con cimientos en todos los mares. Cuando expira, lo alojamos dentro de uno de los barriles de sal. Arrojamus al mar en pipas de inútil sal los cuerpos de los Hermanos que perdieron su vida conquistándola. Dos noches y dos días tardamos en arrojar por la borda el prodigioso tesoro que hubiera valido a las Compañías Corsarias un Imperio, y a nosotros una soga en los puertos de la *Western Indische Company*, una jaula de hierro en los del Almirantazgo británico y una hoguera en los del Santo Oficio. Pues no quiere perder su pequeña alma calvinista acompañándonos, dejamos al grumetillo Jan Janzoon Otzen en un islote, con un barril de agua, un cuchillo, una pistola y un enorme cofre de sal.

Los Hermanos vuelven la mirada hacia mí, pero ya no son mis Hermanos. Me posee la furia sagrada. Acucillado sobre los marinos a quienes segué, abro sus pechos, devoro sus corazones. Según la antigua costumbre de las Gentes, asumo así el tormento de sus recuerdos y el infierno de sus anhelos hasta que unos no sean distintos de los otros. Me pertenecen y les pertenezco. En cuerpo y alma sirvo al Señor de la Muerte.

**E**L CAÑONAZO RETUMBA EN LA RADA DEL SUR. Tomo arco, flechas, sable, corro por el conuco de maíz y tabaco, desciendo la trocha, dejo atrás perros salvajes que acosan jabalíes; corro hasta ver a lo lejos la fortaleza, la rada, el caserío, los filibusteros que hormiguean entre humareda de artillería:

—¡Los ingleses!

—¡Vuelve Ruy Fernández de Fuenmayor!

—¡Es la flota de don Carlos Ibarra!

Se disipa la humareda: el estropeado queche *Narrenschiff* encalla con tableteo de maderos quebrantados en los corales del puerto de La Tortuga. Por la borda caen al agua tripulantes, bracean, tropiezan, blanden espadas rotas, hachas de abordaje, remos. Desde la playa los filibusteros corren hacia los invasores, los aturden a estacazos. Una turba de piratas beatos deja la procesión del Viernes Santo, entra en las aguas, se arremanga hábitos de Nazareno, esgrime maderos. El empellón de la espuma lava trapos mugrientos y plumas desfleadas: en un solo brillo de aguas se miran atónitos agresores y agredidos, se prenden de greñas y harapos como pajarracos mojados. Vuelvo el sable a la vaina, entro en las olas. Aferro por los cabellos a Ardant la Soif, quien vomita agua, abre ojos desmesurados:

—¿Tú en Cartagena, Hugh? ¿Ataco Cartagena, solo para descubrir que llegaste primero?

—Estás en La Tortuga, Ardant.

Los filibusteros apalean a los invasores hasta la playa:

—Estás en Panamá, Ardant. ¡Toma el correo del oro!

—Estás en Yucatán. ¡Toma el tesoro de Moctezuma!

—Estás en La Habana. ¡Toma la flota de los galeones!

—¡Capitán almirante y muy noble duque y príncipe Ardant de la Soif para ustedes! Pero, ¿dónde celebramos la victoria? ¿Dónde me lleva el cortejo triunfal?

—Al colgadero, Ardant.

Una nueva ola arroja sobre la playa atacantes mareados, enfurecidos defensores, gandules que se ríen de ambos bandos. Cerdos y gallinas corretean por la línea de las aguas. Algún espadachín los acomete, huye zaqueando entre las olas mientras en su espada aletea una gallina ensartada.

El último en arrastrarse de la volcada *Narrenschiiff* es un anciano harapiento, ojos vendados, al hombro un laúd desvencijado. Como si supiera el camino avanza lentamente, la frente en alto, sin tropezar, sacudido por el empujón de la ola. Palpo su laúd, le digo:

—¿Conoces a un viejo músico, el maese John Doe?

El ciego con un ademán parsimonioso me aparta.

—¡Soy el excelso poeta De la Soif, filisteos! —cacarea Ardant, debatiéndose. —¡Ardant el divino! ¡Ardant el que recita ante los grandes! ¿Saben que soy superior a Malherbe? Pero, ¿por qué mis criados me desvisten?

—Te roban antes de colgarte.

—Me roban todo: mis temas, mis versos, mis hazañas ¿Quién de mis imitadores es capaz de concebir un soneto como este?

*Une effroyable horreur courroit la terre et la onde  
Et déjà les demons menaient par l'univers  
Les funestes oiseux, les fantomes divers  
Et des songes legers la troupe vagabonde...*

—¡Es de Gombart, Ardant! —le grita un invasor a quien arrastran por los pies sus captores.

—¿Cómo lo sabes, pillo, hiena, panfletario? —lo increpa Ardant, casi deshaciéndose de quienes lo arrastran.

—Lo canta Matilde, la prisionera.

—¿Y por qué me golpean, me desnudan, me izan? ¿Por qué en lugar de los laureles me ciñen este nudo corredizo?

—Están aburridos— le digo.

Ardant pasea la mirada por la muchedumbre, reconoce en ella un público, levanta una mano:

—¡Héteme aquí, ante arremetida del cristalino elemento, que en su impetuosidad remeda de multitud de desdichas el acoso incesante, y aun, en sonoro estridor de linfas y parlero mover de diáfanas lenguas la espaciada vocinglería de la Gloria; aun del Hado ante las acechanzas, aun del amor ante las cantarinas sollicitaciones, mudo!

Una tempestad de carcajadas lo celebra. Imitando a Ardant, los rateros atrapados se fingen ebrios, peroran: se descubren nuevos talentos: quien se encuentra el más arrojado guerrero, quien el más infalible académico, quien revela intermitentemente el secreto del universo. Tras esperar que las carcajadas se truequen en lástima, Ardant implora perdón. La única presa que capturaron fue el galeón *Santa Brígida*, del abstemio vizconde de Irún. Enloquecidos al descubrir el cargamento de agua bendita, dieron fuego a la presa y decidieron asaltar Cartagena, famosa por sus tabernas. Antes de morir de cirrosis, el brillante cosmógrafo Pecaute confundió el Sur con el Norte, enrumbándolos hacia La Tortuga. En medio de su súplica se encuentra Ardant improvisando brindis o, lo que es peor, discursos que aplaude el populacho. La turba de filibusteros trae en hombros al verdugo, que rueda ebrio

ante el colgadero. Como buenos ciudadanos, aman los filibusteros las mascaradas, las ceremonias, los juicios, las ejemplificaciones del patíbulo. Ardant intenta recitar un nuevo soneto: un surtidor de vómito baña a los ejecutores.

Un diluvio de bastonazos cae sobre ellos. El tabernero Pierre el Picardo apalea a quienes quieren ahorcarle a su principal deudor antes de que este le pague. Apenas separa a los ejecutores, muele a palos a Ardant acusándolo de intentar un asalto filibustero contra su taberna para beber sin pagarle la deuda. Ardant grita:

—¡Me acojo a la piedad de la Reina de las Putas!

Una carcajada sale del tumulto. En La Tortuga, como en la Ginebra de Calvino, hay Reina de las Putas. Una bruja desgredada salta de la muchedumbre, lanza fieros arañazos al colgado, quien, con su último aliento, grita:

—¡Gargajo, cuélgame ya, sálvame de esta fiera!

La mujerona chilla que la Reina de las Putas no puede ejercer su misericordia, porque acaba de morir de hemorragia.

Corto la soga de un sablazo. Ardant cae, se da un trastazo en las posaderas, me mira con odio. Le he salvado la vida: no lo perdonará mientras le dure. La turba de acreedores lo araña. Se dice en los infiernos, clama por Dante, Villon, Rabelais. El cura cree que invoca a los demonios, le atiza con un incensario. Los piratas poetas, que se odian todos, protestan la suspensión de la ejecución; los piratas aristócratas, que son mayoría, quieren descuartizarlo por usurpación de títulos.

Un disparo nos hace volver las cabezas.

En la cuesta del embarcadero al caserío un esclavo desnudo sostiene un mosquete humeante. Al lado sacude la

melena el corpulento Levasseur, gobernador calvinista de la base filibustera de La Tortuga. Tras él, un pelotón de cuervos, como llaman a los enlutados hugonotes de la guarnición calvinista.

—Que cese el escándalo. Estos hombres no pueden morir antes de pagar sus deudas. Todos quedan como sirvientes de sus acreedores. Aquel que tenga muchos, servirá a todos. Quien vuelva a turbar la tranquilidad, servirá en su lugar. Serán ahorcados en cuanto terminen de pagar sus deudas. Es decir, nunca.

A los costados de Levasseur sus lugartenientes Martín y Thibaut miman sus movimientos: si se acaricia la barbilla, se mesan la barba en punta; si toca la empuñadura, desenvainan; si frunce el ceño, las dos sombras se arrugan.

Levasseur se me acerca:

—La tristeza, más que el hambre, los empuja a la mar cuando no es época del paso de flotas. En el Carnaval les di ese queche desvencijado. Bebieron durante una semana sin acertar a levar anclas. Les corté las amarras por ver si Dios tenía piedad de ellos y los ahogaba. Ahora están como nosotros, condenados a contemplarse hasta el fin de los tiempos. Hugh Godwin, necesito hablar contigo. ¿Aceptas un asado de tortuga y un buen vino en mi Palomar, lejos de tantos oídos?

Una invitación del gobernador es una orden. Martín y Thibaut me miran, se miran, se muerden los labios. El odio enciende en ellos celos femeninos. ¿Quién es aquella a quien su Señor distingue? Con sonrisas dolorosas como heridas me celebran, me hacen la venia, tiemblan como liebres. El esclavo carga de nuevo lentamente el mosquete.

Entre la turba perora Pierre el Picardo; grita que La Reina de las Putas murió esperando el regreso de su amor secreto, Ardant la Soif. Una ovación acoge la noticia. La poblada de filibusteros converge hacia La Babilonia, el burdel de La Tortuga, situado con tan certero tino entre el puerto y el caserío que es imposible ir de un sitio a otro sin pasar por él. Arrastrando a Ardant por la soga que todavía ciñe su cuello, se precipita la muchedumbre contra la puerta única. Una turba de rijosos se lanza al abordaje de la casa construida sin ventanas para que nadie pueda huir sin pagar.

Trasponemos las puertas de Babilonia. Saluda Levasseur con gesto austero a la alcahueta. La carcamala, que se hace llamar la Condesa, discute con un sepulturero el precio de abrir la fosa. Como todos los bienes y servicios que consume La Babilonia, será pagada en especie: se discute quién cumplirá primero. Al contraluz de una vela chisporroteante se afanan pupilas en bata y chancletas, desgredñadas y desaliñadas como esposas. Entre todas visten por primera vez de puta a su Reina. Cada una prende sobre la muerta un lazo, un dije, una baratija. A diferencia de los filibusteros, cuyo botín personal es repartido al morir entre sus amigos, va la Reina de las Putas a la fosa luciendo en su cuerpo las galas que nunca tuvo en su vida. Una que otra buscona derrama un lagrimón, viéndose ya en la mesa sobre la que velan a su Reina. Una mosca curioseosa en la boca abierta de la difunta. Una golfilla absorta la espanta con un ramo de toronjil aromático. Al margen de todo, en un rincón, la puta santa, refugiada en sencillez, absorción, un alerta ojo para lo inescrutable del mundo, el encontrar consuelo en una labor de encaje que hace sin objeto, fatigando la vista en aquel tejido del cual cuelgan innumera-

bles ovillos. Hoscas, todas levantan ojos rencorosos hacia la turba que entra y suelta en medio de la sala, como un animal en un circo, al desmelenado Ardant la Soif.

Chispea en el aire la moneda con el mismo sello en las dos caras que lanza y atrapa Pierre el Picardo. No tiene que extenderse en su arenga: quizá algo alienta de vida en el cuerpo de la difunta. Quizá el santo matrimonio le abra el camino hacia el perdón de los pecados y la vida perdurable. Con empellones, con rogativas, con blasfemas propinas de piezas de a ocho obligan al cura a declarar marido y mujer a Ardant la Soif y a Madeleine, Reina de las Putas. Por un instante, desnudo, aporreado, vejado, tapándose las vergüenzas con las manos, Ardant es de nuevo nuestro padre Adán, solitario como nunca junto al cuerpo de la exánime madre Eva. Una lágrima de pus, oronda, asoma a la punta de su colgante méntula.

Pierre el Picardo, dueño ahora de Ardant la Soif, reclama al viudo la entrega de los bienes de la difunta. Con una andanada de escupitajos y de insultos le contesta la Condesa, dueña de La Babilonia. Con su gran bastón desfonda Pierre el Picardo arcones y jarros en procura de los gajes de la herencia. Sus albaceas se guardan entre pecho y camisa peinetas, broches, aretes. Disparan las ramerarías artillería de bacinillas y de taburetes; se recogen enaguas como velámenes; esgrimen navajas, leznas, trinchos; una olla de agua hirviente escalda a los filibusteros como a gatos que roban en una cocina. Gritan todas como cerdas degolladas; maldicen los saqueadores; resienten tajos, arañazos, alfilerazos. De un mandoble de su formidable espada, Levasseur hace saltar trinchadores y dagas y se interpone entre los combatientes. El esclavo desnudo, pensativo, monta el percutor del mosquete.

Dondequiera que vuelve Levasseur la mirada se enfundan armas, se desenfundan lenguas. Un nuevo tumulto sacude al lenocinio. Por comunión de cama, se sienten todos igualmente viudos de Madeleine. Aquel le ha prometido matrimonio, este casóse con ella secretamente, estotro jura ser su original marido desposado en Marsella. Pero también son todas las putas parientas suyas: la que le quebraba espejos dícese su hermana; la que le rasgaba vestidos se confiesa su gemela; una anciana mayor que la difunta dícese su hija: la Condesa alega como dobles títulos de herencia el de patrona dueña de la deuda de la difunta y el de amorosa madre suya. Levasseur da un puñetazo en la mesa donde yace la Reina. Martín y Thibaut dan golpecitos. La turba calla.

—Óyeme bien, alcahueta. ¿Firmó Madeleine contrato pirata?

—No sabría firmar su bula de entrada al Paraíso.

—Mas, ¿no es cierto que, firmante o no, quien embarca en peligrosa empresa y corre en ella riesgo igual, según la antigua costumbre de los Hermanos que han hecho suya los filibusteros, toma del botín igual parte?

—¡Cierto! —gritan los borrachos.

—¿Y no es antigua ley de la Hermandad, que solo es Hermano quien comparte igual riesgo, igual peligro, igual trabajo?

—¡Verdad! —aúllan los ladrones.

—¿Y no es así que corresponde al capitán solo parte y media, sin que pueda pretender sorber para sí la sangre ni la vida ni el esfuerzo del Hermano, que le elige capitán para servirle, y no para devorarle?

—¡Cierto! —chillan las putas.

—Alcahueta, ha hablado el Consejo. Si algo más que deudas y piojos y liendres dejó la Hermana Madeleine, re-

pártase por igual entre la tripulación. Si quedare algo por discutir, que sea en singular combate conmigo.

Se arroja la alcahueta al suelo, se mesa las greñas, se rasga las vestiduras, chilla que Levasseur la arruina permitiendo que los trabajadores conserven lo que ganan con su trabajo.

—Te salvo la vida. Cada doblón que guardas acerca el chulo que ha de degollarte.

—¡Pero será un chulo, un amor, que acabará conmigo de una vez! ¡No un cobrador de impuestos que me degüella cada semana! ¡Un monstruo, un hereje, un demonio, un Rey de los Demonios!

—Vieja, si soy un demonio, ¿quieres conocer mi Infierno?

Levasseur hace una seña a Thibaut. Con la mano extendida, se acerca el lugarteniente a la alcahueta. Hecha un revoltijo de trapos, saca esta de su seno una bolsa con el tributo, el único pago que la patrona de La Babilonia no ha encontrado forma de hacer en especie. En el repentino silencio del lenocinio suenan una tras otra las treinta monedas que la alcahueta deposita dolorosamente en las manos del lugarteniente.

—Mejor el odio del pirata, que el del heredero —dice Levasseur.

La puta santa cubre la frente de Madeleine con un encaje de blancura de espumas. De la cabellera de la difunta rueda un cintajo. Dos pelanduscas lésbicas que la acicalan dándole besos helados retroceden gritando. La cabeza de Madeleine se desmadeja, su cuerpo se sacude. Alzan las rameras las manos al cielo, gritan filibusteros, ladran perros. Se agitan las sucias sábanas que cubren la mesa a

manera de manteles o mortajas. Alza el cura el hisopo, proclama la Resurrección de la carne. Debajo de la mesa sale gateando Jesús Cazaubon, el culo al aire, santiguándose con sus collares de rosarios llenos de falsas reliquias, exvotos robados y amuletos gitanos. Martin y Thibaut echan mano a sus espadas. Saca el cura de sus sotanas un pistolón amartillado.

—¡Es reo de Estado, ladrón de botín tasado y separado! —grita Martín.

—¡Es asilado en santuario, al amparo de la Santa Madre Iglesia! —clama el cura apuntando el pistolón ora a Martin, ora a Thibaut, sin atreverse a encañonar a Levasseur.

—No es este templo consagrado, donde pueda dormir el ladrón y pedir inmunidad al despertar —grita Thibaut.

—Nuestro amado feligrés Jesús Cazaubon solo intentó separar del botín para el gobernador De Poincy una virgen de plata, ya que los calvinistas menosprecian la efigie de la Madre de Dios —dice el cura.

—Ya envié al gobernador De Poincy otra virgen, de palo, pues los católicos son demasiado espirituales para parar mientes en la materia —trueno Levasseur.

Tira Thibaut del reo por una pierna, hala el cura por la otra, chilla Cazaubon como una puerca herida, se viene abajo el mesón con la yerta Reina de las Putas, caen las daifas sobre los combatientes persignándolos a arañazos. De entre la batahola se yergue el cura, todavía asiendo la pantorrilla de Cazaubon como un jamón peludo, y grita:

—¡Levasseur! ¿Qué dice el contrato en donde De Poincy os reconoce gobernador de La Tortuga por gracia de Richelieu y de la Compañía de las Islas de la América? ¿No os obliga a guardar la perfecta igualdad entre las religiones?

—Ninguna de sus cláusulas me fuerza a respetar otro Estado dentro del Estado, otra fortaleza dentro de la fortaleza. Mas, si insistís en que vuestra iglesia es refugio que libra a los pillos de los vínculos del orden civil ¡sea! De hoy en adelante, decreto que la capilla papista es santuario inviolable de todos los rateros, estafadores, ebrios perpetuos y malos poetas y tramposos en el juego y mendigos y falsos lisiados y tahúres y deudores insolventes y siervos fugados. ¡Siempre y cuando los mantengáis a vuestra costa en ese almacén de botines, en esa feria de simonías que llamáis templo, y no los dejéis salir hasta que estén hartos de comer y beber a costa vuestra!

Un rugido acoge la arenga. Al grito de ¡santuario! ¡santuario! deudores de la Condesa y de Pierre el Picardo y filibusteros arruinados en el juego y mendigos y tullidos y ciegos videntes y cortabolsas y bobos y locos se precipitan hacia la calle y la capilla. Tras ellos corren el cura y Cazaubon, las nalgas al aire, clamando como campesinos que ven caer sobre la cosecha la nube de langosta. Inútilmente los siguen los gritos de la alcahueta, que reclama a Cazaubon huir sin pagar aprovechando el tumulto.

La capilla se repleta de ebrios, queda el lenocinio desierto como una capilla, salvo por el corrillo de putas lagrimeantes que rodea a Madeleine. Rompe el ciego con voz desgarrada a cantar venturoso epitalamio. Ardant se arrodilla, levanta del suelo el yerto cuerpo de Madeleine, lo carga en brazos, avanza hacia el luminoso recuadro de la puerta. Nadie se atreve a detenerlo. Al salir, un soplo de brisa infla los trapos de la difunta. Una chancleta resbala del pie de la puta. Su quedo golpe enfatiza un silencio que se contagia hasta acallar al ciego y dejar escuchar de nuevo el besar de las olas.

—¿Y cómo se encuentra la niña Matilde? —pregunta la Condesa a Levasseur, con maligno melindre.

—La niña Matilde te maldice con todas las fuerzas de su alma —contesta lentamente Levasseur.

—Músico —dice el gobernador. —¿Sabes la melodía del buen coral luterano *Eine feste burg*, que celebra la fortaleza de nuestro Señor?

—Él solo escucha música.

—Mis trompeteros desafinan como el infierno. Síguenos, y tendrás una pieza de a ocho, y una comida, y vino, por acompañarnos en el oficio.

Al dejar La Babilonia siento un rumor de faldas. Me vuelvo. Con cuatro besos me persigna en la frente, en los ojos, en la boca la Puta Santa.

Salimos de la penumbra al encandilante sol vertical. Avanzamos entre ventolera de aires salitrosos, charcos pútridos, vericuetos de callejuelas de tierra, chozas de barro. Ascendemos setecientos pasos hasta la escalera excavada en la piedra por la que solo caben dos hombres uno junto al otro y que, empinada como un calvario, conduce a la fortaleza inexpugnable que domina al puerto.

—Bienvenido al fuerte de La Roche —dice Levasseur.

La altura atenúa el griterío de los borrachos que celebran en la iglesia. Nos envuelven repiques de la fragua del herrero, rezongos de maderos aserrados, tañidos del hierro en piedra picada, crujidos de sogas en juegos de poleas.

—Detrás de cada muro erigiré otro muro, y delante de este otro muro, hasta hacer de mi Palomar la verdadera fortaleza intomable.

Rechina una rueda que alza un rastrillo tras el cual se abre la puerta que da paso a la explanada. Medio centenar de negros desnudos erigen la fortaleza entre una confusión de andamios, grúas con polipastos, montañas de piedra picada y de coral aplastado para hacer cal. A un lado de la explanada, en varios calderos suspendidos sobre una hoguera hierva el rancho de los esclavos. Delante de la hoguera yacen dos cuerpos cubiertos con una sucia lona. Los perros olisquean los negros pies que sobresalen.

—Se ahorcaron esta mañana —dice el alarife, sacudiéndose el polvo de un saco de arpillera con el cual se cubre la cabeza. —Tienen la superstición de que, matándose, volverán sus cuerpos libres a la tierra del África.

—Córtensele cabezas y brazos —dice Martin.

—Volverán a su tierra, sin verla ni tocarla —dice Thibaut.

Dos esclavas desnudas arrastran sobre el patio de la fortaleza enormes tortugas. Una de las negras se restriega con el antebrazo gruesos lagrimones. Tras ellas, esgrime un hacha una niña descalza de enzarzada cabellera con un desgarrado vestido de raso que le queda grande. Acuestan las tortugas sobre sus espaldas, blande la niña el hacha relumbrante sobre ellas: con certeros golpes quebranta las caparazones y libera el palpitante mar de las vísceras. Los animales se acurrucan en el sangriento piélagos de sí mismos, defendiéndose con un inútil remover de aletas. Como un rojo botón, el pequeño corazón palpita. La niña no se molesta en limpiarse el chisguete de sangre que le asperja la mejilla.

Levasseur se le acerca, susurra:

—Matilde.

Y luego, quitándole de la mano el hacha:

—No estás aquí como cocinera.

La niña corre hacia la boca negra de la torre. Brota una aleteante bandada de palomas que escapa casi a ras del piso de piedra. Antes de entrar, volteo hacia el azul hiriente. Un gavián que viene de La Española se cierne sobre el Palomar. Cuando entro, pica sobre varias palomas que vuelan en zigzag, desorientadas.

Nos sepultamos en una penumbra que miente fresca. Adentro el calor es solo más húmedo, como la boca de un perro. El Palomar está edificado sobre la roca viva: parte de sus paredes internas son de abrupta montaña. De una hendidura rodeada de musgo brota el manantial mínimo que garantiza el agua dulce durante los asedios. En todos los pasillos arrullan palomas que se esconden de la ferocidad de los gavilanes. Muros y pisos estrellados de la biliosa mierda de los pichones anidados en los recovecos. En la sombra que apenas interrumpen ventanucos para los escopeteros van perfilándose las cosas que repletan el vientre del Palomar: barras de plata y sacos de cacao: despanzurrados arcones: yelmos: rodelas: tapices con escudos de armas: candelabros de cobre con verdoso orín: repujados de cuero: mosquetones con cazoletas rotas y hojas de espada sin empuñadura, todo a medio hacer o a medio deshacer: como entre el tráfago de una batalla inmóvil: entre pirámides de balas de cañón y barrilitos de pólvora con duelas rotas y ávidas bocas de culebrinas se escabullen cangrejillos minúsculos. Gujarros fríos tintinean bajo mis pies descalzos: son pesos macuquinos de plata, con el sello estampado a martillazos y el redondel recortado con cizalla.

—No hay tal desorden —susurra el gobernador, mientras nos abrimos paso. —Sé el inventario de los botones, de las agujas en los costureros holandeses, de las tijeras toledanas. El cura me acusa de tachar con cifras satánicas los misales que robamos a los papistas. ¿Dónde más puedo sacar papel para las cuentas del tributo del décimo de los botines para fortificaciones, del doceavo para guarnición? La escritura de Satanás son las palabras, que siempre mienten; los números, la de Dios.

—O más bien la del saqueo. Bien conocen nuestras manos sus obras. Solo numeramos lo que tomamos de otros.

Sobre una larga mesa reposan un tratado de geometría, una escuadra, un compás, una confusión de planos, una estatuilla de plata de la Virgen en cuyo regazo ha depositado un huevo una paloma que nos mira, se alarma, salta, vuela, infamando la imagen con un verde gusano de mierda.

—Imagen extraña es esta. Virgen la llama el cura, mas son desmelenados sus cabellos de plata, y el artesano caprichoso le puso alas, y humillan sus pies la plateada luna que parece segar una triforme cabeza de ángeles. Blasfemia es no solo contra la Religión Verdadera, sino contra los cánones del paganismo católico. Estaría mejor como lingote.

—Por cada onza de plata muere en el Potosí un indio vasallo o un negro esclavo.

—Entonces mi Palomar es el más grande camposanto del Caribe. Después de España, osario del mundo.

Levasseur deja sobre la mesa la espada con sus correaes. Mira Matilde el huevecillo depositado en el regazo de la virgen con la atención de quien contempla un orbe. Observa desde la tiniebla Levasseur a Matilde. Acecha desde un arcón la paloma a Matilde y a Levasseur. Mas

para Matilde, absorta en el huevecillo, ha dejado de existir la torre. Camina de lado, cruza el aposento, toma el huevecillo, sin despegar la vista de su luminosa cúpula lo eleva, lo coloca en el alféizar de uno de los ventanucos, con su fragilidad librada al exterior tumulto de la luz y del aire y de las olas. Entre las grietas de la piedra fría se enrosca y desenrosca una lagartija.

Blanca como una ola, se devuelve Matilde, toma la espada, la desenvaina, la blande contra la paloma, que se pierde entre las bóvedas del pasillo perseguida por la niña que enarbola el acero. Al doblar el pasillo, la recibe una explosión de aleteos de palomas que escapan.

En la sala queda suspendido un olor a mujer. Levasseur se contempla en un espejo de empañada luna, mira hacia el huevecillo en el alféizar, casi lo toca con sus manos enormes y delicadas, que más que a la ferocidad de la espada parecen aspirar a la minucia del compás.

Una pluma pequeña como un copo cae.

Con un suspiro, el Gobernador se echa sobre una gran silla, que cruje:

—Mueren los hombres en todas las Indias para sacar plata de la piedra. Yo debo convertir de nuevo esa plata en piedra.

—No preguntes qué sostiene una piedra, sino qué aplasta.

—Acecha el filibustero la vela lejana con la misma avidez que el campesino la nube durante la sequía. ¿A qué se debe este largo verano sin presas? ¿Retiene el Rey de España las flotas? ¿Las reorganizan más formidables? ¿Se reagrupan? ¿Preparan otra invasión? ¿Los hemos saqueado hasta la miseria?

—Dicen los prisioneros que las Indias ya no dan plata suficiente para justificar una flota por año.

—Mala noticia es esa. Españoles y filibusteros vivimos del transporte de la plata del Potosí por el Caribe.

—Cuando se acabe o los españoles la embarquen por los ríos que dan al Atlántico Sur, morirán los filibusteros.

—¿Para qué sube ahora De Poincy los impuestos? Sabe que tendré que aumentárselos también a los filibusteros; me haré odioso. No podré terminar la fortaleza.

—Pero una vez terminada la fortaleza, no necesitarás a De Poincy.

—Piensas rápido.

—Es tu torre lo que atrae el rayo de los celos de De Poincy y el trueno del ataque de los españoles.

—Piensas peligrosamente.

—Sería un pensamiento peligroso si fuera mío.

—¿No es tuyo?

—Nada es mío.

—Quiero hablar contigo, porque tienes ascendiente con los Hermanos.

—Ser Hermano, es no tener ascendiente.

—Es tanto como blasfemar que Dios no distingue entre sus criaturas.

—La sangre comenzó al distinguir entre Hermano y Hermano.

—Bien sé que son ustedes secta como los anabaptistas o munzeritas, que abominan de propiedades y rangos. Y sin embargo, Hugh, no eres Hermano de nadie. Hay en ti una soledad terrible y distinta.

—Descanso en paz de mis trabajosas cóleras.

—Eres Hermano por soberbia, y no por amor.

—Amor es soledad perfecta.

—Molesta soledad es esa. Cazadores y plantadores compartiendo un peñasco con la hez de los mares, con renegados que asaltan galeones y construyen fortalezas.

—Entre los hijos de Adán está siempre el cazador, el plantador y el asesino.

—Sí, sé que muchos Hermanos detestan andar como ladrones por el mar, quieren volver a su Edén de La Española. ¿Es por eso que algunos de quienes he oído toman su parte del botín en armas y trafican con ellas? ¿O se las regalan a los salvajes caribes? ¿O a los negros fugitivos de Barbados que se esconden entre los caribes de San Vicente?

—¿Quién sería tan osado como para decir cosa semejante?

—No eres el único que piensa, cazador. Hace dos años, dos mil caribes atacaron la isla de Monserrate, quemaron las casas, saquearon los almacenes, robaron ganados, mataron gentes. El cacique salió vestido con la sotana del padre Juan Destrache. Nadie sabe cómo los salvajes consiguieron las armas.

—¿Te apesadumbra un ataque contra una isla inglesa y el robo de una sotana católica francesa?

—Ingleses y franceses nos unimos en San Cristóbal contra los caribes. ¿Qué pasaría si caribes y negros se unen contra ingleses y franceses?

—Eso habría que preguntárselo al Consejo que a veces reúne a las tribus de las islas.

—Me interesa más hablar con el Consejo de los Hermanos.

—Somos una familia, no un gobierno.

—Pues, si hablar con uno de ustedes es como hacerlo con todos, hablaré ante ti como quien se dirige al Consejo. La necesidad convirtió al cazador en plantador, y a este en

pirata. Es el camino de todos los pueblos: de perseguidos a perseguidores. No hay marcha atrás. Este es el fin del Éxodo. Si quieren una Tierra Prometida, es esta isla, La Tortuga.

—Cuando nos pertenezca una tierra, dejará de pertenecernos el mundo.

Por la fortaleza se va interrumpiendo el arrullo de palomas a medida que Matilde, espada en mano, las hace escapar hacia las troneras.

Levasseur señala con su pesada mano un mapa minucioso:

—El mundo pertenecerá a una isla. La base pirática está defendida de todo ataque masivo por la frontera del mar: puede asaltar a quien desee y huir para reponerse a gusto cuando el hado le sea contrario. Tiene sobre todas las naciones del mundo la ventaja de invertir todas sus fuerzas en el saqueo y casi ninguna en la defensa. Esa es la fortuna por la cual Inglaterra está tomando el orbe para sí. Pronto será el turno de alguna isla o continente insular del Nuevo Mundo.

El gobernador pasea las manos por el mapa como si guiara por él flotas invisibles.

—El mar es muralla líquida contra el enemigo y camino real hasta sus botines. La plata para las guerras europeas de España pasa por los puertos de Portobelo, Veracruz, La Habana, San Juan. Esta base en La Tortuga les bloquea el canal de las Bahamas. El continente del Norte es ya francés. El resto del Nuevo Mundo será francés. El Nuevo Mundo será hugonote. Solo puritanos con la disciplina calvinista podemos crear aquí una civilización. Mira a los españoles. Se refocilan con indias y negras, y con los ídolos de negras e indias. Un año en estas aguas borra el bautizo. Diez borran el pecado original. Mira a los mismos anglicanos. Mira la

banda de ladrones asustados que había reunido Willis en este pobre islote de náufragos. Veintiocho años hace que desembarqué en Saint Chistophe en la nave de Pierre Belain d' Esnambuc, y ahora mírame.

—Ya decía yo que quien desencalló aquella ruina debía ser buen ingeniero.

—No eres el único que tiene buena memoria. No sé por qué me viene a la mente la cara llena de cicatrices de un marino que enloqueció después que lo capturaron los caníbales.

—Eso debe haber sido antes de que el almirante Fadrique de Toledo arrasara San Cristóbal y Nieves en 1929.

—Les tomó el fuerte Charles a los ingleses; nos tomó los fortines de Basseterre y del Norte a los franceses. No hubiera podido hacerlo, si yo los hubiera construido.

—La última vez que recalé en San Cristóbal encontré muertos de hambre y de peste casi todos los colonos. Servidores enfermos, abandonados por sus dueños, mendigaban de choza en choza. A veces morían antes de llegar de una a otra. Para eso exterminaron a las Gentes. Creí que nadie más de aquellos tiempos estaba vivo.

—Vivió mucho tiempo el capitán Thomas Warner, con una india caribe a quien perdonó la vida en la mantanza.

—El hijo de ambos escapó y se volvió el jefe caribe de la Dominica. El indio Warner, lo llamaban.

—¿Cómo sabes esas cosas, cazador?

—El viento trae noticias.

—¿Sabes qué fue de Edward Warner? Tenía catorce años cuando nos lo presentó el viejo capitán Thomas. A los diecinueve era gobernador de la parte inglesa de Saint Christophe. A los veintidós, gobernador de Antigua.

—En 1640 los caribes de la Dominica asaltaron Antigua, y le aprisionaron la mujer y los hijos.

—Qué extrañas historias me traes, cazador. Es como si los muertos de esa matanza no hubieran terminado de morir nunca.

—Aquí estamos tú y yo, ingeniero.

—¿Me reprochas algo, cazador? En los mundos todavía por construir, vidas y muertes son los bloques de nuestras edificaciones. Yo me he fabricado una carrera. Trece años hace que desembarqué en La Tortuga con cuarenta hugonotes, enviados por De Poincy, que quería desembarzarse de nosotros en la Martinica. Ya tenemos un puerto seguro, una empresa, un proyecto, una guarnición, un fuerte.

—Tu torre tiene la altura de tu miedo.

—Solo temo a la debilidad católica, pendiente de un Rey gobernado por un ministro cuyas órdenes tardan un año en llegar. Aquí, en las orillas del reino de Satán, no podemos oír otra voz que la de la Escritura y la conciencia. Ni tenemos otra fuerza que la de nosotros, elegidos como ministros entre nosotros mismos. Y si elegimos al pastor ¿por qué no hemos de elegir a las autoridades? Y si interpretamos la Biblia, ¿por qué no hemos de interpretar las leyes? La Escritura salva; el mar libera.

—Si ese es tu secreto, todo el mundo lo sabe.

—Entonces, pongamos los números sobre la mesa. De las naves que espero en el puerto, nunca sé cuál llegará primero: la que trae botín, la de la invasión española, la que desembarcará un asesino mandado por De Poincy. Dios me ha encomendado la más importante obra en esta tierra, y cualquier canalla con una daga puede ponerle término.

—¿Necesitas a los Hermanos para derrotar a las flotas del Rey de España y del Rey de Francia?

—De mis enemigos me cuido yo. Quiero que los Hermanos me cuiden de mis amigos.

—Mata a Martin y a Thibaut.

—A ellos no. Debo confiar en alguien. Les nombré mis herederos.

—Entonces, estás perdido. El hombre de poder no tiene amigos.

Martin y Thibaut aparecen en el umbral de la puerta, siluetas contra un resplandor remoto:

—Señor, es la hora.

Levasseur me invita a seguirlo hacia la explanada.

—Señor —dice Martin retorciéndose las manos— la ocupación de la capilla enfureció a los piratas beatos. Al perro del cura lo llaman Gaspar, por infamar a nuestro mártir el almirante Gaspar de Coligny.

—Llaman a mis cerdos Richelieu.

—Señor —dice Thibaut recogiendo un gran libro de un atril— degenera la Semana Santa en simonía; venden cartas de la baraja de Marsella como estampas sagradas; adoran al Colgado como Jesucristo.

—Encarguen más paquetes de naipes al barco de El Havre.

—Señor —dice Martín recogiendo otro libro pesado— hacen feria de falsas reliquias y lotería de milagros en la nave del capitán Daniel; subastan clavos de la *Narrenschiff* como reliquias de la cruz verdadera.

—Suban el precio a los que tenemos en el almacén.

—Señor —dice Thibaut apurando el paso— Pierre el Picardo revende sacos de azufre para pólvora como trapos del Santo Sudario.

—Ofrézcanle a buen precio los bultos de velas remendadas.

—Señor —dice Martin— rematan en baratillo huesos de jabalí y de perro salvaje como verdaderas reliquias de los frailes que arrojó al mar Jacques Sore.

—Vendan las plumas de pollo de la cocina como reliquias de San Miguel Arcángel.

—Bendice el cura los mares —dice Thibaut —porque zozobren nuestras naves protestantes y nos ahogemos en aguas benditas.

—No volveremos a beber agua.

—Señor —dice Thibaut— amenazó el cura rezar contra vos un oficio de tinieblas, apagando una vela con cada salmo, hasta quedar extinguida vuestra alma.

Se detiene Levasseur un instante mientras Martin y Thibaut abren las pesadas hojas de la puerta que da a la luminosa explanada:

—Ya no pueden alquilar en el burdel a Matilde, la única que sabe cantar los salmos.

Un capataz golpea con el látigo el triángulo de hierro. Suspenden los esclavos el ruidoso trabajo de albañiles, arrojan las herramientas a tierra. Desnudos, blanquecinos por el polvo de coral machacado como panaderos cubiertos de harina, se sacuden gotas de sudor que escurren sobre su piel rayas oscuras. Los cuervos de la guarnición forman, picas en mano.

Levasseur preside el escueto oficio:

—No soy predicador. Nuestros enemigos los papistas pretenden saber qué baratijas, qué muecas, qué manjares, qué letanías, qué súplicas, qué ropajes complacen a Dios. De Él solo tenemos la Palabra, y los esfuerzos de nuestra

solitaria conciencia por penetrar la extensión magnífica de su sentido.

Thibaut sostiene delante de Levasseur el pesado volumen de la Escritura. El gobernador lee:

—Judas, pues, habiendo tomado tropa y los ministros que le enviaron los Pontífices y Fariseos, fue allá con linternas, con hachas y con armas. Mas Jesús, sabiendo todo lo que le había de suceder, se adelantó y dijo: ¿A quién buscáis? Respondiéronle:

Mira Levasseur a Thibaut. Este contesta:

—A Jesús Nazareno.

Con un gesto ordena Levasseur a Thibaut cerrar la Escritura. Dice el gobernador:

—Dos misterios aquí se plantean. ¿Sabiendo Dios la traición que se avecina, no la impide? ¿Qué fuerza anima la mano del infame, que tan alto hierde? No soy yo quién para resolverlos: el que lo hiciera, disiparía la tiniebla del mundo.

Levasseur se vuelve hacia Martin, el cual abre el pesado volumen de las *Institutas* de Calvino. El gobernador lee:

—Cuando atribuimos a Dios la presciencia queremos decir que todas las cosas han estado siempre, y eternamente permanecen, ante sus ojos; de manera que ante su conocimiento nada es futuro o pasado; si no que todas las cosas son presentes; y presentes no en el sentido de que estén reproducidas en la imaginación (como estamos conscientes de los eventos del pasado reproducidos en nuestra memoria) sino presentes en el sentido de que Él realmente las ve y las observa como si estuvieran situadas ante Sus ojos. Y esta presciencia se extiende sobre todo el universo y sobre cada criatura.

Levasseur mira a Martin. Martin mira a Thibaut. Thibaut pasa la página. El gobernador lee:

—Por predestinación queremos decir el eterno decreto de Dios por el cual Él ha decidido en Su propia mente lo que Él desea que suceda en el seno de cada individuo. Porque no todos los hombres son creados en el mismo plano, y para algunos está preordenada la vida eterna; para otros, la eterna condenación...

Levasseur contempla la multitud de esclavos que miran al inconcluso remate de la torre, donde asoma Matilde. El gobernador parpadea, se escurre el sudor con una mano, pasa las páginas, lee:

—Por tanto, el pecado es visto como una depravación original y corrupción de nuestra naturaleza, difundida en todas las partes del alma... por lo cual aquellos que han definido al pecado original como la falta de la original rectitud con la cual deberíamos haber sido dotados, sin duda incluyen, por implicación, el corazón del asunto, pero no han expresado enteramente la positiva energía de este pecado. Porque nuestra naturaleza no está simplemente desposeída del bien, sino tan productiva de todo tipo de mal que no puede ser inactiva. Aquellos que la han llamado concupiscencia han usado una palabra en absoluto desviada del blanco; si se añade (y es lo que muchos no conceden) que cuanto hay en el hombre, del intelecto a la voluntad, del alma a la carne, está todo corrompido y repleto de concupiscencia; o, para resumirlo brevemente, que todo el hombre no es en sí mismo más que concupiscencia...

La luz hiere los ojos. Brillan las olas, las aristas, la piel de los esclavos, el hierro de las armas. El exacerbado centelleo distrae todo pensamiento. Un alcastraz cae a plo-

mo en el mar. El gobernador hace una seña a un oficial, da este un codazo al músico ciego, se inclina este sobre un desvencijado armonio robado de un galeón, y lenta, como un rumor, empieza a sonar la melodía del cántico luterano *Un fuerte castillo es nuestro Dios*. Agriamente la corean Martin y Thibaut. En la torre, Matilde da una palmada, como quien encuentra un juguete, y rompe a cantar, diciendo claramente al modo calvinista cada una de las sílabas que proclaman:

*Eine feste burg ist ünser Gott*

Y Levasseur y Martin y Thibaut y los mercenarios de la guarnición y los esclavos levantan la vista a la torre cuya sombra empieza a refrescarlos mientras Matilde, sola, encendida la cabellera por la llama del sol, estira la sílaba última hasta confundirla con la extensión del horizonte del mar. Martin y Thibaut, sin aliento, callan. Pero Matilde ya al modo católico multiplica excesivamente las notas y las longitudes y las repeticiones de una sílaba hasta convertirla en una enmarañada criatura acústica, ya trata cada una de las partes de la melodía como una pieza diferente, ya al modo protestante, recita la Palabra tan desposeída de adornos que parece ser dicha por nadie, hasta que de la larva de la palabra surge la crisálida de la sílaba liberada del terreno peso del sentido: el idioma adentrándose en la nutricia tiniebla originaria anterior al concepto, apenas guardando de la palabra un ritmo de latido u ola. Se inclina el ciego laboriosamente sobre el armonio, da una nota sostenida. Los negros, fija la mirada en la garganta de Matilde, apoyan rítmicamente el peso del cuerpo ora en uno ora en otro de sus pies cuarteados.

Prorrumpe entonces la cascada voz del ciego en una segunda voz que parece, más que seguir, oponerse al remontado trino:

*Ein gute Wehr und Waffen*

Y juegan entonces prodigiosamente la luz y la sombra, persiguiéndose y esquivándose; empeñada cada nota en apagarse, en ceder el paso a la nueva variabilidad y flujo de la modulación, separándose cada una de la otra al ser arrastradas por voces diferentes que se llaman, atraen y alejan las unas de las otras: desorganizado y blasfematorio caos de las voces contradiciéndose y desmintiéndose sin romper la viciosa prisión de su diálogo: islas desarraigadas entre el mar de silencio o de ruido, cada una de ellas encerradas en disimilitud irreconciliable:

*Er hilft uns frei aus aller Not  
die uns jetezt hat betroffen*

A veces fragmenta la segunda voz la melodía original y la enriquece con nuevo material temático; a veces se libra de su acompañamiento y repite la melodía, variándola, para hacerla reaparecer completa, a veces la divide en fragmentos trabajados separadamente de distinta forma:

*Gross Match und viel List  
sein Grousam Rüstung ist*

A veces más hermosa la voz del viejo en su patética derrota que el trino en su poderoso vuelo: intentan entonces ambos una nueva persecución en un deforme mundo

de tonos: disonancias monstruosas, quejumbres, trabajos ascensos y descensos en la máquina de tortura de una escala en la que jamás se encuentran; sin romper jamás la prisión del contraste que las une:

*auf Erd is nicht seinsgleichen*

Mas ¿por qué minuciosamente juntan tesoro estos dos seres? ¿Por qué se enfrascan en un lenguaje tercero que no es ni la palabra ni el número y que difiere dellos como estos entre sí? ¿Qué miden? ¿O qué nombran? ¿Por qué atan entre sí baratijas fugaces, notas que sueltas son opacas y entremezcladas brillan? ¿Por qué hacia los cielos alzan esta complicada torre que en su conformidad por un instante parece anular toda distancia y al cesar su ascensión será solo tumulto?

*Sei du unser Schutz in dieser Nacht, gutter Gott.*

Corta Matilde un calderón, como despertando de repente, y vuelve al coral, pero vocaliza esta vez la música y la melodía al revés, internándose en ese difícil juego que algunos músicos llaman una fuga cangrejo, revirtiendo el coral a su comienzo como un manantial sorbido por su fuente, hasta que todos podemos oír:

*Eine Gott is unser feste burg*

Y todos, a la sombra de la torre bajo la cual el fuego lame las caparazones sangrientas de las tortugas, pretenden no haber oído la blasfemia mientras el músico melan-

cólico saca la última nota del armonio y continúa, abierta la boca, tanteando teclas en un silencio inescrutable.

Un cañonazo rompe la quietud extrema del mar.

—Señor —dice Thibaut apoyándose en el borde de la muralla— en la nave del capitán Daniel ofician misa a cañonazos.

—Dos... cuatro... seis... ocho...

—El Introito —dice Martin.

—¡Las piezas de babor! —dice Thibaut.

—El Gloria —dice Martin.

—¡Las piezas de estribor! —gime Martin.

—¡Comulgan con aguardiente! —grita Thibaut.

—¡Se emborrachan hugonotes y amanecen papistas!

—¡La Consagración!

—¡Un marino orina por la borda!

—¡El capitán Daniel le vuela la cabeza de un tiro!

—Que gasten pólvora —gruñe Levasseur. —Les venderé más con el mayor gusto.

Una nube de humo de pólvora barre la explanada, mezclándose con la humareda de los fuegos al aire libre donde cocinan el rancho de los esclavos. Bajo el sol quemante tantean en silencio las manos sarmentosas del ciego las teclas del armonio, como adentrándose en melodías ya para ser oídas por nadie.

—Una hora para el almuerzo, y al trabajo —ordena el gobernador. —No seremos como los católicos, que usan la fiesta religiosa de pretexto para la ociosidad.

Y después, de espaldas al mar, donde estalla otra lejana andanada:

—Nadie más religioso que el demonio.

Almorzamos en la torre, a salvo de las interrupciones de Martín y Thibaut. Armazones de madera sostienen arcos sin cerrar; velos de muros inacabados soportan bóvedas inconclusas. Trozos de mar y remolinos de nubes nos asaltan por las cribadas murallas; entre ellas ora luce, ora se oculta la llamarada del sol. Pero todavía aquí nos persigue el lamento de la piedra picada, el golpear de los martillos, el crujir de la madera quebrada y atormentada. A los cuatro vientos zumban los hocicos de los cañones de treinta y dos libras que los filibusteros llaman «los Cuatro Evangelistas». Dos esclavas desnudas traen en angarillas las humeantes caparazones de las tortugas. Al inclinarse para servir las, una de las esclavas me susurra, rozándome con su pezón compacto como una gota de brea:

—Enséñame el camino de la mar.

—¿Cómo te llamas?

—Carabalí.

Levasseur clava su daga en un barril de vino, que chorre como por una herida. Matilde nos escancia con un gran jarro, dando carreritas y riendo cada vez que el chorro salpica en el suelo como los orines de un ebrio.

Corto la tortuga asada en su misma caparazón. Con el cuchillo me llevo a la boca la celeste carne de aquellos seres que tanto y tan dolorosamente en morir tardaron. Matilde se sienta; con las manos en las mejillas me mira con insolencia de niña curiosa.

Sobre la mesa relumbra como plata el pegajoso nácar de las ostras.

Levasseur perora en ese pequeño estado de gracia que concede a los seres corpulentos la mesa llena de restos de animales devorados.

—La piratería no es un delito, sino un negocio. Al principio solo se invierte lo más barato: vidas humanas sobrantes, carne de horca arrojada al patíbulo del mar. Después hay que tener en cuenta la duración de los activos, el menoscabo por desgaste, el porcentaje para almacenar el botín en puerto seguro. La piratería es solo el preámbulo de la instalación de colonias, o sea, la esclavitud.

—¿Me llamas, gobernador, para anunciarnos nuestro fin? La agricultura con esclavos es la parcelación de la tierra. La exportación de cosechas requiere la seguridad del mar. Sería el final del cazador y del pirata.

—Así como del prostíbulo nace la respetabilidad de las familias, el pirata y el esclavo son el abono barato de la prosperidad de los negocios, es decir, de los imperios.

—Supón que no queremos ser abono de nada.

—Al final, solo seremos eso. Los Hermanos son ermitaños; los filibusteros, aves de rapiña. Mi trono está en el aire. Sin lazos de familia y de propiedad no hay súbditos. Esto sucederá en las islas de los caníbales sea yo el gobernador, o venga otro, francés, holandés, español, inglés. El rebaño sustituirá al animal salvaje; el esclavo o el siervo contratado al hombre libre. Cuando haya suficientes ovejas, el pirata devendrá magistrado. Tal es el orden natural de las cosas; es decir, la voluntad de Dios. Estoy dispuesto a pagar un precio. Hugh: repartiré entre los Hermanos las tierras de La Tortuga.

—Pero eso sería tanto como el fin de la Hermandad.

—Entonces, ¿qué quieren? ¿Cómo puedo ser el Hermano del Hermano?

—Aprende de las Gentes a vivir por ti mismo.

—¿Te asustas del fin de la Hermandad, y propones borrar del mundo tronos, dominaciones y potestades? Por

Dios, cazador, que quieres soltar sobre la tierra el Día del Juicio.

—Cada instante es el último.

—¿Por qué mirar tan lejos? Solo quiero un pacto transitorio. Tenemos apenas un parpadeo mientras caemos en el seno terrible de Dios. Nuestro tiempo es el de un gesto. Le pido a los Hermanos una sombra de Reino; un muro contra mis enemigos internos. Pues si domeñamos este ejército de réprobos y con él aniquilamos el mal —aun siendo ellos el mal— y si podemos devolver a Dios la perfecta perla de este mundo, ¿nos reclamará porque vuelva tinta en sangre?

—Gobernador, no puedo servirte. Sirvo al Señor de la Muerte.

Levasseur me mira de repente, como si despertara de un sopor o todo lo dicho no tuviera otro sentido que el de los desperdigados restos del banquete, que las esclavas se llevan perseguidas por las moscas.

El gobernador advierte que poso la mirada en una gran jaula reclinada en una hornacina cuya argamasa huele a sal.

—Veo que admiras mi Infierno.

—He oído hablar de él.

—Su finalidad principal es que se hable de él.

—Eres como el infierno que imaginas.

—Asombra que tan imposible nos sea representarnos la gloria que deseamos y tan fácil el infierno que tememos. Muchas noches he pensado en sus formas y posibilidades. No uno como el del réprobo Ignacio de Loyola —tan cercano a nosotros por creer en la predestinación— su pagano Averno de fuego y olores, sino en un infierno exacto y del alma, que debiera lo menos posible al agujijón de la piel quemada.

—En esa jaula no puede el prisionero estar ni acostado, ni de pie, ni sentado.

—Esa postura imposible del cuerpo recuerda al alma, sin dañarla, la necesidad de ser una cosa o la otra, y nunca el estorbo intermedio.

—La mayoría quiere no ser nada.

—Cierto, cazador, y es ese el principal obstáculo para el uso de esta máquina infernal. No hay alma que merezca la insoportable vigilia que ella impone.

—¿Cómo lo sabes, gobernador?

—¿Debe ser dicho todo?

—Según bebemos, parece que eso quieres.

—No temo a la noche: temo a la siesta. No hacen los españoles más que dormirse y entrar sin defensa a este espacio nefando del día. Quiero yo en cambio observar: mirar cómo la ebriedad de la disolución se apodera de los términos del mundo. No hay pecado concebible que no se pueda ejecutar sin remordimiento en una siesta. Por eso obligo a los esclavos a cascar, a cascar las piedras aunque mueran de fatiga, como si cascaran el peñasco de su mismo cráneo adormecido. Aun demonios, tienen derecho al bautizo de la vigilia.

—¿Qué dices, gobernador? Duermes.

—En la noche y en la muerte están de acuerdo el hombre y la naturaleza en la tiniebla. En la siesta se muere y se siente sin embargo que natura no muere con uno, que siguen la luz y el sudor y el regüeldo.

—Para qué hablamos. Hace tiempo que nuestras preguntas han sido dejadas sin respuestas.

—La siesta son las tripas que ocupan el lugar de la cabeza. Siempre he temido quedarme atrapado en esta pausa entre la inexistencia y la existencia. Pájaros se desploman

sobre el mar buscando un alivio a la incineración del aire. Abajo huyen los peces a la profundidad. Pero aún viviremos, porque qué es tener un alma sino ser superiores a la muerte de la luz. Y aunque fuera la luz la espada terrible del demonio, quemando con su ardiente esplendor el hilado sutil de nuestro entendimiento, o el fino encaje de conciencia. ¿Quién me deja perderme en esta divagativa tiniebla? Cazador, ¿he muerto?

—Maware atrae a los que quiere enseñar mediante vonetome, el sueño, y llama con sus cantos desde lejos.

—Engendra la siesta el torpor del lento cortejo de delirios que son llevados por los vientos. Sombra, alarido, vaho, susurro. Eso es este mar maldito: el reino del viento. Por eso en él fracasa todo proyecto. Prefiero la embriaguez. La muerte debería ser lo contrario: separación de natura, para dejar en paz y por fin permitir sentirse al alma.

—¿Qué sabes de la muerte, gobernador?

—El poder nace de ella.

—Toda prisión y esclavitud también. Por el mar que fue de la Gente navegan los esclavistas: conquistadores y filibusteros son sus perros; sacerdotes y predicadores sus bufones; virreyes y compañías corsarias sus sirvientes. Mira, gobernador, cómo el Señor de la Muerte, antes Amo y Señor de la Tierra, pasa ahora a criado del tinterillo y siervo del verdugo. ¿Crees tú que satisface a Ioroska ver la muerte rebajada a instrumento del mercader y rédito del avaro?

—Pero has dicho que sirves al Señor de la Muerte.

—¿Habrá más grande Señor que la Muerte, que borra de nosotros todo lo superfluo? Sabiendo que no es otro ese Señor que nosotros, que aceptándonos como tal somos ya superiores a todo, incluso a nosotros mismos: que por tener un término excedemos toda medida. Le sirvo, mas no

le amo. ¿Cómo amar a un Señor que con tal facilidad ha aceptado el collar del perro o del esclavo? No es otra cosa el hombre sino terminación. ¿No ha de pertenecerle, entonces, ni siquiera su fin? ¿Por qué habría de decirme Rey, mercader o amo a quien matar? Mas yo digo: la servidumbre del Señor de la Muerte es la de todos. Toda orden es maligna. La de matar es una que solo puede darse uno mismo. Desaparecida ella, todas las demás callan. Tú quieres liberar La Tortuga. Yo quiero liberar de su prisión la muerte.

—Dios silencia su última lección, y es que el bien solo puede ser operado por el mal.

Matilde ha quedado dormida, la mejilla contra la mesa. La luz que deja pasar el inconcluso muro que da al Poniente le enciende los rizos que parten de la nuca y de ellos mana un olor que hace más doloroso el arrullar de las palomas, que las oquedades de la fortaleza repiten.

Levasseur la contempla, mientras el rayo de sol besa minuciosamente la nuca y se extiende por ella como un incendio, inventando en cada uno de los rizos todos los colores. La niña se remueve en sueños, como sintiendo el escozor de la mirada, y susurra palabras en otro idioma.

Poco a poco van muriendo los estrépitos de la madera, la piedra y el metal heridos que acompañan el trabajo de los esclavos. El último martillazo de los albañiles remacha en el horizonte el clavo del sol. Un silencio amplio como el mar invade los espacios inmensos del Palomar. Parecen dispuestos a despertar los animales petrificados en las rocas de la fortaleza. La rápida tiniebla del Señor de la Muerte se abraza con la oscuridad del Señor de las Aguas. En un ventanuco reluce la estrella de la tarde. De la mar brotan tardías espumas.

Vuelan los pájaros marinos dando las últimas zambullidas; las palomas angustiadas por la sombra murmuran ante las troneras; nubes como viejas velas desgarradas se tienden hasta desleírse en una plata de madreperla.

Se aleja Matilde con silenciosos pasos. Cada nicho de la fortaleza resuena con la quejumbre del mar.

Al retirarse la luz asaltan la fortaleza los olores: el de los mariscos en sus cimientos que lamen las olas, el de los animales encerrados en los corrales, la canela de la carne de las esclavas y la de Matilde y los metales y el azufre y el salitre y la orina espumosa que corre por los albañales y los cagados nidos ocultos donde apenas se atreven a entre-cerrar los ojos las palomas.

Protegiéndolo con la mano, trae Matilde desde la cocina un cirio encendido que tiembla con la brisa que silba en las troneras. Entre sus dedos dibuja el cirio rosadas líneas de luz; hasta su rostro lanza un parpadeo de claridad que se esfuma en su crin ensortijada. Distraída, Matilde canturrea una cancioncilla:

*Ave maris stella*

*Dei Mater alma*

Enciende Matilde candelas dentro de dos enormes fanales más altos que ella, procedentes de un galeón saqueado. Por un instante, al empinarse para abrir el postigo de vidrio, es ella quien parece encerrada entre cristales, radiante como una imagen.

*Atque semper Virgo*

*Felix Caeli Porta*

Mientras Matilde enciende las lámparas, el temblor de la llama finge con nuestras sombras montañas, bestias, gigantes que acechan. Y cumplida la comunión de los cirios: cuando estos se desdoblán en llamas independientes, cada sombra se separa acechándose en dos manchas que se hacen más diferentes a medida que Matilde aleja la llama del nuevo fuego y acercándola a otro cirio triplica el cortejo de sombras que nos acecha.

*Sumens illud Ave  
Bagrielis ore*

En medio de aquel conciliábulo de torpes sombras, ondula, vuela, danza una triple sombra de Matilde, ora creciendo, ora perdiéndose, ora huyendo por los pasillos y las bóvedas hacia las penumbras remotas.

*Funda nos in pace  
Mutans Evae nomen*

Desde la tiniebla contempla Levasseur a Matilde con la petrificación del amor que prohíbe toda posesión salvo la deseada. Más para Matilde, absorta en la vela, ha dejado de existir la torre, y acaso su misma infantil cantinela:

*Solve vincia reis  
Profer lumen acemis*

Ocurre que los seres a quienes se ama por un momento se ven a sí mismos como lucen revestidos de la perfección que les atribuye quien les ama.

*Mala nostra pelle  
Bona cuncta posce*

Así miro por un instante a Matilde con los ojos de Levasseur y me estremezco. Sé que Matilde ve también a veces a aquel doble de sí misma que alguien le superpone, y que lo odia, por saberlo obra más del deseante que de la deseada. Era del doble amado, y no de Matilde, la perforante mirada cuyo fijarse adoloría las vísceras. Y el brillo de la mugre entre los dedos de sus pies y la perfecta forma en que estos sostenían el árbol de su cuerpo y el pungente aroma de sus vellos.

*Monstra te esse Matrem,  
Sumat per te praeces*

Perseguida por su doble amado, ensaya Matilde la zafiedad y el desdén y la estulticia por opacar la luz poderosa que su mentida imagen irradia.

*Qui pro nobis natus,  
Tulit esse tuus*

Avaramente la imagen amada de Matilde saquea al mundo de toda perfección dejándolo desposeído. Temo dejar de ver el transfigurado fantasma de Matilde que crea Levasseur, para voltear a ver al mundo vaciado de la gracia que en este momento solo en el fantasma habita.

*Virgo singularis  
Inter omnis mitis*

Odiada por Matilde —a quien suplanta— y por Levasseur —a quien impide soportar el mundo— la imagen de Matilde amada se anuncia en un rumor de pasos, en un olor animal, en una vocecilla que por momentos y como sin darse cuenta distraídamente canta.

*Nos culpīs solutos  
Mites fac et castos*

Y el estremecimiento que produce en el amante el presentir el paso de la imagen al voltear de un pasadizo o tras una puerta es superior al vértigo del goce de la carne, por inagotable.

*Vitam praesta puram  
Iter para tutum*

Te mira y te perfora la imagen de la deseada desposeyéndote de los velos: lee en ti como en una criatura o un libro, así como en el mundo.

*Ut, videntes Iesum  
Semper collaetemur*

¿Quién mira a través della? ¿Quién o qué te la envía como un signo? Detrás della, como tras un espejismo, veo surgir a la Matilde zafia despojada de su imperio, como una voz segunda o como un eco.

*Sit laus Deo Patri  
Summo Christo decus*

Y sin embargo, teme Levasseur en la música el desdoblamiento en esas dos voces del contrapunto, combinadas y opuestas, confirmándose y contradiciéndose hasta bordear la disonancia, y por ello necesitándose.

*Spirictui Sancto  
Tribus honor unus.*

Pasada la prodigiosa duplicación de la imagen, al pie de los fanales hay solo una niña descalza con un desgarrado vestido de raso sobre cuyo pequeño seno caen rizos que chispean ardorosos reflejos.

A las velas se acercan bandadas de mariposillas a morir tercamente en su velo de luz.

Y así el cirio que eleva Matilde es enjambre de abejas hechizadas por la miel de la muerte.

Una a una mueren las mariposillas atraídas por las velas: caen exhaustas: hasta alfombrar el piso de piedra y las mesas con mapas y planos y cálculos y plateadas conchas vacías.

Cangrejillos fugaces aparecen y desaparecen entre las rendijas.

Luego la llama tiembla por la ventolera de la escalinata que da a la explanada y todo el vestido de Matilde crepita como una llama hasta que ella y la lumbre desaparecen.

Al irse Matilde con el tercer cirio quedamos bajo la vibración de las dos llamitas en sus lámparas y todo lo iluminado tiritita mientras alguna que otra mariposilla muere en la transparente derretida cera.

Levasseur se estremece. El viento que sopla por el canal entre las dos islas corre cada vez más veloz a medida que entra la noche.

Con la mirada perdida en las sombras que se separan y se confunden en la bóveda de piedra, Levasseur habla, y adivino que de nuevo recita las *Institutas* de Calvino:

—Se dice a menudo que Dios ciega y endurece a los réprobos; que cambia, inclina o conduce sus corazones... y no se pueden explicar estas afirmaciones recurriendo a la «presciencia» o la «permisión». Replicamos por tanto

que este proceso ocurre en dos maneras. Cuando Su luz es removida, nada permanece más que oscuridad y ceguera; cuando Su Espíritu es retirado, nuestro corazón se petrifica; cuando Su guía cesa, nos desviamos del recto camino. Y así se dice verdaderamente que ciega, que endurece, que desvía a aquellos a quienes Él quita la habilidad de ver, de obedecer, de conservar en el buen camino. Pero la segunda vía está mucho más cercana del sentido propio de las palabras; que para ejecutar sus designios dirige sus juicios y excita sus voluntades en la dirección que ha decidido, mediante la agencia de Satán, el ministro de su ira...

—¿Puede ser distinto el ministro del amo?

—Dios distingue entre elegidos y réprobos. ¿No distinguí acaso entre Caín y Abel?

—Cada vez que Dios distingue, crea un réprobo. El primero Luzbel, a quien creó menos que divino; el segundo Adán, a quien hizo menos que humano; el tercero Caín, a quien relegó a menos que amado.

—Mas: las letras y los números del libro de Natura tienen sentido por su diferencia.

—Empero: siendo Dios beatitud, para hacer lo diferente debe engendrar lo no divino, y toda creación es réproba.

—Pues si creara Dios elegidos, no los haría distintos de Él mismo.

—Pero el hecho mismo de querer ser iguales a Él, los reprueba. ¿Comprendes tú esto, ingeniero? Pues si algún sentido tenía el mundo repleto de la Gracia, ¿no se bastaba Dios a sí mismo?

—El mundo es la deyección de Dios y sus creaturas los signos de la ignominia en los cuales por contrario sentido lee su perfección.

—Entonces, así, el objetivo de la creación es la creación del Réprobo, y mientras él exista, no llegará el fin de los tiempos.

—¿Es esa tu blasfemia, cazador? ¿Si debiéramos adorar a Dios por lo que vemos de él, no sería insultarlo? ¿No debemos buscar un Dios oculto, sigiloso, engañoso, distinto de su obra y aun diferente de su Palabra? ¿No se encierra Dios en su Palomar del Cielo, protegiéndose de nuestra interpretación en la vigilia de su Infierno? Adivinamos a este Dios oculto, desconocido, *Deus absconditus*, como a la corriente marina, por sus superficiales signos o su poderoso impulso, mas ¿qué sabemos de sus fuentes? ¿Qué de sus designios? ¿Qué de sus destinos, salvo la posibilidad de dormir en ella cuando hayan naufragado nuestras esperanzas? ¿Y qué del dolor que toda belleza nos inflige, salvo que no es otra cosa que castigo por remedar la esencia de Dios, empeñado en permanecer oculta en este mundo, salvo por Su revelada Palabra?

—Conozco a Dios como a los hombres: por sus obras.

—Era ya como la hora de sexta, y las tinieblas cubrieron toda la tierra, hasta la hora de nona, oscurecióse el sol y el velo del templo se rasgó por el medio.

Trae la brisa risas de ebrios, pistoletazos lejanos.

Levasseur queda con la mirada fija en la bóveda inconclusa. Me levanto para dejarlo solo con su dolor.

Cuando estoy a punto de salir, entran Martin y Thibaut con hachones, dando grandes voces, tremolando dagas, pistolones, espadas.

—Señor —grita Martin— los hugonotes asaltan la capilla.

Levasseur da un salto y maldice.

—Hacen procesión sacrílega como Jacques Sore cuando asaltó la catedral de La Habana.

Levasseur baja a la carrera hacia la salida de la fortaleza.

—Cubren un asno con la casulla —dice Martín.

—Revisten un cerdo con los cíngulos —dice Thibaut.

Sigo al cortejo de sombras que desciende hasta la explanada, gana el rastrillo, corre por la escalera excavada que baja hacia el poblado. Como una sombra que sigue sombras nos sigue Carabalí.

—Se limpian el culo con misales.

—Llenan el cáliz con orina.

—Filibusteros disfrazados de monjas se besan con bucaneros ensotados.

Corremos los setecientos pasos entre la fortaleza y el poblado. Con aparato fantasmal de cirios y de trapos avanza la procesión: en andas improvisadas con remos pasean, acicalado de sagradas galas y ausente, el cadáver de Madeleine, Reina de las Putas. Su esposo le acaricia el cabello, le toma la mano para llevarla consigo: algo en el frío de los dedos de cera lo detiene y lo hace mirar el impassible rostro de la muerta. Con el cuerpo desnudo reluciente de vómitos de aguardiente y de los escupitajos de la muchedumbre, Ardant la Soif busca a tientas el sentido de lo que le ocurre.

Como el jabalí furioso que embiste a la jauría irrumpe Levasseur en el cortejo, demuele a patadas y puñetazos a los festejantes:

—Hacer mártires de asnos es propio de asnos.

Ruedan por el suelo borrachos envueltos en trapos frailunos. Cae el cura a las plantas de Levasseur, implora indemnización por lo consumido por pordioseros, vagos, jugadores fulleros, falsos tullidos y borrachos endeudados. Levasseur dice:

—No.

Revienta una grita. El gobernador mira a uno y otro bando: acaba de indisponerse al mismo tiempo con piratas beatos y calvinistas sacrílegos. Como bandas de macacos, las dos filas de creyentes se enseñan los dientes y se arrojan suciedades, sin atreverse a embestir.

Se abraza con todas sus fuerzas el cura a las piernas de Levasseur. Suena un chasquido metálico en los ventanucos de la capilla. Salto. Grito. Revienta una descarga de mosquetería. Levasseur se tambalea, herido en el pecho. Alza Thibaut un estoque, se lo entierra al gobernador en la espalda. Alza Martin una daga, la clava en el cuello al herido que se derrumba. Inútilmente busca la mano de Levasseur la espada que Matilde se ha llevado para espantar las palomas. Los profanadores se incorporan, abaten las casullas de sus hábitos dejando ver, en lugar de hugonotes, piratas beatos. Sobre Levasseur cae con estoques alzados una jauría de sicarios penitentes y de papistas de la nave del capitán Daniel.

Desenvaino el sable. Un erizo de espadas y de alabardas me impide acercarme. Acribillado por puñales y estoques, Levasseur se arrastra dejando una estela de su propia sangre como el rastro de un caracol. Con su última fuerza, alza una mano hacia la fortaleza lejana.

—¡Ha pedido un sacerdote, para morir católico! — chillaba el cura alzando los brazos.

La mano de Levasseur cae inmóvil sobre el primer peldaño que lleva a la fortaleza intomable.

En la ranchería del puerto resuenan alaridos. Se desnudan espadas, se cubren putas que chillan. De La Babilonia salen a la calle hombres que aúllan, envueltos en trapos y en sangre. La Condesa señala a los hugonotes que cobraron el odioso impuesto. Tras sus gritos los alcanzan

dagas. A la luz de hachones, piratas beatos desventran filibusteros puritanos. Algún pistoletazo sorprende a las víctimas como animales que huyen a la luz de un relámpago. Cazan hugonotes como habían cazado cerdos salvajes, con sables y cuchillos y alabardas o grandes estoques atados en largas varas, tocando cuernos para inducir a la fuga a la piara. Indemne camino entre las sombras que se apuñalan. Al verme, uno y otro bando detiene las alabardas, las hachas, los sables. Una vez que he pasado, vuelven el chocar de metales, el chasquido de la carne herida, el alarido. Me protege la marca de Caín. Cazaubon me sigue en vano, azuzando a los sicarios contra el hereje. Ningún bando osaría atraerse la enemistad de los Hermanos.

Alumbrándose con hachones, una partida encabezada por Martin y Thibaut asciende hasta la fortaleza, da el santo y seña, pasa por el abierto rastrillo. Con voces de mando y pistoletazos acallan los gritos de desconcierto. Una hilera de antorchas reptas como un gusano luminoso por la inconclusa torre hasta encender el gran brasero dispuesto en la cúspide a manera de faro, el cual resplandece ante el mar oscuro desde donde responde con una andanada de saludo de sus veintidós cañones la nave almirante de la flota enviada por el católico De Poincy a deponer al gobernador protestante de La Tortuga.

Hasta la caleta protegida entre los acantilados de la Banda Norte donde tengo escondida la piragua viene algún Hermano, nos ayuda a mí y a mis mujeres taínas y a Carabalí a bajar con cuerdas las armas por el acantilado. Cuenta que el comandante Timoleon Otman de Fontenay, caballero de la religión de San Juan nombrado por De Poin-

cy Real Gobernador de La Tortuga y de la costa de Santo Domingo, es recibido por Martin y Thibaut con honores. Que a cambio de ellos les respeta el carácter de herederos de los bienes de Levasseur, el grado de oficiales de la fortaleza.

Otro Hermano me cuenta que desde la medianoche del Viernes Santo surge desde algún sitio de las honduras del Palomar la voz de Matilde, sin que sea posible encontrar a la niña. Quizá se ha ocultado o perdido en algún pasadizo secreto que el ingenioso Levasseur no habría dejado de prever. La voz parece cambiar de sitio según donde uno la escuche: noche tras noche canta solitaria uno tras otro los dolorosos salmos del oficio de tinieblas.

Martin y Thibaut discuten si derruir la fortaleza para encontrar a la perdida o si tapiarla enteramente para impedir que el canto surja. Por excusar su traición Thibaut se hace lenguas de que ha asesinado por celos; los dos lugartenientes planean demoler una almena o elevar un nuevo muro para desvanecer lo que quizá no es más que efecto del creciente soplo de los vientos o de las imaginaciones exaltadas. Pero a medida que en el alba se apagan las estrellas como las velas en el oficio de tinieblas, suenan más claros los salmos cantados por Matilde desde su prisión en vida: por algún resolladero o cloaca rezuman del Palomar como la voz brota de la garganta o la tibieza del cuerpo.

Martin y Thibaut cuelgan de la más alta esquina de la torre el cuerpo de Levasseur encerrado en la jaula de hierro de su Infierno. Sobre ella clavan las cabezas y las manos de los negros que se ahorcaron, para que los demás esclavos no sigan su ejemplo por temor de que sus

cuerpos renazcan libres y se paseen por su tierra natal sin cabeza y sin manos. A medida que la putrefacción desliza el esqueleto de la carne, este va adoptando imposibles posiciones hasta quedar sentado y finalmente acostado en la reja del fondo, de donde finalmente los huesos escapan deslizándose entre humores.

Cuando las palomas dejan de picotear los huesos desparramados en la muralla, deja de escucharse también la voz de Matilde. Quizá las repentinas tormentas y el silbo de los vientos la ahogan. Quizá la poderosa remoción de las olas impide que los vigías oigan a tiempo el chapotear de remos y el poderoso golpe de un gran casco en los corales de la ensenada.

Desde la arbolada colina que domina el villorrio y la fortaleza veo las cinco naves españolas que cercan la bahía, embotellan en ella tres bajeles y once filibotes desprevenidos, recogen trapos, anclan fuera del alcance de los cañones del Palomar, desembarcan corriente abajo en chalupas un hormigueante medio millar de soldados españoles.

Los filibusteros ante la fuerza superior son como perros: no defienden guaridas, se dispersan ladrando para volver más tarde o nunca. Los españoles, que no lo comprenden, se afanan en una inútil carnicería de taberneros y de putas a quienes la guarnición timorata no abre las puertas cuando llegan a refugiarse en el fuerte. Afanándose con los pesados sistemas de poleas de los pescantes, los artilleros desembarcan cañones en las chalupas para apuntarlos hacia la fortaleza inacabada. Antes de alejarme, veo a Thibaut que desde la muralla les arroja una granada de mano. La bomba estalla, le arranca de cuajo el brazo dejando en la piedra una larga mancha de sangre.

Infatigables, encarnizados, indiferentes al fuego que les hacen desde las almenas, los españoles obligan a sus esclavos a arrastrar los cañones con aparejos de complicados cordajes hasta situarlos el primer día al pie de la colina que domina al fuerte. Toda la noche preparan la escalada. El segundo día los izan por encima de la explanada. El tercer día los elevan por encima del primer nivel de la fortaleza. El cuarto día ya llegan a la altura de la torre que Levasseur dejó inconclusa y horadada de vacíos enigmáticos que sus herederos no supieron cerrar. El quinto día disparan.

Termino de estibar las armas a bordo de la piragua. Largo velas, fijo rumbo hacia la Dominica. Tres días después surgen hacia el Leste las escarpadas costas que cortan el paso de los alisios. Una semana más tarde comienza el levantamiento de las Gentes que arroja de la isla a los franceses. Las Gentes de la Capterre de Dominica asaltan la isla de Antigua, vencen a los ingleses, queman y saquean sus casas; luego atacan la Marigalante, matan a golpe de macana a los franceses, incendian el fuerte. Las Gentes de San Vicente asaltan franceses que ocupan su isla, labran flautas con los huesos, embarcan en sus piraguas de guerra hasta Santa Lucía, matan al comandante, secuestran a su mujer y sus hijos. A su lado pelean esclavos fugitivos, pintadas de rojo sus pieles color de tierra. Hombres negros como tierra fértil y hombres rojos como llamas vivas asaltamos Martinica y Granada, matamos invasores, quemamos las cabañas con flechas incendiarias. En tres piraguas nos hacemos a la mar ciento cincuenta guerreros rumbo al Guarapiche, al Orinoco, a la Costa de las Perlas. Carabalí se pinta su piel color de tierra con onoto hasta lucir como una llama viva. En el último travesaño de la última piragua, acucillado, canta una nota atroz un anciano ciego.

**L**ÉVAME A LA VENTANA HUGH, cárgame hasta la ventana donde yo, Thomas Gage, debo predicar ante los soldados de Dios el sermón que los conduzca a la victoria contra las gavillas de bandoleros que se ocultan en las selvas. Pero, ¿por qué en esta ventana hay solo un velo rojo de sangre y en las calles solo cuerpos caídos que revienta la podre?

¿Por qué pierdo la voz misma y no me oigo hablar salvo en el pensamiento tras el cual se esconde mi

vox

secreta vox perpetua vox dónde discurrees mientras no te escucho por cuáles caminos

palpitas

dónde

callas

en qué lugar divergen nuestros

pasos

por qué mundos avanzas

mientras yo

ciego y mudo

de toda vox ausente

senderos fríos

o candentes

dónde vox

te ocultas

dónde lates

tras cuál luna

te olvidas

dejando al hombre

solitario  
las colinas sin tiempo darán  
a otras colinas  
y en ellas  
leve el paso  
retrocede  
mientras susurras vox  
tantos silencios  
o como un astro  
te pones  
tras los tiempos  
y quedamente  
    vox  
        acudo  
            en el silbar  
                del despoblado

Del mundo entero restan las cenizas  
    solo me quedas, vox  
        para un aliento  
desoprimir el aire  
    envilecerlo  
        para recibir el último jinete  
que faltaba en el cielo  
    la peste.

La peste que nos sitúa, Hugh, al borde del infinito, en la presencia activa del Juez que puede llamarnos y en realidad nos llama en la agonía de no poder ir a los campos, donde internarse en la espesura es morir de mosquetazo; ni poder fortificarse en la ciudad, que es entregarse a la peste.

De no poder obligar a los soldados a recoger a los muertos y enterrarlos o quemarlos, pues teme cada cual ser muerto de la peste, aunque sabe que este hedor casi sólido es en sí mismo el efluvio y el contagio.

Nunca como ahora estamos en el día de la ira, cuando cae cualquiera en la calle retorciéndose en un charco de sus heces y bajo el velo de las llamas del infierno.

La enfermedad hace que oscilen en mí el fraile dominico que fui, el puritano que soy y el libertino que temo ser; y según cual de ellos predomine en el instante de mi muerte, estaré señalado para siempre:

Por Dios, Hugh:

con esta daga en la mano atiende al instante de mi discurso que sea puro, al instante en que mi cavilación no sea nefanda, y en ese instante degüéllame, para quedar concluido en la eternidad en ese momento puro que durante tantos años busqué en tantos climas en donde solo me encontré a mí mismo. Pero más aun te pido, Hugh: escrútame, no vayas a degollarme en un instante de aparente pureza, cuando solo hable en mí el hipócrita, esa fuerza que humildemente reconoce nuestra impotencia ante el sino y reduce el dominio sobre él a apariencias.

Otro sorbo del agua inmunda que trae el río y que no puedo pasar, otro sorbo para refrescar la boca y escupir antes de caer en esta rueda de la fiebre que gira sometién dome ora bien a los fuegos ora bien al helar de un invierno crudelísimo.

Sí, el Juez es frío. Por eso lo olvidé durante tantos años en estas tierras de las Indias, en donde todo es fuego. ¿Ante cuántos jueces he comparecido yo, Thomas Gage? Siempre he buscado jueces que declararan mi mérito, y de ellos no eres tú el más encumbrado, Hugh Godwin.

Una y otra vez los jueces comparecen ante mi catre de apestado. Mi abuelo, sir John Gage, buen súbdito del rey Enrique hasta que este prohibió el catolicismo. Mi tío, Robert Gage, apresado, juzgado y colgado como reo de alta traición por planear el asesinato de la reina Isabel y restablecer el catolicismo liberando a María Estuardo, reina de Escocia. Mi tío John Gage y su esposa Margaret Copley, condenados a muerte por esconder en su casa a un misionero católico, salvados solo por una conmutación de pena al pie del patíbulo. Mi padre John Gage, que prefirió enviarnos a mí y a mis hermanos a estudiar a la católica Francia en el seminario de Saint Omer antes que dejarnos expuestos al protestantismo en Inglaterra; mi padre que alentó mi ingreso con los jesuitas en el colegio inglés de Valladolid; mi padre que me desheredó cuando supo que dejé el convento de los jesuitas y entré al de dominicos en Jerez de la Frontera. Mis hermanos que me repudiaron cuando dejé a los dominicos por hacerme calvinista. Mi correligionario dominico Thomas Holland a quien empujé al patíbulo con mi delación. Y Él, el más terrible de mis jueces, que hace apenas once meses me encomendó sostener Su Causa en un mundo y entregárselo, ¿cómo se comparece ante Él, Hugh?

No sin espera. No sin guardias que os esculcan y os traen de un sitio a otro y al fin os abren la puerta de una gran sala y en ella Él, el Lord Protector Oliver Cromwell, no mejor vestido que un predicador de aldea, junto a una acristalada ventana, y frente a él doce fanáticos, sí, los reconozco, Rogers y sus acólitos, los predicadores de la Quinta Monarquía, el Reino de Dios que ha de destruir las monarquías en toda la tierra, los doce recién salidos de la cárcel de Lambeth, al fin admitidos a la presencia del Lord y de una

abigarrada corte de secretarios, militares, negociantes y políticos que se afanan en torno a una gran mesa con papeles, algunos sentados, otros parados con las manos extendidas sobre grandes mapas, otros paseándose inquietos, mirando ora a los folios, ora a los recién llegados, ora al Lord que, acodado en la ventana en cuyo alféizar hay una pistola y tras cuyos cristales se ve el cielo otoñal, habla:

—Accedí a esta entrevista con vos, Rogers, y venís doce.

—Doce, señor —contesta Rogers, irguiendo su enmarañada cabellera— es el número del Cordero contra la bestia, y la raíz y el cuadrado de los ciento cuarenta y cuatro mil en las Revelaciones XIV. Doce hemos sido vendidos por espías a sueldo, doce encerrados de la manera más arbitraria en los calabozos de Lambeth, doce hemos sido maltratados de palabra y de hecho por esbirros y carceleros con alabardas, espadas e insultos. Doce hemos venido ante vos, a hacernos oír con franqueza, ingenuidad y sencillez, sin ningún marco político, estudiado o artificial de palabras o expresiones, según la sabiduría del mundo o de los príncipes de este mundo y sus maquiavélicos adoradores, a deciros que no somos malhechores, sino víctimas pacientes de nuestras conciencias.

Escucho con angustia este tumulto en el cual se debate un asunto que no es de mi incumbencia o en el cual es peligroso que yo, Thomas Gage, me inmiscuya. Miro hacia atrás, hacia la puerta que los guardias cierran a mis espaldas. Mas el Lord ya habla, acodado en la helada ventana:

—Acaso hayáis tenido paciencia en vuestras palabras; ahora tenéis libertad de hablar, mas no abuséis de vuestra libertad. Pues los malos son tratados según su trasgresión sediciosa, y no por su conciencia. Pero algunas palabras son he-

chos, y las palabras pueden unirse a los hechos, pues hechos y palabras son tan agudos como espadas, y los dos os acusan.

Apretando la Biblia contra su pecho (sí, una de esas pesadas Biblias del Rey James) Rogers avanza un paso y dice:

—Yo deseo saber en qué condición estoy aquí ante vos; como preso o como hombre libre, como un cristiano ante otro cristiano, con la misma libertad que tienen otros, o como esclavo.

—Un preso es un hombre libre —contesta secamente Cromwell, sin separarse de la ventana ni de la pistola.

—Mas vuestras palabras no son pruebas, mi señor. Pero ahora, viendo más despejado mi camino, diré algo más: no hay ley de Dios ni tampoco de los hombres que me declare delincuente, más que la vuestra, que es peor que la ley y la tiranía de Roma, y que declara traidor a un hombre por sus palabras.

—¿Quién os ha llamado traidor? No he sido yo.

—Pero ¿quién os hizo, señor mío, juez de las Escrituras?

—¡Vaya! ¿Quién os impide predicar el Evangelio de Cristo, y aun Su reino personal?

—Sé bien, señor, que sois un sofista. Y así parece, pues sí se nos permite predicar una parte de la verdad, pero no toda... no contra los pecados escandalosos de los hombres en el poder o fuera del poder; pues ello parece ir demasiado contra vuestro interés.

—¿Y qué interés es el mío?

—Un interés mundano, que Dios destruirá.

—¡Ah! ¿Me juzgáis vos?

—Sí, por la palabra del Señor.

Un silencio helado como la luz de la ventana se extiende por la sala. Solo Rogers se atreve a romperlo:

—Pido, o un juicio imparcial, o un debate cristiano.

El Lord Protector señala con su mano pálida los legajos sobre el paño de la mesa.

—Las pruebas acumuladas apoyan un cargo de subversión peligrosa.

—Por el testimonio del delator habla su sueldo, y no yo. Tampoco me dejaré juzgar en secreto. Si he delinquido, me corresponde que se haga justicia en público.

—¿Quién os juzga? ¿Quién dice que es una acusación? ¿Quién la llama un cargo? No soy yo; y ¡mirad! Antes de oír los testimonios, ya los llamáis falsos.

—Oh, señor, no puedo menos que dolerme de vuestra situación, que es triste y debe lamentarse... creo yo que mi condición, por medio de la gracia, aunque sea un pobre preso, es mucho mejor que la vuestra; no me cambiaría por vos.

El jefe de los guardias parpadea ante la luz gris de la ventana, mira interrogante hacia el Lord. Este hace con la mano un gesto apaciguador.

—Bueno, bueno. Vos sois bastante conocido, y conocida es vuestra idea, que linda en la blasfemia.

Escandalizado, Rogers eleva los brazos al cielo, alzando la pesada Biblia.

—Apelo a la recta justicia de Dios.

—Sí, os digo y os repito: blasfemia, por más que elevéis los ojos al cielo, y os digo, sí, que en una buena caja de ungüento una cosa pequeña, como una mosca muerta, puede estropearlo todo; sí, una mosca muerta.

El Lord Protector se mueve hacia la mesa llena de legajos y de testigos. Rogers contesta:

—En vuestras manos está decidir esa muerte.

Cromwell lo mira con la mano apoyada en el respaldo de la única silla vacía, una silla en la cabecera de la mesa que nadie se atreve a ocupar:

—Bien sabéis que en un tiempo no hubo gran diferencia entre vos y yo. Os tenía en la mirada, y pensaba en vos para un cargo, y ascenso; lo sabéis bastante bien.

—Cierto, señor mío, y podéis decirme que no considerabais en toda Inglaterra hombre tan capaz para el puesto, y desde entonces las cosas en realidad se han alterado, pero os ruego que reflexionéis sobre quién ha cambiado.

El Lord se cruza de brazos:

—Examinad vuestra conciencia, y yo examinaré la mía. Hay aquí muchas cosas positivas y privadas para mostrar que sois un sabio, y es sabido que lo sois. ¿Y dónde encontraréis tal distinción?

—En la lógica —trueno Rogers.

—¡Ja! —se burla el Lord, dando una palmada sobre un mapa de la mesa.

—Lo que vos llamáis hombres de la Quinta Monarquía son empujados por vuestra espada a amarse los unos a los otros.

—Vaya, os digo que entre vos hay anabaptistas que desearían cortar las formas. ¿No es cierto, mister Kiffin? Así como también los presbiterianos desearían cortar el cuello a todos los que no son de sus formas, y también lo harían vuestros hombres de la Quinta Monarquía. Conviene mantener todas esas formas fuera del poder.

—¿Quién os hizo, señor mío, juez de nuestros principios? Mal habláis de lo que no sabéis. Pues tal principio de la Quinta Monarquía, como lo llamáis, es de tal amplitud que incluye a todos los santos, a todos los que son santificados en Cristo, sin que importe de qué clase de juicio sean. Pero *judicium siti secundum vim intellectualis luminis*.

—¿Qué nos decís en vuestro latín?

—Vamos, señor mío ¿sois canciller de Oxford y no podéis soportar tal idioma?

—Hablad sin velos.

—Entonces, señor mío, tengamos libertad de conciencia. ¿No nos daréis tanta libertad como la que nos dio el Parlamento?

—Os diré que nunca hubo tanta libertad de conciencia, no, nunca tal libertad desde los días del Anticristo como la que hay ahora; pues ¿no pueden los hombres orar y predicar lo que gusten? ¿Y no tienen los hombres la libertad de todas sus opiniones?

—¿Por qué entonces están tan llenas las cárceles de santos? ¿Y si el poder absoluto conduce a la esclavitud, no es resistir a la magistratura el abrazar los principios justos?

El Lord Protector se planta delante de la mesa:

—¿Y quién, oídme bien, quién, quién, pregunto yo, ha violado eso? ¿Dónde hay un poder arbitrario o absoluto? Oídme bien ¿dónde hay semejante poder?

—¿No es tal la espada larga? ¿Por qué ley o poder estamos en prisión mi hermano Feake hace más de doce meses, yo hace más de veintiocho semanas, y otros varios de nuestro rebaño, y esta es la fecha en que no sabemos por qué? Y esto es peor, vuelvo a decirlo, peor que la ley romana. ¿No es arbitrario esto? ¿Y no es absoluto vuestro poder sobre el ejército, para disolver parlamentos y hacer lo que queráis? Mas si os place, permitidme otros ejemplos.

Una voz llega desde el fondo de la sala:

—Pero, permitidme, ¿según qué ley resistís a poderes dados por Dios?

Todos volteamos. Quien habla es, creo, el teniente coronel Worsley, del propio regimiento de Cromwell. La luz de la ventana se refleja en su coraza bruñida.

—Señor, vos vais errado —le contesta Rogers sin volverse, mirando siempre al Lord, de quien no aparta los ojos— no resistimos a lo que ha dado Dios; resistimos al pecado en todos los hombres.

—¿Por qué ley resistís a las autoridades? —insiste Worsley.

—Deseamos, entonces, que se nos diga por qué ley resististeis al rey, y les hicisteis la guerra a él y a sus partidarios, y destruisteis el gobierno anterior, dado que también él fue considerado autoridad legítima.

Esta vez habla Cromwell, imponiendo silencio a Worsley con una mirada:

—El pueblo tenía derecho a la guerra defensiva contra un Rey que pretendía ser absoluto.

Rogers se lanza entonces en un largo discurso. Como predicador, lo comprendo; difícil le sería volver a tener semejante auditorio:

—Sí, señor mío, nuestra controversia está decidida, y este caso está claramente de nuestro lado, y así lo parece hoy más que nunca, pues, ¿no siente el pobre pueblo de Dios un interés prerrogativo hoy? Así como los no conformistas de antaño, o los buenos viejos puritanos fueron perseguidos, encarcelados, censurados y se les negó la protección de los hombres y así fueron obligados a refugiarse en Dios por la fe y la plegaria y las lágrimas de día y de noche, sin cesar hasta que el cáliz del furor fue derramado sobre las cabezas del rey y sus prelados: así os digo yo que los nuevos no conformistas son vilipendiados, repudiados, que se les niega protección, se les persigue, encarcela, des-

tierra y limita día y noche (sí, a miles de ellos en su ciudad y su patria) a su fe, sus lágrimas, sus plegarias y llamados que son *Bombarda Christianorum*, y que prevalecerán, como hay Dios en los cielos, para hacer caer el próximo quemante cáliz de su furor sobre estos nuevos enemigos y perseguidores.

Un murmullo de los asistentes ahoga las últimas palabras. La faz de Cromwell se ilumina. Ahora tiene la prueba del llamado a la sedición, hecha en público y ante testigos. Yo uno de ellos.

Pero Rogers no se inmuta. ¿Qué orador lo hace cuando ha empezado a oírse? Y apenas toma aliento, prosigue:

—Ahora, señor mío, dejad que se oigan los fuertes gritos de la sangre, derramada sobre las cosas que habéis levantado, y que se haga restitución de esta sangre, estas vidas, estas lágrimas, entrañas, fe, plegarias, miembros y cráneos de nosotros y de nuestros hermanos caídos en los campos y que se levantarán contra esta clase de gobierno, en lo civil o lo eclesiástico; o bien, tengamos aquello por lo que padecieron; de otro modo, habremos de abrazar con ayuda del Señor aquellos principios justos que han sido sellados y poseídos por el Señor. Y esta será una guerra tan defensiva como la que más lo haya sido en el mundo. Y acudiremos al llamado de los principios justos, ya sea *praedicando*, *precando* o *proeliando*.

—¿*Proeliando*, señor? ¿Habéis dicho *proeliando*? —trueña Worsley, avanzando para colocarse ante Rogers.

—Lo he dicho. Pues el caso nunca fue tan claro como lo es hoy, en el estado de la controversia.

Y luego, mirando al Lord Protector:

—Vuestra situación es muy desesperada. Pues el próximo cáliz que va a verterse es el más quemante... Y tened

cuidado, pues puede caer sobre vuestras cabezas y sobre los que os rodean.

Juraría que me mira, todavía ante la puerta. Pero ya Rogers sigue:

—Pues la controversia no es entre hombre y hombre, entre un gobierno del mundo y otro gobierno del mundo, o entre el rey y el pueblo; hoy es entre Cristo y vos, señor mío, entre el gobierno de Cristo y el vuestro; juzgad cuál de estos dos es la potencia suprema y a cual hemos de obedecer... pues os ruego, señor mío, que consideréis cuán cerca estamos del fin del dominio de la Bestia, los cuarenta y dos meses, y en qué tiempo estamos hoy.

—No habléis de eso, pero debo deciros con franqueza que son cosas que no entiendo.

La voz del Lord Protector tiene un tono tal que da por terminada la audiencia. Por un instante cae el silencio sobre la sala. El Lord mira al capitán de guardias; este señala la puerta a la docena de predestinados. Dudo si seguirlos a distancia para no caer en otra escena que no estuviera destinada a mis oídos. Pero todavía antes de que la puerta sea cerrada alcanza a oírse otro refunfuño de Rogers. El día se acerca, asegura; las espadas desenvainadas contra ellos se harán pedazos. El día del Juicio era inminente. ¿No podía sentirlo el Lord Protector?

La puerta se cierra delante de mí.

A medio camino hacia ella me detiene un gesto del Lord Protector.

—Esperad. A propósito he querido que esta entrevista se desarrollara ante vosotros. He querido que palpéis a la nación desgarrada en espíritu y en principio de un extremo

a otro, según esta manera que habéis visto: familia contra familia, marido contra mujer, padres contra hijos, y en los corazones de los hombres tan solo derribar, derribar; una Escritura de la que se abusa y que se aplica para justificar prácticas contra la paz por todos los hombres de espíritus descontentos... No me ha bastado dispersar con las tropas a los Cavadores, que querían trabajar en comunidad las tierras baldías. No ha sido suficiente fusilar a los Niveladores, hombres de mi propio ejército sublevados con el fin impío de borrar los rangos sociales. No sirvió para nada prohibir las peleas de gallos, que son nidos de conspiradores, ni acabar con las hojas noticiosas impresas, que diseminan infundios... Ahora se nos amenaza con el cáliz de la ira.

Con otro gesto, me convoca ante la mesa atestada de legajos y de mapas. Miro los libros: un ejemplar de mi *Anglo-American* está junto a varios volúmenes de las *Principal Navigations* del excelente Hakluyt y junto a algunos tomos de la *Historia del mundo*, de aquel desventurado caballero Walter Raleigh. Miro a los silenciosos hombres sentados: una junta de mercaderes y de hombres de armas, enlutados trajes en los que apenas destacan cuellos blancos, hileras de botones metálicos de mortecino brillo. Veo allí por vez primera los rostros que atormentarán mis meses siguientes: el macizo y rojizo del general Robert Venables y el rubicundo y altanero del almirante William Penn y el mofletudo y afable de Edward Winslow, fundador de una malograda colonia americana en Nueva Plymouth; y al fondo de la mesa, hundido en hosco silencio, sí, por la penumbra tardé en reconocerlo, John Milton, redactando actas. A una seña del Lord Protector un secretario con los dedos manchados de tinta despliega un gran mapa y le acerca un candelabro.

A pesar de la pobre luz de las velas, quedo deslumbrado. En el mapa están el mar de los caníbales, y las pequeñas y las grandes Antillas, y la Costa de las Perlas y el Yucatán y la Nueva España: el escenario todo de mi vida anterior como pobre fraile dominico, desplegado ahora ante la mesa del poder como un pastel del cual se han de cortar tajadas. Una de ellas mía.

—Señores —dice el Lord Protector— nos conocemos todos; quizá al único que es necesario presentar es el señor Thomas Gage, inglés de nacimiento, criado por sus padres en el error del papismo y sinceramente convertido a la fe verdadera. Durante su vida en el error, fraile dominico que recorrió todos los pasos del Mundo Nuevo, anotando para Nos sus riquezas y debilidades. El señor Gage, ahora ministro de la fe verdadera, nos ha dirigido un escrito que contiene *Some briefe and true observations concerning the West Indies, humbly presented to his highness Oliver Cromwell, Lord Protector of the Commonwealth of England, Scotland and Ireland.*

A un gesto del Lord Protector, el agobiado secretario pone sobre el mapa el manuscrito del resumen de mi libro. Quiero recordar en cuál punto cayó. ¿Sobre la rica Española? ¿Sobre la próspera Cuba? ¿Sobre la suntuosa Nueva España? ¿Sobre la miserable Jamaica? El hombro del general Venables me impide distinguirlo.

—Hay una forma de evitar que los británicos nos destruyamos arrojando los unos sobre los otros el cáliz del furor —dijo Cromwell. —El libro del señor Gage contiene un método fácil para apoderarnos de un mundo.

Miro maravillado cómo la mano del Lord Protector, una mano larga, fuerte y pálida, cae sobre el mapa como una espada, cortando, separando, apropiando:

—Este mundo ha sido durante un siglo el mayor sustento y alimento de la Bestia, nuestro principal enemigo y rival, esa Babilonia de España. Inútilmente hemos intentado arrancar pequeñas partes de él; islas como Saint Kitts, colonias como la que fundó en Nueva Plymouth el buen amigo maese Edward Winslow, aquí presente. ¿Con qué resultado?

—Pasamos infinitas hambres. El primer año, morimos la mitad de los colonos de consunción, de fiebres, de tristeza. La colonia de nueva Plymouth está a punto de desaparecer, si no es que ha desaparecido —dice tristemente Winslow.

—No acabaremos con Babilonia disputándole islotes, ni enviándole colonos que trabajen colectivamente la tierra en el Continente del Norte— replica el Lord. —Para humillar la soberbia de la Corona creé un Nuevo Ejército Modelo. Para destruir la Bestia necesitaré una Nueva Marina Modelo. Doscientos navíos de combate, veinte mil marinos, ni más ni menos, cueste lo que cueste. Basta cortar sus rutas de acarreo de tesoro por el Mar de los Caribes y aflojará la insolencia con la que impone su voluntad en tierras de Europa y en aguas del Canal. Basta con quitarle el Nuevo Mundo. ¿Decís vos, señor Gage, que criollos, indios, negros y mulatos no esperan más que la aparición de una flota inglesa para sublevarse contra sus tiranos españoles y entregársenos como fieles súbditos?

—Digo y repito que tan amargo, tan duro es esto para los pobres criollos, que les he oído yo mismo afirmar con frecuencia que preferirían un príncipe cualquiera por soberano al señorío de los españoles, con tal que les dejara el libre ejercicio de su religión. Y hay una infinidad de negros y de mulatos que se han vuelto altivos e insolentes hasta el extremo de poner a los españoles en recelo de una

rebelión, haciéndoles temer más de una vez la posibilidad de una intentona de levantamiento de su parte.

—¿Decís vos, Thomas Gage, que un tesoro magnífico en oro, plata y cacao cunde por doquiera en esas paganas Indias esperando que nuestra mano condescienda a tomarlo?

—Digo y repito que en Portobelo era digno de ver cómo los comerciantes pagaban todo en moneda de plata, y durante quince días los galeones no cargaron otra cosa más que barras de plata; de suerte que puedo afirmar con atrevimiento, y sostener, que durante esos quince días no hay una feria más rica en todo el mundo que la que se hace en Portobelo entre los comerciantes españoles de Perú, Panamá y otros lugares vecinos.

Callo, esperando respuesta. Los ojos de todos están fijos en mí, en la luz que desaparece. Continúo:

—En ciudad de México realzan aun más la natural hermosura de los caballos los arneses tachonados de piedras preciosas, las herraduras de plata y cuando puede hacer más suntuoso y magnífico su aderezo. Las piedras preciosas y las perlas están allí tan en uso y tienen en eso tanta vanidad, que nada hay más de sobra que ver cordones y hebillas de diamantes en los sombreros de las señoras, y cintillos de perlas en los de los menestrales y gentes de oficio. Hasta las negras y las esclavas atezadas tienen sus joyas, y no hay una que salga sin su collar y brazaletes o pulseras de perlas, y sus pendientes con alguna piedra preciosa. Las de mayor nombradía usan ceñidores de oro bordados de perlas y piedras preciosas.

—Decís vos, Thomas Gage, que no es nada la fuerza con que la Corona española guarda tantas y tan magníficas riquezas.

—La seguridad con que los descendientes de los conquistadores viven en ciudad de México es tan grande que no tienen ni puertas, ni murallas, ni bastiones, ni tampoco torres, plataformas, arsenal, municiones ni artillería para defenderse contra los enemigos domésticos o extraños. La fortaleza de Venta de Cruces tiene una necesidad tan grande de ser reparada que está a punto de caer toda en ruinas. Un centenar de buenos soldados desbarataría todos los tercios que puedan formarse de los hidalgos de Chiapas y se apoderaría de la ciudad con tanta más facilidad, cuanto que es un pueblo abierto, donde los burros y los machos entran y salen a todas horas para ir a pacer al campo o dormir en sus establos. Los cañones de la ciudadela de La Habana, a los que llaman los doce apóstoles, no podrían hacer gran mal a un ejército que viniese por tierra o por el río de Matanzas.

La mano del Lord cae sobre mi hombro como una espada:

—Señor Gage: durante diez años habéis predicado la conquista de las Indias por la fe verdadera. He aquí que Dios responde a vuestro llamado. Cincuenta y seis naves saldrán al asalto del Nuevo Mundo: cinco veces más que la más poderosa flota española en esas aguas. En ella irá lo más florido de mi ejército, vencedor de papas y de reyes; más de seis mil Ángeles caerán sobre la Bestia. El estimable John Milton, mi secretario de lenguas latinas, escribirá un folleto justificando la expedición. Pero en todo momento debéis considerar lo más terrible de nuestra fuerza: el Señor mismo tuvo una controversia con nuestros enemigos, con esa Babilonia de Roma de la cual los españoles son el gran soporte... a ese respecto, peleamos las batallas del Señor. Como en la victoria de Marston Moore: Dios los hará rastrojos ante nuestras espadas.

¿Qué son todas las voces, todo el tumulto de ese remoto atardecer de otoño en Londres hace casi ya un año? ¿Qué todas las voces de los generales y los almirantes y los comerciantes convocados sobre mi mundo? El discurso del Lord me ha dejado como estupefacto en medio de la sala. Solo recuerdo que saliendo detrás del Lord se acerca John Milton, posa su mano sobre mi hombro, susurra:

—Mejor reinar en el Infierno, que servir en el Cielo.

Y heme aquí en los calores del infierno, en las ruinas de lo que fue la casa del gobernador de Jamaica. En la cocina, esclavas arrodilladas amasan tortas de maíz haciendo temblar sus pezones y dando a cada torta el fuego de su voluminosa carne. Aun en la muerte, la lascivia empapa todo, como el chocolate que baten manteniendo entre sus piernas la jícara, que es del color de su carne o mejor de sus ubres, y las brillantes flores del patio que en vano los mosqueteros machacan con tanto pasar y repasar arrastrando pertrechos quitados a los muertos del *morbus pesti*, pues al día siguiente nuevas enredaderas y gajos lucen el insolente color de sus flores mientras las esclavas muelen, muelen, muelen maíz haciendo vibrar sus senos temblorosos.

Un mosquetero sale gritando al patio: chilla que las negras lo han envenenado con las tortas de maíz, corre hacia la cocina, da molinetes con la espada: nadie lo detiene, no por temor a la espada, sino a los escupitajos del morbo de la peste que se le escapan al gritar: corre afebrado entre ollas, hiere una, dos, tres cocineras que caen con los senos velados en sangre tan roja como las escandalosas flores: el soldado y la última cocinera caen arrodillados frente a frente: la mano del inglés suelta la empuñadura, pero la espada no cae, firmemente asentada en las vísceras de la ne-

gra que cierra los ojos y abre la boca sin quejarse: el círculo de Ángeles rodea a la mujer que muere y al empestado: nadie lo toca: arrastran en cambio por los pies a las esclavas que van dejando escrituras de sangre sobre el enladrillado: nadie se atreve a tocar el maíz ni las tortillas sazonadas con un feroz ají que quema las vísceras del empestado: este grita que el infierno desciende por sus entrañas.

Me levanto, Hugh, a predicar la gracia: tropiezo, gaito, avanzo por entre los cuerpos de los heridos que yacen rascándose pulgas sobre los ladrillos del piso, pero me conocen la faz de empestado: huyen arrastrándose, con estertores de ahorcados, babeando, reptan como gusanos entre muertos que son ya pasto de gusanos. Parezco un milagrero que hace levantarse de su lecho a los enfermos, pero soy la Muerte, de quien los muertos huyen. En esto ha parado el dueño de un mundo. Si a cada instante somos otro, ¿a quién juzga Dios, a quién reconoce como suyo? ¿Sigues allí, Hugh, a mi lado? Afínca tu cuchillo atento sobre mi garganta, mientras hablo, yo, a quien eligió Cromwell como predicador de la Flota del Designio Occidental, yo, a quien eligió Dios para en persona recibir y traducir la capitulación del gobernador de Jamaica, yo, que con mi mano le pasé la pluma desflecada en cuya punta temblaba la gota de tinta que lava y lavará por siempre la suciedad de este mar: la que trazó la rúbrica de la rendición, acaso la pluma de un ángel, esa confirmación milagrosa que a veces deja un mensajero tras aparecer en una visión: la tinta y las lluvias lavarán la peste y este Edén quedará abierto para la esclavitud de negros y blancos: Modyford y Goodson y Doyle se harán ricos saqueando los barcos que llevan tesoro desde el Nuevo Mundo: solo yo, Thomas Gage, bajaré a la apresurada fosa común, apenas lleván-

dome entre las manos una pluma manchada de fiebre y no me cortarás el arpa de la garganta jamás, jamás, jamás, mientras predique:

Narrando a los moribundos, a los enfermos, a los desesperados, cómo en diciembre de 1654 embarqué como Predicador Oficial en la Flota del Designio Occidental, que había de hacer mías y del Lord Protector las rutas que veinte años antes recorrí como miserable fraile dominico.

Relatando cómo admiré la encumbrada popa del *Mars-ton Moore*, en la cual una talla figuraba a Oliver Cromwell coronado de laureles por una alegoría de la fama mientras pisoteaba a seis naciones representadas por un español, un holandés, un francés, un escocés, un irlandés y un inglés, el conjunto rodeado del rótulo «Dios está con nosotros».

Cómo, apoyado en las barandas en la popa, contemplé el embarque de los Ángeles que habían de pelear las batallas del Señor: sobre la amura de estribor se agolpaban ladronzuelos reclutados en las calles de Londres; sobre la amura de babor se insultaban borrachos de Hampton; a estribor, pillos sacados de la cárcel de Bristol. Indultados de la cárcel de Lambeth amenazaban a los marinos, que escupían al verlos; partidas de secuestradores tiraban sobre cubierta como pesados fardos los cuerpos de ciudadanos brutalmente emborrachados o aturdidos a golpes para reclutarlos. Sobre los enjaretados, cerca del palo mayor, hacían facción los sediciosos católicos irlandeses que prefirieron las Indias a la cárcel. Por todas partes se sospechaba la presencia de Cavadores perseguidos por las tropas por ocupar tierras baldías, y de Niveladores escapados del patíbulo por pretender acabar con los rangos sociales. No había hora del día sin alboroto ni cuarto de guardia sin reyerta; en las noches robábanse los unos a los otros y los soldados o cuervos vengaban las

afrentas del día con puñaladas traperas a las que los marinos o alquitranes contestaban con cabillazos. Hasta que se llevaron las anclas y cuervos y rufianes gritaron que los segaba el Ángel del Señor cuando solo los derribaba el mareo.

Con el pretexto del frío, me encerré en los aposentos de los oficiales, agradeciendo más que nunca ser ya el emisario del Lord y no un infeliz fraile recostado en los bultos de cubierta. Indefectiblemente hubiera recaído en mi vieja melancolía de no encontrar allí a Edward Winslow, el único que compartía conmigo una experiencia en las cosas de América y no se reía al escuchar mis historias sobre los frailes franciscanos en Veracruz, que ganaban en una partida de cartas más de ochenta doblones, y sobre el papagayo de oro, plata y piedras preciosas de quince mil ducados que el virrey de la Nueva España regaló al Rey de España en 1625. Afable, saboreando despaciosos sorbos de cerveza, replicaba Winslow a mis sagas narrándome humildes historias sobre la pesca de un bacalao o la cacería de un castor o el arte de abonar los sembradíos de maíz con arenques, dispuestos en forma de estrella, juntas las cabezas, a los cuales había que velar durante cinco noches para espantar los lobos, hasta que la maravillosa putrefacción asegurara la salud de las mazorcas, y algunas semanas más de vida en aquella terrible costa de Nueva Plymouth donde se desterraron los Santos para mirar a Dios cara a cara.

—¿Odia Dios a los hombres, que se manifiesta únicamente en soledad? —me decía Winslow, mecido despaciosamente por los poderosos sacudones de la nave. —Uno de nuestros inspiradores, Browne, descubrió que no había más Santa Disciplina que la palabra de Dios, revelada exactamente en la Escritura, y que todo lo añadido a ella

por los ritos o la interpretación no era más que invención humana. A partir de este exilio nos llamamos a nosotros mismos Santos. Otro de nuestros guías, John Smyth, hizo un descubrimiento aun más terrible. La misma Biblia que usábamos no era la verdadera palabra de Dios. Se nos había mentido en inglés o en latín lo que Él dijo en hebreo o en griego; e incluso quizá el hebreo o el griego había sido mal escuchado. De donde llegó Smyth al borde de un abismo. No había, descubrió, un solo cristiano en el mundo. Siendo el bautismo un acto voluntario de fe, no podía ser tenido por tal el administrado al infante. No podíamos ser de nuevo bautizados, pues, de acuerdo con esta verdad, no había nadie legítimamente bautizado en la tierra. Smyth y todos los oficiantes de la iglesia renunciaron; luego, la iglesia se reunió para disolverse. En esta pavorosa soledad de un mundo privado de todo vínculo con Dios; y aunque nuestros enemigos decían que nadie podía recibirse dentro de una iglesia estando fuera de ella, pudo al fin Smyth bautizarse a sí mismo. Y a pesar de que un día gritó angustiado diciéndose en error, los bautizados por él seguimos teniendo por válido este sacramento único, a pesar de que hubiera abjurado de él nuestro padre. En Inglaterra no quisieron tolerarnos estas soledades terribles del alma. Para poder sufrirlas en paz, formamos una compañía por acciones, compramos dos pequeños cascarones, el *Speedwell* y el *Mayflower*, y huimos a Holanda, y luego a los desiertos de América.

Todo el viaje conversamos Edward Winslow y yo; yo por consolarlo de sus años perdidos en la fracasada colonia de América; él por aprender de mí las fisuras de la Babilonia contra la cual íbamos a librar la batalla del Señor.

Al tocar en Barbada subieron a los buques cuatro millares entre malhechores de Nevis y filibusteros de Saint Kitts y réprobos expulsados por los españoles de La Española y La Tortuga. Marineros y soldados dieron en llamarlos caníbales: no reconocían más oficiales que los elegidos por ellos; cada pandilla era una Corte de los Milagros de pícaros con dados cargados y naipes marcados, harapientos, curtidos por el sol como cangrejos hervidos, luciendo a veces tiras de una sola y magnífica prenda robada sobre los correajes del sable o la cuerda que sostenía algún escope-tón más alto que ellos. Salí al puente a reprobarlos; se me rieron. Volví la vista al comisionado civil Edward Winslow; no hizo más que mirarse sus gruesas manos de antiguo labrador. En verdad era afortunado que los contra-maestres con sus cabillas guardaran el acceso a las escalas del castillo de popa pues era de temer el ascenso de aquella turba ebria, que se trenzaba en una batalla de insultos y de empellones con los alquitranes y los cuervos venidos de Inglaterra, a quienes el aire viciado hundía en las agonías del escorbuto. De vez en cuando brillaba un gargajo y tras él, una puñalada.

Y sin saber cómo, me encontré hablándoles: sé que mi natural asustadizo no era capaz de tal valor: Dios me infundió ánimo para describirles la recompensa que estaba al alcance de sus manos. Les hablé de la lámpara de plata del convento de los dominicos de México, que tiene tres-cientos brazos o candeleros para poner una vela en cada uno y cien lamparitas que están unidas a los picos para poner aceite en ellas; obra tan variada, rara y perfecta, que se evalúa en cuatrocientos mil ducados. Les hablé del gran número de mulas que venían de Panamá a Portobelo, todas cargadas con barras de plata; de suerte que en un día

conté más de doscientas que no conducían otra cosa más, las cuales fueron descargadas en el mercado público, donde había montones de barras de plata como los de piedras en la calle, que dejaban allí sin miedo de que los robasen. Les hablé de la concha que se pescaba en Nicoya, que exuda un púrpura tal que el paño de Segovia que está teñido con ella se vende hasta a veinte escudos la vara a causa de la riqueza de esta tintura. Les hablé de la calle de la Platería en México, donde en menos de una hora puede verse por muchos millones oro, plata, perlas y piedras preciosas. Les hablé del volcán de León, del cual estaba convencido un religioso que sus entrañas eran de fundido oro. Les hablé del libertinaje de Nicaragua, llamada por los colonos el Paraíso de Mahoma. Les hablé del vestido y atavío lascivo de negras y mulatas y de sus ademanes y donaire tan embelesadores, que muchos españoles, aun entre los de la primera clase, por ellas dejan a sus mujeres. No pude aquí seguir, según era el tumulto y la zumba de aquella tropa de demonios: quién ululaba enseñando la roja lengua: cuál parecía tener mil brazos gesticulando en signos procaeces: quién ensayaba meneos de sodomita ¿quién? ¿quién? ¿quién? Hasta que el asco me venció ¿debía la perla de la palabra del señor ser malgastada en los puercos?

—Misteriosas son en verdad las vías de la Providencia —dijo a mis espaldas Winslow, casi hablando para sí. —Poco después de llegados en el *Mayflower* al sitio donde fundamos nuestra colonia en Nueva Plymouth, caímos en la más espantosa miseria. Nos llegaron dos barcos, el *Charity* y el *Swan*; en lugar de socorros traían cartas de crítica y consejos inútiles. Pero he aquí una providencia de Dios. A nuestro puerto llega otra nave, el *Discovery*, del capitán Jon Jones, pirata encallecido en el saqueo de

naves españolas y, también se dice, de inglesas. Pudimos cambiarle nuestras pieles de castor por cuchillos, cuentas y baratijas para comprarle a los indios nuestro alimento. Muchos años después, en 1646, nuestra pequeña colonia en Plymouth era un pueblo fantasma habitado por fantasmas. Dos años antes, perseguidos por la miseria, la mayoría de los colonos habían emigrado hacia Nauset. Y así quedó nuestra iglesia abandonada, según nuestro cronista Bradford, como una pobre madre anciana y olvidada de sus hijos, la mayoría de sus miembros arrebatados por la muerte, ella misma como una viuda sin otra esperanza que la confianza en Dios. Entonces, llegaron al puerto empujadas por una tormenta tres naves de un pirata, un tal capitán Cromwell, repletas de botín de un galeón español. Sus ochenta canallas bajaron a tierra. Hicieron una juerga de seis semanas. Repartieron generosamente entre todos nosotros pecado y piezas de a ocho, me temo que más de lo primero que de lo segundo. El mismo capitán le abrió la cabeza a un tripulante durante una borrachera. Lo juzgamos, lo absolvimos. Pues, como me dijo el viejo y querido Winthrop, ¿quién reñiría con la Divina Providencia, por el confortamiento y ayuda enviado a ese pueblo que estaba ya casi desierto? Pero sabe, que si alguien sigue vivo en el asentamiento que fundamos, fue porque dos veces la Providencia asumió la terrible forma de la mano del pirata.

¿Exagero o miento en medio del delirio? ¿O fue peor que el tumulto de los reclutas el consejo de guerra en la cámara del almirante? ¿Con qué arrogancia reprochaba el mofletudo almirante Penn al general Venables no saber mantener la disciplina entre la tropa? ¿Con qué grosería le mandaba el rubicundo Venables no meterse en las cuestio-

nes del mando de la infantería? ¿Con qué encarnizamiento clamaba el uno por una docena de marineros asesinados, con qué voces reclamaba el otro las raciones de tocino salado que no aparecían? Con qué voces tercia en la disputa el vicealmirante Goodson exigiendo el mando de tropas en tierra, pues cree que no habrá flotas de galeones suficientes para llenar las arcas de la armada, con qué encarnizamiento recomienda Sedgewick atacar Puerto Rico, con qué desdén le recuerda Venables que su inexpugnable fortín descalabró hace poco la formidable flota holandesa comandada por Hendriks. Con qué serenidad despliega entonces el mayor general Heane los mapas de Cuba reclamando desde ya las tierras de los cacaotales para las juntas de accionistas, con qué desdén el coronel Buller le indica la vastedad de las sierras y lo difícil de los combates rápidos en éstas. Con qué entusiasmo defiende entonces Heane el fácil proyecto de Modyford de caer sobre la Costa de las Perlas, tomar Juan Griego, Cumaná, Caracas, Coro, Maracaibo, pobres aldeas incapaces de resistir a una flota de cincuenta y seis naves, y desde allí barrer Cartagena y el Golfo de Campeche como hoz de la muerte impulsada por los alisios hasta conquistar toda la Nueva España antes de que los vientos permitieran la llegada de auxilios desde Europa.

Pero, les interrumpo, y sorprendidos callan al oírme hablar en un Consejo de Guerra, a mí que estoy allí para orar. No tengo ningún mando sobre los hombres ni sobre las armas, les digo, pero Él, el Lord, me ha asignado gobierno sobre las almas. Como predicador he formado esta expedición en mi espíritu, y Dios me ha alentado a materializarla con la pluma, y siento que Él me obliga a llevarla a su triunfo como portavoz de sus designios. Y he aquí que les digo que sería gran imprudencia entrar a saco en el rico

banquete de Tierra Firme o de Cuba dejando a las espaldas la llave de la entrada a este mundo. Y en mi memoria surgen de nuevo los nombres de los puertos, sus debilidades, sus riquezas. Yo, un pobre converso, suspendo a los generales de mis labios al citar las perfecciones que como presa ofrece La Española: su débil puerto, ya vencido en 1586 por la flota del almirante Drake; su desierta Banda Norte, que las propias autoridades españolas despoblaron como para invitar a un adversario más noble a tomarla sin esfuerzo. En fin, añado, La Española fue la primera gran presa de los españoles en el Mundo Nuevo, y es voluntad del Señor que lo sea de la República Inglesa antes de hacerse con él.

Observo que la retórica tiene el poder de convicción que la razón no alcanza. Quizá mi inocencia me impide ver que en un Consejo de Guerra donde todos se pelean, la propuesta más fácilmente acogida es la que no proviene del jefe adversario. También la que, en caso de fracaso, puede ser atribuida a otro. De la caja de mapas salen las cartas de La Española. Como ángeles del Señor caen las manos sobre el mapa, indicando aquí, allá, acullá, extendiendo índices como espadas que barren ciudades, cerrando puños que caen sobre puertos como la ira de Dios, aplastando golfos y bahías ya condenadas.

El dedo filudo de Goodson se hinca como un clavo sobre la bahía donde se erige Santo Domingo. ¿Juráis y decís, señor Gage, que es esta villa indefensa, apenas custodiada por papistas cobardes y mulatos huidizos ninguno sabe usar sus armas? ¿Y este fuerte de San Jerónimo, que se ve dibujado con tan fuertes rampartes? Apenas es más que magra muralla, y lo demás, como todos los fuertes de las Indias, fantasía del cartógrafo, que sueña baluartes y fosos donde hay acaso trincheras. ¿Y las fuerzas de guarnición?

Tan escasas como en todas las Indias, que llaman ejército a unas docenas de vecinos hábiles para tomar las armas. Tan mezquinas que tardaron tres décadas para expulsar a los filibusteros de La Tortuga, ese miserable islote del Noroeste. Mi voz, mi débil voz —y juzga tú, Hugh, si cabe a la simple voz de un mortal tener tanto poder si no habla asistida— acababa de decidir, no solo la primera presa, sino también la existencia de la flota misma.

Casi no había día que no revelara sobre la bruma del horizonte una isla, que todos creían La Española, y que solo Penn en consejo con sus pilotos nombraba, tras mucho escudriñar cartas y comparar bitácoras: San Eustaquio, Saba, Santa Cruz. Al Norte, el vago perfil confuso de las Vírgenes, y luego Puerto Rico, y tras su larga costa la Mona y las agitadas aguas del Canal, y luego isla Saona. De todas ellas huían esquifes miserables soltando todo su trapo para huir en bolina hacia el Ueste. Cuervos y caníbales se burlaban de ellos, desafiándolos a pelear con la flota cuyo collar de velas abrazaba el horizonte. La mano suave de la corriente y de los vientos alisios nos empujó como si moviera una cuna hasta que del horizonte surgió el desfiladero de montañas de La Española. Sin desviarnos del Ueste franco más que unos grados al Norueste podríamos caer en la bahía de la indefensa Santo Domingo. Con el ojo clavado en un catalejo holandés, Penn lanzó un bufido de desprecio al ver su magro caserío. Al enfocar el lente, el bufido se trocó en maldición. Con grandes voces señaló a sus pilotos las murallas sobre la costa y las naves que los españoles habían atascado en la entrada del puerto para impedir el paso de la flota. Me comprometo a tomar esas naves, fanfarroneó Goodson. ¿Y cómo lograréis moverlas, preguntó Penn, si

están, según parece, encalladas? ¿Y qué haréis si, según toda traza, son brulotes cargados de paja y alquitrán para incendiar a la primera nave que se les acerque? ¿Y cómo traspasaréis los escollos que se ven al Ueste? ¿Y en qué forma desembarcaréis tantos hombres y caballos en la costa acantilada, bajo el fuego que os harán desde la muralla que corona la elevada pendiente?

De nuevo la disensión, de nuevo la querella inadmisibile entre los ángeles. Solo encuentro una forma de zanjarla, que es hablar de nuevo con la voz de la predestinación. Entre el revoltijo de cartas sobre la mesa saco el mapa de Boazio sobre el ataque a Santo Domingo en 1586. Fácil fue el triunfo del almirante Drake, les digo, quizá el más grande hombre de mar de la Inglaterra, porque supo no atacar de frente, no gastarse contra una bahía cerrada por los corales ni por los barcos encallados ni contra una costa escarpada y unos muros fortificados. Navegó al Ueste de la bahía, donde terminan los corales, desembarcó sus hombres sin resistencia, los hizo marchar por tierra y tomar con banderas desplegadas la ciudad desprotegida por el Poniente. Aquí, al Ueste, el mapa nos muestra punta Palenque, que ofrece resguardo para anclar la flota; Nizao, desde donde puede dominarse la bahía; y la desembocadura del río Jaina, donde desembarcó el propio Drake sus hombres a unas diez leguas escasas de Santo Domingo. Al mediodía siguiente llegaron frente a la ciudad, marcharon al son de tambores y flautas: dispersaron a mosquetazos la caballería, forzaron las dos puertas, tomaron la plaza y las riquezas y ahorcaron dos frailes en venganza de la muerte de un esclavo a quien enviaron con bandera de parlamento.

Solo el comisionado civil Edward Winslow, lleno el rostro de benévola tristeza, aventura una objeción:

—Señores, si nosotros aprendemos del plan de Drake, ¿no es posible que los españoles también hayan aprendido de él?

Pero, según mi consejo, la flota pasó de largo frente a Santo Domingo siguiendo rumbo hacia el Oeste. Sentí un temblor, Hugh, que me hizo apoyarme sobre el palo de mesana, cuando la nave almirante empezó a recoger velas ante el festón de cocoteros de la gran bahía de Nizao. En la toldilla el almirante Penn, el general Venables, los altos oficiales escudriñaban los confines de la playa elegida para el desembarco, señalándose detalles unos a otros. Con las manos en la espalda, Winslow advirtió, perdida la mirada en las espesuras:

—Señores, consideremos los efectos de fijar la vista en estas inmensidades despobladas. En 1609 sir William Gates, capitán de la nave *Sea Venture*, naufragó en Bermuda con una compañía de inmigrantes. Allí enfrentó un motín de los siervos contratados. Decían estar libres del gobierno de cualquier hombre. Para acallarlos colgó cuatro cabezallas. Al avistar tierra el *Mayflower* en 1620, enfrentamos los Santos otra sedición de siervos contratados. Los redujimos obligándolos a firmar pacto de obediencia. Al desembarcar debemos tener en cuenta que nuestro principal enemigo no son los españoles, sino la misma tierra, que por su ausencia de dueños miente espacios de Paraíso.

La cercanía del combate purificaba a la soldadesca. Mermaban reyertas y chanzas: veían maravillados caer las gigantescas anclas que inmovilizaban las fortalezas flotantes de los navíos, saludaban con gritos el movimiento de los juegos de poleas y motones de los pescantes que, maniobra-

dos por los marinos, izaban desde las bodegas a los caballos y los suspendían como arañas sobre las bordas para bajarlos sobre las chalupas; se hacinaban cautos los cuervos sobre los botes de desembarco mientras se burlaban de ellos los filibusteros para quienes una lancha era como su casa; todo eran gritos y órdenes y rechinar de maderos y descender mediante cabos haces de picas y barriles de pólvora y gritos lastimeros porque algún cuervo caía al agua y el peso de las armas o su ignorancia del nado lo abismaba en un segundo: el pánico, la precipitación, el miedo se calmaron cuando la primera chalupa de exploradores entró moviendo cadenciosa sus remos en la bahía donde desembocaba el río Jaina y alquitranes y cuervos agitaron sus gallardetes señalando que no había enemigos a la vista. Y no podía ser de otra manera: los españoles nos temían: seguramente temblaban esperándonos en sus casas de piedra. Desde ese momento el atropello y el miedo del desembarco se tornó en el júbilo de un desfile victorioso. De alguna chalupa llegaron voces que entonaban el Himno Sagrado compuesto por el mismo Lord Protector Cromwell:

Y aunque se opongan todos los demonios  
 Dios no retrocederá  
 Pues este es su Designio  
 Su Plan, su Voluntad  
 Y así se cumplirá inevitablemente  
 Su propósito, su finalidad

Un lanchón de filibusteros con pañuelos mugrientos le contestó con una abominable canción de prostíbulo: en la costa, vacilantes, los primeros caballos daban pasos de ebrios: los caballerizos les escudriñaban las corvas en bus-

ca de tumefactos esparavanes; los ejercitaban haciéndolos trotar en círculos; los montaban los Ángeles, amenazadoramente armados como las vanguardias de los Flancos de Hierro que pusieron en fuga los ejércitos reales: fulgurante morrión, peto impenetrable, pistolas en los arzones para fulminar al enemigo, picas y sables para trizarlo una vez desbandado. Encalló en la bahía la chalupa que me transportaba junto con la banda de los músicos, y les ordené tocar con aire jubiloso la continuación del Himno del Lord Protector, mientras yo mismo entonaba:

Espera, tú, y sé intrépida, pobre alma  
 Dios te libraré del infierno que te plaga de tormentos  
 Grande es su bondad;  
 Espera solo el tiempo  
 Al fin vislumbrarás  
 La alegría deslumbradora del Sol

Y a mi voz se unieron los ejércitos, y todo fue como un gran cántico. Aquí, pues, empezaba el Reino del Señor sobre Babilonia, y yo, solo yo, había sido el vehículo y la voz de la Palabra que hacía y deshacía los imperios.

Volaban de los árboles nubes de pericos asustados: más arriba, bosques del color fulgurante que provoca estupor y maravilla a cuantos no han visto jamás el Edén americano. Y en la tranquila tarde, ni asomo de una presencia humana, ni un disparo. Parecía como si todos los habitantes, según mi profecía, hubieran huido cobardes hasta el fondo de los bosques y quizá de los mares. Algunas naves zarparon para desembarcar cómodamente todavía más al Oeste, hacia Nizao. Prediqué durante horas, mientras caía el sol

y las tropas se reagrupaban en la playa lejana y los gallardetes de los regimientos precedidos por la invulnerable caballería de los Ángeles se iban perdiendo en la espesura, marchando hacia el Leste, atravesando los bosques de la bahía en cuya concavidad lejana apenas adivinábase Santo Domingo. Hacia el amanecer creí escuchar mosquetazos. Se me alborozó el corazón: Drake había tomado la ciudad con ochocientos hombres: ninguna fuerza podía oponérsele a los seis mil guerreros bien armados del ejército del Señor. Al mediodía regresó un correo a caballo. Monté con él en la chalupa en la cual abordó la nave almirante para reportar a Penn que solo encontraban aldeas despobladas, bohíos deshabitados, casas desvalijadas por sus habitantes en fuga. Así el Señor confundía a quienes había de perder. Por un momento departí con Winslow en la sala del almirante. Veterano de las cosas del Mundo Nuevo, no se había dejado llevar por la novelería del desembarco ni por el afán de compartir la gloria. Sobre la mesa inundada de mapas y de listas de accionistas y de amigos y favoritos del Lord Protector, planeaba anticipadamente la parcelación y repartición de La Española. Melancólicamente me dijo:

—Cuando llegamos en el *Mayflower* los Santos a Nueva Plymouth, era nuestro incorruptible pacto poseer en común la tierra como república cooperativa, proscribiendo toda idea de beneficio privado o de mejora egoísta individual. Algunos de los extranjeros, que nos acompañaban a los Santos como sirvientes o auxiliares, propusieron dividir la tierra en parcelas individuales. El buen Deacon Cushon nos predicó en la casa comunal en 1621 su sermón sobre Los peligros del egoísmo. «¿Por qué quieres tener una parte exclusiva tuya?», preguntó el buen Cushon. «¿Porque piensas vivir mejor que tu vecino y desprecias vivir tan duramente

como él? ¿Pero quién, pregunto, trajo esta particularidad al mundo? ¿No fue Satán, descontento con preservar la igualdad de su estado con sus compañeros, dispuesto a elevar su trono sobre las estrellas?».

Suspiró Winslow; continuó:

—Serían los comienzos de diciembre, y recuerdo el frío, y el tiritar del buen Cushon. Nos pidió a los plantadores no caer, como Lucifer, por orgullo y arrogancia y ambición egoísta y codicia. Suplicó que nos cuidáramos, pues, decía, «nada se parece más a la felicidad celestial que el que los hombres vivan como uno solo, como un solo corazón y una sola alma; y nada se parece más al infernal horror que el que cada hombre tire para sí mismo, porque si la práctica del tuyo y mío fuera una buena intención y mentalidad, entonces sería mejor que Dios proveyera un cielo para ti y otro distinto para tu vecino».

Miró Winslow los mapas y las hojas de papel llenas de garabatos y tachones; se contempló los dedos manchados en tinta:

—Veinte años trabajamos en común las tierras los colonos de Nueva Plymouth antes de votar para dividirlos. Ahora nos dividimos La Española antes de trabajarla. Cada rasgueo de mi pluma apropia en un instante más terrenos que los que roturamos los Santos en treinta y cinco años. Esta es verdaderamente la pluma de los ángeles.

Volví a la playa, donde se levantaban como hongos tiendas del campamento militar y se encendían los fuegos de los ranchos. Cuervos y alquitranes cavaban trincheras a regañadientes, pues ¿para qué tal aparato defensivo, si a estas horas ya nuestras tropas seguramente arrasaban las resistencias? Y no era para menos el disgusto. Los de me-

por oído creían escuchar a lo lejos salvas de mosquetería que traía el viento. Yo solo escuchaba la gritería de los pájaros y el zumbido de los grillos y acaso el de mis propios oídos. Los vigías creían divisar una columna de humo cerca de Santiago: acaso una nubecilla baja o el humo de sus cocinas o el de sus baluartes incendiados. En el atardecer, vi a lo lejos chispas de luz: quizá bocas de fuego o reflejos del sol sobre las olas. Sentí piedad por los papistas, reunidos tan lejos a profesar su herejía, borrados de estas aguas con la sencillez con la cual una mano perezosa aplasta una mariposilla que le estorba.

Llegó un correo, cubierto de barro y de tábanos. Penn lo recibió encerrado en su tienda. Esperé palpitante el anuncio de la victoria. El correo partió de nuevo, exhausto, en un caballo fresco. Penn le había entregado otro despacho para Venables. No hubo proclamación ni fanfarria. Quizá Penn alejó al mensajero para evitar que se fuera de la lengua. Pero ha dejado con nosotros su caballo, terrorífico mensaje, casi despeado, con una oreja desflecada, tembloroso de fatiga, por todas partes tallado de raspaduras y cortes. El almirante llama a sus alquitrantes, da órdenes en voz baja, sin mirarme embarca hacia su nave. En el campamento se refuerzan las guardias; en el palo de mesa de la *Marston Moore* enarbolan banderolas de alerta que las naves más próximas también van izando hasta que el mensaje llega a las más lejanas. En las cubiertas comienza una actividad frenética. Los grumetes suben barrilitos de pólvora y cartuchos, los alquitrantes inspeccionan el aparejo y aflojan los nudos de los cabos que retienen los grandes pliegues de las velas.

¿Qué puede hacer el creyente, sino escrutar un Dios eternamente silencioso? ¿Será más fácil adivinar a Dios que

a un almirante que frunce el ceño? Me dije que el mensaje bien podía llamar al marino para que con comodidad y desembarazo se aprestara a desembarcar en el puerto de la ciudad ya tomada. Pero, ¿por qué el secreto? ¿Por qué destacar avanzadas que recibieran a los mensajeros, antes de que pudieran divulgar alguna noticia en el campamento? Pero peor que el silencio de Penn era la inescrutabilidad de la espesura. Por momentos dejaba escapar una bandada de pájaros, por ratos la sacudía un tropel de monos, el quebrar de ramas que bien podía ser la carrera de un ciervo. De ella surgían el canto, el rugido, el arrullo, pero no la palabra. Hasta que al fin salió de ella otro espantable mensajero: hechas harapos sus negras vestiduras de cuervo, desgarradas las botas, sin armas, apoyándose en un palo, seguido por otro soldado semidesnudo, con las plantas de los pies llagadas y la piel arañada por la espesura, y otro con un asta rota y la barba y los pelos tan ensangrentados como los harapos, y otro más que arrastraba unas tiras de pendón, todos gritando, clamando, berreando hasta que sus voces se apaciguaron lo suficiente como para que se entendiera, al uno aullar del terrible fuego de mosquetería que les hicieron desde las ventanas enrejadas del fuerte de San Jerónimo, al otro dolerse del tropel de lanceros que habíales caído encima de improviso ensartándolos como lechones, al otro quejarse de la carrera entre las calles mientras les hacían llover piedras y tejas los vecinos parapetados en las techumbres. Uno contaba cómo Buller daba planazos con su sable para detener la desbandada de sus cuervos; otro se lamentaba de las emboscadas en los bosques de Nijayo, donde los caballos o los jinetes se espantaron de las descargas que les hacían desde la espesura y corrieron rompiendo el orden de la retirada; quien lamentaba la muerte del ma-

yor Heane al rezagarse para poner orden en la desbandada; el escandaloso Henry Whistler voceaba que el general Venables, siendo uno de los primeros, y viendo al enemigo caerles tan desesperadamente con sus lanzas, muy noblemente corrió tras un árbol mientras el regimiento marino caía en su mayor parte galantemente para detener al enemigo y salvarle la vida. Quien se maravillaba de ver un cuerpo expedicionario de seis mil hombres vuelto confusa manada rodando entre espesuras, gritando, cayendo los unos sobre los otros, pisoteándose.

Un jinete con fulgurante coraza espolea su espumajean-te caballo y cae sobre la banda dando cintarazos y ordenando detenerlos por desertores. Redoblan tambores que convocan a los desperdigados, órdenes, lamentos, quejumbres que se llaman de un sitio a otro del bosque, disparos lejanos. Como plaga de langosta cae el ejército en desbandada sobre su propio campamento, quien corriendo hacia las hogueras del rancho, cual sobre los bultos del pescado salado, hasta que Venables aparece cabalgando, espada en mano, dando planazos a los fugitivos, maldiciendo. Ya un pelotón de cuervos con picas se dirige hacia la chalupa en la cual me he refugiado: hacia ella se apiñan los desertores; metiendo el caballo en el agua, Venables hace molinetes con la espada hasta que las olas enrojecen; desmonta, trepa a la chalupa, maldice a sus hombres que casi la vuelcan con el barullo de sus picas y sus mosquetes y ordena a los marinos remar hacia la *Marston Moore*. En el castillo de popa el almirante Penn lo recibe con una sarcástica venia: —Excelentísimo general, se han tomado todas las providencias necesarias para que la retirada se haga bajo la protección del fuego de mis naves. Y luego, volviendo a calarse el sombrero: —Siempre que se ponga en las tropas algún orden que permita distinguirlas del enemigo.

Pronto la playa no es más que un hormiguero de caballos y de hombres heridos que se atropellan para abordar las chalupas que les envían los capitanes, cada una con un contraamaestre y dos proeles con hachas encargados de cortarle las manos a los que quieran abordar más allá de la capacidad de las lanchas. Truena una lejana mosquetería desde las colinas del Leste: un humo perezoso se enreda en las ramas del follaje: Venables conferencia con su maestre de artilleros: los servidores de los cañones les aplican cuadrantes de artillería, los elevan con cuñas, hacen un tiro alto que sin embargo cae en las aguas, sobre los corales: los pasajeros de algunos botes gritan sin haber sido alcanzados y saltan a las aguas, donde desaparecen dando pancadas de pánico. Venables desembarca de nuevo en la playa para restablecer el orden. Al fin del día los intendentes suman que faltan mil quinientos hombres de los seis mil desembarcados, casi todos los caballos, la mitad de las armas. De los penoles de la Marston Moore cuelga una docena de cuervos ejecutados por desertión: en la cubierta se apiñan los fugitivos, los derrotados, los heridos.

¿Cómo atenderlos? ¿Cómo, después de haberles ofrecido el fácil triunfo querido por Dios, reintegrar al mutilado, revivir al moribundo, iluminar al ciego? Apiñados en las cubiertas, gritaban unos sobre las descargas de mosquetería desde el fuerte, maldecía aquel la carga de lanceros, los cirujanos elegían de una hojeada a quién amputar, desechando a quienes tenían la muerte ante sí. Venables juró que era bueno aquel revés, pues había librado a la expedición de los débiles. Gruñó Penn que había restituido a ella a los cobardes. Uno que otro cañonazo tronaba desde las cubiertas: cuando la humareda se disipaba, veíamos intactas las espesuras lejanas.

En la junta de guerra de la noche, el general Venables acusó al almirante Penn de haber apoyado el lejano desembarco para proteger a sus naves, exponiendo a sus tropas a un camino accidentado de veinte leguas que las hizo llegar deshechas de fatiga hasta la muralla de piedra del fuerte de San Jerónimo. El almirante Penn respondió que muy fácil debió ser el camino, para recorrerlo de vuelta con tanta prisa. El afable Winslow mediaba, con llamados a la razón que no hacían más que avivar la querrela. Toda la noche disputaron, hasta que al final me miraron todos. Por primera vez en la vida, no supe qué decir. Yo había sido el inspirador, no solo de la flota, sino de la infortunada elección de La Española y de la desdichada escogencia del plan de desembarco de Drake. La derrota que habían procurado entre todos tenía ahora un único responsable. En el cansancio de la madrugada desvariaron sobre si regresar a Puerto Rico, desafiando los vientos contrarios y su inexpugnable castillo sobre la Bahía; sobre si seguir las corrientes hasta la inmensa Cuba, seguramente más fuerte y ya mejor prevenida que La Española. El comisionado civil Edward Winslow entregó uno tras otro los mapas al pajecillo encargado de enrollarlos y guardarlos. En el cofre desaparecieron las ornadas cartas del rico y fortificado virreinato de la Nueva España y de la insalubre costa de Panamá y de la salvaje y pobre Costa de las Perlas. Al fin solo quedó sobre la mesa el de esta pequeña isla de Jamaica. Que se debe tomar desde el Sud, dijo el almirante Penn, trazando con el dedo un anillo a su alrededor para indicar las barreras de corales que como un arco la rodean.

Durante varios días un buen viento nos llevó derecho al Ueste; no cruzamos en nuestra ruta más que barquichuelos que huían despavoridos. Anclamos en la gran bahía

del Sud, donde no había barcos hundidos para cerrarnos el paso y quedaban apenas dos pataches estropeados, señal de que todo el que pudo hacerlo había huido. Esta vez no aventuraríamos desembarcos lejanos ni marchas por los intrincados bosques. Penn metió tres de los barcos en la protegida rada, dejando el resto con las velas en facha en mar abierto, no fuera a querer nuestra desgracia que alguna flota nos embotellara. Pero ni una vela española se divisaba en el horizonte: los papistas de la pequeña isla estaban perdidos. Un día entero me ensordeció el trueno de los cañones de la Marston Moore y de los dos navíos de línea empeñados en derruir tres paredones que los papistas tenían como baluarte: reculaban los cañones y su vómito de fuego me punzaba los oídos con el zumbido de una infinita caída en el vacío; ladraban las bocas de fuego como una jauría azuzada contra las casuchas del poblado de la bahía, en su mayoría chozas de paja que reventaban al recibir las balas; y ladraron los cañones hasta que echaron por tierra cuanto habitación, pared o refugio humano se divisaba en la bahía y comenzaron a desembarcar las soldadescas hacia una enorme muralla de humo. En vano escudriñaron las ruinas con picas y espadas desenvainadas, tapándose la cara con las capas. O todos habían muerto, o todos huido. Escarmentado, no quiso Venables emprender marchas nocturnas hacia Santiago de las Vegas, el villorrio de los españoles, a sabiendas de que daba tiempo a los pobladores a dispersarse entre los bosques donde se harían inubicables. Así acampamos en la playa sobre un fogón, entre una aldea fantasma cuyas casas eran nidos de tizones que parecían expedir un calor cuya sofocación no habría ya de abandonarnos. Ni siquiera nos refrescó la marcha del día siguiente hasta Santiago, bordeando el curso de un riachuelo que parecía arrastrar aguas de calentura. Be-

bían los soldados arrodillados, por alivio del líquido pútrido de las naves, y escupían al sentir su tibieza de saliva. Sobre nuestras cabezas se juntaban nubarrones que avanzaban hacia Santiago de la Vega como un otro ejército.

Hasta que de las espesuras salieron gritos en un ronco inglés. El asombro se difundió sobre las vanguardias y luego sobre la tropa de cuervos, como la sombra que extiende una nube. De entre las espesuras llenas de grandes árboles enredados de lianas salieron algunos ermitaños, cabelleras hirsutas, harapientas ropas, largos mosquetes y sables. Eran Hermanos, como gustan ellos de llamarse, hombres callados y escuetos que olían a muerte; los caníbales los saludaron con grandes gritos de jueguistas, que los hombres selváticos apenas contestaron. Entre ellos había muchachos mulatos de ojos dorados. Uno de los soldados de la vanguardia juró haber visto agazapados en los matorrales uno o dos negros. Mal asunto: los Hermanos acogían negros fugados o eran sus cómplices. Molestó ostensiblemente a Venables que inquirieran sobre nuestras intenciones, que pusieran un pesado precio en armas para servirnos de guías, como si en lugar de celebrar que hubiéramos conquistado un reino, proyectaran conquistar otro. El afable Winslow, como siempre, limó las asperezas. No hubiéramos sobrevivido en Nueva Plymouth, dijo a Venables, de no ser por un salvaje patuxet, el buen Squanto, que se adelantó a nosotros desnudo, con el cuerpo pintarrajeado, hablando inglés, y que nos enseñó cómo sembrar maíz. Quien conoce el territorio, vale por un ejército.

—¿Cómo sabía inglés ese salvaje? —preguntó el más silencioso de los ermitaños, hablando por primera vez en la negociación que dejaba que otros llevaran.

—De no ser cierta, su historia parecería increíble —contestó Winslow, mirando con ojo escrutador el arco y las flechas del Hermano. —Se lo llevó a Inglaterra en 1605 la expedición del capitán George Weymouth; lo regresó a América el capitán John Smith en 1614. Al mando de una de las naves de Smith se quedó el capitán Thomas Hunt. Atrajo a bordo una veintena de indios patuxet y siete nausets invitándolos a comerciar. Los aprisionó, zarpó con ellos, los vendió como esclavos en Málaga. Squanto fue liberado por unos frailes, llegó a Londres, sirvió con John Slanie, el tesorero de la compañía de Newfoundland; y llegó con el capitán Thomas Dermer a Nueva Plymouth en 1620, seis meses antes que nosotros. Allí salió de los bosques, hablándonos en inglés, el buen Squanto.

—¿Y por qué fue a hablaros, en lugar de reunirse con su tribu?

—Dios abrió el camino de nosotros, los Santos, apartando de él a los familiares de Squanto, así como los demás patuxets, mediante un regalo que sin saber les llevábamos en nuestras naves. Una de las más claras señales con las cuales Dios favorece nuestra empresa: la peste. El buen Squanto murió de ella dos años después, temblando de fiebre y arrojando sangre por las narices. Fue el último de los patuxets.

—Espero que no seáis vos el último de los Santos, señor Winslow.

—Espero que no seáis vos el último de los Hermanos.

—¿Y no serán los últimos los primeros?

Allí te vi por primera vez, Godwin, y te distinguía una invisible marca que pesaba sobre el anacoreta que menos se hacía notar. Pero cuando preguntábamos a los ermita-

ños todos volvían la mirada hacia tus ojos amarillos, que a su vez se entendían con miradas con los mulatos jóvenes de ojos dorados. El malestar que causaba entre la soldadesca tu laconismo se extendió hasta mí. Yo era el guía de la expedición que había recorrido todas las sacristías y las cocinas de los conventos del mundo a conquistar: tú, el que había asaltado sus poderes. Acostumbrado por su dura experiencia de colono a poner atención a las minucias, todavía empeñóse Winslow en arrancarle su historia a los hombres selváticos, que estos entregaban hurañamente, respondiendo con monosílabos o gruñidos en un extraño lenguaje formado por varios idiomas. Me enteré así de que se habían adelantado al Lord Protector en que no reconocían reyes, y de que blasfemamente era Rey cada uno de ellos. Supe que habían sido cazadores y luego plantadores y luego, arrojados al mar, asesinos. Supe que expulsados de una isla tras otra, algunos habían llegado en piraguas a Jamaica. Que algunos eran desertores de la flota del comandante William Jackson, que en 1642 salió de Inglaterra para arrasar el Caribe, y que asaltó Margarita, La Guaira, Puerto Cabello, Maracaibo, Trujillo y Jamaica. Que vivían en las espesuras, de la caza y de sembradíos furtivos. Que ante ellos los españoles se hacían a veces la vista gorda, que en ocasiones para exterminarlos asaltaban inútilmente sus *boucanes* o campamentos de ahumar carne. Siempre curioso, Edward Winslow pidió que le abrieran sus tejidos zurrónes con víveres: apreció con ojo de conocedor el maíz, probó las tiras de carne ahumada, masticó las planas tortas de pan de yuca. Un mulato de ojos dorados le ofreció un ananás, que Winslow se estuvo mucho tiempo paladeando, como maravillado de que esa curiosa fruta cubierta de asperezas fuera la dulzura misma. Creí que iba a decirme que

a la hora de conquistar mundos, una semilla vale más que una flota. Pero era tal su absorción, su ensimismamiento, su devoción al considerar la inesperada dulzura bajo la agresiva corteza, que temeroso de interrumpir quién sabe cuál hilo de ideas preferí no hablarle.

Todavía desconfiado, Venables admitió apenas un guía bucanero con la vanguardia de exploradores. Al poco rato, volvió un mensajero. Decía que en el camino hacia el poblado un español agitaba bandera de parlamento. Ordenó el general detener el avance. Entre una vaga niebla que venía del bosque y que no era más que un vaho de humedad, vimos regresar los exploradores acompañando al fatigado español, que cargaba su banderola como una prenda colgada para secar. Sudaba chorros bajo desteñidas ropas de ceremonia, y propuso negociaciones. Ahora su ventaja está en ganar tiempo, dijiste, Hugh, bien recuerdo que lo dijiste. Sacan a sus mujeres y niños de la isla en piraguas, esconden sus bienes, se reagrupan en las colinas. Pero fue como si aquel fantasma, con su saludo, nos hubiera clavado en un tiempo de nadie, con las nubes suspendidas sobre nosotros sin descargarse, y el ejército del Señor suspendido sobre Santiago sin vomitar sus rayos, y hasta el mismo río como estancado en pozos untuosos y en limos silentes. Como una procesión fantasmal vinieron desde la niebla o vaho del río un escribano vestido de negro y un mercader judío que decía hablar todos los idiomas y no podía hacerse entender en ninguno. Traduje en su lugar: el intérprete discutía mi traducción y se empeñaba en traducirla a su vez. Cada propuesta de Venables debía ser consultada con el cabildo de la villa, que parecía no terminar de deliberar nunca. Penn, impaciente, hablaba de robar mulas en los

montes vecinos y arrastrar los cañones de los buques para reducir la villa a cenizas como lo había hecho con el miserable puerto. Venables, cauteloso, esperaba ganar un triunfo sin combate. El gobernador don Francisco Ramírez Arellano largaba discursos con períodos interminables que me hacían doler la cabeza al traducirlos. El judío portugués negociaba por su cuenta con Venables pidiendo el respeto y protección de las propiedades de sus correligionarios, de las cuales presentaba listas imponentes. El general fruncía el ceño. Todas las mañanas cantaba la campana de la iglesia papista y sonaban tambores en las calles del villorrio lejano y se subían y se bajaban pendones y se elevaban hilitos de humo como si se cocinara y don Francisco aparecía con nuevas y complicadas cláusulas para la rendición y los bastimentos podridos traídos de las bodegas de los buques salían de los barriles mostrando cargas de gusanos y las hogueras de las tiendas de los atrincherados a lo largo del río unían su pesada neblina al vaho que soplabá de las cabeceras. Entonces, Hugh, dijiste: la ciudad está abandonada, y hacen ruido en ella para entretenernos. Pero mientras tanto Goodson insultaba a Venables en las juntas de guerra y Venables juraba que no volvería a dividir sus tropas para que cayeran en emboscadas individuales. Cada noche se escapaban bandas de filibusteros buscando según su costumbre puercos salvajes, colmenas, plantíos de yuca, y regresaban hablando de la unánime soledad de las chozas que encontraban. Hasta que, perdida la paciencia, amenazó Venables a don Francisco con entrar a sangre y fuego en la villa y degollar cuanto ser viviente hubiera en la isla, hombre, mujer o niño, indio, animal o esclavo. A lo cual suspiró don Francisco, suplicando apenas unas horas más para terminar de redactar las cláusulas del escrito o

tratado de rendición, para lo cual requería, me dijo, la colaboración mía, de Thomas Gage, del intérprete, de la voz de voces, del anglo-americano. Sabe Dios con qué delectación seguí la escritura de las cláusulas, corregí el rigor de los apartes, la recta concatenación de los párrafos. Es momento ya de que arribe una flota de socorro desde Cuba, si alguna ha de llegar, dijiste entonces, Hugh. Hasta que ya no fue posible contener la furia de Venables con más cláusulas, incisos y acuerdos, y se impuso la confiscación de todos los bienes de los españoles a cambio del permiso de evacuar la isla en diez días. Don Francisco leyó el interminable escrito en castellano, deteniéndose para verificar puntos, comas y acentos y consultando, consultando siempre, como si esperara encender otra discusión entre el almirante Penn y el general Venables, y después exigió la lectura del documento en inglés, que hice en alta voz, entre un gran silencio, como si las nubes grises se hubieran inmovilizado para escucharme. Pasé la pluma al moroso don Francisco, quien invitó a firmar primero a los comandantes ingleses, quienes a su vez lo invitaron a firmar en primer término. Todavía se secó de nuevo el sudor de la frente y las manos antes de rasgurar el papel con la desflecada pluma de ganso. Al final de su rúbrica cayó una nada, una minucia, una gota de sudor o de llovizna que empezó a deslavar lo escrito. Un relámpago partió en dos el mediodía. Se abrieron las compuertas del cielo y las tropas iniciaron una carrera hacia Santiago que más que marcha triunfal era desbandada para buscar cobijo del diluvio.

Y entonces tuvimos acceso al pueblo fantasma que tanto nos disputaron aquellos fantasmas. Ni un hombre ni una mujer ni un niño ni un animal en las casas; en los aposentos

ni un mueble; en la iglesia ni una imagen que profanar; en un cobertizo, apenas unas esclavas. Mientras discutíamos, los papistas habían huido hacia las colinas como una procesión de hormigas ante el aguacero, llevando a cuestas sus arcones y sus ídolos de palo y dejándonos el poblado, del cual habían incluso arrancado las campanas de la iglesia y las ventanas de las casas y los largueros de los techados de caña brava, por cuyos boquetes entraba la lluvia dejándonos en lugar de la catarata de riquezas los furoros del diluvio. El agua caía desde un boquete en el techo de la iglesia sobre el arca de la capitulación y sobre el arcón de los mapas. Hubo que cubrir con lonas los barriles de pólvora.

Venables envió un pelotón a buscar alimentos en las colinas y el pelotón no volvió. Envió una partida a buscarlo y la partida no regresó. El río, antes sucesión de pozos de tranquila baba, ahora rugía amenazando a todo el que partiera hacia la hostilidad de las colinas. Los días inmediatos salieron partidas a buscar víveres río arriba, y tampoco volvieron. La corriente trajo un cuerpo, desnudo, herido de lanza en el vientre. Y entonces las reservas de carne salada colgadas en la iglesia terminaron de pudrirse, costillares y cuartos goteando el agua que las empapaba y que parecía una sangre diluida. Robert Venables armó un regimiento con picas y mosquetes y avanzó con exploradores hasta las vegas del Norte. No pudo contener a los hambrientos que se lanzaron sobre los rebaños de ganado cimarrón, matando reses por devorarles la lengua, o un cuarto, o por divertirse, o por quitarle alimentos a los españoles escondidos en los bosques donde el agua diluía sin términos. El río crecido trajo hasta Santiago de la Vega reses infladas, muertas a estocadas, con las patas rígidas,

que formaban grandes bloques de hedor en los recodos. Los sargentos daban voces ordenando a los soldados escalar las techumbres para colocar en su sitio las tejas o tapar los boquetes con palma nueva u hojas de plátano: negábanse diciendo no ser gañanes venidos a trabajar con sus manos. El miedo del motín detuvo toda orden. Edward Winslow regresó a la nave almirante a redactar sus informes. Me atrincheré en la iglesia, donde el agua escurría por los agujeros en el techo. Entre el rumor de la lluvia solo se oía el clamor de las soldadescas que en los charcos cazaban ranas, serpientes, ratas para comerlas.

Un hombre regresó, sangrando. Contó que su piquete había sido acribillado por españoles que les dispararon saetas. Negros armados de mazas remataron a los caídos. La lluvia que empapaba las cazoletas de los mosquetes impidió dispararles. Un segundo mensajero regresó, exhausto. Su pelotón, entre el cual sospechábase la presencia de Niveladores y Cavadores, había desertado para trabajar por su cuenta y sin reyes ni amos las fértiles tierras de la isla. Otro soldado llegó corriendo desde el puerto. Maltrecho, con la cabellera brillante de agua, exhalaba vapor de sus ropas empapadas. Traía una multitud de cartas quejumbrosas del almirante Penn sobre la falta de vituallas y de socorros que padecían sus marinos. Una de ellas informaba de la grave enfermedad del comisionado civil de la expedición, maese Edward Winslow.

Nada más triste que un gran navío anclado bajo la lluvia. Hecho para erguirse sobre las aguas, parece doblegarse humillado ante los goterones que lo toman por asalto desde los cielos. Los flecos de las velas, los gallardetes, los cata-

vientos, los obenques, los escobillones de las piezas de artillería, todo retiene agua y escurre; entre el velo del aguacero parecen los recogidos aparejos como esqueletos y mortajas que cuelgan. En el lecho de su camarote deja correr Edward Winslow grandes goterones de sudor de fiebre, atormentado por el hedor del alquitrán, que el calor hace insoportable.

—Dediqué mi juventud y mis fuerzas a la pequeña colonia de los Santos en Nueva Plymouth. En ella perecieron mis amigos. En ella murió mi amada primera esposa Elizabeth Barker, y en ella no sé de cierto si, treinta y cinco años después, queda una sola alma viva. Inútil fue también que tan lejos nos exiliáramos para poder ser Santos, pues gracias a las armas victoriosas del Lord, Inglaterra es ahora toda de los precisos, o los puritanos, como nos llaman los libelistas. Dolorosamente inútil fue entonces que durante una generación arañáramos en comunidad unos terrones en tierra de salvajes. El Señor castigó nuestra soberbia condenando al eterno y minucioso olvido nuestro desventurado asentamiento de Nueva Plymouth. Y ahora tampoco podré ver con ojos mortales la verdadera obra de su Providencia, el triunfo del Lord sobre el reino de la Bestia en América.

El cirujano del almirante Penn sangra a Winslow. Su sangre es apenas otra pequeña gota que resuena al caer en una redoma, entre las infinitas gotas que tamborilean.

—Bess fue el primer sacrificio inútil a esa terrible tierra. Hice yo mismo el ataúd de pino en el que la enterramos. Desdeñábamos los Santos hacer de la muerte ceremonia religiosa. Despreciábamos decir una plegaria, que podría asemejarse a la blasfema práctica de orar por las ánimas, asociada a la doctrina herética del purgatorio. Ni una vela encendimos, por no degenerar en los supersticiosos ritos y encantamientos con los que se ultraja al

que parte. Nos permitíamos apenas obsequiar con un par de guantes negros a cada portador del ataúd. Entregó así Bess su cuerpo a la tierra que tan inútilmente roturamos.

La amarillenta mano de Winslow suelta un ajado papel. Se desliza de él una mustia flor de espino. Tomo el papel; en una cara, escrito en toscos y desarreglados renglones muy distintos de los de Winslow, leo:

Estamos estrechamente entrelazados como un cuerpo en un muy estricto & sagrado vínculo y pacto del Señor, de la violación del cual hacemos gran consciencia.

Y en el reverso, en otra letra más correcta, pero temblorosa e igualmente distinta de los disciplinados rasgos de Winslow, está escrito en tinta casi desteñida:

¡Oh vínculo sagrado, mientras inviolablemente preservado! Cuan dulces y preciosos fueron los frutos que del mismo fluyeron, pero cuando esta fidelidad decayó, se aproximó su ruina. Oh, que sus antiguos miembros no hubieran muerto, o sido disipados (si tal hubiera sido la voluntad de Dios), o bien que este santo cuidado y constante fe hubiera todavía sobrevivido, y permanecido entre aquellos que sobrevivieron y los que en tiempos posteriores se añadieron. Pero (ay) esa sutil serpiente se había deslizado, enroscada bajo falsas pretensiones de necesidad y otras por el estilo, para desligar estos sagrados vínculos y lazos, y como si fuera insensiblemente por grados a disolver o debilitar en gran medida los mismos. He sido feliz, en mis primeros tiempos, de ver y con mucho confortamiento regocijarme con los benditos frutos de esta dulce comunión, pero es ahora parte de mi mise-

ria en la vejez encontrar y sentir la decadencia y ausencia de ellos (en gran medida), y con sentimiento y pena del corazón lamentarlos y llorarlos.

El ajado y descolorido papel empieza a deshacerse entre mis manos. La mustia flor se deshoja.

—Que Dios me perdone. Pero más contentamiento siento en mi alma por todas las amargas y miserias que inútilmente padecí en mi condenada comuna de Nueva Plymouth, que por el triunfo magnífico de la Providencia a través de la mano del Lord sobre el imperio de la Bestia —susurra Winslow.

Cerró los ojos, mecido por el cabecear monótono de la nave almirante. Le aseguré que la divina Providencia lo restablecería. En sus exequias sí hubo plegaria. Mientras el cuerpo era lastrado con balas y amortajado en cubierta, leí en una manoseada página del Libro de los Salmos que encontré en sus alforjas:

Los que descienden al mar en naves, y hacen negocios en las muchas aguas, ellos han visto las obras de Jehová, y sus maravillas en las profundidades.

Porque habló, e hizo soplar un viento tempestuoso, que encrespa sus ondas.

Suben a los cielos, descienden a los abismos; sus almas se derriten con el mal.

Tiemblan y titubean como ebrios, y toda su ciencia es inútil. Entonces claman a Jehová en su angustia, y los libra de todas sus aflicciones.

Cambia la tempestad en sosiego, y se apaciguan sus ondas. Luego se alegran, porque se apaciguaron; y así los guía al puerto que deseaban.

También se encendieron las más magníficas velas: la salva de homenaje de cuarenta y dos cañonazos que ordenó el almirante Penn cuando el cuerpo del último Santo, con el desgastado libro en un pliegue de la mortaja, cayó a las aguas que parecían hervir con la lluvia.

Como un eco se desató la artillería de los cielos, con tal furia que decidí no permanecer en el navío a pesar de las molestias del desembarco en la chalupa entre las grandes olas y de las zozobras del viaje a caballo al poblado, intentando resguardarme del diluvio con el empapado capote de uno de los Ángeles de la escolta. Esa noche lució la furia de los cielos todavía con más fuerza que la del huracán que me acogió cuando llegué a San Juan de Ulúa en mi primer viaje a América. Entrechocaban las nubes como embistiéndose en una gran batalla: de las grietas de sus senos manaban surtidores de azufre y los proyectiles del relámpago herían de uno a otro confín la bóveda de los cielos: doblábanse los árboles y volaban los restos de tejados como si el viento fuera agitado por el aletear de criaturas titánicas: gemían los aires como por el tañer y partirse de metales y el despeñarse de maquinarias inmensas. Acurrucado en el rincón de mi aposento en la casa del gobernador sentí la insignificancia de nuestras riñas y de nuestras victorias ante las terribles contiendas que libran perennemente los orbes enardecidos: vastas refriegas de poderes y potestades inconcebibles, para las cuales la mano compasiva del Señor nos ha hecho misericordiosamente ciegos.

La luz del día siguiente nos trajo una llovizna gris y la esmirriada figura de otro mensajero. Nada difícil le fue ser llevado ante el general Robert Venables. Por todo el

campamento corría ya el rumor de que el almirante Penn aprestaba sus mejores naves para volver a Inglaterra. La gritería hizo que el general se levantara de la mesa donde el pergamino de la capitulación era un coágulo de tinta aguada. Venables le dio un puñetazo y se llevó el puño manchado a la frente. Noté entonces que tenía el rostro perlado de sudor frío. Luego cayó al suelo. Le toqué la frente ardorosa. Toda la noche desvarió. Mascullaba su terror de que el infame Penn llegara primero a contarle al Lord Protector su versión de los hechos. A la medianoche durmió algo, mientras el aguacero cantaba en los restos del tejado. Con la primera luz del alba, abrió los ojos con una determinación de alucinado. Anunció que partiría para Londres en una de las naves que el almirante había dejado en el puerto. Quedé helado. ¿Qué sería de nuestras tropas desertadas, primero por su almirante, luego por su general? Ir, ir y explicarse ante el Lord, repitió Venables, recitando ya párrafos de su defensa, esto hice, estotro prohibí, aquello procuré, lo otro advertí, pidiendo a voces tintero, papeles, plumas, escribanos, arenilla, ordenanzas que le cargaran sus armas y sus baúles, partir ya hacia el puerto, a pesar de la lluvia.

Hacia la bahía salió la procesión. La excusa era que el general haría una inspección en las naves. La verdad ya se sabía. Los hombres murmuraron agolpándose al paso de la procesión que avanzó con pendones goteantes. Hubo gritos, voces destempladas. Los oficiales llamaron a filas y amenazaron con colgar a quien las rompiera. No hice intentos para unirme al cortejo. Sabía lo que la desesperación velaba a los fugitivos: preferible era permanecer en las Indias desafiando el hambre y la derrota, que enfrentar

como desertores la cólera del Lord. Bordeando el cauce del río, la comitiva empezó a descender hacia el océano y hacia Londres, dejándonos en manos de la peste.

Ha cesado de llover. No se escucha en la oscuridad ni un rumor ni una gota.

Voy envuelto en la noche hasta la cocina donde duermen enroscadas sobre sí mismas como perros las esclavas que el mosquetero no alcanzó a matar: he sentido su olor entre la humedad; he peleado contra su olor como de hierro; me levanto en la noche en la cual no somos ya nosotros mismos o somos más profundamente nosotros mismos y temblando de fiebre o pavor aferro por las caderas a la primera esclava que encuentro: apenas rezonga o murmura en sueños: la bestialidad de sus antiguos amos o de la soldadesca la habrá acostumbrado a no resistirse. Soy tan solo una verga que palpita en el relámpago alternativo de la fiebre y el frío: aquella mutación de fuegos despierta a la esclava cuando entro en el infierno húmedo de sus entrañas; gruñe; en vano quiero retirarme: yo que resistí la lascivia de las criollas en la Nueva España y las provocativas confesiones de las mestizas en Chiapas, ahora estoy soldado por una mixtura suave a una criatura sin alma, que con una convulsión sorbe mi simiente o mi espíritu. Sobre ella me yergo, aterido del asco y del feroz olor que me ha vencido. Intento separarme de la mugiente bestia que se sepulta en las entrañas y en sus embestidas revuelve un olor de mar o fango. Con los ojos en blanco, estático, me niego a ver, cubriéndome el rostro con la manta, como lo hacía con la sotana al follar a las indias de Chiapas cuya mirada no quería dejar que se cruzara con la mía en el acto ni en la vida: ahora tampoco quiero distinguir el rostro que los tizones del fogón me muestran elevándose hacia

mí como una noche con las dos lunas menguantes de sus ojos en blanco; gemidos de mastines, tronar de grillos, lloriquear de enfermos que duermen o fingen dormir, entra todo en el silencio en el cual intento sustraerme al acerado combate de las caderas que me sujetan a su galope, a su acelerado batir de masas o de molinillos para chocolate o la dulzura que demoníacamente finge ser amor, la argamasa del mundo escondida entre las vergüenzas de seres vergonzosos; hasta que soy vencido

me vierto

me derramo

vomito

moqueo

lloro

sudo

cago

eyaculo

me disuelvo

todos mis agujeros vierten al unísono sus detestables humores mientras mis ojos cerrados miran encenderse la noche en fuegos que el repentino torrente de la lluvia extingue

me retiro de un tirón

aún manando el torrente inmundo de mis excreciones como otra excreción más me arrastro, sobre heladas baldosas, dejando hilillos de mis humores que los lloriqueantes mastines huelen; la esclava gruñe y se enrosca sobre sí misma guardándose en su vientre mi alma

se retira a gatas

sale de la cocina y se pierde entre las cortinas de la lluvia, donde es ya imperseguible; no habiendo visto su rostro, indistinguible, salvo en un remoto olor que a veces viene del bosque o del río crecido o de la fosa,

despojado de espíritu  
me alzo  
leve  
tanteando entre la noche, en los aposentos de la soldadesca  
sin mujeres;  
leve, sin alma  
escucho suspiros,  
desahogos  
gruñidos  
semejantes a los míos y gracias a los cuales no fueron percibidos los míos  
semejantes a los de sapos,  
ranas  
monos  
un espantable salmo semejante a los seres que lo entonan  
alternativamente me sacude el hervor de la fiebre y el frío  
de la muerte, como corrientes que parten del centro del  
pecho y que a él retornan

Ahora, Hugh, tenme de la mano. El tumulto de voces se aleja, caigo fuera del estruendo, en el más intenso silencio, en el gran poder de los oídos. Su zumbido, como una orquesta eterna que confundíamos con grillos lejanos. La gran expansión que se les posibilita cuando cerramos los ojos y que se multiplica cuando lo cerramos todo. El elevarse de estos chirridos engendrados por el mismo oído en la absoluta noche. Orquesta de sí misma, el zumbido de los tímpanos es como ese chirrido del cerebro que llamamos pensamiento. Cada sentido tiene su ruido propio. Así sufrimos sensaciones que no son sensaciones sino espera de ellas. Así como el pensamiento no es el pensamiento sino su propio zumbido, el sonido no es el sonido sino sus

migajas ocultas, sus dolientes minucias, su extraña inercia, haciéndonos preguntarnos hasta qué punto nos sentimos. Pues, ¿qué es en fin de nosotros? ¿Si cada órgano funciona tan en silencio, no sería posible también un pensamiento silencioso? ¿Que no se sintiera a sí mismo? ¿Que funcionara sin atormentarnos? ¿Que trabajara sin el dolor de la conciencia? ¿Que nos ahorrara el múltiple repiquetear del agua, trayéndonos visiones húmedas de su tintinear sobre trompetas, estandartes, morriones, monturas y botas de rígido cuero empapado?

El agua, como las almas, cayendo siempre a su nivel más bajo.  
El agua, ungiendo frentes, colándose por deshechos sombreros, empapados calzones.

El agua, bajando del Señor al sapo, solo para recordarnos el silencio de aquel y el canto de este.

El agua, goteando dentro de los cráneos bajo de las fosas.

El agua, llena de prisas antes de reconocerse calma.

El agua, a quien parecemos más atados que a Dios.

El agua, Dios sin rostro y sin voz que nos llueve.

El agua, alma sin memoria.

El agua, música sin concierto, horror suelto por Dios  
sobre el abismo.

El agua, fiebre de hielo.

El agua, número único.

El agua, muerte del polvo.

El agua, única cosa de que consta el infierno.

El agua, voz de ninguno.

El agua, nada, nadie.

Pues no me engaño: las aguas que desataron la peste no pueden perdonar al más afanoso de los sirvientes de la

expedición, y un mensajero, un ángel será el signo. No tú, Hugh, a quien tanto he implorado el degüello. El mensajero tocará mi hombro levemente, como una gota, y todo estará consumado. Mas él también quiere prolongar mi agonía. Oigo sus pasos leves. No necesito abrir los ojos para saber que son los de Thomas Holland, mi antiguo condiscípulo, contra quien atestigüé en 1640 para llevarlo al patíbulo. Era mi deber de converso al puritanismo testimoniar contra él; era su voluntad de papista perderse en cuerpo y alma. Lleva el hábito blanco y negro de perro del Señor. Como un incansable sabueso ha seguido mi alma. El rencor de los muertos es peor que el de los vivos. ¿Cuánto tiempo ha estado a la intemperie, empapado en la lluvia que atraviesa su hábito de dominico, embebido en el agua, esponjado en el líquido con sus grandes ojos acuosos, como uno de esos ahogados que devuelve el torrente del río? Seres para quienes no lució jamás el arco iris, desde su nacimiento ahogados bajo el velo de lágrimas del agua. El perro del Señor se arrodilla junto a mí, me olfatea, aunque ya no exhalo olor viviente, sino quizá el compacto hedor de la podre.

Y dejándome en poder de Thomas Holland sueltas mi mano, Hugh Godwin, sin acceder a mi petición de cortarme la garganta, te quitas la pútrida ropa y cruzas el patio sin otra vestidura que el velo del agua, hasta el aposento donde duermen ateridos los guardias de Robert Segwicke, representante personal del Lord Protector. En la penumbra gimen los mastines, reconociéndote, y en el fondo, resuena el bienaventurado ronquido del representante. El ronquido cesa de repente: algún mastín lloriquea, en mi lecho de agonizante escucho el cortar de tu cuchillo y el

sisear de la sangre que salta de la garganta de Segwicke vistiéndote de rojo como una viviente llama en la penumbra, y el crujir de la ventana por la que saltas a la calle y tu carrera y el golpear sucesivo del cuchillo encendiendo gritos, alaridos, estertores de agonía entre las tropas que duermen o embotadas intentan despertarse o despiertan solo para ser segadas en la oscuridad por la guadaña que va dejando un rastro de bramidos hasta que tus quedos pasos chapotean más allá de la línea de los centinelas y de los matorrales hasta el corazón de la selva donde se abren las puertas del Diluvio.



## CHISPA

fulgor

chispazo

seguidilla,

trueno,

tronitronar

tronar

tronería

centella

e **X** plosión

fogonazo

Anda

nada

Noche estalla

Buque

vuela

Naipes

copas

puñales

noche

Centenares flotamos boca abajo

despedazados      desmembrados      destajados

tiniebla peces enloquecidos    fauces

explosión    cráneos vientres  
puñales, copas, naipes

golpe en la cabeza pero no dolor pues el muerto no sufre  
ni siquiera con las grandes cizallas trizadoras de los tiburones con sus aletas lunares

Sopa de trozos de órganos que ascienden y descienden  
me arrastra

Manos sin brazos me acarician    resbalan dedos sin  
manos    aguas golpeadas relampaguean

El mar nocturno relumbra con antorchas de boteros que  
pescan anillos, collares, aretes, pulseras. Grandes peces  
enloquecidos chocan contra las bordas. Un golpe de remo  
corta un alarido.

Siento el aguijón de un bichero un tirón poderoso la reverberación de una antorcha el golpear de seis remos en las aguas

El aguijón bajo el brazo el único punto de sensación como  
un latigazo me arranca de las aguas, me arroja a una barca.  
Escuro agua sobre una pilastra de cadáveres. El fuego viene hacia mi cara.

A la luz de la antorcha se inclina sobre mí el rostro de niño envejecido del cirujano Alex Olivier Exmelin, que dice:

—Este sirve.

Marinos con antorchas desde sus chalupas hurgan con bicheros aguas espesas de cuerpos desgarrados. Brilla un cuchillo, cortan un dedo para sacar un anillo, arrancan un arete de una oreja. Un remero me palpa las manos. Exmelin lo detiene:

—Recuerda, pago por pieza completa.

Nos manejan como carne muerta, nos izan con cabos sobre la borda de una fragata.

—¿Por qué estalló el *Cerf Volant*? —pregunta el que carga al grumete de los ojos en blanco.

—En la fiesta de la captura brindaron con pistoletazos —gruñe el que iza por la borda a un artillero tiznado.

—¿Quién disparó al pañol de pólvora de proa? —dice el que pasa por la borda a un timonel descrismado.

—Fue conveniente que el camarote de los oficiales estuviera en popa —grita el que arrastra el cuerpo sin piel de un gaviero.

—Y que en él se salvara Henry Morgan —grazna el que tira por la barba de un gigante exánime.

—No tendrá que repartir el botín entre doscientos tripulantes —suspira el que me arrastra sobre cubierta.

—Lo mejor para conservar la lengua es tenerla quieta —dice Alexander Olivier Exmelin, sacando del cajón de cirujano las cuchillas y las sierras de las disecciones.

Sobre la cubierta estamos los seis cadáveres, sin ropas, sin joyas, sin recuerdos. A la luz de un fanal Alex Olivier

Exmelin corta con rapidez tendones, músculos, nervios, hace anotaciones en cuadernos llenos de diagramas anatómicos y de fechas. A su alrededor miran absortos los tripulantes de guardia. Los oficiales les prohibieron unirse a la pesca de alhajas. Alguno va a musitar un reproche.

—Compré sus cuerpos mientras estaban vivos —se anticipa el cirujano— como se los he comprado a todos ustedes.

Exmelin llama a los hombres de La Tortuga sus propiedades. No hay uno a quien no haya negociado su cuerpo durante una borrachera, para diseccionarlo y aprender así la medicina que dice saber. De un sitio a otro bajo el inclemente sol de la isla van los esqueletos y los músculos agotando las dolientes poses de su vida hasta quedar fijados en el carnaval de tiras disecadas por el escalpelo. En los tiempos sin presas, cuando no hay motivo para vivir y el filibustero se llena de ron malo hasta arder como una lámpara, Exmelin lo sigue como un ave de rapiña, al aire los faldones de su deshilachado casacón, listo el escalpelo; y caído el flibuste a un lado de la vereda, yaciendo en sus vómitos o en la cólera de su vida sin pulsos, inútilmente intenta echar mano de la daga o del sable. Eso sí: Exmelin es incapaz de desatar con su escalpelo el nudo que con aquella carroña ciñe al alma: más que la muerte en sí le interesan los pasos sucesivos por los que esta se aposenta en la máquina aún viviente: la mordaza con la que al fin ahoga las injurias y sofoca el aliento y apaga las pupilas: Exmelin avizora como una arpía el escaparse de los signos de vida, como si fuera a hacerse dueño de ellos, y luego, en su cabaña, colgado el cuerpo como una res tasajeada para el *boucan*, separa las minuciosas tiras de los músculos y hace de cada miembro un pulpo de colgantes tentáculos y de cada rostro una mueca,

comparando las crudas carnazas con las láminas del pesado libro de Andrea Vesalio.

Exmelin ataca los cuerpos con prisa frenética, como en asaltos de esgrima. Mientras su esclavo negro le ase el cadáver, perfecciona el cirujano la celeridad indispensable para las amputaciones, principal cirugía de las batallas. Los miembros deben ser escindidos casi con la misma velocidad con que son heridos. Como al azar separa y combina Exmelin los cráneos, miembros y tórax de los diseccionados. Busca recomponer un ser perfecto; nunca lo logra. Hábilmente sierra la cripta de los sesos, atisba el surgir como petrificado de los intestinos de las ideas. Al poner el uno junto al otro los cerebros de los dos primeros diseccionados, Exmelin ve rodar una lágrima por la mejilla del joven que iba a protestar. Acaso un diseccionado fue su amor o su hermano. Exmelin saca de su mágico cajón una garrafa e inicia una ronda para confortar los corazones. Huele a aguardiente de papas y a láudano. Al alzarla, brinda:

—Neuma, soplo vital, convócate. Disuélveste en humores, concéntrate en los cálculos, en mil precipitaciones y exudaciones coagúlaste. Pienso que descubriendo el principio vital podría revivir cuerpos y venderlos como esclavos. Otrosí, coser miembros, hacer hombres prodigiosos de seis brazos, arañas humanas compuestas solo de manos. Espigaré en campos de batalla recogiendo miembros que revivir. Los revenderé a los generales para dar de comer a los cañones. Será más útil hacerse servir por muertos, sin memoria. Para tener trabajo habrá que morir y ser recosido según los deseos del amo.

Absortos beben los hermanos, viendo descomponerse en piezas el cuerpo de sus hermanos. Exmelin junta miem-

bros y carcasas en combinaciones caprichosas, como para examinar la posibilidad de un ser humano hexápodo o tetracéfalo; recibe de vuelta el garrafón, brinda:

—Así como inventamos fábulas, un día inventaremos seres. Tendremos bancos de cerebros babosos pensando, sin necesidad del gasto de vanidades y criados que dispendia el filósofo. Crearé hermafroditas que copularán consigo mismos y creaturas hechas especialmente para cada vicio. Esto puede parecer horror: ninguno como el de disolverse en ceniza o en gusanos. Mis creaturas harán todo el trabajo, sobre todo el de recoger tesoro para sus amos. Tendremos un mundo nada más de oro y carne recosida.

—Pero —prosigue Exmelin, tras un nuevo sorbo de la garrafa— algo falla en la ciencia anatómica. Podemos separar el cuerpo en sus más mínimas piezas, mas una vez desintegrado: nunca armarlo. Y así con el mundo. Todo lo reconstruible es machina, y en consecuencia, muerto. Para ser reconstruibles y por tanto eternos, debemos aspirar a muertos.

—¿Y qué hay del alma? —pregunta algún viejo calvinista.

Exmelin suspende por un instante en el aire el escalpelo que apunta a mi ojo.

—Nunca he comprado almas.

—¿No crees en su sustancia, perro? ¿Las crees vapor que degrádase, o rocío?

—Con tan poca cosa se las consigue, tan fácilmente se las contenta, que si hubiera el recipiente para preservarlas, no valdría la pena revenderlas en los mercados de creencias.

—¿Dices entonces que no hay alma?

La nave anclada cabecea. Sobre el cielo se extiende un alba del color de piel de muerto. Una onda cruza las aguas:

una sola límpida onda que todos temen ver venir y todos temen ver alejarse.

—Soy, como tú, de la religión reformada. A la luz del trago de esta garrafa no podemos ver más que un mundo de sepultureros sobre barcas abarrotadas de muertos: reclutando más muertos para hacer triunfar la muerte. Si hemos sido incapaces de crear la felicidad, seamos por lo menos dignos de cortar el anhelo della. Esa es nuestra misión. Porque miente —y cuánto— todo deseo, esperanza o mimo. Desde estas islas santas saldrán las flotas de los muertos para el gran cese de la farsa. Pero, ¿quién conducirá las huestes?

Se abren las puertas de la recámara de popa. Un oficial anuncia:

—Henry Morgan.

Morgan sale a la cubierta de su fragata *Oxford*. Luce casaca de seda azul de un oficial de la nave que reventó; una camada de oficiales obsequiosos lo sigue, adivina sus deseos. Morgan mira la carnicería de Exmelin con los cinco primeros cuerpos, parpadea. Su cirujano Byndloss le grita al oído:

—El señor Oexmelin, Exmelin, Essequemelin o Smeeks, que se dice colega nuestro. Aprende en los cuerpos la medicina que su antiguo amo Vie no pudo enseñarle a palos.

Morgan parpadea, asiente. La explosión del *Cerf Volant* también lo ha puesto duro de oído.

—¡Hermanos! —grita a los marinos que se agolpan en cubierta tras la pesca— ¡Dios me ha salvado! ¡Como me salvó cuando me vendieron como sirviente! ¡Como me salvó del bastón de los contramaestres y de la miseria del rancho! ¡Como a todos nosotros!

—Aspirante a Rey se inventa cuna de mendigo— susurra Pierre el Picardo.

—¡Juntos comimos la galleta podrida! ¡Juntos comeremos el doblón de oro! ¡Pensábamos asaltar Caracas, en la Costa de las Perlas! ¡La desgracia que Dios envió nos debilita! ¡Pierre el Picardo propone rendir Maracaibo, villa rica sin defensas! ¡Se ofrece a guiarnos para sortear los bajos de la Barra de su Lago! ¡Nos conducirá en tierra, donde ya estuvo con El Olonés! ¡Todavía contamos con quince naves y mil hombres!

Morgan pasea la mirada por los hombres:

—¡Ciento veinte mil libras consiguió en Maracaibo el Olonés! ¡Sacaremos el doble! ¡Cen las banderas de señales!

Una ovación celebra la arenga.

—Ten el botín en la boca, te amarán como al oro — murmura Pierre el Picardo.

Vuelve Morgan a su camarote. Lo sigue su camada de oficiales. Exmelin me clava el escalpelo en el pecho. Me estremezco. Una quejumbre me sale de la garganta. Los marinos saltan aterrados.

—Señores —dice Exmelin— mis escalpelos traen los muertos a la vida. Lo contrario que los del colega Byndloss.

Luego, dirigiéndose a mí:

—Viejo, déjame coserte ese desgarrón en el pecho. ¿Cómo has conseguido lugar para otra herida?

Pierre el Picardo se arrodilla a mi lado, baraja un mazo de naipes.

—Remienda bien al viejo. Creí que había muerto cuando Gabriel de Roxas arrasó La Tortuga. Ayer mis dos pilotos volaron con el *Cerf Volant*. Me debían hasta el alma; creo que huyeron. Viejo: conoces este mar como tus cicatrices ¿Quieres ser piloto de la *Saint Pierre*?

La aguja me punza. El sedal corre áspero en mis carnes.

—Mi parte del botín, en armas.

—Puedo adelantarte un sable, a un módico interés.

Morgan no toma del pillaje una parte igual que los tripulantes; reclama el quinto, como un Rey.

—Criado de Rey, imita sus defectos.

—Pero, ¿por qué navega un Hermano con los filibusteros?

—Antes se abrirán estas costuras, que su boca —ríe Exmelin.

—Les va muy mal a los Hermanos —dice Pierre el Picardo. —Los españoles los atacan en Santo Domingo. Después de la reconquista de la Tortuga, Bertrán d' Ogeron repartió las tierras, y les prohíbe comerciar en La Española.

—Y el gobernador Modyford distribuyó Jamaica entre accionistas y traficantes de esclavos. Nadie quiere cazadores ni cultivadores independientes en tierras de reyes. No preguntes más, comerciante. Les han cerrado a los Hermanos las puertas de la Tierra Prometida. Así, como esta herida —dice Exmelin.

—¿Cirujano, no tienes Hermanos?

—Mi familia me vendió como siervo a una Compañía por ochenta piezas de a ocho. No hay Hermanos, sino acreedores. Y tú tampoco eres libre: me debes mis honorarios.

La proa de otra chalupa golpea contra la borda de la fragata *Oxford*. Escalan la borda filibusteros que se disputan aretes, collares, trapos sangrientos. Dos de ellos depositan en cubierta un esqueleto envuelto en tendones, el cuerpo desnudo de un anciano ciego. Con grandes aspavientos lo sacuden, lo manipulan, lo abofetean. El cuerpo se desmadeja con lasitud de cadáver.

Marcha hacia ellos Exmelin, pronto el escalpelo a explorar el misterio que ha mantenido animada aquella osamenta casi a punto de desligarse por sí sola. Largamente examina al agonizante que los marinos llaman a la vida. Escudriña la desdentada boca, apoya el oído contra el pecho, le grita en una oreja sin obtener más respuesta del anciano que el movimiento de una mano que parece acompañar una tarda melodía:

—No solo tienen un esqueleto ciego. La explosión lo ha dejado sordo.

Insulta Pierre el Picardo a los filibusteros por recoger basura de las aguas.

—Los músicos murieron en la explosión.

—Sin música el mar nos vuelve locos.

El cirujano convence al comerciante:

—No llegará vivo al fin de la expedición. Te ahorrarás la parte y media del botín que se le paga a los músicos.

—Picardo —digo al comerciante— me hago responsable.

Exmelin ata con el sedal el último nudo sobre mi piel:

—Mis honorarios, Hugh Godwin, son que me expliques la diferencia entre la vida y la muerte.

Quince velas siguen mi estela dando bordadas en los vientos contrarios que soplan al Sur de la Española. Timoneo el *Saint Pierre* entre las frías ventoleras y mares de leva que se desatan a principios de año. Durante un día me estorban doblar el cabo de Lobos. Flamean foques y trepida el mástil en frecuentes cambios de borda. Con las mismas artes con que Exmelin adquirió los cuerpos de los filibusteros, Pierre el Picardo les compró hasta las almas. Noche y día anota en la bitácora intereses sobre los inte-

reses hasta lograr que le deban el botín que conquistarán. Día y noche se juegan entre sí los tripulantes el monto de sus deudas. Pierre el Picardo no juega más. Ha descubierto que más feroz que el azar es el interés compuesto.

Doy una larga bordada por el Sur de la isla Beata. Logro contornearla. Tras mi estela se desliza la flota navegando en bolina. Al final, cabecea la pesada fragata de Morgan. En el mástil del *Saint Pierre* ato al viejo músico para que no lo arrastre la espuma que barre la cubierta. Por el crujido de maderos, por la vibración de los talones en la madera adivina la maniobra precisa; la acompaña cantando la briosa saloma que acompasa el esfuerzo de los hombres al casar y descasar las escotas. Con roncas voces lo acompañan; deviene así cada nave coral que armoniosamente danza, hembra que los danzantes acosan hasta la exaltación del acoplamiento perfecto con el viento y las aguas. Nos envidia la flota filibustera que más que en formación navega en carrera perpetua, insultándose pilotos y contramaestres, befándose los unos de los otros con los tropiezos de la vela rasgada y los contratiempos de la ola embarcada por las amuras. Alrededor del músico se agrupan filibusteros que descansan de la bestial fatiga, lo visten con harapos que le regalan entre todos, se echan para oír el gorgoteo que sale de su garganta, no distinto de los estruendos del mar.

Una y otra vez canturrea un madrigal, un canon, una vieja canción anterior a todos los tiempos. Las repite invertidas, como buscando regresar al instante en que todavía no añadían su complejidad al mundo. La misma paradoja que permite que veamos nuestra imagen al revés en el espejo convierte en monstruo a la melodía revertida en el tiempo:

solo algunas merecen el milagro de ser destejidas con la misma inevitabilidad con que fueron anudadas. Cuando mendigábamos en Londres me dijo en una borrachera el viejo maese John Doe que hacia su final la música, como el hombre, habría de volver a sus principios. Carente de fuerzas para ascender el infinito árbol de la armonía en sus intrincaciones nefastas, desciende hasta sus raíces, esperando asir la fuente remota que lo libere de la atormentadora variación de lo sensible.

Timoneo Norte cuarta al Leste, ordeno largar anclas en la rada de Ocoa. Desembarcan filibusteros estropeados por el macheteo de las olas. Asaltan poblados para conseguir carne; caen en emboscadas; toda la tarde llega hasta los balandros trueno de mosquetería lejana. Contraatacan dos centenares de aventureros. Empenacha la costa el humo de rancherías incendiadas. Desde la popa de su fragata mira los incendios el almirante, perdido en cavilaciones sin término. Piloteo dando trabajosas bordadas hasta la isla de Saona, arenal cubierto de palmeras. Esperamos en vano varias naves que prometieron unírse nos después de saquear La Española. Sordo a toda orden y toda petición, canta el músico durante horas una sola nota; opina Exmelin que se cree muerto al no poder escucharla. Levamos anclas con rumbo Sursudeste. Navegamos varios días de través. Nos sacuden los firmes alisios que soplan del Leste. En la esperanza de aprovechar el viento, los malos capitanes tensan los velámenes hasta que los mástiles crujen y los cascos se escoran, perdiendo el soplo en un continuo bamboleo. Acoso a los marinos hasta que logran la tensión justa que mantiene estable el mástil y continúa la delantera en el ventarrón de dieciocho nudos. Restallan los catavientos sacudidos por la

caldereta. El rocío de agua salada me aviva el relámpago de dolor de la herida. Por estribor se nos acerca un balandro formidable, recortado contra el sol poniente, embarcando crestas de olas en el esfuerzo por adelantárenos, en la proa un filibustero tocando burlón una dorada trompeta, peligrosamente inclinado el mástil por la tensión de los trapos hasta que la escoración por babor lo hace crujiar, lo revienta en un amasijo de astillas, libera al casco que pendula hacia estribor y como un delfín se sumerge girando sobre sí mismo al mismo tiempo que el sol en las olas ennegrecidas. Grito ordenando el cambio de borda, aletea el foque, tiembla el mástil tironeado, aferro el timón; surcamos el espumajeo donde apenas afloran barriles, tablas, sombreros, harapos, banderolas, burbujas. Sabiendo que al caer en las aguas solo les espera la agonía, a veces no aprenden a nadar los marinos. Los demás balandros nos alcanzan y dan vueltas sobre el torbellino de desechos como gaviotas sobre un vertedero. En la repentina noche apenas se distinguen sus velas que giran como fantasmas. En la borda se agolpan filibusteros que creen oír gritos en la ventolera. Al fin asen un cuerpo que chorrea agua. El rescatado llora y se cree muerto. Nada puede desengañarlo de que se hunde hacia el fondo del mar y los infiernos rodeado de compañeros ahogados. El bramido del ciego ahoga sus lamentos. En la tiniebla culmina sobre las aguas Kaputano Tumonka, seguido por el fulgor del Perro Mayor. Al Ueste muere en el acuático reino de los Peces el ojo sangriento de Marte. Dos horas más tarde, da el músico un alarido. Señalándonos el rumbo, salta del horizonte el puñal de la Cruz del Sur.

Al amanecer anclamos en la árida isla de Aruba, que fue de la Gente y luego de españoles y luego de traficantes

de esclavos holandeses. Vienen a recibirnos en piraguas indios arubas. Les hablo en el antiguo oman de la Gente. Entienden algo, gritan asombrados. Me abrazan, palpan mis heridas, que de nuevo duelen. Se balancean largo rato sin soltarme. Mientras los filibusteros compran carneros, leña, corderos, hablo todo el día con los ancianos. ¿Quién de nosotros es más viejo? Hablo torpemente; cada palabra duele. Los marinos degüellan carneros. Los ancianos me cuentan de la insurrección de los arubas, los aliles, los toas, los parautes, los kirikires. Son las historias de la gran batalla que nos llegaron de boca en boca cuando yo mismo era apenas un muchacho que vivía con las Gentes en el Orinoco. Durante catorce años las tribus unidas dominaron la Barra del Lago, incendiaron los poblados de Tomoporo, Moporo, Gibraltar. Los españoles no pudieron esclavizarlos. Juan Pacheco Maldonado convenció al cacique Nigale de que fueran los dos bandos desarmados a hacer las paces en la salina de la Barra. Los españoles llevaban cuchillos jiferos escondidos entre las ropas. Los destriparon uno a uno. A los prisioneros los ahorcaron. Para conseguir quien les trabajara, compraron esclavos.

Al despedirnos, el más viejo de los arubas me regala un akapra, un viejo arco de combate de la Gente, a quienes llaman aquí los kirikires: los Hombres.

Zarpamos de noche, por ocultar nuestro rumbo. Dirijo la proa Suroeste Cuarta al Sur. Por momentos desmaya el viento; por ratos sacuden los mástiles rencorosas ráfagas de doce nudos. Poco antes del amanecer saltan del Naciente en conjunción atroz la luminosa Venus y el espectral Saturno. En el camino de Santiago palpita el ro-

jizo corazón del Escorpión. Avistamos al alba las remotas costas del Golfo que llaman de Venezuela, por insultar sus rancherías en pilotes sobre el agua comparándolas con Venecia. Remonta el sol; navegamos entre olas inquietas y vientos encontrados. Sobre los mástiles giran bandadas de tijeretas. Reparte el cocinero el rancho. A dentelladas desgarran tiras de carne, rompen trozos de cazabe; con las hachas de abordaje parten cocos y beben ávidamente su leche; tragan ruidosos buches de aguardiente de papas y de cerveza de yuca. Por compasión adormilan al músico dándole jarras de terribles alcoholes. Cae el anciano en un piélagó de sonidos que musita y no alcanza; se toca el cuello como queriendo asirlos en el ronquido de la garganta. A mediodía avistan los vigías las lejanas islas de la Barra, el pequeño fortín que defiende la entrada del lago.

En la muralla destella un cañonazo de aviso. Tardíamente lo repiten los ecos. Todos se agachan tras las bordas, se tienden sobre las cubiertas. Compasivamente bajan al músico para atarlo como un perro en la bodega. Algunos se persignan, besan rosarios anudados a las armas, dagas benditas, mosquetes santificados, sables con indulgencia plenaria. Cada hombre es altar que ostenta supersticiosas filacterias, mugrientos escapularios, sonajeros mesiánicos. Antes de entrar en combate hacen promesas a las imágenes robadas que adornaban las capillas de Jamaica y La Tortuga. Con desdén miran los calvinistas los aspavientos sagrados. Adivinando por la agitación la proximidad de la batalla, el músico rompe a cantar en un arcaico latín el Libro de Zacarías:

Mira, viene el día de Yavé,  
y en medio de ti se repartirán sus despojos.

Porque yo reuniré a todas las gentes en batalla contra Jerusalén,  
y será tomada la ciudad,  
y saqueadas las casas,  
y violadas las mujeres,  
y la mitad de la ciudad irá al cautiverio,  
pero el resto del pueblo no será exterminado.

Prosigue en una lengua misteriosa, atormentando las palabras hasta diseccionarlas en sílabas que al fin repite hasta desvanecerlas en un silencio igual al que habita. Por las bordas botamos chalupas, saltamos en ellas, remamos en aguas turbias hasta que las quillas golpean el fango.

Abre el fortín los fuegos. Nos tiramos al fondo de las chalupas. Saltamos, reptamos en el barro. En él quedan los heridos, hozando como bestias. Hacemos pie, corremos. Nos acurrucamos en un desnivel del terreno antes de que recarguen las piezas. Al despejarse la humareda asoman mosquetes en las almenas. La batalla se reduce a tedioso duelo de artillería. Apuntan los piratas sus largos fusiles bucaneros de cuatro pies y medio de cañón, disparan, sacan de los morrales cartuchos envueltos en papel, los muerden, vierten la pólvora en el ánima, largan por ella la bala envuelta, dan un culatazo para atacarla en el fondo, apuntan, disparan. Por falta de otro papel, están liados los cartuchos con hojas de robados libros de poemas o de oraciones. Vueltos fulgor, desgarran. Grita un artillero al que un verso hiera. Vuela un montículo tras el cual se apretujan filibusteros. A mi lado se agazapa Exmelin. Pide con gestos sierras de amputar y vendas al negrito esclavo que le carga el cajón de cirujano. Hacia la tarde se apagan gritos de los agonizantes, se espacian cañonazos. Cae la noche.

Nos encandila una andanada de todas las piezas del fuerte. Queda el reducto envuelto en humo y silencio.

Entre la humareda corro hasta la muralla de cinco toesas, lanzo el rezón de la piragua como garfio de abordaje, tiro del cabo, afinco sus uñas, escalo, salto al interior. Otros garfios arañan las almenas; varios hombres me siguen. Por el piso sisean maravillosos látigos de chispas de mechas que los españoles han dejado para volarnos.

En la oscuridad saltamos asaltantes sacudiendo a sablazos sierpes de chispas saltarinas: seguimos siseantes silbos chispeantes, ciempiés sesgantes, surtidores susurrantes, suspirantes luciérnagas que se hunden en barriles de pólvora para reventarnos.

Apagamos la última chispa. Sube Morgan la escala. Se pavonea por la muralla, alza los brazos, muestra mechas extinguidas. La ovación lo celebra. Como muchedumbre de hormigas invaden los filibusteros el fortín. Los españoles lo abandonan por detrás por escalas de palo, chapoteando en las ciénagas del Poniente.

Toda la noche quemamos cureñas, desclavamos cañones del parapeto, los tiramos muro abajo. Los matelots desnudan a sus amigos íntimos caídos, arrojan sus cuerpos a las aguas. Algunos lloran infantilmente. Solo se sabe lo que es un amigo en las vastas soledades del mar. Se ensañan con los cuerpos de los españoles muertos. Se reparten harapos, armas y baratijas que heredan. Cada pirata es tras la batalla un mostrador viviente de adornos. Reluce el fulgor de las hogueras en zarcillos y sortijas hechas con clavos, chalecos acorazados de perforadas monedas, armas con sonajeros de dijes, collares de dientes humanos. Toda la noche disputa con ellos por las deudas de los difuntos Pierre el Picardo.

Morgan duplica las guardias para evitar que los españoles fugitivos reconquisten el fuerte. Le jura Pierre el Picardo que este ya ha cumplido su función única: retardarnos mientras huyen con el botín a costas los habitantes de Maracaibo.

Atado en el fondo de la bodega el músico articula algunas notas pero solo para recrearse en las pausas entre ellas. Con la cabeza en alto, parece escuchar el abrirse de vacíos tras vacíos a los cuales las notas solo sirven de hitos, cada vez más distantes. A la madrugada ya no puedo soportarlo. Salto por la borda, timoneo la chalupa que sondea la profundidad fangosa para garantizar el paso de balandros y fragatas por la Barra, por la cual el inmenso Lago desemboca en el mar. Seis remeros se afanan para impulsarla. Junto a los proeles fuerza la vista Pierre el Picardo:

—La entrada tiene tres bocas. La de Naciente y la de Poniente solo sirven para piraguas. La del centro tendrá de quince a veinte pies de fondo. Nunca se sabe. Peligrosísimo sitio. Desde él controlan los españoles los accesos del Lago. Todo cambia con las mareas, las lluvias, las temporadas.

—Los arubas me enseñaron los antiguos caminos de la Gente.

El alba destaca el humo de la ruina del fortín que queda suspendido atrás, en la entrada del Lago. Olas minúsculas chispean, despezándose. Desde ellas se levanta hedor de cangrejo muerto. Garzas blancas levantan el vuelo. Exmelin voltea para mirar inquieto la desembocadura.

—Es la garganta de un gran estómago. Cualquiera podría encerrarnos como quien tapa una botella.

Delante de nosotros, un horizonte de agua dulce, inmenso como un mar. Hacia el Poniente, orillas con mangles que hundan raíces en el agua y el fango. Sobre ellas las casas en piernas de indios mansos que huyen al verno. Llenan los filibusteros calabazas en el agua turbia; se la derraman encima; la beben con grandes alaridos de triunfo contra la espantosa sed del mar. A lo lejos, por una playa remota cabalgan jinetes, recorren el brazo de tierra, huyen hacia el amontonamiento ocre de las casas de Nueva Zamora de Maracaibo.

—O muy avaros o muy pobres son quienes no defienden con murallas esta villa —rezonga uno de los filibusteros arruinados en el juego por Pierre el Picardo.

La fragata de Morgan iza la banderola que ordena el fuego. Retumba artillería, brotan surtidores en el agua del puerto, nubes de polvo en las paredes. Nos acercamos; afinan con cuñas los artilleros la puntería: vuela un tejado; ni un mosquetazo responde desde las calles barridas por la polvareda de mampostería demolida. Ecos lejanos repiten cañonazos. Temeroso de una trampa, Morgan divide la flota. Desembarcamos en dos partidas. Al Norte ataca el grupo a su mando; al Sur, el que dirige Pierre el Picardo. Piloteo la primera chalupa que encalla al Sur. Bajo las aguas gira un plateado cardumen. Tras él se zambullen tijeretas. Salto en los charcos estancados de una salina. El sol levanta hedor de cueros curtidos. Dos barcas ladeadas están a medio calafatear con un alquitrán pestilente. Los vecinos han volcado los grandes barriles que lo contienen. Avanzamos por el desembarcadero. Chapoteamos en brea que irisa los charcos. Pierre el Picardo hunde pulgar e índice en ella, la reconoce de su anterior viaje:

—Sale de los infiernos. Es la verdadera mierda del diablo.  
Una campana toca a rebato.

Dejamos atrás redes extendidas con peces engarzados, bocas abiertas como para sorber agua. Grandes peces desventrados yacen junto a vísceras repletas de peces chicos. Avanzamos por el matadero. Pisamos empedrado de vértebras. Multitud de zamuros devoran carcasas de reses. Bajo caneyes de hoja de palma corren, aletean, danzan, tironean tripas, vísceras, pellejos. Jaurías de perros les disputan piltrafas. Entramos en la primera calle.

La campana deja de tañer.

Zumban moscas en patios y cocinas. La ciudad ha detenido su vida. Nos escurrimos entre la parálisis. El calor aumenta. Nos movemos en sueños. Pierre el Picardo envía exploradores. Se asoman en cada esquina. Hacen gestos para que avancemos. En una casa desvencijada yacen muertos y agonizantes en catres. Algunos tiritan enroscados en el suelo. Mueren más del hambre que de la fiebre. En sus telas bajan hacia las moscas las arañas. Un filibustero imagina que por las moradas arde una mecha para volarnos con la ciudad.

Sacuden dos filibusteros al viejo músico, que sostiene a duras penas un tambor desvencijado. Se ilumina la espantable cara del anciano, alza las baquetas, inicia un extraño redoble. Chifla a lo lejos una trompeta desafinada. Gustan los filibusteros del aparato militar. Sienten que infunde pavor al enemigo. Marca el anciano tambor el paso redoblado. Por momentos inventa cadencias que desordenan el paso; que nos hacen dudar de que avanzamos.

¿Se ha tragado a sus habitantes la ciudad silenciosa? ¿Mira por las celosías? ¿Murmura en los cuartos? ¿En los pasillos bisbisea? ¿Escucha la lagartija en los tejados? ¿O el ratón en las trojes? ¿O el polluelo en el huevo? Indiferente al miedo, el esqueleto ciego deja atrás las cautelosas vanguardias, al viento sus greñas como una corona espectral, volteando sobre ellas las baquetas que arrancan del parche un tumbo macabro. El paso redoblado se trueca en carrera. Por las calles gritan los filibusteros. Espantan su miedo. La ciudad responde con ventanas y portones cerrados. La duplican charcos impasibles.

Entramos en la Plaza Mayor. Una nube de zamuros huye del cuerpo de un ahorcado. Nadie está atrincherado. Un filibustero mira las techumbres. Otro atisba las puertas de las chozas de barro. En medio de la plaza el músico anciano repica para sí solo un redoble que vibra contra su vientre. En el templo resuena un escándalo. Despojados de túnicas, ruedan por el suelo santos de palo. Gesticulan como peleles con miembros descoyuntados; en los rostros pintadas lágrimas, estrías de sangre, rictus de atormentados. Piratas beatos se agolpan sobre las imágenes, se disputan reliquias curativas y exvotos milagrerros. Un oficial de Morgan les cae a planazos, los amenaza con colgarlos junto al ahorcado de la plaza por tomar botín antes del reparto. A la carrera llegan mensajeros que informan que está desierto el poblado.

Comparece Morgan en la puerta del templo, casaca azul sobre la que tintinean exvotos de plata. Un leproso desnudo que habla consigo mismo recorre la Plaza Mayor torciéndose en gestos violentos. Nadie lo mata, por asco o por miedo de sus escupitajos. Nadie sabe si va o viene ni qué dice ni por qué sostiene con desafío las miradas, in-

cluso la del almirante. Quizá nos reta esperando codicioso la muerte. Cuando se cree que se ha ido ya está de vuelta y es menester desviar la vista de su miseria o arrojarle algún mendrugo para alejarla.

Ordena Morgan:

—Recolectad el impuesto.

Bajo el lejano retumbo del tambor empieza la operación melancólica que cualquiera creería embriagante. Derribamos puertas con hachas. Tumbamos portones. De los patios vuelan guacamayas y loros. En las cocinas, fogones apagados. Ollas frías. Tinajas para el agua volcadas. Por rencor, las despedazan a culatazos. Canta un gallo en un patio. El chirrido de un grillo perfora los corredores. Gatos hambrientos acechan lagartijas.

En las habitaciones hurgan los filibusteros con cautelosas espadas. Pinchan colchones de paja, sayas deshilachadas, ropillas con agujeros. Deshacen de un tajo colgantes hamacas que cortan el paso, mosquiteros tristes como sudarios. En un catre con labrado copete encontramos, abiertos los ojos y la boca, el cuerpo de un anciano muerto.

—Por la disposición de las cosas podría adivinarse qué hacían cuando les llegó la alarma —comenta Exmelin, volteando con la punta del sable potingues de barro con medicinas y orines, sábanas con lamparones, una cruz de madera.

Esculcamos miserias en aposentos llenos de catres y de telarañas. ¿Botín una ropilla hedionda, un roto peine de hueso, una cesta con yuca? ¿Botín un taburete que se ladea, una mesa que vale apenas para leña? ¿Botín quizá un desteñido

libro de oraciones? Más bien botín los sacos de cacao, que acarreamos hasta la iglesia. Pronto se inunda de grasiento olor a sudor viejo. No se sabe si guardar para el reparto los ennegrecidos platos de barro. Explica Pierre el Picardo:

—Los vecinos han hecho su propio saqueo. Los dueños se llevaron lo más precioso. Ladronzuelos, mendigos y vagos resistieron unas horas más para pillar lo que dejaron los amos.

A cuerdas de distancia se oye el perenne tambor, el crujido de una puerta forzada, gritos de sorpresa o de desencanto, el escándalo de un cerdo que gruñe hasta que lo silencia una estocada.

En la nave mayor de la catedral mira Morgan con ceño fruncido los bultos que los hombres acumulan en un rincón del que brota peste de murciélagos, acre olor como de orines.

Pluma de ganso en mano, redacta el Picardo un tedioso inventario preliminar para separar lo inútil de lo valioso. Al igual que los pescadores de perlas, para evitar que tomen algo para sí antes del reparto final están desnudos los hombres que lanzan de un montón a otro trapos, cajones, baratijas:

—Unos calzones de perpetúan verde, acuchillados con presilla de oro.

—Un jubón de raso blanco prensado, forrado en azul, con pasamanería de oro y seda, algo traído.

—Dos almohadas y dos acericos de ruán labrados de azul en sus randas de hilo azul.

—Una balona llana y almidonada de holán.

—Dos pares de medias de lana picadas de polilla.

—Tres escarpines usados.

—Una pretina con siete botones de plata.

—Una petaca labrada de negro y blanco, vieja.

—Un cuello y un puño de caza, almidonados.

—Otro cuello labrado, de pita.

—Una virgen de Nuestra Señora de la Concepción en tabla, entallada en plata.

—Dos madejas de hilo de campeche.

Con susurro de beata dice Pierre el Picardo al oído de Morgan:

—En las calles se seca la bosta de caballos. En cuadras y corrales no hay una sola bestia. El botín huye de nosotros por los caminos.

Morgan escucha con oído de confesor. Grita el almirante:

—¡Cien hombres a perseguir fugitivos!

Sobre los cielos de los alrededores se ciernen gavilanes. En llanuras rojizas con matorrales ralos encontramos rastros de los huidos, riquezas cuyo peso se les ha hecho excesivo. Hay aquí una imagen de un santo, allá un espejo, más lejos peines de nácar, acullá una silla de manos dejada en pleno descampado. Las afueras se escombran de los enseres de un pueblo fantasma, listos para que pobladores invisibles vengan a usarlos. El Picardo ordena dejarlos de lado:

—Es la basura de la primera codicia. Detendrá nuestro paso. Lo valioso lo llevan hasta el borde de la tumba. Nadie quiere entrar en ella desnudo.

Corren los miserables por los campos, envueltos en trapos que los delatan de lejos. Tremolares de plumas o brillos de seda indican su posición. Marcan su pista va-

hos de perfume pesado. Fácil es alcanzar a algún infeliz que huye luciendo ropajes vistosos, escombrado con cajas de baratijas. Poseedor por primera vez en su vida de tantas maravillas, no acierta a soltarlas hasta que es atrapado. Los filibusteros acosan como a un cerdo salvaje a un miserable que parece rico por las galas con las que huye: bajo ellas patalea con miembros mugrientos: le dan garrote para que confiese dónde deja escondidos sus tesoros: inventa escondrijos bajo piedras y entre matorrales donde no hay nada: lo estrangulan, lo cuelgan boca abajo de un árbol retorcido: los perros que siempre nos siguen dan saltos, lamen sangre que escurre de la boca empapando un bigotillo ralo. Los filibusteros le arrancan sus galas.

Se nos junta otra partida. Arrastra a un prisionero que por salvar la vida fantasea riquezas, escondites, entierros de tesoros: con ojos desorbitados adivina la codicia de sus captores, se vuelve eco de ella: la amplifica sabiendo que cuanto mayor la mentira más atroz la muerte, pero más lejana. Pierre el Picardo le mira los dedos, regaña a los filibusteros:

—Las manos hacen la diferencia entre los hombres. Mientras menos trabajan, más tienen.

—La única diferencia es el amo.

—Todos son iguales.

Bajo el sol centellean sables que se alzan contra la cabeza del gemebundo. La cubre este con dedos encallecidos. Detiene el golpe el Picardo:

—Quien no entregue botín, que entregue al prójimo.

El prisionero nos guía a una casa de barro. Bala un cabrito. Los filibusteros lo abordan como a una fragata. Ladrán perros realengos. Bajo los aleros zumban colmenas.

En un rincón, una cosecha de maíz desgranado. Los perros la olfatean. Los filibusteros la pinchan con sables. Saltan dos negros que en ella se han sepultado. A uno lo cortan en trozos. Muere gritando, sin delatar a sus amos. Los perros husmean goteantes cartílagos. El otro calla. Calla cuando le muestran tiras sanguinolentas del cuerpo del otro sacrificado. Calla cuando le ofrecen la libertad. Empiezan a desmembrarlo. Salta la sangre; confiesa el negro el escondite del amo. Bajo un árbol lo encontramos dormido, disfrazado con harapos. Del envoltorio que abraza caen treinta mil ducados en vajilla de plata. Antes de que lo toquen denuncia a diez vecinos. Cada uno de ellos vez descubre el paradero de vecinos, caballos, ganados.

Regresan los tropes a Nueva Zamora de Maracaibo. El polvo cubre por igual falsos ricos, falsos pobres, captores. Rezongan los marinos, poco hechos a caminatas y marchas. Se concentran entre los fortificados muros del templo. Todavía toca para sí el tambor el músico anciano, elevada la cabeza como acechando los ecos. Un prisionero grita al ver al Picardo.

—Me reconoces de cuando vine con el Olonés, que arrancaba corazones.

El comerciante le da a elegir un naipe en el cual está figurado el tormento que se le aplicará. En el mazo de la diestra se abren los albuves de los Arcanos, de la espada, la copa, el basto y del oro. En el de la siniestra relumbran las suertes de la pica, del trébol, del losange, del corazón.

Exmelin no interviene en las torturas, pero apunta ávido en un cuadernillo los efectos de la rasgadura de los tendones, vigila los rictus de la máscara agónica de los atormentados:

acecha minucioso el cese de las palpitaciones, con un espejito en los labios del paciente anuncia que los esfuerzos del dolor han encontrado su límite. Mas: cuando la muerte parece instalarse en la víctima, el cirujano alza la mano: cesan su trabajo los atormentadores y el médico se afana en revivirla, hasta que vuelve a presentar signos de vida y abre los ojos a las cuerdas y las barras y las crujiás del tormento.

—Prolongar una agonía tiene mayor mérito que alargar una vida o una muerte, que son estados extremos— dice el cirujano, guardando frascos de vinagre y de especias y sales de olores quemantes.

Escapado el aliento último, empieza su combate postero con los restos del muerto, los tasajea con la relampagueante esgrima necesaria para perfeccionar el pulso de las amputaciones. Mas esto tiene efectos abominables en los otros atormentados. Creen que el cirujano opera sobre cuerpos todavía vivos. A lo mejor aciertan. Nadie sabe si los quejidos son de atormentados o diseccionados. Bajo el incesante toque del tambor Maracaibo es derruido a medida que el dolor o la codicia disuelven los cimientos sobre los que se creía edificado. A medida que el padre vende al hijo, la esposa al marido, el cura al feligrés y el funcionario al ciudadano, quedan solo de la ciudad los muros, como aquellas desiertas paredes que recorrí una vez en la Nueva Cádiz de Cubagua. A los atormentadores critica el cirujano no la crueldad, sino la incompetencia. Hay junturas de nuestro cuerpo cuya disolución nos haría incurrir en la perdición mil veces, afirma.

—Solo por el dolor conocemos, y el dolor es lo que menos conocemos.

La crispación del sol a mediodía en el vacío de la ciudad hace crujir maderos y chasquear tejas. Inútil cerrar postigos, que al poco rato arden y filtran hilos de luz por sus rendijas.

En medio de la Plaza el leproso desnudo se escuece en un hervor que escalofría a todo el que lo contempla o piensa en él. Mientras las moscas lo atormentan, con ojo rencoroso fulmina a todo el que pasa.

El curso del sol quema el hilo del tiempo. Heridos los ojos de escrutar las llanuras de tierra rojiza del Poniente, los vigías creen divisar en ellas lagunas espejeantes que aparecen y desaparecen.

Por momentos, sumidos en somnolencia calurosa, los atormentadores dejan de atormentar y quizá los atormentados de sentir dolores. Las moscas que zumban sorbiendo licores vitales ceden al torpor y caen al suelo dormidas.

Del montón de prisioneras mana un olor de mar.

En el rincón del templo donde se agolpan los enfermos cura Exmelin con aceite de jazmín y bolsitas con salvado y rosas cocidas con vino a los que se quejan del reuma; con sangrías de ocho onzas, lavativas y píldoras de hierro las pudendas supurantes de los violadores. Con los prisioneros se enfrasca Pierre el Picardo en viciosas partidas de naipes en las que apuestan dilaciones o delaciones. Ensimismado, el marino a quien rescatamos de las aguas insiste en decirse muerto, en llamar muertos a todos los que le rodean, y lo somos o lo seremos.

Resentidos de la pesada inacción de Morgan los filibusteros murmuran, conspiran, se trenzan en riñas insensatas. Con insistencia de moscardón predica el Picardo al almirante que el más puro botín se toma en la fuente; que Maracaibo no es más que el puerto por donde reembarcan el cacao de los pueblos del Sur del Lago y los cueros de la Cordillera.

Exmelin se detiene ante el reloj de sol de la plaza, con su vara asestada como un puñal hacia los cielos, que arroja sobre la lápida una franja de sombra que parece inmóvil. Exmelin mira la raya de sombra y me mira. Ninguno de nosotros, ninguna de las tres sombras por toda la eternidad se mueve.

El terror de la parálisis del sol humilla al campamento. Los filibusteros quedan atrapados en un viento que no sopla y un instante que no pasa. El almirante medita toda una eternidad en su hamaca abanicado por esclavos que agitan hojas de plátano. A pesar del gran calor, suda sin aliviarse de la casaca de seda azul con exvotos plateados, de los calzones de perpetuán verde con presillas de oro. Cesa de repente el espantable tumbo del tambor. El anciano músico, elevada la cabeza, parece querer escuchar el hueco silencio. Despertamos como de una congestionada siesta. Se impone la huida. Al abrir los ojos tras el torpor en el cual ha parecido morir, dice el almirante Morgan:

—Embarquen.

Toda la noche dirijo a los filibusteros que estiban el *Saint Pierre* para que equilibren los bultos del botín, los prisioneros, la carne de los descuartizados rebaños. Lo atesta

el Picardo de barriles de brea pestilente, que encomia como betún para calafatear naves, unto que cura todos los males, combustible para incendiar poblados. Con grandes cuidados embarcan los filibusteros al valetudinario músico y su tambor aparatoso. Hasta el alba se mecen por el tumulto los mástiles de fragatas, balandros, piraguas.

Encenagado en un éxtasis de dolor o de confusión, aúlla para sí mismo el leproso en medio de la plaza, escupe, brama, sin advertir que nos vamos.

El resplandor del lago encandila como una lámina de estaño fundido. Una pesada neblina, un fulgor difuso en los cielos nos hace arracimarnos bajo la sombra de las velas, cubrirnos los ojos con los brazos y las caídas alas de sombreros deshilachados. Solo el viejo músico, erguido, sigue con la cabeza el lento movimiento del sol. En la piel de los filibusteros taracea el resol arracimadas verrugas, carcomidos escollos, lepras coralinas. Bandadas de patos sobrevuelan los mástiles, dejan oír quejumbrosos graznidos. Por ociosidad les disparan los filibusteros, tratan de recoger de las aguas con picas y bicheros los cuerpos desmadejados.

El alisio que sopla desde el Noreste por momentos nos abandona. Cuelgan las velas inútiles. Suelto la gran caña del timón. Permanece como muerta. Zumba una mosca boba. Anochece. Fulgura hacia el Sur un relámpago que parpadea siempre sobre el río Catatumbo. Levanta el viento; en la madrugada ríen los vigías al divisar la pequeñez de la villa que lleva el nombre de Gibraltar. Un cañonazo los interrumpe. Agitando un sombrero emplumado el Picardo cacarea órdenes, advertencias, imprecaciones:

—¡Nos cañonean desde el puerto! ¡Como cuando vino el Olonés! ¡Nos acribillaron desde las trincheras! ¡Fingimos huir! ¡Dejaron sus defensas para rematarnos!

¡Eso nos salvó! ¡Los barrimos en descampado! ¡Esta vez no les daremos el gusto! ¡Miren las banderolas! ¡El almirante manda tocar tierra lejos de poblado! ¡Los tomaremos por las espaldas!

Desembarcamos en fangosas ciénagas; chapoteamos. Avanzamos por bosques fértiles a cuya sombra crecen matas de cacao; aspiramos. Dejamos atrás haciendas desiertas, sin bestias ni esclavos. Acechamos. Un filibustero recoge collares de hierro abiertos, que se encuentran dondequiera. Tintineamos. Entramos en llanuras con vastos sembradíos de caña. A sablazos tumbo un tallo, corto la pulpa, la chupo: me imitan los aventureros. Libamos. Escupimos dulces bagazos. Al Sur hay árboles inmensos, apretados bosques. A lo lejos vemos montañas azules por las que, murmuran los timoratos, bajan a batirnos las tropas del gobernador de Mérida.

En las afueras hallamos desiertas barricadas de cestos de tierra. En las calles, casas abandonadas. En los patios, ollas en cuya melaza de caña se ahogan abejas. El Picardo relata historias de trampas y emboscadas. Envía Morgan delante prisioneros atados que se tambalean. Tras los escudos humanos, cautelosos exploradores. Solo se escucha el chirrido de las chicharras. En solares vacíos se mecen palmeras.

Desde el fondo de patios arruinados nos miran negritos desnudos que chupan frutas caídas. Sus amos obligaron a las madres a abandonarlos para que no entorpecieran la fuga; no valen como botín; morirían en el viaje. Ríen al vernos, corren, no nos despegan los ojos. Algunos, atrevidos, se acercan, nos tocan las armas. Una tropa de ellos sigue al tambor esquelético que rompe a tocar una estrepitosa marcha.

Avanzamos entre oleadas de calor y muros calcinados que alternan con paredes nuevas; carbonizadas están algunas vigas que sostienen techos de cañabrava; retorcidos los herrajes de portones y ventanas. Un tizne de hollín recubre los más recónditos rincones. Guardan su calor las ennegrecidas ollas de barro y las cadenas que las suspenden sobre los recién extinguidos fogones; y todo, metal, madera o mampostería, las todavía febricitantes cenizas, al tocarlo arde como si guardara en sus entrañas memorias de un antiguo fuego.

Marchamos esperando en cada esquina el escalofrío de la emboscada, atisbando por las ventanas el reflejo helado de espejos carcomidos, la sombra de los patios, la frescura que mana de algún arcón fracturado donde el hielo de las tijeras avinagra el filo de leznas, agujas, clavos.

Avanzamos delante de casas caídas sobre sí mismas, abiertas como bocas de horno las calurosas puertas y ventanas que dan a incineradas vigas de caoba y calenturientos largueros de techos sepultados bajo raudales de tejas cuya roja arcilla parece que arde. Del crisol de algún arcón fracturado mana el fogaje de incendio que abrasa al librillo de oraciones con el canto lamido por el fuego o al volcán del lacre derretido cristalizado de nuevo en duros goterones. Muros derribados abren paso a espesuras con candentes flores que dolería morder, o embriagaría aspirarlas. En algún solar estalla una grito de gallos, crestas puntiagudas como llamaradas.

En la Plaza Mayor irrumpen los filibusteros como una inundación; frente a la fría mampostería del templo giran en remolinos, gritan desafiantes ante los arcos de ladrillo helado cubiertos de desvanecido moho que enmarcan los pesados portones. Un estruendo de metal herido los detiene. Subidos en el campanario, dos gavieros derriban cam-

panas como quien tumba cocos, para fundir balas con el bronce. Un piquete de alabarderos abre las pesadas hojas; la gélida boca del templo se traga los prisioneros.

Brota el inaudito calor de las losas que cubren a los sepultados en el piso del templo, sobre las que se echan los filibusteros con la esperanza vana de refrescarse. Sobre ellas arrojan el cargamento de helados collares de hierro. En el altar mayor piratas beatos se persignan ante un Cristo incendiado de sangre. De su pecho yerto arranco seis flechas barbadas con plumajes bermejos. Las reconozco como purewas: los emponzoñados dardos de las Gentes.

—No es culpa nuestra —dice el Picardo. —Cuando vinimos hace tres años con el Olonés quemamos unas casas para forzar a los vecinos a pagar rescate por la ciudad. El fuego se nos fue de las manos.

—Dicen los indios de Aruba que antes de eso incendiaron tres veces el poblado los Hombres, que se llaman a sí mismos los kirikires.

—Según los prisioneros, este Cristo fue lo único que no ardió cuando el incendio de 1600. Tuvieronlo todos por prodigio. ¿Qué le miras a esas flechas? Las dispararon unos salvajes. Los mató a todos en 1626 Juan Pacheco Maldonado.

Me extiendo sobre las lápidas funerarias que alfombran el piso del templo. Me parece que laten, por momentos quemantes, por momentos heladas.

En el vaho de la fiebre adquieren las cosas inmóvil intensidad.

En vez de salir, se encierra cada cosa en sí misma, para sí misma suficiente.

Me apoyo en el arco, lentamente me incorporo. No pueden creer Exmelin ni el esclavo que le lleva el cajón que en medio del ataque de fiebre pueda tenerme en pie.

—El fuego era una de las pruebas de la Gente —les digo.

Pues no soy yo quien tiene fiebre: tiritita el poblado en fuego inmóvil, las cosas todas densificándose en el gesto que adquirieron antes del fuego, extremándolo hasta una insoportable pungencia.

Así, no puedo tolerar las miradas del montón de prisioneros, ni creo que puedan ellos tolerar la mía.

Para cada mirada adquiere el mundo un atroz sentido; cada hora una palpitación intolerable.

Por derrotas, por intervalos vivimos, por casualidades o por chispas, esparciéndonos, evaporándonos, desliéndonos

Por golpes o por chispas o por fracturas

no por instantes ni por poros ni por hendijas

no por nada

no en informe forma

En el cráneo me golpea como un latido el redoble del tambor, el estrépito de pelotones armados que entran y salen, el parloteo de Morgan y del Picardo, acercándose y alejándose como la llamarada de la noche y la herida helada del día.

—No perderé tiempo esculcando el poblado —perora Morgan. —Que nadie me llame filibustero. Comandante exacto soy, de las tropas de su majestad británica Carlos II. Comandante exigente. De una vez mis hombres peinarán las afueras.

—Como en Maracaibo, recibirá cada fugitivo la desgracia del tamaño del botín que acarrea —le dice Pierre el Picardo.

—Caballero noble soy, noble galés de los nobles del Llanrhymney —dice Morgan. —Demandaré al que corra la voz de que fui vendido como siervo por mis padres, que tomo rehenes por vengarme de cuando fui rehén de mis amos. Caballero noble soy, sobrino protegido del coronel Edward Morgan, protegido y dilecto del gobernador sir Thomas Modyford. Debían alegrarse de ser mis prisioneros. Demandaré a quien me llame pirata o denuncie crueldades.

—Mide por la expresión de la cara la cuantía de lo que pierden —dice el Picardo. —Los que no tienen nada son los menos infelices; llevan toda la vida resignados. Algunos por primera vez descansan. Algún miserable sufre más por el dolor de sus amos que por el suyo propio. Los más desesperados, con la cabeza entre las manos, enriquecerán con su muerte a los herederos: saben que nadie les pagará rescate. Las mujeres jóvenes tienen con qué pagar, aun las pobres. Hay esperanzas para las que no sean viejas o feas. Envidian todos a los esclavos.

—¿Cuál es la puerta de esta ciudad que tocamos? Su nombre es: esclavitud. Todos y cada uno de sus ladrillos fueron amasados con sangre, y sus adoquines son huesos, y piel humana los pergaminos de sus leyes y sus cantos al Señor. Desde ella los verdugos nos piden: piedad.

—Pero no somos más que ellos mismos. Este día es como cualquier otro.

—Todas las ciudades son la misma.

—Abramos el Libro del Juicio. Solo hay en el mundo dos cosas, que son el Debe y el Haber ¿Cómo separarlas?

—Degüéllese todos, menos la mercancía.

—Tengamos, por ejemplo, este campesino pobre a quien capturamos con dos hijas.

—Atorméntesele, oblígueselo a servir de guía. Si se equivoca, cuelgue de un árbol.

—Ahorcado el anciano, ¿cómo aseguramos la guía de su esclavo?

—Désele un gran sable, hágaselo decapitar prisioneros. No hay lealtades, sino complicidades.

—Sobre rastro de cuerpos degollados condúcenos el esclavo a esta casa de hacienda, señala a un sexagenario, lo acusa de rico. Elige su mano el naipe con el Arcano del Colgado.

—Désele la estrapada, cuélgueselo de pies y manos, póngansele peñascos de cien libras en la espalda, encárguese a cuatro hombres de dar bastonazos a las cuerdas de donde pende atado. Enciéndasele fuego debajo, cuélgueselo por las partes que el pudor impide nombrar, ríndasele por hambre.

—Nuestros enemigos son los del orden.

—A los que atentan contra él, apretémosles cuerdas con torniquetes alrededor del cráneo, encendámosles mechas entre los dedos de pies y manos, quemémosles pies y cabezas en hogueras, colguémoslos de los órganos de la generación, crucifiquémoslos.

—El orden reina en la ciudad. Reina en todas las ciudades.

—Quémese con fierros a los prisioneros, entiérreselos vivos, niéguese que alguna vez esto haya sucedido.

—En la procura del tributo nos atrapa este diluvio repentino.

—Sálvese el botín, entréguese a las aguas mulos, prisioneros, mujeres y niños.

—En la desembocadura del río está escondido este balandro de doscientas cincuenta toneladas, cuya carga de aguardiente expide un olor que embriaga.

—Tómeselo por sorpresa, atorméntese a los marinos hasta que denuncien a los dueños.

—Atrapamos cada vez más prisioneros: parecen atacados del miedo de internarse en las espesuras.

—Siémbrese en cada uno la convicción de que los otros lo han vendido, para que a su vez traicione, hasta que quienes corren en descampado huyan los unos de los otros, se teman más entre ellos que a sus perseguidores.

—Envían parlamentarios a suplicarnos que no incendiemos una vez más la ciudad.

—Entre sus muros sepultaron el tesoro que se resisten a revelarnos. Ofrézcanse premios a los filibusteros que excaven la primera pista: repártanse puñados de escombros por las calles, remuévanse paletadas de tierra, para que derriyan la ciudad buscando espejismos de entierros.

—Traen a la iglesia como tesoro esqueletos desenterrados bajo los aposentos, osamentas de gatos, fetos excavados bajo el convento.

—Ármese al ejército con picas y barras para que fracturen las lápidas del templo y les arranquen a los sepultados sortijas, medallas, collares.

—El piso de la iglesia parece un panal desde cuyas celdillas, rotas, atisban osamentas sumidas en la miel de la podre. Una mano eleva una cruz de plata manchada.

—Cárguense las bocas hambrientas de los cañones pedreros del puerto con fémures y costillas y calaveras destas huesas. Revienten contra los rescatadores de la ciudad andanadas de sus propios pobladores vueltos huesos, hasta reducirlos a esqueletones, calaverones, difuntos. Fortifíquese con murallas de vértebras y torres cadavéricas donde la muerte no trate de escaparse de sí misma ni de excederse.

—Un ferreruelo de merialón con tres fajas amarillas.

—Calzón, ropilla y terehuelo de albornoz, viejo y roto, con botines de oro y seda negra.

—Un coetillo de badana, viejo, con tres guarniciones moradas.

—Seis pretales con cascabeles.

—Seis pares de borceguíes de lazo.

—Una camisa de ruán, traída, labrados los hombros con plumas y la valona ajustada.

—Otra camisa de lo mismo, rota.

—Una estaca encontrada en un corral en cuyas ramas secas se despiojan, gritan, erizan los buches infinidad de loros parleros.

—¿Quién es este mico que nos traen?

El negro del sable ensangrentado arrastra por la oreja a un anciano, erizadas canas en desorden, ojos desorbitados. Su cuerpecillo de galgo apaleado lo acusa de pobre; de rico quiere vestirlo su parla de cabildante: sus ropas proclaman mengua de saqueado o perifollo de ratero.

—Soy Sebastián Sánchez, hermano del gobernador.

Hace las presentaciones el Picardo: con burlona piqueta remeda el mercachifles los gestos del apergaminado:

—John Harold Henry Morgan, comandante en jefe de las fuerzas armadas; Pierre Picardo, comerciante.

—Encargado soy por mi hermano el gobernador de representar al común como su misma voz fiel y presente, y apoderado, y embajador, y plenipotenciario, debidamente acreditado ante las altas partes contratantes con poder amplio y suficiente en cuanto a derecho se requiere, para concluir los perentorios negocios y tratativas, acuerdos y conciertos que la urgencia del momento y el peligro de la hora requieren e imponen, para conducirnos a satisfactoria riqueza.

Se vuelve lentamente Morgan. Luce gala de calzones de perpetúan verde acuchillados con presilla de oro; sobre casaca de seda azul con exvotos de plata, ferreruelo de merialón con tres franjas amarillas, cruz de plata manchada. El almirante cae en su propia trampa; la mención de la riqueza lo suspende del labio que la pronuncia.

—Ante ti, pues —continúa el carcamal— comparezco y comparecemos, alto, magnífico y poderoso señor cuya venida anhelábamos como sostenedor y garante del orden.

Se sume el templo en tiniebla; con hachones empapados en mierda del diablo encienden los filibusteros hogueras sobre las sepulturas fracturadas: cada grieta en forma de relámpago: anubarradas las vetas en la leche del mármol: atizan el fuego con algún hueso amarillento.

—Asumimos esta representación, cierto, en tiempos conturbados —sigue el decrepito, con gestos de tejedora que en el aire anuda hilos sutiles. —Vacías están las arcas; el fisco exhausto; exagerado el cúmulo de petitorios, intimaciones, deudas y vencimientos que agóbianlas; y en fin están la ciudad y gobierno vueltos del revés como un guante: fortaleza que no es fuerte; poder que no apodera; muro que no cobija; puerta que no detiene; reja que no defiende; juez sin juicio; llave que no cierra; doctrina que no enseña; almacén sin mercancías; hacienda sin esclavos. Nos encuentras así,

en estos desposeídos rincones del mundo, desanudadas las redes del orden, contención y fin de los males, principio de todos los bienes, esperando tu apoyo decisivo en la contienda cruel que enfrenta a ricos y pobres.

Puntea el discurso la grito de loros y de prisioneros colgados boca abajo. El músico ciego palpa los aires con su mano de esqueleto: la posa sobre un cuerpo colgante, sobre la boca aullante, sobre la exaltada garganta, hasta que la vibración deja el cuerpo y el músico abandona el templo, tanteando en los aires.

—No, no te culpamos, gran señor y general y almirante —continúa con marrulleros gestos el valetudinario— de haber con tu presencia deshilachado las redes del orden. No: meramente demuestras cuán endebles eran esos hilos: cuán sueltos sus nudos: cuán necesitados de un tejido nuevo y reconstituido que nos ciña y oprima. Pues: tenues como telarañas son los ligamentos de la paz de los reinos, y más tenue la luz que hay que mantener sobre el entendimiento del sirviente para que no los quebrante.

Tras los altares ocurre el alboroto de filibusteros que se bajan calzones y arrastran mujeres detrás de las aras. De la rama que da a la claraboya bajo la bóveda se descuelgan monos con peludos cuerpos de araña que huyen de la tiniebla.

—Gobernante, ¿cómo hablas de guerra contra el miserable, si no puedes hacerla contra nosotros?

—General: la guerra es de ordinario el resultado de un arreglo mal entendido de intereses.

—Gobernante: pregunté al negro si había riquezas en el aposento donde fuisteis detenido; por toda respuesta me muestra este plato con tres reales de a ocho.

—Comerciante: los botines se arrebatan por las armas, pero se producen con palabras.

—Gobernante: ¿qué palabra podría trocar en oro ese plato de barro donde a cada momento puede caer tu cabeza?

—General: la ley, palabra armada, sin la cual no es cualquier gobierno sino banda de saqueadores, con la cual no es cualquier banda de saqueadores sino gobierno.

—Gobernante: no venimos a imponer el orden, sino a recoger sus frutos.

—Comerciante: ten por cierto que si el saqueo es llovizna de botín, es el orden diluvio de él; y no otra cosa los reinos que lagos donde, como en este, naturalmente acude y acumúlase y replétase y ofrécese materia de pillaje, sin necesidad de perseguirla ni apremio de conquistarla.

Con sablazos secos decapita el negro prisioneros que no entregan información ni rescate. Desnúdanlos los filibusteros, tasajéalos el cirujano: por las naves vuelan harapos haciendo gestos hacia el gran montón de ordura del botín.

—¿Y mediante qué lazo vendrán las personas y bienes de todos los que huyen a refugiarse en nuestros arcones?

Responde el apergaminado, irguiendo uno tras otro los sarmientos de sus dedos:

—Considerando. *Prima*: que llegado es el día terrible de la *cesatio legis*. *Secunda*: que preferible es cualquier autoridad que ninguna. *Tertia*: urge sancionar los arreglos, pactos, acuerdos, premáticas, silogismos y títulos, por los cuales nos, actualmente desposeídos de haberes, a cambio de tu poderosa protección contra los miserables, legitimamos la transferencia presente constituyéndonos deudores y garantes con nuestras vidas, haciendas, voluntades, fuerza y poderes de los gastos, costas, inversiones y desembolsos incurridos por nuestros acreedores en el apoderamiento presente de antedichas haciendas y vidas y en el restablecimiento del orden.

—Por salvar su cuello, ofrece el de todos — susurra el Picardo.

—Más firmes son las cadenas que a tu disposición ponemos, que las del amor y las del juramento. Sé suficientemente grande como para apretarlas en nuestras gargantas, y no habrá una dellas que no te lo agradezca.

—¿Oro buscamos, deudas ofrécesnos?

—Comerciante, ten en cuenta que todo puntual pagador es libre y todo deudor tu esclavo. Ya que es la condena del pagador transitoria, y la del deudor eterna. Y en verdad más fructífera y de más precio para los poderes cosecha de deudas que de trigo o de oro. Y para sed de opresión, más grata la gota del interés que la del vino. ¿Pues, qué es cancelación, sino restitución muerta, estéril regreso de lo prestado? Mas, una deuda engendra prendas, y pare garantías, y genera hipotecas, y cría intereses, e intereses sobre los intereses, por manera que poseer la deuda es poseer al deudor y sus haberes y su progenie en servidumbre absoluta y perpetua, hasta la consumación de los siglos.

Huye un mono del montón de desechos llevando en las manos un sombrero emplumado. Otro mico le disputa la presa chillando. Cuerdas de macacos ora siguen a los combatientes, ora huyen saltando.

—Entonces —prosigue el vejestorio— sé, contra la oscuridad, luz; contra el temor, calma; contra la zozobra, consuelo; contra la libertad, orden, y tuyas serán las Indias y cuanto ellas contienen. Sé nuestro Acreedor, es decir, nuestro Rey, almirante, y te estaremos en deuda de por vida. En tu mano está en este instante ser ladronzuelo o Rey, pirata o Emperador, mosca o Sol, y ese dictado de tu voluntad, que eres tú mismo, no habrá quien lo contradiga. Y si vacilas de que plegarémonos todos a esta dura y necesaria entrega de

un mundo, siempre que dudes del servilismo de otro, mide el tuyo.

Una hilera de cabezas cortadas contempla absorta las manos del vejestorio, arañas despaciosas que tejen una tela invisible:

—Estos canallas perdieron el control de sus esclavos. Se volverán esclavos nuestros, a cambio de que se los devolvamos —susurra el Picardo.

—Los esclavos son hierba; los españoles mulas, nosotros tigres. Si se rebela la hierba, no devoraremos más mulas —rezonga el almirante. —Gobernante, ¿nos ofreces corona?

—Solo concibe audacia quien tiene su tamaño.

—¿Te burlas?

—¿Te rebajas?

—Nadie sabe quién es Morgan.

—Ahora lo sabes.

—¿Eres gobernante, o bufón?

—Soy tu corona.

Morgan mira al carcamal con odio. En plena fiebre comprendo que no eran otra cosa los largos marasmos del almirante que hesitación sobre el alcance de su destino.

Un filibustero irrumpe gritando que se escucha la barahúnda de tambores de un ejército formidable que avanza hacia el poblado.

Corremos a las afueras. Gritan en las barricadas que los vecinos juntan gentes y armas y van a atacar. Vocean que el gobernador de Mérida baja desde la cordillera. Ju-

ran que invade desde Pamplona el Virrey del Nuevo Reino de Granada. Voltean las cabezas, atisban de uno a otro confín de la noche. Retumban tambores dondequiera. El negrito esclavo que nos sigue con el pesado cofre del cirujano mira las espesuras con ojos desorbitados. Un filibustero se acerca a Exmelin, le enseña una mano llagada. Voltea el cirujano en procura de una hilacha, advierte que su cofre y su esclavo han desaparecido. Sonríe:

—No tengo la fuerza del asesino ni los bienes del mercader. Debo usar de esa astucia que los pedantes llaman ciencia para que el asesino y el mercader me sirvan. No tendremos que buscar muy lejos. ¿Quieres acompañarme, piloto?

Veo las huellas de los pequeños pies del muchacho en los charcos. No digo nada. El cirujano en cambio busca al azar, pero confiado, azotando con el sable los matorrales. Nos siluetea la luz del relámpago que vibra en los nubarrones del Sur. A doscientos pasos de la barricada, en dirección al tumbo de tambores, encontramos el cuerpo, volcado en una posición violenta al lado del arcón abierto y desordenado. Se inclina el cirujano con cara de niño sobre el adolescente todavía convulso, escucha con atención unas palabras que susurra, le arranca un pequeño pomo de porcelana de la mano agarrotada.

—Es mi seguro contra robos —dice. —Tanto me escuchan esclavos y filibusteros elogiarlo como el remedio que cura todos los males, que quien me roba no resiste la tentación de probarlo. Y en verdad es lo único precioso que hay en este cajón. Todo lo demás es dilación o fraude.

—No te será fácil conseguir otro cargador.

—Ni puedo darme otra vez el lujo de perder mi medicina —resopla el cirujano, echándose a las espaldas el pesado bulto, ajustándose correajes. —El canalla solo me

ha dejado una dosis: es el mayor tesoro de Gibraltar en estos instantes. La peor enfermedad es la vida, y es curable.

Se tambalea el cirujano bajo el peso del bulto, que parece mayor que el de su propio cuerpo. Comprendo entonces la devoción de Exmelin hacia su aparatoso cajón: bien puede desdeñar las muecas de la muerte: desde que asumió la máscara de cirujano lleva su ataúd a cuestas.

Sin necesidad de que le pregunte, añade, sin mirarme:

—Antes de morir dijo que lo que suena a la distancia es el toque de tambor de Ajé, que conocen todos los venidos del reino de Imbangala, en Angola. Dijo que Ajé, hijo de una doncella de Abomey, recorre todas las partes del mundo en busca de su madre violada. Dijo que Ajé dio a comer su corazón a sus amigos para que no perecieran. Dijo que Ajé toca los tambores a principio de las lluvias para satisfacer la sed de agua de la tierra, y la sed de sangre de los maltratados. Dijo que nada resiste a Ajé cuando avanza de nuevo hacia las aguas de la mar, para reencontrarse con su madre perdida.

Nos acercamos a las barricadas. Morgan las recorre, arranca y pisotea antorchas que denuncian la posición al enemigo. Recuperado del marasmo del templo, dispone guardias, coloca mensajeros, organiza refuerzos, distribuye pertrechos. En medio del trajín una tristeza nefasta lo embarga. En un aparte, susurra en la oreja al Picardo un secreto que debido a la pulsación de tambores termina en grito. El botín debe ser embarcado.

El almirante pide exploradores para espiar el número, el armamento, los propósitos del ejército cuya proximidad indica el retumbar incansable de tambores. Exmelin y yo nos miramos. Me ofrezco voluntario.

Le entrego al cirujano la camisa, los calzones, el sable. Salto fuera de la barricada, caigo en uno de los charcos del camino. Me ato la cabellera; calzo la cuerda en el arco. Apresto las flechas de los Hombres.

Otra vez vuelvo a ser el niño cuya pisada no deja huella. Bajo el fulgor que palpita en los cielos me deslizo a campo abierto entre los arbustos. Me hundo en mi fiebre como las raíces de mangle en las aguas. El agua aviva el relámpago de dolor de mi herida. Su ardor convierte en relámpago el río. En las profundidades giran animales deslumbrados. Tanteo con el arco para evitar caimanes y culebras. Remonto la corriente. El agua se lleva el tufo de pólvora y de ropa sucia que sobresalta a los perros. Surjo entre crepitación de sapos y hervor de renacuajos. Salgo del río en el bosque oloroso. Cada hoja me aturde con vahos de savia y secretos perfumes. A lo lejos aúllan jaurías enloquecidas. El relámpago incesante retumba como un tambor en mis ojos. Avanzo hacia un misterio al cual hay que aproximarse con pisadas leves.

El tambor más próximo es un faro acústico que me atrae como la luz a la polilla. Siento que me sienten los animales, las luciérnagas, las mariposas, las silenciosas serpientes y las iguanas. Aves nocturnas pasan como escalofríos. Escucho la voz del chaure, dueño de la noche; de tawaro, el aguaitacamino, cuyo nombre es tiniebla; de tosco, el búho, aquel que espanta. Arrastran hojas las hormigas. Me agobia la prolijidad de los hechos que suceden en la noche. Animales devoran y son devorados; quedamente se enzarzan los zarcillos de la enredadera y zumban las alas nuevas y los vientres se arrastran. Todos desovan. Matorrales tras matorrales me sumen en fragancia: gotas de

savia, vahos de hojas aplastadas. Con sus gestos inmóviles se me presentan llenas de sí mismas las plantas. Siento otras presencias: las presencias del bosque que nunca son vistas, expectantes.

Truenan tambores en trenzados toques; tejen tambores trémulos tumultos trepidantes; tocan tambores tersos truenos, truenan, tocan, tocan tambores tumbos taladran-tes; tocan con troncos toscos trenos; trabajosamente tocan trajinantes, tocan tambores, truecan frases tronantes.

Cuatro tonos distingo de tambores de poderosa voz masculina tronante; tres voces de tambores de suavidad femenina que cantan. Flautas ferales resuenan como respiración exacerbada; puntean entre ellas las maracas de las Gentes.

Llego a un claro. Chisporrotea el relámpago. Contemplo lo que esperaba. No una vanguardia del gobernador de Mérida, sino una multitud de esclavos fugitivos de las haciendas. La huida de sus amos los deja entregados a sí mismos. Libres del látigo, solo despiertan del olvido y del miedo con el tambor, que es para ellos fiesta. Y entonces, como un Lázaro, resucita el cuerpo de la natural unión entre los hombres. Como sonámbulos se organizan en filas, se abrazan, proceden al ritual de los hombres sin sacerdote y sin amo. En la oscuridad renace la fiesta que era el estado de gracia de los hombres antes de la esclavitud. Danza a veces toda la comunidad un paso idéntico mostrándose como una cosa sola, a veces hombres y mujeres evolucionan en la prodigiosa alegría de mostrarse diferentes unos de otros. Con harapos o con telas abandonadas por sus amos tremolan pendones azules que ondean como oleajes: entre todos alzan una imagen robada de alguna iglesia a la cual con el pestilente asfalto que rezuma del Lago han ennegrecido el

rostro. Ofrece la tiznada mano un rojizo corazón que al reflejo de las hogueras late.

Toman el mundo como suyo.

Descubren que el mundo es fiesta.

Que la fiesta es de todos.

Ya nada puede detenerlos.

Pues la libertad es lo único del hombre que no pertenece a la muerte.

Afloran danzas perdidas, quizá nunca aprendidas, quizá grabadas en la profundidad de los instintos. Borran las distancias entre ser y ser y entre planta, animal, estrella. Vuelan como mariposas, giran sobre el centro del ombligo y la columna del útero, saltan, nadan. Se aparean hembra sobre macho o macho sobre hembra y recorren la tierra arrastrándose, avanzan en muralla compacta de carne aplastando con el talón, aplastando la serpiente del mal, de la muerte, del amo.

Esta faz inmemorial del mundo renace y es eterna: sé en ese instante, agazapado, que los siglos de la esclavitud no son más que pausas y hasta sueños: este tiempo soñado renace para la eternidad en cada fisura del calabozo o la cadena y reinaugura en la tierra y por siempre el reino magnífico de la fiesta.

Pero yo, Hugh, si acaso el nombre con el que me nombran es mi nombre, estoy separado por un súbito silencio y por la eternidad del corazón poderoso de toda fiesta: cuando la fiesta reine de nuevo sobre la tierra, seré yo, Hugh, su autor, su único réprobo, su desterrado.

Los perros que siguen a toda banda de hombres vienen a oliscarme y se van mansos, suspendidos por la voz

poderosa de los tambores que llena los horizontes y establece una presencia donde yo, Hugh —si es que ese es mi nombre— soy la única burbuja vacía de sonido en el pecho de la noche. Cierro los ojos, siento docenas y docenas de tambores trepidantes en las comarcas lejanas: se hablan y se contestan: en la oscuridad tienden redes de palpitations, hasta que toda la noche es una cosa sola, llena de llamadas, preguntas y de respuestas, dubitaciones y sorpresas: todas las perturbaciones del aliento.

De la fragancia de los matorrales vienen ayes de muchachas en goce; a veces, ronquidos de deleite profundos como la voz del tambor. Veo borrados por el velo de los siglos a Morgan y al gobernador de Mérida: ya son solo palabras, mientras que el resucitado tambor lo es todo, y ellos apenas su eco, como lo seré yo de él algún día.

Debo retirarme de la eternidad, me retiraré, haciendo un tremendo esfuerzo me retiro como el fiel ante una divinidad, caminando de espaldas. Casi por instinto reencuentro cada paso: quien me rastree, equivocará el camino.

Siento un aplastarse de matorrales: salto: un ser avanza a gatas hacia el trueno: me acerco: tropezando, tanteando entre los matorrales y las entrelazadas raíces se arrastra el viejo músico ciego hacia la gran lámpara sonora que arrasa al bosque en vibraciones.

Me le acerco: me interpongo: tiende sus manos hacia el lejano retumbo: música para la piel y la sangre.

Combatimos.

Cierro los ojos: lucho con el anciano en un espacio de sangre intentando detenerlo: pero ninguna fuerza puede contra sus movimientos encadenados a un ritmo elemental, una fuerza anterior a toda fuerza que avanza sin ape-

nas tener necesidad de valerse de la miserable excusa de tendones y huesos.

Lo alzo: y aún suspendido en el aire tiende sus manos hacia el corazón sonoro, deja escapar un estertor: deposito en el suelo el atado de huesos y de tendones de su cuerpo: ávidamente hinca los dedos en la tierra húmeda, se aplasta contra el suelo, como nutriéndose de la vibración que hormigüea: un instante boquea: luego, como un viejo lagarto, cubierto de fango y de hormigas reptaba trabajosamente hacia la palpitación, una mano extendida hacia las breñas.

Intento ayudarlo: pero el invencible ritmo que lo mueve tiene su paso propio, tan indiferente a toda prisa o toda espera como una agonía, tan superior a la distancia que no es movimiento ciegamente tantea hacia la luz que ha de abrasarlo: un estruendo que ya no es sonido, a tal punto penetra todo lo que es creación y lo incendia en el fuego oscuro de su redundancia: nota esencial que no busca ya ser distinta de sí misma y que por no ser distinta de nada atrae todo hacia su poderoso seno: del corazón de la noche llama el lenguaje sin lenguaje

Me arrastro por la vereda hasta el riachuelo y de allí al Lago. Me lavan el cuerpo aguas afebradas. Tropiezo con flotantes cadáveres, los evado. Surjo en la orilla del puerto. Velan los vigías temiendo ser trizados por las tropas que tamborean en las tinieblas. Al verme surgir del agua gritan, me apuntan con mosquetes, me cercan con erizo de picas y espadas. Varias veces grito el santo y seña antes de que me reconozcan. Me llevan hasta la casa de la Aduana. Los buscadores de tesoros todavía se afanan demoliendo muros. A la luz de mechurrios de la mierda del diablo

Pierre el Picardo lleva el inventario de la carne humana a ser repartida como botín en precio de la carne:

—Por la pérdida de un dedo, cien piastras o un esclavo.

—Por la pérdida de una pierna, quinientas piastras o seis esclavos.

—Por la pérdida de dos piernas, quinientas piezas o quince esclavos.

—Por la pérdida de un ojo, cien piastras o un esclavo.

—Por la pérdida de los dos ojos, veinte mil piastras o veinte esclavos.

Claman los mutilados encareciendo sus desmembramientos, agitando lastimeros muñones, cuencas apagadas. Alrededor dellos y del Picardo caminan en círculo prisioneros negros, que los hachones parpadeantes repiten en las paredes en sombras multiplicantes, fingiendo danzas, uniéndose a todas las formas de las sombras hasta evadirse a la compacta tiniebla danzante de la noche. Una lóbrega multitud de esclavos acompaña al mutilado total, un ser que por la infinitud de sus desmembraciones no es ya más que un tumulto de indemnizatorios esclavos. En el centro de la danza de las llamas y de las carnes y de las sombras está inmóvil Morgan.

—Millares de negros escapan de las haciendas. Avanzan en pie de guerra. Agitan machetes y guadañas. Los tambores les impiden temer las palabras y los mosquetes. No cabrían en las bodegas de los barcos. Debemos levar anclas.

El almirante me mira con sospecha, alza los ojos hacia la ventana que deja ver la noche, en la cual una sutil guadaña de claridad da paso a la oscuridad de la luna nueva:

—Es tarde. Nos cerca la flota española.

Comprendo el terror de los filibusteros al verme surgir desde el Lago. Al levantarse el sol, ilumina el poderío de la Real Flota del Mar Océano, que cierra el puerto como un collar abrochado con tres pesadas joyas. Al centro cabecea la *Magdalena*, con sus 36 piezas de artillería altas y 12 bajas; al Leste se mece el *San Luis*, fragata de 26 piezas altas y 12 bajas; al Ueste se contonea la *Marquesa*, con 16 piezas altas y 12 bajas. Tras ellas multitud de balandras quizá recogidas de sus escondites en las desembocaduras de los infinitos ríos que alimentan el Lago; en las cubiertas de todas el agitarse del zafarrancho de combate. Para cargar más fácilmente el botín, ha amarrado Morgan en el puerto sus mejores barcos: ello les estorba la maniobra, los hace vulnerables a la concentración de fuego como una bandada de aves en tierra. Comentan los artilleros con ojo experto que no hay lugar del embarcadero ni del poblado ni de las afueras que esté fuera del alcance de las baterías flotantes. Si no se han acercado más, es por temor de encallar en los bancos de cieno que rodean al puerto. Alrededor de sus cascos, como espumajeo de una olla que hierve, reflotan cadáveres que los filibusteros lanzaron a las aguas. Las aves pican sobre ellos.

—Icen bandera de parlamento —ordena Morgan.

—Gana tiempo, ganarás la batalla —susurra el Picardo.

En el puerto golpean los remos de la chalupa que envía el almirante español don Alonso del Campo y Espinoza con el ultimátum. Los proeles atisban curiosos, espían el número y disposición de los invasores; escuchan los infatigables tambores que truenan desde lejos, hacia el Sur del poblado. Los filibusteros hacen gran aparato militar, ostentan armas. En la plaza resuenan las trompetas con las

cuales los músicos de Morgan, según la antigua usanza de los Hermanos, convocan a Consejo a las tropas.

—Consulta al pueblo, para culparlo si yerra —sentencia el comerciante.

Con alaridos sobrepasan los filibusteros el tumbo de tambores de las afueras. Gritan unos que hay que abrirse paso entre los esclavos. Berrean otros por un duelo de artillería contra las fortalezas flotantes. Claman los más que perderían botín en uno y otro caso. Las bravatas delatan el pánico. Me adormece por momentos la fiebre. Por momentos me desespera el vocerío que semeja catarata de ecos. En un instante el vaho del frío casi parece un silencio. Me levanto y ofrezco destruir la nave del almirante Alonso de Espinoza.

—¿Cómo?

—Con un brulote, o nave de fuego.

Como ratones que discuten quién pondrá el cascabel al gato se desgañitan los filibusteros preguntando quién dirigirá el ataúd en llamas contra la montaña de cañones. Preferible aliviar a los esclavos danzantes de un enemigo, quizá de dos, en caso de que simultáneamente quede incendiada la flota española, fugitiva la filibustera. Me ofrezco a pilotear el brulote.

Discute el Picardo con los demás propietarios de barcos. Se niegan todos a suministrar la nave que ha de salvarles. Se amenazan, elogian las virtudes incendiarias que tendría la *Saint Pierre*. Lloro el Picardo deplorando su pesadez, su torpe maniobra, su incombustible madera empapada. Elijo como ataúd el balandro de doscientas cincuenta toneladas capturado en la entrada del río. Forma parte del botín; la pérdida se repartirá entre todos. Aceptan, considerándose víctimas. El resto del día se amenazan, se reclaman unos a otros indemnizaciones.

Por todos lados me sigue una turba de filibusteros. Pugnan por acercarse y al mismo tiempo alejarse del que está ya del otro lado de las aguas de la muerte. No saben si contemplarme con agradecimiento o espanto. Ordena Morgan a sus incondicionales que me ayuden a pertrechar el brulote. Detrás de la gran fragata del almirante lo remolcamos para ocultarlo de la flota española. Soy exigente y minucioso con él como el rico con su tumba. Hasta las bordas ha de estar repleto el barco maldito de muerte. Bajo el tamboreo enloquecedor que no cesa descargamos en el muelle el botín de barriles de aguardiente, cargamos en la bodega barriles del pestilente alquitrán que manan estas aguas; fuentes de azufre; toda suerte de balas y de metrallas y de dañinos ingenios contra la carne del hombre y haces de sables y de hachas que al volar harán gítoria esgrima contra combatientes y aparejos, y mechas y percutores y detonantes y barriles de inflamable pólvora y cuerdas empaçadas en betún y velas y cañones cargados que al enrojecer dispararán barriendo la nave a la cual den su mortal beso. Dispone el Picardo que para ocultar la trampa una gran multitud de fantasmas finja disponerse al abordaje. En procesión embarcan los filibusteros los santos de palo de la iglesia, ojos vueltos al cielo, manos sobre el corazón, rictus de agonía. En mamarrachada sacrílega los arman de mosquetes, picas, hachas de abordaje, les cubren las cabezas con gorras de bucaneros y sombreros de matachines. Al caer de la noche resplandece en proa la armadura de lata de San Miguel Arcángel. Hasta el extremo de la planchada del muelle llevan al Cristo de Gibraltar, abiertas las heridas de las seis saetas que le clavaron los kirikires, los Hombres.

A medianoche me abandonan los filibusteros que acumulan carga mortal. En vano los planeo con el sable: saltan al agua, nadan hacia las naves en las que embarcan botín.

Quedan en el muelle el Cristo asaeteado, los doce últimos barriles de pólvora. La noche palpita de tambores. Salto a la planchada para buscar al almirante. Me dicen unos que inspecciona barricadas, otros que está en el templo. Recorro las calles. Jaurías de perros ladran alborotados. Morgan ha ordenado dejar en la plaza los grandes barriles de aguardiente bajados del brulote para hacer lugar a la pólvora. Sus oficiales los abren a hachazos. El tumbo de tambores avanza hacia el pueblo como una marejada.

Las calles en tinieblas se llenan de ayes, de ululares, de risas idiotas, de llantos. Aturdidos por los tambores que se aproximan, buscan los filibusteros el atolondramiento de la beodez. Con la excusa de darse valor para el combate, hunden las cabezas en los abiertos barriles. Tragan aguardiente con pólvora, ginebra con pólvora, pólvora con pólvora: embriaguez explosiva, santabárbara de las vísceras, ebriedad chispeante, volcán cerebral. Al no saber a quién habla, cada ebrio pierde el hilo de su divagación y la extravía en la soledad.

La borrachera alcanza la más negra hez del berrido y el llanto. Los asesinos gatean, aúllan por sus propias vidas, sollozan acariciándose.

Los piratas se visten con la ordura del botín, aquel confuso amasijo de cintajos y vestiduras inútiles y signos de rango sin valor específico que es dejada de lado por difícil de tasar y menospreciable. Se miran en espejos de carcomidas lunas, se ríen de sus fachas. Revisten las maricas desgarrados perifollos, andan por las calles en comparsas, se hacen escenas de celos como entre marido y mujer.

En la oscuridad adviene una nigredo alquímica. Arro-llado por la marejada de los tambores cada cual se tiñe en sangre o en los más abyectos humores.

Los oficiales que llegan a corregir a los borrachos se emborrachan.

Las fogatas de mierda del diablo encendidas en medio del acuartelamiento del templo atraen ebrios como la llama a las polillas. Danzan con los prisioneros, les cuentan sus vidas, lloran con ellos, los cabalgan, vomitan, se revuelcan en las capillas, ruedan entre las fosas. Las hogueras se van extinguiendo una a una.

El horror de esta ciega profanación es que el acercamiento de la marcha fúnebre de los tambores no encuentra respuesta en la banda que incesantemente tocaba para apagar los gritos de los tormentos. De vez en cuando resuena el estrépito de la caja de un tambor volcado o de alguna trompeta que rebota sobre las lápidas.

Irrumpe Morgan en el templo, agitando antorchas: escruta, inescrutable. Insolentes lo enfrentan los filibusteros. No podría castigar sin tener que ahorcar a todo su ejército. Con sonrisa complaciente toma Morgan un jarro y finge la embriaguez. Es ser vencido por ella o por el cerco de sables que los filibusteros desenvainan para protegerse del deslumbramiento de las antorchas.

Entonces sus hombres lo saben despreciable. Esto les conviene, pues siéntense despreciables ellos mismos.

Con gesto súbito, Morgan extingue su antorcha en el piso. Los secuaces pisotean las suyas hasta que parecen caminar sobre lechos de brasas.

Y en la oscuridad crecen al mismo tiempo el martilleo de los tambores y el ulular de la embriaguez: ese llanto que no es ya para nadie, que va desplomándose dentro de sí mismo hasta una fosa incolumbrable en la cual si el llorante cayera no podría ya salir nunca.

Desde el puerto resuena un entrechocar de bordas, un tropezar de bultos, un saltar por escalas y por planchadas, un maldecir de hombres que se atropellan sin permitirse encender un candil. Conozco esos afanes, esos empujones, ese tumbo de remos y de chalupas en plena tiniebla. A hurtadillas se embarca Morgan en su fragata. Sigilosos, los marinos levantan las anclas, procuran acallar el estrépito de cadenas, forran con trapos las entalingaduras, se impulsan con largas pértigas que hunden en el suelo limoso. La bajamar mueve la corriente hacia las remotas bocas del Lago. En las chalupas los remeros remolcan las cuatro naves para seguir el reflujó de la marea. Morgan espera escapar dejándose llevar por ella, pasar inadvertido con las velas arriadas frente a las fortalezas flotantes de los españoles en la oscuridad de la luna nueva, izar luego las lonas una vez fuera del alcance de la artillería.

Retumba un cañonazo. Los artilleros españoles se dan cuenta de la treta. Truenan las cañoneras de la flota como los fuegos artificiales de una fiesta. Partidas de filibusteros despertados por el estruendo corren dando alaridos hacia el puerto. Ya es tarde. Iluminadas por los fogonazos, titilan a lo lejos como pañuelos rosados las velas que izan los hombres de Morgan, que huyen con el botín en las cuatro naves mejor armadas. La pesada brisa nos trae una gritería desde las cubiertas de la flota española. Para ellos sería locura levantar anclas para perseguir naves más rápidas y de menor calado; imprudencia desamparar la ciudad secuestrada por filibusteros y cercada por sublevados. En la tiniebla nos trae la brisa el vocear de órdenes y el entrechocar de cadenas y el rodar de cureñas y barriles: la flota española recarga su artillería, la apunta en dirección al poblado.

La furia por la deserción de Morgan es insensata. Un hozar como de cerdos resuena sin que sea posible localizarlo. Manadas de filibusteros entran a gatas en el templo, se arrastran dando gritos horribles hacia los prisioneros. En la oscuridad fuerzan o degüellan.

Dondequiera los filibusteros asesinan a los prisioneros cuyas ropas han tomado para la ceremonia macabra. En todas las paredes quedan garabatos de sangre. Algunos sufren la afrenta de haber sido vestidos con los harapos de sus victimarios: ojos yertos cubiertos con algún parche, damas cuyos senos asoman entre el jubón duro de sangre del bucanero. Los perros famélicos enloquecen. Por las calles corren llevando en las fauces tripas, tiras de carne, manos que hacen gestos enigmáticos. Contestando al tamboreo unánime de los horizontes, en la catedral empieza a repicar un tambor de combate. Sin darse cuenta, los filibusteros acompasan a su ritmo la masacre. Los sables se alzan y caen como en una danza matemática. Exmelin limpia sus instrumentos con vinagre, los seca con trapos ensangrentados. Con ojo exacto sigue la configuración de las heridas y los vasos sanguíneos que estallan y el partirse infortunado de los aceros en algún hueso por un golpe mal dado. Tiene todos los cuerpos que soñó su codicia: tantos, que en toda la vida no podría escrutarlos.

Alzando ostentosamente los brazos, con fémures arrancados de las sepulturas golpea el tamborilero los timbales que acompasan la danza macabra de la degollina.

En la tiniebla de la fiebre recorro aposentos devastados: doblemente vacíos desde que mueren sus habitantes, múltiplemente huecos desde que sus recuerdos estallan en algún cráneo.

En la tiniebla vagan los escalofríos, los askaris, las almas de los degollados, aterradas, gimientes, sin saber que han muerto, buscando a tientas sus cuerpos desmembrados

Pero estos anhelos, estas almas, vagaban ya por la ciudad desde mucho antes de que sus cuerpos fueran degollados: desde que cada uno se vació por el dañino asombro de la servidumbre, del robo o de la captura del alma

La extinción de sus cuerpos solo les presta por un instante más realidad, como las llamas intensificadas por la tiniebla: si bien eran en su mayoría desde antiguo almas degolladas por los propios cuerpos que ahora en el templo yacen exánimes

en vano agobiándome a murmullos con preguntas que no les contesto, pues su muerte no ha de tener más sentido que sus vidas.

El hedor de los muertos, dulzón, pegajoso, casi como miel, toma todos los resquicios, lo impregna todo: ropas, pelos, piel, bagajes, armas: vence incluso la fetidez de los aventureros, la carroña de las sacristías, el tufo de los lechos conyugales.

Entre el pandemonio de tambores truenan la primera andanada de la flota de don Alonso del Campo y Espinoza.

Nos echamos al suelo, nos cubrimos las cabezas. Ullulan los proyectiles sobre el tejado del templo, silban, se pierden en las espesuras al Suroeste del poblado, revientan una crepitación lejana seguida de alaridos.

Cada proyectil tiene su canto. Exmelin alza la cabeza, dice:

—Son balas huecas de doce libras, rellenas de azufre. Incendian los bosques, para pisarnos con una herradura de fuego.

Desde los alrededores del pueblo el tumbo de tambores trepida tronante. Chillones, gimoteantes, hundén los filibusteros las manos en las artesas de mierda del diablo, se tiñen de negro los rostros para escapar bailando como negros en medio de la barahúnda.

Bandas de filibusteros corren hacia las puertas del templo para huir por el Sureste. Una nueva andanada retumba desde el puerto, un nuevo silbido barre los cielos, se escucha una nueva crepitación hacia el Sureste, otra gritería lejana.

—Nos cierran las puertas. Por más que corramos, no llegaremos primero que las granadas.

Trepo al campanario, atisbo las llamaradas que palpitán en la noche. El fuego prende en los pajonales: escucho lejanas griterías que interrumpen por un instante la trepidación de tambores. Una tercera andanada enciende nuevos puntos de fulgor: los incendios se arrastran por las comarcas del Sur, hasta fundirse con el horizonte y con el parpadeo de los relámpagos que baten hacia el Catatumbo, donde titanes insensatos quiebran espejos.

El cielo prodigiosamente enrojece. Golpean en las puertas del templo y en los respiraderos aves nocturnas atolondradas por el hálito de horno de los aires. Por las losas del piso se retuercen serpientes oscuras que escapan del bosque: fugitivas chispas las siguen como enjambres de luciérnagas: entre velos de llamas la ciudad se prepara para sus desposorios con el fuego, como temblando del placer de liberarse en anaranjada luz del tedio de existir en un calor que no es llama.

Todo así pues dispuesto estaba para delicado banquete y paladear de las lenguas de fuego: la bermeja garganta atormentada por la brasa del picante: las insolentes flores de color de rescoldo y el encendido tizón de la carne: las

supurantes llagas del Cristo incombustible y la roja cinta de ceñir los rizos y las cabelleras flameantes de las prisioneras asesinadas: entre la caja crujiente de sus aposentos se dispone Gibraltar a descender por quinta vez a su Infierno, liberando en fulgor todas las formas de lo perecedero.

Una cuarta andanada revienta desde la flota. Esta vez la puntería es más baja: rasan los proyectiles los tejados, con un cántico que conozco bien: un ulular de látigos, un modular profundo como el de los monos araguatos de las desembocaduras del Orinoco.

—Baja, piloto. ¿Quieres hacerte matar?

El viento trae una gritería de seres segados como por serpientes.

—Apuntan hacia los esclavos. Les disparan cadenas.

Se concierta entonces lo que hubiera llamado el mae-se John Doe un contrapunto entre el tumulto de cañones y el palpitante de tambores: apagando por un momento el tumbo de las piezas de doce libras la voz de los tambores hembras o resurgiendo desafiante el repique de los tambores machos antes del ladrido de los cañones de veinticuatro libras. Cantando variaciones lúgubres pasan girando y latigueando las cadenas, los proyectiles apropiados para derribar velas y muchedumbres desnudas. Danzando descienden como velámenes desgarrados las multitudes en la nada, en un frenesí que desdeña el instante y acomete desnudo la muerte que viene silbando en el aire.

Entre los filibusteros echados en el suelo sobre los cadáveres de sus víctimas corren perros a los que la trepidación inaudita ensordece; al igual que los hombres, con las pelambres erizadas ya gimotean, ya aúllan, ya tiemblan, ya enseñan los dientes.

E inútilmente pasan los días del bombardeo: tirados en el suelo, bajo el pavor de que en algún momento bajen la puntería los cañones y nos arrasén, cada nuevo día es el anterior y el que vendrá: vivimos un segmento de lo eterno.

Atascado entre las sepulturas abiertas por las ruedas de su volcado carro lleno de cadáveres, un rocín flaco pugna torpemente por liberarse, enceguecido por las anteojeras y la noche y el fulgor de las andanadas.

A la mañana del sexto día el vaho de la podre es tan sólido que al no escuchar más los cañones creemos ya estar muertos.

Hacia el Sur, donde el fuego arrasó los pajonales, un ejército de esqueletos yace ensayando entre cenizas poses aclamatorias.

Delante de ellos, una alfombra de cuerpos de hombres, mujeres y niños cubre los pajonales. Hasta donde alcanza la mirada, el rojo de la sangre viste la piel negra desnuda.

Oleadas y oleadas de zamuros caen sobre la carnicería como las nubes de moscas sobre un matadero.

El sol que se levanta pule en los cuerpos un brillo insoportable. Muchos de ellos, retorcidos en posiciones imposibles, están todavía atados en manojos por las cadenas que los segaron.

Arracimados y fundidos los eslabones de carne por los eslabones de hierro: amalgamadas las cadenas de piel por los rosarios de metal que entran y salen de los cuerpos estrangulándolos como inquebrantables sierpes o gusanos más largos que las carroñas que devoran. Por momentos, un ave de rapiña tironea una cadena que parece una víscera grotesca.

Ahogándose todos en la podre hundidos por la tentacular red de sus cadenas: de sus bocas brotando las cadenas de los gusanos acusatorios: de sus ojos ya para siempre

sin párpados las miradas opacas: palpando los dedos el roce de las moscas pululatorias: arrebatados en multitud proliferante de colores: emblanqueciéndose en donde los devoraron los incendios:

el ventarrón sopla desde ellos una tempestad de ceniza acre que cubre la ciudad devastada: la embeben los charcos pastosos de sangre donde mansamente lamen los perros: llena los arcones vacíos por el pillaje y los desencuadernados libros de las Reales Cédulas: y los rajados tálamos y las mesas astilladas para leña: y entume las dieciséis pilas bautismales y la tinta de los tinteros de cuerno y de concha de coco y la abierta colmena de las sepulturas en el templo y los nombres de las lápidas y los engarabitados dedos bendicentes de las manos arrancadas a los santos de palo: y las banderolas marciales de la flota y armas y pendones y blasones

hasta que el solitario ojo rojizo del sol atisba perdido en el simún de oscuridad que la ceniza arroja sobre las almas para caer en torbellinos sobre los más dolorosos desiertos: entre la neblina el Señor de la Muerte conduciendo la multitud de sus siervos hasta los terribles espacios de la libertad que se abren más allá de la Nada: en su mano atroz deshaciéndose todas las cadenas que mantienen calladas las muchedumbres de gritos y gestos y voces y alaridos y silencios:

un untuoso punto de Nada en la oscuridad y el tumulto y el entrechocar de huesos confundidos en el planeta iracundo del grano de tierra y liberados del tormento del sentido y la forma:

Torrentes diluviales de ceniza caen desde las vigas del techo y las resquebrajadas bóvedas de las capillas.

Una corriente sutil que trae la brisa desde las puertas desencajadas lleva el polvillo hasta el altar y de allí a las chime-

neas de aire de la bóveda que lo sorben en volutas fantasmales que miman las formas todas como un incienso irrespirable.

No nos molestamos en sacudir la ceniza: bajo ella todo aflora del anaranjado color de la carroña o del amarillo hueso de la fosa.

Suenan trompetas desde la flota: desde el campanario grita el vigía que chalupas llenas de remeros y mosqueteros bogan hacia el polvoriento cadáver de la villa.

Luciendo mortajas de cenizas y traperías robadas los filibusteros se remueven y se contemplan: lentamente se incorporan con harapos flotantes como sudarios: encenizadas pieles y cráneos de calaveras: entre las fosas tropezando en el desorden de lápidas fracturadas y levantadas

Una rasante luz que viene de las puertas desencajadas hacia el diluvio de cenizas los delata vivos sobre el montón de cadáveres que pierden sus formas.

Una segunda trompetería que viene del puerto anuncia el desembarco de los jueces que avanzan armados de la ira terrible del azufre y del hierro.

Intentan algunos filibusteros sepultarse bajo el montón de cadáveres, entre las fosas, aterrorizados o asqueados de vivir. Hurga Exmelin en su pesado cajón de cirujano.

Una tercera trompetería anuncia la presencia de las huestes en la Plaza frente al templo con sus grandes puertas desencajadas.

Sobre el alquitrán que cubre la piel se ha apelmazado una ceniza de carne humana que sabe a recuerdos y olvidos.

Se yerguen quedamente los filibusteros; sobre sus cuerpos lucen, como penitencia, los trapos de sus víctimas y los desechos de sus perseguidos.

Algunos llevan sobre la cara la piel del rostro que han arrancado a su sacrificado, y por los párpados della lloran.

Enternecidos aprietan robados relicarios con rizos de cabellos de sus ejecutados.

Temblorosas, las manos embreadas de betún pestilente toman los fríos aros de hierro y los cierran sobre los cuellos ennegrecidos con la mierda del diablo.

Una delegación de falsos vecinos acude a recibir al almirante. Sebastián Sánchez es su portavoz; a los cuatro vientos dice discursos.

Asombrado mira la procesión que sale del templo el almirante don Alonso del Campo y Espinoza.

¿Cómo ha sido el milagro de encontrar vivos los difuntos? ¿Cómo renacidas las mansas ovejas? ¿Cómo redivivas e intactas las doncellas?

¿Cómo ha de reconocer que ha dejado degollar la ciudad? En cambio recibe el homenaje de los fieles, los leales súbditos y vecinos, las macabras delegaciones de los gremios y las propiedades y el discurso de Sebastián Sánchez. ¿Cómo rechazar a los que se dicen señores, si ellos mismos se dicen, y muestran papeluchos y blasones y reales cédulas? ¿Cómo denunciar a quienes se dicen frailes, si gritan paternósteres y grotescas frases latinas y dan bofetones confirmatorios? ¿Qué querían, pues, todos? ¿Qué si no este sangriento intercambio de máscaras llamado ciudad? ¿Civitas? ¿Civilización?

¿Cómo adivina don Alonso del Campo y Espinoza, marino, el dolor de tantas miradas que no quieren saber más de la tormenta del abordaje, de la sepultura del naufragio, de la inagotable cornucopia de las desventuras del mar!

¿Cuántas veces no ha pasado por esto? Alonso del Campo y Espinoza ha sido enviado a castigar ciudades cuyos colonos incurrieron en contrabando, y al llegar se le

han arrodillado sus pobladores, pidiendo la gracia y confesándose todos sin excepción culpables. Ante el incordio de ejecutar o reducir a prisión una villa entera, ha debido redactar súplicas a su Majestad, administrar sanciones fingidas, hacerse de una piadosa vista gorda. ¿Cómo, si no, funcionarían las Indias? ¿Cómo, si no el Imperio? ¿Cómo, si no, el humano género?

¿Cómo decir que no a los náufragos en la tierra que desearon tanto, a los hombres vomitados del mar, a los menesterosos cansados de ser parias, a la ciudad misma que quiere vivir a través de ellos como en un juego de máscaras? ¿Ganados todos por el doloroso amor de unas ollas de barro o una cocina ahumada o un apellido o un amor conyugal, más válidos porque asumidos? ¿Vencidos por las miserias de la olla vacía y la mujer gritona y el llamado de las herramientas desgastadas?

En la ciudad quedan solo sus muertos, que esta lentamente digiere: sepultados en el vientre de sus tumbas o en el estómago de sus tierras: olvidados.

Don Alonso del Campo y Espinoza derrama una lágrima y los maldice. ¿Cómo hacer morir de nuevo a la ciudad que ha venido a salvar? ¿Cómo castigar en todos el pecado eterno de entredevorarse, del cual él es custodio?

¿Cómo contradecirles, si en enrevesadas jerigonzas de inglés y francés y holandés dicen ser españoles y dones de esto y aquello y señores de acá y acullá y alcurnias y rangos? ¿Cómo, si se dan bofetones discutiendo limpiezas de sangre y blasones de nobleza?

Don Alonso del Campo y Espinoza hinca la rodilla ante la procesión de grotescos frailes con hachas de abordaje a modo de velones y el obsceno obispo que alza la

copa de ebrio con una galleta sacrílegamente consagrada como hostia. Y todos lloran, sabiéndose por un instante a salvo de los males del mar. Con derecho a las mansas bajezas y a la sucia fosa de tierra usurpada a los cuerpos que convocan la danza de los zamuros. El mismo Alonso del Campo y Espinoza siente que la tierra lo llama, demasiado poderosamente. Pues sabe que no hay mayor consuelo que ser devorado por ella, y no por los fríos peces de la mar. Conoce él la miseria del sobresalto entre la grandeza y la muerte, la enemistad firmísima del agua salada y el terror de la nube preñada de centellas.

—Aquel que esté sin pecado —dice, y hace una larga pausa— que así siga.

—Este ha sido en verdad un milagro, el más grande y el más patente— añade Alonso del Campo y Espinoza entre la peste del perfume de lupanar que los incensarios esparcen. —Oremos.

Entran a la iglesia desecrada, avanzan entre las sepulturas abiertas del piso y restablecen el Santísimo, si bien el Tedeum suena a áspero cántico luterano y a veces a canción de borrachos y por momentos la melodía de la cojitranca banda de músicos pareciera entonar el madrigal *Fortune my foe*.

Por entre las levantadas lozas del piso atisban curiosas osamentas el paso de la procesión cuyo obispo cojea con pata de palo. Se desploma el rocín, vencido por la carga atroz del carro volcado. Una camada de ratas huye del altar que ha tomado por nido.

Un vastísimo silencio ocurre entre los pobladores. Alguno le corta la bolsa a otro, algún feliz marido pellizca la nalga de la criada que lleva el cojín de arrodillarse en misa de su esposa.

Algunos afectan achaques, quejumbres de abuelas que nunca habían conocido, melindres de señoritas que nunca han sido. Y en su patética fealdad, al renacer en las desgarradas enseñas de rangos y dignidades, triunfa la ciudad de las comparsas de la muerte.

El juego macabro los va ganando. Hay cortejos, amores contrariados, se fingen partos atendidos por comadronas barbudas llenas de aretes. Otros lloran. Me retiro, en silencio.

En el reloj de sol de la plaza la raya de sombra se ha detenido.

Una gavilla de réprobos empieza a seguirme por las calles. Se muestran como lo que son, sus mellados sables colgando entre los harapos, las sangrientas hachas de abordaje a las espaldas. Algunos pillastres nos arrojan bosta de vaca; una marica disfrazada de dama al vernos pasar se persigna. Somos los que no aceptamos las máscaras, pero tenemos tales rostros que desviamos las miradas por no vérnoslos unos a otros. Evitamos leer en ellos que somos quizá los que deseamos morir, y una vez más hemos sido derrotados, o desengañados.

Noto que me sigue Exmelin, cargando su caja de cirujano como una inmensa joroba.

—Creí que os quedabais, señor cirujano.

—No seré doctor de cadáveres. Regresaré con títulos y rangos a Honfleur, villa grande de mis recuerdos.

—Que seguramente jamás habréis conocido.

—Pero que disputará la honra de haber sido mi cuna.

Una centella revienta en el cielo anubarrado. La brisa intranquila riza las aguas del Lago.

Nos presentamos ante los guardias como tripulantes de un aviso que manda Alonso del Campo al gobernador

de Cartagena. Exmelin muestra una receta redactada en falso latín y afligida de amuletos curativos. El oficial, a quien la generalizada farsa ha enloquecido, se mesa los cabellos y nos entrega el brulote y el gallardete púrpura que nos servirá de salvoconducto contra la artillería de la flota y del reconquistado fortín de la Barra del Lago. Bogamos hasta el esquife en una piragua; en ella se devuelven los españoles que lo custodiaban, insultándonos. Desde la proa de la piragua el oficial torna la vista hacia la ciudad, escupe, suelta la amarra, salta a bordo, pide marchar con nosotros. No queremos ver su cara. El tono de voz nos basta.

El último de la hilera de réprobos es el filibustero que salvamos de ahogarse mientras navegábamos hacia Maracaibo, y que se decía muerto entre los muertos. Tiro del cabo del ancla. Cinco filibusteros lo aferran. Halamos con largos tirones. Lo tensamos en un tosco cabestrante. El foque se eleva, se infla, restalla. La botavara barre la popa, da un vigoroso tumbo, se detiene, vibra por el viento que recoge la mayor. Apoyo el hombro en la pesada caña del timón. Aparejamos para navegar de través el alisio que sopla del Noreste. Con los remos apartamos los inflados islotes de cadáveres. Un zumbido de moscas verdes anuncia nuestro paso. Tenemos poco espacio para maniobrar escapando del bajo y fangoso fondo que nos haría encallar. Ninguno de nosotros vuelve el rostro hacia la ciudad, como temerosos de que su blancura nos paralice. A nuestras espaldas, un relámpago inmenso parece reducirla a cenizas. Otra centella nos hace vernos como tallados en sal. Al anochecer un cargado viento tensa las velas amenazando reventarlas. Ordeno aflojar foque y mayor, tomarles un rizo. Al escapar por la desembocadura de la Barra ya son dos. Un halo rojizo acompaña la salida del sol. Nos

cruzamos con un ominoso vuelo de pájaros de mar que huyen a tierra. Como un potro que salta la puerta del establo irrumpe en plena tormenta el brulote, o nave de fuego.

El primer día, la tormenta te exalta. El segundo, te hace hostil contra todos. El tercero, entra en ti. Es dentro de tu cuerpo que se alzan olas, abismos, nubes. Al cuarto día ves los hombres ahogados, ya inmóviles sobre los maderos, como odres llenos de agua, chorreando por las comisuras de los labios bilis y sal. Cae el agua en cataratas entre los órganos como bolsas y se despeña hacia la profundidad. Mas no mata el agua, sino el deseo del abismo. Ato a los hombres a quienes el quinto día disuelve: dejan de agarrarse a las bordas, desaparecen barridos por la espuma. El filibustero que se cree ahogado mira insistentemente las olas buscando el punto exacto en el cual cayó al mar. Hasta que un solo punto de gravitación tira hacia abajo desde la profundidad. Defiendo el brulote con usura. Lo pongo a la capa amurado por estribor, recibo la mar por la aleta. Luego viro, lo amuro por babor; avanteo, orzando a medida que el viento va rolando. A puñetazos, a gritos, entre el diluvio consigo que Exmelin y el carpintero me ayuden a fijar de la botavara de la mayor un trapo enteramente rizado para mantener el rumbo. Largamos las estopas, los barriles de pólvora empapada: conservamos el más mortífero alijo de metales, lastre que impide el volcamiento de la nave. Refuerzo los cabos de maniobra. Con cuerdas empapadas en brea atamos trabajosamente casco y aparejos para retardar su desintegración. Ordeno a los hombres abrir los toneles de mierda del diablo y verter despaciosamente por los beques el negro aceite que impide que las olas rompan sobre nosotros y

terminen de despedazarnos. Acabo tan cansado que no puedo enlazar los nudos para atarme a la caña del timón. Exmelin con sus delicadas manos termina de trenzarlos y me mira, pálido bajo el tizne de betún: es ahora él quien está al otro lado de la muerte. Nos comprendemos: solo nos mantiene vivos el odio hacia el mar; hacia su muerta inmensidad que no sabe que mata. Arrimo el hombro a la caña como el Nazareno de una imagen papista. Con cuñas y remos me ayudo para mantener su posición; Exmelin apoya su hombro de Cirineo, el carpintero con la boca llena de clavos martillea incesantemente el pinzote que la trepidación de la caña deshace. Trato de mantener al brulote lejos del centro de la tormenta y lejos de la costa, contra cuyos abruptos acantilados nos desintegraría el temporal. Los hombres vomitan, luego se vomitan por las amuras, envueltos en las negras mortajas de mierda del diablo, abrazándose de los santos de palo que flotan con sus miembros suplicantes: entre el oleaje se abisma y resurge como un guerrero negro el San Miguel acorazado. Mansamente, sin decir nada, el filibustero que se creía ahogado fija la vista en un punto del mar, se desliza de la borda de la piragua hacia las aguas y desaparece en ellas dejando apenas mínimas burbujas.

Maravillosamente purificado, el brulote salta entre la voracidad de la sal; cada una de sus juntas cruje como las coyunturas de un atormentado en la rueda. El Señor de la Muerte nos saluda en su forma más terrible: aliado a Pecho, espíritu del viento, se presenta como Shiviariu, el torbellino, portador del nombre antiguo de Ioroska: Ioroskan: Urakan: la ululante unión de las cuatro fuerzas originarias del mundo: la tierra, el viento, las aguas y el fuego.

Entre el vendaval surge como un fantasma el más grande navío que he visto en mi vida. Tras él aparecen lentamente otros tres, manteniéndose a duras penas a la vista unos de otros. No llevan estandartes, quizá por no perderlos en la furia del viento. Nuestros hombres piden auxilio con grandes gestos. En su agonía, todavía encuentran aliento para admirar la encumbrada borda en la que se superponen las tres cubiertas, la cincuentena de portas cerradas que en cada banda protegen del oleaje a la mitad del centenar de cañones. Dejo el timón en manos de Exmelin y del carpintero. Tomo la primera de las seis saetas de los Hombres. Le ato una filástica. Tenso el arco como si fuera a disparar mi cuerpo. Largo el flechazo, da en la amura de babor del navío. Los tripulantes recogen la filástica, le atan un cabo de socorro. Tiramos de la filástica, cobramos el cabo, lo anudamos al bauprés. Con sogas con nudos corredizos nos izan uno por uno como ahorcados, dando bandazos y patadas contra las amuras.

Antes de pasar la borda, miro hacia el oleaje, veinte brazas más abajo, en el cual el estropeado brulote se mece tironeado por el cabo de remolque como una cesta a punto de hundirse en una cloaca. Dos marinos con hachas vigilan para cortar la amarra si la nave zozobra. Un tercero examina con sospecha la bermeja saeta de las Gentes. Una empapada formación de marinos con mosquetes y hachas de abordaje nos espera en cubierta, aunque los extenuados filibusteros caen exhaustos y ruedan con cada nuevo golpe del oleaje sin atreverse a hacer un gesto defensivo. Ayudo a subir a Exmelin. Apenas puede moverse con su andrajosa casaca reluciente de betún negro y su pesado cajón de cirujano. Es el único que encuentra fuerzas para hablar. Con avisados ojos se fija en las flores de lis estampadas en cañones y

herrajes; con desfallecidas piernas hace una pirueta ante un guardiamarina; en errático francés pide ser llevado ante los oficiales. Dos grumetes le desamarran el cajón, lo conducen o por mejor decir lo arrastran en dirección a la toldilla. Antes de dejarse llevar, mete una rápida mano en su cofre. Adivino que se asegura su tesoro, la única medicina de la cual no se separa. El trío desaparece por la escala que lleva a los aposentos de popa, delante de la cual dos pilotos se afanan sobre una rueda con cabrestantes que parece servir para manejar el timón gigantesco. La formación de marinos refunfuña, se sacude la lluvia, mira con sospecha la colección de chirlos, cicatrices, heridas abiertas y muñones de los náufragos que, tirados en cubierta, empapados en la mierda del diablo, parecen esperar la muerte como un alivio.

Al cabo de una eternidad reaparece Exmelin, todavía sostenido en su vacilante andar por los guardiamarinas. El cirujano nos mira, se aclara la garganta, toma aliento, logra hablar desde el fondo de su extenuación:

—El conde Jean d' Estrées, vicealmirante de la flota, me encarga de transmitirlos sus saludos. Aunque no se le escapa que nuestra situación es, digamos, a todas luces irregular, no pretende investigar más allá de lo evidente. El vicealmirante ha querido honrarnos, incluso a quienes no comparten con él la lengua francesa, con los auxilios del uso entre marinos cuyas naves están en peligro, iguales a los prestados hace poco a la fugitiva flota de Morgan. Y el vicealmirante, en su prudente condescendencia, me ha hecho saber, que es hacéroslo saber a vosotros, que el muy magnífico e ilustre Señor Nuestro Rey Luis XIV se propone recoger a sus súbditos descarriados y acaso mal encaminados en estos hostiles sitios del mundo, para alistarlos en la causa del bien, que según entiendo es la de incorporar a la América a la posesión legítima y benefac-

tora de la monarquía francesa, expulsando de ella a la nación holandesa. Y así como nos ofrece alimentos para remediar nuestra hambre y vinos para nuestra sed, nos da en forma generosa nombres para quienes no los tengamos, y títulos de cirujanos para quienes los hayamos inventado, y sitios en las dotaciones de sus flotas para quienes sepamos en nuestro corazón servirle como a Nuestro Amo en su legítima contienda contra sus enemigos, empeñados en disputarle estos vergeles del mundo. Y que así como he pisado el umbral de la recámara del muy noble y magnífico vicealmirante como el siervo hugonote Smeeks, vendido por ochenta doblones, y ahora soy el cirujano Alexander Olivier Exmelin, honflierino, de la confesión católica indispensable para ejercer la medicina, podéis vosotros de ahora ser en adelante ser, cual oficial, quien teniente del Rey, cuyo gentilhombre según vuestra fantasía o vuestra obsecuencia. Vuestras serán las islas de Curazao y Aruba y Bonaire, despojos de los holandeses. Y según he considerado el poderío de estas flotas, puedo decir que serán nuestras las bocas del Orinoco, vuestras las ciudades de la Costa de las Perlas y de sus cordilleras, vuestra la isla de Trinidad y el dilatado país del Brasil, donde los insolentes bátavos intentan establecer colonias. Vuestra será La Española, que inútilmente pretendió Cromwell. Vuestras las Guayanas y vuestro el continente del Norte, donde nuestros invencibles fortines se extienden desde el Canadá hasta Nueva Orleans. Vuestra será Cartagena, pues el amo de mi amo, el ministro Colbert, ha creado la más poderosa flota jamás vista en los mares del mundo, de la cual apenas contempláis la insignificante avanzada. Y a vos, Hugh, os he encomiado especialmente como hombre que lleva estampados en la piel todos los corales y las ocultas bahías y pasos de estas aguas. Y así como para obtener un papel que me diga doctor me ha

bastado convertirme a la fe verdadera, es decir, a aquella que respalda el poder, a vos, Hugh, si es que tal es vuestro nombre, para ser quien queráis os bastará con llamar a nuestro Magnífico Rey, Amo.

Sonríó al recién graduado cirujano. Veo que ninguno de los apenas estrenados franceses tiene fuerzas ni ánimos para volver al estropeado brulote, cuyo casco apenas sobresale entre las olas. Exmelin me adivina, da uno o dos pasos en mi dirección, me abraza.

—Quizá me he vuelto cobarde —me dice, poniéndome disimuladamente en la mano el pomo con su más preciada medicina.

—Yo aún no —le digo, devolviéndoselo.

—Todavía me debes mis honorarios.

—Hay una región entre la vida y la muerte, que a veces habito, y en la cual ni la una ni la otra tienen sentido.

El cirujano asiente.

Estalla un crujido sobre nuestras cabezas. Los cabos que sostienen los grandes motones del puño de babor de la vela mayor revientan, barren la cubierta como látigos. El contra maestre que tiene en la mano la saeta de las Gentes cae segado: los guardiamarinas gritan, lanzan a los marinos a la persecución de aquella formidable masa de poleas que, arrastrada por el flamear de la vela, zigzaguea sobre la cubierta como un cometa siniestro, asciende, desciende, astilla las bordas como una bala de cañón, azota los enjaretados, triza en cada pasada a un marino que no consigue apartarse a tiempo. Exmelin y yo la esquivamos como los bucaneros enfrentados a los toros salvajes, adivinamos sus intenciones: la masa de poleas y de cabos asciende, gira en la tormenta como un pulpo agitando su amasijo de tentáculos, hace temblar la verga de mayor, sacude el mástil,

embiste. Un gaviero sale despedido desde la verga. Exmelin se escurre bajo la chalupa, los hombres con hachas que custodian el cabo de remolque se aplastan contra las batayolas. Salto por la borda hasta el cabo que tironea al bauprés del brulote. El amasijo de poleas pasa como una guadaña, segando alaridos.

Me descuelgo hasta la cubierta del brulote. A sablazos corto el cabo de socorro. Crujen todos los maderos del casco recién liberado. El cirujano Alexander Olivier Exmelin me mira desde una de las portas de los cañones de la cubierta superior, mientras la formidable masa inflada de la vela esgrime la honda de los motones contra el puente que corona las tres cubiertas de la banda de estribor. Una gritería de marinos segados llega entre el tumulto de los vientos. Sobre la cubierta pendula el cometa de madera y hierro. No hacemos ningún gesto de despedida a medida que una ola inmensa separa las bordas y el cirujano y la inmensa nave almirante y la flota misma se convierten en puntos que devora la distancia.

# EL SEÑOR DE LAS CUMBRES



**A** sí, PROBEMOS  
la eficacia del mundo encendido  
por la más alta lámpara de la ira  
Hora justa, hora precisa, cada gesto necesario  
El gran navío enviado por Lord Welloughby larga las  
anclas en la bahía del Sur de la isla de San Vicente  
marinos con mosquetes asaltan las aldeas de los ne-  
gros que viven con los caribes

Anco el brulote o nave de fuego hacia el Sureste en la  
bahía de Wallilabu

La rebelión ha sido derrotada

El gran navío disparó eficazmente metralla  
los mastines olieron las pistas en tierra  
algunos vendieron, otros temieron, otros murieron  
partidas de hombres pálidos con fusiles  
registran, esculcan, disparan, rematan  
hombres con cuerdas y aros de hierro y collares enla-  
zan mujeres y niños  
como fardos los tiran en las bodegas del navío enviado  
por lord Welloughby

Encuentro los cuerpos de los caribes negros

Negros escapados de la isla de Barbados de La Es-  
pañola de Jamaica negros liberados por las Gentes en sus  
guerras contra los españoles negros escapados del negrero  
naufragado en San Vicente con su cargamento de negros  
mocos procedentes de la costa del Benin

Espejeo de las aguas, espejeo de las pieles oscuras teñidas de rojo como una llama viva,  
todos los cuerpos extendidos sobre la playa: cabezas y brazos cercenados

Para conjurar la rebelión de los esclavos que se rebelan o se suicidan corta el amo la cabeza y los brazos  
así renacerán en África  
sin verla ni palparla

Cargo uno a uno cuerpos hasta el brulote o nave de fuego

Cabezas de los brujos. Los nuevos brujos que adivinan las vías de los Cuatro Señores del Mundo  
y sin haber visto nunca las selvas húmedas de donde salieron

invocan las visiones. Ven en ellas grandes sucesiones de árboles y mariposas de relampagueante blanco  
ríos de espumas  
hombres rojos

y no entienden cómo pueden ser tantas las sombras desamparadas que vagan solitarias

Brazos de los guerreros. Se preparan para el combate con extrañas danzas

Derriban los árboles y encienden en ellos el fuego para hacer las antiguas piraguas de guerra  
buscan la bija de los tintes y el veneno de las flechas  
las embeben en sangre menstrual que hará a las puntas mortíferas

De nuevo hacen tambores, inventan tambores  
En la voz de los tambores encuentran el pulso del aire

Sin el África, no hay felicidad.

Lenguas cortadas. Lenguas cortadas hablan a las mujeres en kariña, el antiguo oman de las gentes  
les responden ellas con voces de aruaco, restos de las lenguas taínas, ecos de los pueblos idos  
lenguas cortadas hablando todas el tercer lenguaje, el de la guerra

Entre una y otra visión enfrentan visiones terribles  
el mar nunca ha de dejarlos  
el mar, en cuyo fondo retumban tambores

Recojo los sobrevivientes  
En la cubierta chirriante del brulote reparto los restos de los caribes negros reparto los restos de las armas: hachas, picas, sables, fusiles sin pólvora  
Cuerpos cercenados en las proas de las piraguas cuerpos cercenados  
Mientras yo: pienso cuándo descansaré de la fiebre de la sangre,  
cada gesto preciso, cada gesto útil, cada gesto específico

Les instruyo  
Es mentira que el palo de fuego mate de lejos por el pensamiento  
Es mentira que no podamos vivir más de un día sin la orden del amo  
es mentira que el dios de los amos tenga el poder de hacer trabajar como esclavas las sombras de los muertos  
es mentira que cuando nos cercena cabezas y brazos le pertenecen nuestros pensamientos y actos

es mentira que el amo al librarnos de nosotros mismos  
nos salva

Casi me entienden. Les hablo en el antiguo oman de  
las Gentes.

Me contestan en mezclada lengua. Oman. Moco. Im-  
bangala. Aruaca. Taína. Garífuna.

Caribes negros, el rojo del onoto o de la sangre arde  
sobre sus pieles color de tierra:

Sobre la nave de fuego acumulo colmillos y centellas: ca-  
ñones y sables: chagualas: cadenas: azufre: toneles con incen-  
diaria mierda del diablo: hachas, espadas de madera, macanas  
flechas con envenenadas puntas de raya

Brulote en un sueño arde acercándose al navío envia-  
do por lord Welloughby que leva las grandes uñas de las  
anclas que escurren arena

En otro sueño ambas naves escapan por siempre, la  
una huyendo, la otra siguiéndola envuelta en fuego  
hasta que baja de los cielos la centella de la ira y  
el velero de fuego azota los mares, encendido en luz  
de cólera

¿Sabe alguien si en verdad reventamos, si en verdad  
dimos en el vientre del navío?

¿Si desviamos el timón al ver, atados en las bordas,  
mujeres, niños, muchachos negros cautivos como escudos  
vivientes mirando acercarse la muerte?

Navega el gran navío de línea con puentes llenos de  
cañones y de escudos humanos; tras él el brulote, la bala  
de la muerte

precisa el comodoro los vientos, los nortes, las exactas instrucciones de navegación hacia la costa de Honduras y la isla de Roattan y la isla de Baliceaux y sus almacenes de esclavos,

y la sombra tras él permanece indiferente al sol y la noche y el día

Deteniéndose aún el Navío para esperar el combate, deteniéndose entonces la nave de fuego por no incinerar carga viviente de escudos humanos;

de nuevo largando sus velas el Navío, de nuevo la nave de fuego soltando trapo tras él en la larga travesía de guerra

interpuesta la nave de fuego entre toda costa y el Navío, prohibiéndole la tierra por el furor mismo de la centella de la Ira

Largan carga: van largando carga de mujeres y niños muertos de hambre y de sed, recogemos los cuerpos

clavamos sus cuerpos en las amuras mirando hacia la presa que huye

hasta que cae al agua el cuerpo muerto de Carabalí y ya nada interfiere entre la nave de fuego y el Negro Buque de la Ira.

Desde que Carabalí cayó a la mar las olas son fuego

Desde que Carabalí cayó a las olas las islas son carne

Desde que Carabalí cayó a la carne los vientos son sangre

Desde que Carabalí cayó al amor las aguas son Carabalí

Asaltamos de noche, porque no guíe la luz sus andanadas

Con la segunda saeta de los Hombres destrozo el fanal de la popa porque no alumbre su metralla  
sobre la pira de cuerpos al día siguiente extrañamos  
no sentir el alivio

La nave de fuego  
arrasa los mares  
captura vela tras vela para alimentar la centella sagrada de la ira  
Asombrados miramos la metralla herirnos sin detener  
nuestro avance  
surtidores de balas y metralla y cañones humeantes

Balas  
encadenadas  
explosivas  
con guadañas  
balas que se disuelven en metralla;  
balas magnéticas atraídas por el metal de las armas del contrario;

balas que silban, que cantan, envenenadas, con letras que dejan en la herida la inicial del asesino

Pilastras de balas como pirámides sepultando la momia azufrada de su víctima

Cañones & bombardas & culebrinas & espingardas.

Remedio del fuego contra tanta agua. A veces revientan en medio de los artilleros; las naves no son más que templos para los adustos dioses cuya palabra es el fuego. Trueno aquí, allá tormenta; la diversidad de sus calibres y el furioso aborto de los disparos. Si se dejara la bala en sus vientres, a los nueve meses nacerían niños de hierro, invencibles.

Cómo aguantar la espera, el pasmo, el tormento entre una y otra nave que capturamos

Kariña  
Imbangala  
Moco

Con la tercera saeta de los Hombres trazo la clave & cripta & laberinto & de nuestro tesoro:

& quid la longitud & latitud & peculiaridades orográficas del sitio & continentes & contenidos del cofre & señas señales y avisos al navegante prevenido & absurdición & perdición laberíntica & mastábica & clave maldita & iniciática & de perdicioneros Ítem aquí está todo secreto & sepultado

& teniéndose por certidumbre Hugh Viento Hugh peste Hugh Kaikushi Hugh Tigre ha acumulado un tesoro insensato mas no conociendo o temiendo su uso jamás lo toca

En el desciframiento desta clave tresorrífica cada palabra ha de ser tenida como su contraria y cada sentido como el doble de lo intentado. Atención es puesta al propósito de desviar a la vez que guiar la memoria:

El tesoro se apoderará de quien lo encuentre y quien lo encuentre se apoderará del mundo

In sino, veritas.

Este es nuestro tesoro:

Veneno de sangre que enciendes    furia sagrada  
Veneno de sangre que enciendes    frenesí exacerbado

Veneno de sangre que enciendes voz que es herida  
Veneno de sangre que enciendes el canto  
Veneno de sangre que inviertes el sentido  
Veneno de sangre que incendias los huesos  
Veneno de sangre que quemas el tiempo  
Veneno de sangre que fulminas los deslumbramientos  
Veneno de sangre que nunca terminas de ser apurado  
Veneno de sangre que quemas aún extinguidas las sangres  
Veneno de sangre que contagias la vida

Estas son las gotas:

Cofres & baldes de dientes & muelas & chisgueretes  
de virgos en alfileres & ojos

& ítem mas

& bula papal de la redención de Satán

& indulgencias suficientes para comprar mil veces el  
cielo & prisioneros ídolos de dioses o dioses mismos pri-  
sioneros

& bodegas de galeones llenas de hongos y semillas aluci-  
nógenas y toda la trompetería de sus malsanos sueños & ítem  
conchas de cipria moneda, suficiente cada una para comprar  
un hombre, y en los cofres dellas bastante para comprar  
ejércitos e incluso reynos ítem más patenas & ostensorios  
con martirizadas hostias & ítem mas los únicos versos her-  
mosos escritos en ese siglo maldito y perdidos en el mar

& ítem más piedra de un meteorito que canta y trozo  
de una estrella que arroja dolor ítem más el diente de un  
narval con espiral que enciende ciclones

¡ítem! ¡Más! ¡&!

¡un signo & que suma a sí y a lo que le sigue las cosas  
todas del mundo y las trae consigo! ¡ítem! ¡&! Una ciudad

cuyos habitantes son mascarones de proa ¡Ítem!

Trozos falsos del Arca Verdadera y aguas verdaderas del Falso Diluvio

¡¡¡Ítem!!! Ánforas de vino homérico que sobrevivieron a los dioses a los cuales habrían de ser ofrendadas

I

tem

Escamas del Kraken y aletas del Leviatán y agallas del monstruo que sorbiendo la mar crea las mareas

¿I?

¿tem?

Pluma que hace real cualquier cosa que escribe mientras convierte a su escritor en imaginario

¡I?

¿tem!

Rayo de sol atrapado y yacente en el piso helado de la cripta ansiando morir para descomponerse en colores y condenado a su unidad de chispa

Ítem

Moneda capaz de comprar cualquier cosa material o inmaterial según y como la faz de sus caras

Itemá

Tesoro de tal magnitud capaz de abrirse paso como una bestia ciega destruyendo cuanto encuentra a su paso

Itemás

Tesoro, brillo maligno que acelera la consumición del mundo, que se apodera de quien lo encuentre, que será dueño de quien le sirva;

madrépora molecular

rezumo y baba de muerte

resuelta a acabar con la vida

Poder neutro, antimateria, suctor absoluto, masa crítica de todas las determinaciones —Lo vivo  
a ser sacrificadas en el altar de lo neutro —lo matemático, lo no connotativo, lo denotativo

Espera bajo las aguas, como Kraken  
—Al anunciar fin absoluto, será medio de medios:  
medio absoluto

El medio condena los fines

Ítem

Trácala de simulación de todas las virtudes y del genio  
por mediación adulante

—Ítem+

Fórmula para desproveer todo lenguaje de significados + todo significado de lenguaje

—Ítem más

—Rapto místico en huída de sí mismo

—Sucedáneos absolutos de la verdad:

Sucedáneos de todo:

Máquina de mistificaciones

mirobolancias & apariencias: enciclopaedia de las poses  
& diccionario de las falsedades & thesaurus de los sofismas  
irrefutables & tergiversador automático de las argumentaciones

Solvente universal:

Baba ácida extendiéndose sobre el mundo

Quizá ha sido ya encontrada

—Ítem Más:

—Compostor abstracto de teorías. Combinador analógico de trácalas. Machina ratrix que solo piensa

números y obliga a todo el que la usa a pensarse como número

¿tem i?

Tu propia alma fría encerrada en botijuela y totalmente olvidada de sí misma

i.t.e.m.

La gota de tinta mercurial que incesantemente traza todas las letras y todos los libros sin repetición y sin memoria

METI

Erizos cuyas púas revientan en erizos que revientan en erizos que perforan el mundo

Kripta. Kripta. Kriptaion

—Cadena de exvotos reportando las veces que el orden del mundo se rompió por causas triviales

Ítem + un milagro que viola el orden del mundo no es el resultado de la presencia sino de la ausencia de Dios

—Resultado de la resta de residuos de los componentes suntuarios de arte, ciencia y todo lo demás

—Congelador universal de valores & sintetizador y quintaesencia

&

Disolutor y agregador en categorías que aplicado por ejemplo a un ejército lo reduce a masas físicas diferentes de hueso—sangre—carne—hierro.

&

Aplicado a cualquier cuerpo o universo lo reduce a sus propiedades

&

Grados de la Rosa de los Vientos & brazas de profundidad & estimación de las mares & furor de la luz zodiacal & radiantes meteóricas explotando desde las Pleiades & sotavento y barlovento & babor

Item+

—Ejército de brújulas de naves difuntas enloquecido con la falsificación recíproca de sus fidelidades magnéticas: aquesta atraída por aquella o repelida por la otra señala un Norte imaginario o direcciones pervertidas

—Ítem ++

Astrolabios y octantes y cuadrantes yertos midiendo una posición astral imaginaria mientras la tierra remontando su curso en el vacío se aproxima quizá al momento en que será su lectura verdadera

ítem—

Velas liberadas. Encallados los bancos & desfondados en calas coralíferas las velas arrancadas por la tormenta forman bandadas que los marinos a veces confunden con las nubes. Una flota fue hundida por una mortal lluvia de estas velas que cayeron empapándolas de blancura & muerte

Item+

Un reloj de arena en tal forma dispuesto que por él ha de pasar toda la arena del mundo, cumplido lo cual, este acabará como desierto

I.Tem.+

celebración de las torbellinosas nubes sobre las islas de barlovento que revientan unas sobre otras como lentos fuegos artificiales destruyéndose en la alegría de flamear & desdibujarse

Ítem +

La tibieza en el atardecer del agua que se toma en el cuenco de las manos en ciertas caletas del Caribe. Y adentro nada, sino el agua.

Item+

Nada sino el sino

Item+

fases de la progresiva disolución y descomposición de un recuerdo o sea el universo

Ítem +

El escollo de las anclas, malignamente clavando las unas en las otras sus uñas enzarzadas; empecinadas en morderse y fijarse y trabarse y resistirse; ¡ay de aquel que en él caiga!

Item+

Arrecife de las tibias cruzadas en la relampagueante XXX de la negación del mundo. Sobre ellas se posan gaviotas; naufragan en marejada blanda de guano.

Item+

Roquedal de los fuegos de San Telmo de barcos naufragados: quien arriba a él, se ve envuelto en halos azules, exhala chispas magníficas, toca, no con los dedos, sino con ramificadas culebrinas de centellas, cerrando los ojos ve un mundo tal de relámpagos en el ir y venir de pensamientos que ya no los abrirá jamás.

Item+

Monte de las calaveras con órbitas vacías mirando a los vacíos astros; cada bóveda ósea bóveda celeste que piensa los astros como puntos de nada, las suturas óseas el camino titubeante de las nebulosas abriendo paso a la órbita vacía del sol a la órbita vacua de la luna.

Item+

Pilotos amarrados a los timones de los barcos hundidos: bailando entre sus costillas las algas entre sus desencajadas mandíbulas el pez boreal y entre las manos los erizos: el golpe de mar hace girar la rueda y gira con él la rueda del mundo.

Item+

Contubernio de máquinas oponiéndose a cada una otra que la anula: al cañón un escudo, al lente de aumento

otro que disminuye; a la palabra otra palabra; al útero la tumba, al instante el instante.

Item+

Item+++

Antídoto de sangre que disuelves cadenas

Visión de la explosión de la fragata de Morgan, huesos y esqueletos brincando por doquier, manos con picillos de ron exhalando llamas azules; cuchillos dagas & estoques girando como estrellas perfectas

Item+

Ensartados cada uno en el otro todos los anillos robados como un ciempiés que se retuerce cuyas patas serían los dedos cortados para robarlos: reluce el serpenteo de las gemas habidas como una columna vertebral de ojos; la cabeza de la serpiente, hambrienta, avanzando, espera el último anillo que formará al morderse su cola cuando estén cortados todos los dedos del mundo.

¡Kripta! ¡Kripta! ¡Kriptaion!

Botella de aire en perpetuo movimiento circular o capullo de ciclón a ser sembrado en cualquier sitio

Kripta kripta kripta

Forma definitiva hacia la cual todo tiende y a cuyo contacto todo se vuelve ella

¡kripta kripta kripta kriptaion!

El redentor que viene a operar la salvación borrando todo vestigio de pensamiento

Item++++

Baldes cubos de sombra que pueden ser arrojados en cualquier momento transformando los significados & temperamentos

Item+++

Hugh contra la enormidad del mar. Hombres últimos, hombres de Bóreas

kript krip

Enciclopedia de la biografía de las olas

Ítem

Muestrario de los nudos peores que el gordiano que los malos piratas practican en los intestinos de los cautivos

Partidas de naipes en que los jugadores apuestan los miembros mutilándose hasta la aniquilación total de los participantes

Catálogo de torturas y muertes terribles para la infamia

Bulas, sellos & Krismas de la legitimidad de los tronos de la tierra; que al ser perdidas desvanecen todos los poderes.

Item++++

Forma del coral

Cautivas & harenes

algunas no sienten diferencia alguna con el resto de sus vidas, alguna cosificada por la humedad de su raja se reconoce distinta de cosa alguna

Soñatorium Apoteka de todos los venenos y todos los delirios. Mediante la combinatoria de farmacopeas capturadas se podría tener cualquier combinación y configuración de ensueños, a lo mejor la que en este momento alucinas

El tesoro como un sol por su gravitación irá atrayendo hacia sí toda la riqueza de la tierra dejando a todos los humanos en la miseria hasta que la Historia acabe en dos inertes masas de Riqueza sin dueños y de dueños sin Riqueza

Escapa del juego fino de los seres cristalizados, como  
astros, efigies o palabras

Misterio vivo del mar: latido

Cobijados dentro de sus astros los dioses ausentes  
desvían los ojos del mar de sangre

el sitio donde el hombre puede mirar con igual des-  
precio al pensamiento y al cuerpo pensante

¡Kripta

Kripta

Kriptaion!

Sepulcro instalado de todos los proyectos, vórtice  
donde el mar enseña salado rostro de muerte, consagra-  
ción del Caribe cripta donde van a sumirse todos los se-  
pultureros

Nave con velas de piel humana

Kripta

Los grados escondidos de la brújula: unos cuantos que  
solo por momentos se aparecen y nos abisman en mundos  
y rumbos y metas y Lestes y Sudestes: todo es dirección

Kripta

Kripta

Kriptaion

Altar con todas las imágenes a las cuales se suplicó  
inútilmente: ellas mismas inútilmente suplicantes contra  
la profanación y el sacrilegio: sepultadas en avotos: exvo-

tos donde constan todas las peticiones a ellas que milagrosamente jamás se cumplieron.

Por los furores del Escorpión  
por el llanto de la Virgen  
por los fuegos del Dragón  
por las garras de la Osa  
por el fulgor de la Corona Boreal  
por las radiantes meteóricas  
por la bestia negra que devora los astros

Tesaurus  
tres aurus  
trésorrifique:  
Opera: oeuvre:  
Oro: Oro del Rin:  
Aurum: Au: aurifice:  
aurificum:  
Oro potable:  
Opera al revés:  
Hacer desde el Oro las etapas decadentes de la materia: Opus nigrum  
metálico y febricitante pavor oscurecido:  
Operae disolutio  
Kript  
Kripta  
Reconvertido a la cloaca fecal y a la mierda:  
desunido en fin  
Planicie,  
baba,  
medianía  
corruptela

ciénaga:

masa tibia de limo

fimo,

légamo chapoteante

¡Guardián esquelético de abismos!

Todo lo que de este tesoro desees como codicia se cumplirá como castigo

Todo lo que de él temas se te infligirá como recompensa

Bajo siete cerrojos cuyo terror es que no hay forma de cerrarlos

bajo siete secretos cuya infamia es que no hay forma de ignorarlos

sobre siete bóvedas cuyo horror es transparencia

Incomunicabilidad

Indiferencia

Inabarcabilidad

Imperdurabilidad

Intangibilidad

Insignificancia

Licor de sangre que embriagas de desprecio

¡Surge aquí luz y arrobó, no de plenitud, sino de hueco!

¡Paraliza aquí el éxtasis,

no de amor,

sino de su carencia!

¡Igual

críptica ignorancia que sapiencia!

Ningún primor vale lo que su abismo

Ningún artista como el ácido

Combate contra el tiempo no legándole nada para que lo destruya

En el fondo del cofre, serpiente del Logos  
La cuarta saeta de los Hombres  
Kripta

Desde esta  
letrA  
regresa y deslee  
hasta la primerA

De ahora en adelante  
no hay entusiasmos:  
el tesoro críptico muerte de entusiasmos

Tumulto de sangre que abismas los sentidos

El brulote  
no acomete:  
Deambula como alma en pena por los mares de la tierra,  
última humanidad huyente de la fosa negra de la Kripta

Venganza contra el mundo manifestándole la misma  
indiferencia que nos inflige

Eterno el tiempo de la kripta:  
solo escapándotele conquistarás la transitoriedad: lo efímero  
No buscar kripta, sino el sitio donde no esté

Monumento irrisorio sobre el cual llueven las exhalaciones:  
el universo es kripta: indiferente acumulación maligna de fecalidad:  
su cifra descifrada mediante la ruptura cruel del hombre que la erige

Imponemos nuestro destino a los astros

el vasto camposanto de las estrellas

Trágase el mar soles y lunas y astros y los peces de la  
bruma de su tinta nada trasciende

sino mar de luz

mar de aniquilación de todo secreto

kripta desbordada

dañino efluvio

último día

último paso

Voy solo,

una multitud conmigo

soy todos y soy solo

abro la tapa de la Kripta

la nada me fulmina

Alrededor

siete anillos concéntricos de Nada Nadie Nulidad Ni-  
hilismo Nadería de Nunca de Ninguno

eres la calavera condenada a guardar este cofre

eres el cofre eres los cofrades hermanados de la cofra-  
día de los Caínes

Eres Caín

Y nadie más que Caín necesita más fraternalmente al  
hermano

Caín redentor verdadero

cofre de los cofrades

mata por nosotros  
Caín guardia de los esclavos  
mata por nosotros  
Caín verdugo de las leyes  
mata por nosotros  
Caín siervo de los tronos  
mata por nosotros  
Caín tranca de las puertas  
mata por nosotros  
Caín perro de los mercados  
mata por nosotros  
Caín perro negro de la estrella negra  
llora por nosotros  
Caín hermano de nuestra mano  
Muere por nosotros

Kripta

Kripta

Kriptaion

Estos son los martirios de los piratas a sus prisioneros:  
coser los unos a los otros los esposos  
permitir que los niños lleguen a viejos  
hacer a todos lectores de los pensamientos  
hacer que los instantes se detengan  
    Tormenta de sangre que partes los abismos

Morson,

abismo: no será llenado: jamás revelado: nunca visto:  
en momento alguno sentido: infinito sin diferenciación:  
muda oscuridad

Kripta

brillo: sable: chispazo:

La desmemoria se adueña del mundo

el mundo desaparece

aun presente

Solo que nos ahoga lo inexpresable

si cada objeto o acto exuda los sentidos o significados

y estalla en relaciones

selva callada bajo fulgores de un sol secreto

Todo está más allá.

Kriptaion

Aplauso, socavón y acabóse de la ola:

explosionar, barahúnda:

cosechamiento de burbujas:

seres no más que aguas:

si todo es metaforizable: y surge la ramazón inextricable de las semejanzas y las diferencias: ligado el mundo

por pavorosa ligazón de aproximaciones y de antítesis

¡Felices los ciegos!

¡Incapaces de ver la atronadora trabazón de las luces!

Kripta

Botín de la mente, sin las etiquetas de la procedencia:

¿de dónde llegó, y cómo? Lo inetiquetado mima la inmanencia

todo origen rebaja

Kripta

Si del tumulto de los sentidos posibles abstraemos relaciones hasta dejar al mundo desnudo. ¿No es esa desnudez cifra o artificio?

Kkk

Sombra asombrosa de los signos

Al fin, nadando sobre la blanda arena sin crápula de rocas o signos, donde las líneas de luz ondulan vagamente intentando aprehender algo que nos retenga

Mapa de luz de la imagen que fuimos explota alejándose y perdiendo las formas hasta la nada.

Término

término del comienzo y comienzo del término

de todo texto término

término del término

Los bucaneros repiten una palabra hasta desconocerla, poderla ver fuera de sí, como un objeto

Creamos a Moloch

El monstruo hecho de vacío

la mugre de la acumulación

capaz de atraer hacia su vientre vacío cuanta materia o vacío encuentre

Océano de sangre que a toda sangre ahoga

Bandera enigmática hecha con todas las banderas robadas en los abordajes que parece dar la nacionalidad de todos los reinos del mundo

More piraticum:

Más allá del bien y del mal

Y al fin quién se dolerá por ellos, ellos que no se dolieron por nadie. Y en fin quién como ellos vivirá sin despedirse, por falta de alguien a quien decir adiós.

El islote de las putas cautivas, condenadas por la eternidad a ejercer sus artes las unas contra las otras. Todo tipo de putas políticas & metafísicas

Desdichado asunto de la biografía de las nubes, animales vaporosos cuyo centro articula una forma de conciencia basada en el conocimiento angustioso de su propia transitoriedad, su cólera el relámpago.

Tormentas, intentos de las nubes de formar hermandades, repúblicas cuando integran apenas familias, no hay despedidas más tristes. Ellas van disolviéndose: la suerte más íngrima es la de la última.

kkk

Los poderes crípticos de la noche. Descifrar la noche es descifrar el desciframiento mismo, y la clave es ella, pues se compone toda de ausencias.

Nuestro tesoro es reducir todo a muerte, a adorno, a cráneo

a letra

a vacía oruga para perdernos y liberarnos de la centella y la cadena de la ira

rebelándonos

quemándonos

transfigurados en fulgor extremo de beata luz y desorbitados ojos

asombrándonos

Uno de nosotros revienta en alarido, mueve la cabeza ruge, balbucea, grita, cae sobre la cubierta de la Nave de Fuego envuelto en sus propios hilos de saliva

y uno tras otro rugimos, caemos, convulsos, ateridos

y en vez de salir la ira más profundamente se remacha como un clavo

¿Habr  por siempre centella ardiente, de dónde nos  
visita, por qué nos enloquece?  
¿Por qué el vendaval destruye de las mismas palabras?  
A veces, distraídos, queremos perdernos de nosotros  
mismos por perder la cólera,  
y ella viene por sus propios pasos  
Enceguecidos por la ira magnífica del sol y el abyecto  
rencor de las estrellas  
permanecemos, fuimos, somos  
desnivelados como espumas,  
danzando, enrojecidos  
bañados en el manto de nuestras sangres  
las bocas espumantes  
atados sobre el banco de galeote del oleaje de la ira  
siempre, perennemente  
sin poder decir fuimos  
en cada instante tuyo ardemos y permanecemos  
muertos, abyectamente  
por siempre y siempre muertos  
locos, desvanecidos  
ebrios de la ceniza y del hervor de la cólera  
así fuimos muriendo  
Nunca hubo agonía tan atroz. Metido el sol en las  
entrañas  
candente el sol, en el cráneo, en las vísceras  
reventando en el sol.  A qué fuimos llamados?  
Dios aborreci  su obra y nos llam  a deshacerla  
Suena un tamtam otro tamtam y otro  
y otro más y golpea cráneo contra cráneo y cabeza  
contra cabeza  
y hueso contra hueso y sangre contra sangre  
y herida contra herida bajo la mirada del sol, inatenuada

convocándonos  
al descanso de la soledad perfecta  
Nos llama la tarea de redimir una perfecta creación,  
dejándola sin formas,  
devuelta al día primero, y sin dolor o  
neutra  
herida de sí misma  
encarnizada  
no habrá vela que escape  
el odio es el fondo mismo de las formas

Flotas muertas, puertos bloqueados  
balsas de desesperados náufragos  
voces de muertos  
dormimos bajo las lonas, amortajados

No podrá haber descanso  
ya cesaron las muecas  
la muerte solo tolera una expresión de agua  
El asco es nuestro límite

No tendrás más descanso  
se levanta la mano del sirviente y te mata

poder, convoca tus matarifes  
ya no saldrás sin ellos  
la proa es filo  
la cadena del sirviente se levanta contra ti y te mata

Centella  
cintilla  
dentella

No somos ya más que columna de llamas que gesticu-  
la sobre vastedades  
y gesto alguno nos responde  
sumergidos en algarabía de silencios  
igual que vocerío  
matar hasta la sílaba  
apostentados por fin en uno de los limbos del Atlántico  
zonas de calma muerta  
abominaciones  
bostezos de la faz maligna del sino

Colgamos deshilachados como aparejos  
visión, visión, visión, cómo a tanto y a tan poco osaste  
tiniebla  
principio y fin exacto  
Confín tenebrecido  
deja detrás la faja que susurra  
el chistar consistente del esfuerzo en erguirse  
desplome del sentido  
Una tercera voz nos sigue, y calla

Por lo menos, pasamos  
Ya casi no nos vemos, pues el tiempo nos borra  
corriendo de las manos, deformándonos  
Oh anchurosa profundidad que nos repose  
Oh inaudita, muerta, perdida celeridad que nos depase  
fuimos inútilmente  
Si una ola a otra ola se empeña y se impone en susti-  
tuirse no siendo entonces más que empeño y ola y nuevo  
pasar y quedar y cesar impuesta en el derramamiento de ella  
Vista que perfora la lejanía más remota concentrán-  
dose en la propia operación de mirarse

Escondido letárgico  
con amplias sonrisas mirándonos que nos hacen calaveras  
Esto fue lo que pasó. Seguimos al maldito navío hasta  
que soltó muerto el último de los rehenes. Lo asaltamos, y  
después cuanta vela atravesósenos.

Hoy morimos, sobre las aguas, en una calma atlántica.  
La vasta zona del mar en donde nunca es nada.  
La indiferencia de las superficies.

Flotamos sobre un cielo.  
Inmóvil la continencia de la nave y los velámenes in-  
móvil el azul color ardiente de la sal y del mundo.

Oficiantes en el ritual de la agonía.

Oficio de agonía.

La agonía punto muerto del cual no se retrocede ni  
se avanza.

Oh esfuerzo que pueda liberarnos y hacernos avanzar  
de la zona intermedia en donde fuerzas de vida y muerte  
se equilibran así como las del tiempo

Solo hay una comunión de los hombres: agonía  
hálito

uno tras otro tabalean suavemente con los dedos sobre  
cubierta levemente meciéndose los oficiantes del ritual de  
la agonía

Poderosa cadena es esta. Un estar suspendido. Un ce-  
sar incesante

Esperamos suspendidos en este polo inerte del tiem-  
po sobre cuyo eje gira todo menos el tiempo mismo

limbo agónico y herirse de agonías

raya divisoria decisoria derisoria

qué detritus desecho escoria vomita hacia cualquiera  
de sus extremos la agonía

cesó la lucha de los tiempos  
cesó la lucha de los tientos  
Tentó la lucha de los cientos  
desgalivándose vacía cae la palabra misma circuyén-  
dose indecisa

Corre la sutil lluvia de la idea  
Una alfileración del tiempo te persigue  
corre, avanza, olvida, tras el mito  
Mira la lucha al fin  
esqueletos contra esqueletos, empeñados en esquele-  
tificarse jurando la victoria madre de esqueletos  
abominable isla de esqueletos  
Millares, millones, centenares  
Los días y las noches repiquetean  
danzando, danzando, danzando  
Descolocados, descoyuntados, descerebrados  
en el simún solar, sin hálitos, danzando  
Mira la nube que llueve tormentas de huesos. Falan-  
ges, falanginas. Falan jetas.

Pasamos por entre tormenta de calaverones.  
Planeta esquelatorio  
Y cuando los lugares, reducidos todos en calcio, por el  
incesante nacer y morir que va dejando escamas  
y palabras de calcio entrelazadas  
Así fuera de cuándo.  
Mira la mar de huesos. Son sus olas de vértebras.  
Azota inútil marejada de fémures.  
Toda espumosa sal de calcio.  
Deja el bajel sobre ella. Camina entre las aguas  
de las muertes pasadas y de las venideras  
sé el único viviente  
el error único, lo único imperfecto.

Clamor del sol descerebrante.  
Combustión de sequedad solar en el planeta osario.  
Estas son las memorias de las que solo curaré muriendo.  
¿No hacen música entonces? ¿Sin tímpanos, no cantan?  
Silencio es nombre del mundo y el del vejamen ruido.  
Considérate ahora en el mar puro de las osamentas.  
Florecido el espacio de estrellas cadavéricas.  
Despunta un sol craneal, calaverónico.  
A esto se reducía todo.  
A esto ha de reducirse.  
Maldita tu cólera si te mantiene vivo. Maldita la pun-  
zada centelleante de tu ira.  
Maldita la maldición misma de saberse destrozado.  
Es esta la macabra broma del útero.  
Noble animal el que se esfuma sin residuos.  
conquistadas las estrellas, la pluralidad final de los  
mundos de calcio.  
En ellos aventúrate.  
Columnas relampagueantes, desfiladeros de hueso,  
peldaños de poplíteos.  
Entrechocantes chácharas calcáreas.  
Quedó en ellas todo gesto o secreto señalado.  
Oh universo entero en agonía desde el primer suspiro  
agon  
lucha terrible  
delirios de existencia. La nave es un gran cráneo que  
naufraga  
Pero hasta cuándo, entonces, ¿hasta cuándo?  
Calavera inocente ¿calavera culpable?  
Mira este hueso cómplice, la escápula embustera.  
Todo son levedades.

Un tiempo abrumador corre desde ambos extremos  
 de la agonía y no apura  
 hacia ninguno de sus polos  
 y es verdaderamente estarse suspendido  
 sus pendido  
 como los grandes esqueletos que cuelgan de los aparejos  
 hasta las aguas profundas de las médulas  
 bajamos los hombres del mar  
 desde la última vértebra vislumbro un universo ente-  
 ramente vivo  
 y nada muerto en él. El mineral palpita  
 preferiría no verlo.  
 Cómo en nombre de Dios mantengo simetría man-  
 tengo progresiones mantengo proporciones y  
 acuclillado en este lar respiro e intercambio la laborio-  
 sa fábrica del cuerpo  
 ya esto no era  
 He dejado al Señor de la Muerte la posesión absoluta  
 de los muertos, la más poderosa Wara de la tierra  
 La cofa de la nave  
 Los turbios ojos desapareciendo en la tiniebla  
 hasta las profundidades de sus almas  
 bajaron los hombres del mar  
 Hasta la atrocidad de sus recuerdos  
 bajaron los hombres del mar  
 Hasta el horror de sus evocaciones  
 bajaron los hombres del mar  
 Malditos sean. No valía nada.  
 Ni en el peor de sus abismos tuvo sombras el mar.

Tamtam. Fresco tamtam del alba.

Juntos los hombres emprenden el baño ritual o  
exactamente estamos en un mundo obediente  
Aprendimos allí rebelión.  
Aprendimos rebelión  
y supimos ser contra nos un mundo enloquecido  
Despertenedidamente el fugaz latido del cerebro pen-  
sándonos pensándolos  
formas opuestas todas culebreantes  
la antigua canción de marineros  
cantaron los hombres del mar:

Antigua  
canción  
de marineros  
que tocamos en los puertos  
con los más humildes instrumentos  
organillo  
corazón  
y pandereta  
en todos los puertos del mar  
y para qué las jarcias y para qué las velas  
y con cuál fin las brújulas  
de dónde las bitácoras  
bajo las inmensas constelaciones  
lloremos hasta inventar el mar.  
Y adónde, adónde iremos  
bajo cuáles contratos y con qué cargamentos  
verdosamente inundemos las sentinas  
con la canción de los hombres de mar  
tentemos con las lenguas las patrias salobres  
insuficientes para el rayo y para nuestra sed  
oh ángeles relampagueantes de las lonas

cortadnos las gargantas liberad nuestros mares  
azotados los huesos con el racimo de las estrellas  
las púas del erizo en nuestros ojos  
y en él los remolinos  
y en él las tumbas húmedas para nuestras cabezas  
bajo los torbellinos de las olas  
que nos laman las lenguas del coral  
Antigua  
canción  
de marineros  
canción de los hombres sin puerto  
incendiados por el viento  
los esqueletos de metal  
agradezcamos los bofetones de las olas  
el ácido del temporal  
reventados nuestros cráneos contra las cubiertas  
en las podridas manos los frutos arrancados a los ár-  
boles del Paraíso  
en las vastas soledades del mar  
Visitados por el insomnio de los peces  
negaremos la mirada a las centellas  
e inútilmente serán desgarrados los soles  
porque abriremos las puertas del Juicio  
y todos enceguecerán  
antigua  
canción  
de marineros  
en las vastas soledades del mar

con la quinta saeta de los Hombres clavo una cabeza  
de cautivo en el mástil mayor para que los ojos del ene-  
migo vean el camino de la mar, y las gaviotas la descarnan

clavo una cabeza en el moco del bauprés para que el enemigo pruebe la sal de las olas que hiende, y los pequeños peces la deslenguan

clavo una cabeza en la pala del timón para que su nariz huela la estela

la desnarigan las pequeñas rémoras

clavo una cabeza de cautivo en la amura de babor y otra en la amura de estribor para que sus orejas escuchen los rumbos

las ensordece la tormenta

clavo otra cabeza del palo del trinquete para que sus sesos piensen derroteros

una abominable proliferación de cangrejillos asciende el mástil y baja llevando en sus tenazas hilachas de sentido

clavo cabezas de enemigos decapitados en las jarcias y sobre ellas caen los peces voladores

Hasta que por la piedad del mar los cráneos de los atormentados no son otra cosa que cascarones vacíos

Según la calavera que en las noches arroje fuego de putrefacción decido el derrotero

sin dejarme inquietar por la fosforescencia de los torbellinos que al tocar el casco, fulguran

Atado como un crucificado a la caña del timón

descubro que las calaveras me engañan:

exhalando o vomitando el fuego de la descomposición hacia la costa, donde anhelan la tierra de descanso de los camposantos

comando al fin un horroroso barco todo cubierto de lenguas clavadas en él.

Cada una cuenta una historia; no quiero más oírlas apoyo la última saeta de los Hombres en mi tímpano,

mas temo que todas las palabras de las lenguas cortadas se claven con su punta

termino por no escucharlas en el mar de saliva  
en medio de la tripulación de hombres negros que antes de cada combate se hieren para ir vestidos de sangre  
tiro de la caña del timón para dirigir el buque hacia el centro de los mares, donde presiento el Abismo

no suelto el preciso timón que me impulsa al centro del Vacío, no sea que lo aparte de él siguiendo el quejido fosforescente de las calaveras

Ya sabía que en el mar todo era girar una y otra vez los vientos y corrientes y que los giros habían empezado antes que todas las vidas y después dellas seguirían

guiado por la Rosa de los Huesos de los sacrificados arribo al centro de la calma donde el mar aun para los no sumergidos es en sí como tumba

Y tan llano que si lo quisiera podría caminar por él hasta siempre

Con la sexta saeta de los Hombres clavo la nave como un cráneo en la proa del Abismo  
en las vastas soledades del mar.



# EL SEÑOR DE LOS CIELOS



**L**OS MADEROS DE LA NAVE se separan como los dedos entrelazadas de quien exhala el alma.

Así nos sumerge el mar en la noche hasta su rasero común donde el agua alcanza los ojos. En la tiniebla atisbo los ojos de los caribes negros que una que otra ola de oscuridad oculta: es como un parpadear que la punzada de la sal impone. Es el cansancio tal que no gritan cuando el calambre o algún tiburón los arrastran fuera de lo visible.

¿Cómo va el mar quebrando las briznas de la nave, y aún nuestros cuerpos resisten?

Algún par de ojos parece saltar a los cielos en la invisible cresta de una ola: descienden otros: ninguno tiene expresión en la oscuridad que borra los rasgos: habiendo ya sido reducidos por el pavor a nada más que miradas.

No vemos las bestias que nos arrancan de la superficie: el mar nos devora sin mirarnos, dejándonos como última gracia nuestras insistentes miradas.

Uno tras otro vamos muriendo de inmensidad: el momento de sentir la propia finitud entre los infinitos abismos de vacío y de agua: perdernos sobrecogidos en ambas oscuridades entre las cuales lo demás es solo accidente.

El mar nocturno me arrastra hacia un horizonte de rompientes o desechos.

La ola me eleva por encima de una muralla de coral que apenas asoma sus dientes. Nado contra su dentadura. Afloran murallas de púas. Bajo la ola contemplo un ejército de ciervos cuyas cornamentas se despeñan en el abismo, cerebros grises como cúpulas sumergidas, velámenes de

flotas naufragadas, todos encendidos en el fulgor del abismo entre el cual saltan peces enloquecidos.

Giro en un remolino negro que me arrastra sobre una llanura de coral muerto: sin fosforescencia: color de hueso viejo: espuma petrificada: leproso encaje: un rebaño de peces pardos muerde sus trozos cagándolo en chorros polvorientos hacia un camposanto: lápidas sobre lápidas de coral muerto: ciudades derrumbadas: tumulto de espumas, rezongos y golpes de las aguas escurriéndose entre osarios de todas las formas posibles: calaveras de seres que jamás existieron devorando las de seres que jamás existirán: fosa común: del abismo lunar emerjo al abismo de la noche iluminada por la luna.

Laten las olas contra escollos sobre los cuales giran aves. Al fulgor de la luna veo los cascos de una flota de navíos de línea. De los cascos surgen mástiles, palos mayores, trinquetes, mesanas, baupreses. Pero apuntan los unos al cielo, los otros al Naciente, al Poniente aquellos, estotros al Norte, los demás al Sud, como marinos borrachos cayendo cada uno en la dirección de su vértigo. De todos ellos cuelgan cordajes, jarcias enmarañadas, flecos de velas cuyo flamear causa el pavor de los pájaros.

Saco la cabeza de las aguas, vislumbro las bordas de los navíos, aferro las algas que crecen en sus cascos, intento escuchar voces de marinería, campanas, trompetas, silbatos: solo me aturden los ruidos del mar: romper de olas, silbo del viento sobre las popas, lamento en los fanales, silabeo en las antenas, trapeo de girones de velas, crujido del maderamen, golpear de un timón, estallar de la próxima ola que me arroja sobre un espacio de muerte.

La ola me sumerge, me golpea contra el casco de otro gran navío de línea, escorado al fin de una vía imperial

abierta por su acometida sobre el coral muerto y aplastado y fracturado y con la borda de babor inclinada y las troneras acercándose al oleaje como bocas sedientas y el ojo negro de un cañón que desde una de ella me apunta.

Me agarro al marco baboso de la tronera, sacudido por las olas, perdido en una negrura de la mente de la cual las olas no pueden arrancarme, en ellas ondulando como un colgajo más, un alga helada o uno de los grandes corales de abanico sumergidos, hasta que el frío de los fríos del océano me arde en las heridas y me acribilla los huesos y me hace reventar en un temblor por el cual sé que aún estoy vivo: resbalando: pues soy una criatura babosa entumida y esponjada por el mar: me agarro: trato de subir: sé que tras haber cruzado el infierno de los mares moriré por ya no tener fuerza para subir dos palmos hasta la tronera desde la cual me mira la boca del cañón: una ola me eleva: el cañón hoza en la cresta como un jabalí que lame un torrente: me escurro como una criatura limosa: caigo muerto en medio de mi sueño. Pues solo visión de agonía es esta: una flota completa varada en medio del océano, sin tierra ni isla ni marino ni capitán ni rumbo arrimada a un lugar donde la propia mar en medio de su fulgor expira.

Cabeceo. Veo estrellas lejanas. Mi cuerpo arde todavía del sol acumulado. Me hundo en la noche. Pero no puedo descender a la nada. Me cierra el paso una selva de bordas y cubiertas y aparejos y cuerdas y una plancha de madera contra la cual mi cuerpo pesa hasta el aplastamiento: y sin embargo parece alzarse aquella superficie oscura en una ascensión y un vuelco eternos impidiéndome con su tirón disolverme al fin en la nada. Abro los ojos. Me los hiera el centelleo del sol en el metal. Los cierro. Pasa un tiempo venturoso de nada sin cuerpo. Siento un picotazo. Otro

picotazo. Entro de nuevo al mundo por el dolor: punzada tras punzada siento el cuerpo otra vez. Intento moverme. Abro los ojos. Un aleteo remonta los aires. Huyen gaviotas. Me volteo. Siento mi cuerpo más pesado que el cañón junto al que estoy. Lo que creí un despertar es el mismo sueño. Si bien la sensación de frío finge realidad. Helado el metal del cañón. Glacial la madera esponjosa y su baba de limo; helado el aire de la tarde, a punto de pasar del azul a ese color de pez muerto del cual surge la podre de la noche. Me sacude un escalofrío. Allí está la inmensa cubierta como una sala baja e inclinada por la que se deslizan cautelosamente cangrejos y cangrejillos y chillonas gaviotas. Una luz insípida cae desde el techo por los enjaretados. El agua entra y sale de las sentinas, besa las bodegas, entra y sale por las portas, dice cosas en un lenguaje odioso que no pueden soportar mis oídos. Sacando fuerzas de la combustión del sueño trepo lentamente una escala, tramo tras tramo como un baboso caracol cubierta tras cubierta e hilera de cañones tras hilera de cañones hasta llegar a la cubierta superior, inclinada y llena de amasijos de cabos y pilastras de motones, iluminada apenas por la última luz de la tarde y el cuerno casi transparente de la luna.

Bajo ella un horizonte de olas mansas y entre ellas la pesadilla de la flota fantasma que quiero dejar de soñar para morir al fin o para vivir y no quedar suspendido, como aquellos buques, en medio del agua y de la nada. Centellea el lucero de la tarde: sobre las aguas muere la última brasa del sol: el cielo se vuelve de una enemiga porcelana que obliga a mirar hacia los buques ladeados y desbaratados como caparazones de cangrejos rotos. Solo el graznido de las gaviotas presta a esta visión apariencia de realidad, pero recalca al mismo tiempo la muerte de los

colosos, que parecen arrecifes, desvaríos de un coral que hubiera crecido imitando los vanos ingenios de los hombres. Para mayor crueldad, centellea en los cielos Orión y se le unen en su estricta figura de danza las bestias todas de los cielos reconocibles: la flota delirante muere bajo las constelaciones de un cielo de cordura. Algo me golpea un pie. Agitando sus alas de saltamontes un pez volador se estremece en cubierta. Otro choca en el palo mayor. Los atrapo, los devoro. Las gaviotas me los disputan. La presencia de aquellos peces que remontan los aires como murciélagos me escalofría. Viviría aquella pesadilla, seguiría suspendido entre el soñar y el morir, sin alcanzar a ninguno de ellos. Una fatiga torpe me vence tratando de abrir la puerta del camarote principal en la toldilla. Dormido, sueño una flota sumergida en una noche en la que las constelaciones brillan como burbujas de un oleaje que me sepulta. Me despierta el ardor del sol. No puedo engañarme más. Allí, a plena luz, en medio del mar permanece encallada una flota entera de quince buques sin un alma a bordo pues ¿soy yo un alma? Palpo mi cuerpo desnudo, herido, estropeado, roto y viejo como un barco encallado. Una melena gris cuelga de mi cabeza como una vela desflecada. Y en mi mente hay solo el espectáculo de una escuadra de buques por siempre inmóviles en un mar de olas siempre fluidas bajo astros fugitivos.

Huelo una por una las bocas de los cañones que quedan a bordo y que se alzan a los cielos en la banda de estribor. En su vientre la lluvia o el rocío han depositado un agua salitrosa. La bebo en el cuenco de la mano, forzándome a no escupir su amargura espantable. La mayoría de las troneras, sin cañones, se abren al mar como encías sin dientes. Los náufragos o sus vencedores se han llevado

gran parte de la artillería; el oleaje o los saqueadores han desnudado someramente el casco de piezas de metal. En las cubiertas se amontonan toneles despanzurrados. Por las resbalosas escalas me deslizo hacia las bodegas.

Solo al crepúsculo puedo afrontar de nuevo la realidad de la luz. Al mirar al sol que se pone, no puedo creer a mis ojos: en el horizonte las olas mansas están coronadas de una espuma fija o una lengua de brillo o un brazo de arena que emerge por efecto del reflujó de la marea o del capricho de las sedimentaciones, y sobre la cual revolotean las bandadas de las aves: una isla fantasma que aparece o desaparece según los pulsos del mar, así como la cresta de los corales circundantes apenas aflora de las aguas como los dedos de un hombre a punto de ahogarse. Me deslizo al agua por la misma tronera por donde entré al navío de línea, nado o por mejor decir me dejo llevar hacia el Poniente por la corriente de un agua que todavía conserva su tibieza,

Camino por los vados del arrecife, a veces la cabeza bajo la piel del agua y casi olvido el reino superior a las aguas y sus trepidaciones

gateando gano la arena o el polvillo blando de la playa de mirar crepúsculos.

Y así la llamo porque desde ella el poder, pulso y arrebató es tal de los crepúsculos que no se puede hacer otra cosa que esperarlos. Tal es la convocatoria de nubes y arrebóles y reflejos y pájaros lejanos y fulgores que nada puede equipararse. Entra en ella el atardecer como una fiebre: dentro de algún lago de sangre del estómago se pone el sol, y después que la última brasa de este se quema en el horizonte, acontece un escalofrío de las aguas, un ¿ahora qué? y eso que el agua es todavía más tibia que la amenaza

de frescura de los aires desgarrados por el salpicar de las espumas. Me pregunto si es posible discernir al hombre en cuyo interior el sol se ha puesto. ¿Algo más que una congoja lo posee? ¿Se va al abismo tras el sol que en él se ha hundido? ¿Hay siquiera un hervor? ¿Arroja noche? Pienso que es posible echarse a nado tras los esplendores del sol e irse internando en noche, cada vez más inaugurosa, cada vez más plena de tumulto de olas, cuyo estruendo crece al no ser domeñado por la luz. ¿Qué nos espera en esa oscuridad donde la cresta de las olas apenas por un instante emblanquece, más como una claridad pensada que como cosa cierta?

Siento de repente el escalofrío de caminar en las aguas. La marejada entra en la isla como la oscuridad en el mar: un mar sin tierra visible en ninguno de los horizontes y que quizá ha devorado ya al mundo. Plantado en medio de la isla veo esa prodigiosa desaparición, la grito de las aves temiendo el arrasamiento de sus nidos por la espuma, el estruendo de sus chillidos abrumado por el mugido creciente del mar, el agua que con su poder irresistible me moja los tobillos y asciende hasta las rodillas y me muerde las ingles y me salta hasta el pecho y se divide en mis hombros y me abofetea el rostro y me asalta los ojos que no esperan más que su última acometida para cerrarse y dejarse llevar: hasta que la isla hácese casi toda invisible, tragada por las aguas, dejando apenas un pequeño montículo en el cual antiguos navegantes de las Gentes han dejado una pilastra de caracolas con las bocas vueltas hacia el cielo para guardar el agua de lluvia durante siglos retenida y evaporada.

La noche ha creado un mundo negro desde la altura a la profundidad y del horizonte sale la cúpula de la luna como una cabeza que espera no encontrar nada al aso-

marse a un aposento vacío. Solo su fulgor dibuja una raya horizontal de aborrecible plata que degüella la oscuridad como una espada. Empieza así la laboriosa fábrica de los reflejos en las olas: cierra los ojos: la misma luna nace en los océanos oscuros del cráneo.

En su lenta ascensión de virgen o doncella sustentándose cada vez en más altos peldaños de nada: una ola traslúcida te baña el cuerpo y tu piel iluminada mira a través de tu frío. Solo para la eternidad quisiera tener esta sensación sin pensamiento.

Lentamente remontando por la esfera del tiempo llegamos a la silenciosa cúspide que nos ignora.

Si esta poderosa ascensión lunar sucede dentro de mi cabeza quizá he accedido a un mundo donde ya no es necesario el exterior y solo la melancólica presencia de un oleaje que no se contempla a sí mismo basta.

Caigo, pez plateado dentro de los abismos donde la plata misma no encuentra la correspondencia de las estrellas ni de los pensamientos.

¿Por qué razón me inclino y resisto al envión del mar que me arrastra? ¿Por qué clavo los pies en la arena que huye arrastrada y luego en los dientes del coral que se parte y luego en las caracolas con sus labios rosados agudos como navajas, para no quedar suspendido en la corriente poderosa que resiste toda natación, que borra la isla como un gran trapo que limpia la mesa del mar? Por un instante, el oleaje me sepulta: me aferro de corales y caracolas, desgarrándome: al fin, cuando ya soy solo una burbuja en el mar que se vierte en la oscuridad, cesa la marejada, aflora mi frente de las aguas, abro los ojos.

Ante mis ojos que la sal hace arder aparece la flota como si navegara de nuevo con sus proas disparejas abigarradas de

conchas: y cuando el mar deja al descubierto mis oídos escucho que toda la flota habla, cada verga, mástil, amura y cabo respondiendo ante el viento con un peculiar quejido o silbo. Y: siendo el viento cambiante, su dirección impulso o ritmo vario, en la noche es cada navío orquesta, ópera, susurros: voces olvidadas; quejas, lamentos, llantos de los hombres sacrificados al mar, trompeterías de llamadas al combate, zarabandas de violines del trabajo en los cabos y la ronda del cabestrante, hasta que la poderosa marejada desciende hasta mis labios, deja libre mi garganta, grito:

la tromba de los pájaros chilla espantada al escucharme, alza vuelo, extendiéndose y disipándose la multitud de sus alas como un grito que se disipa mientras el agua va bajando por mi piel,

dejándome con el desconsuelo de no haber sido borrado, cada borde o parte o arruga de mi cuerpo que las aguas desprecian silbando o susurrando o temblando en los vientos.

Entonces deambulo así entre las cejas de coral y los festones de mangle y los golfos de agua y los cascos presutando oídos al zumbar de los vientos y a los susurros, esperando escuchar alguna sílaba de las antiguas voces, mas: ninguna está presente: añadiéndose al horror de aquella mentira de flota aquella falsedad de voces que un mundo desprovisto de intención hace resonar por los accidentes del escotillón, la jarcia o la amura: así como falto de toda ánima el tumulto de ruidos que en la humanidad brotan de la garganta, el paladar o los labios: lavado al fin el mundo, la flota y yo de la plaga del sentido: solo esperando la misericordia de la espuma.

A veces el susurro del viento en un motón y el silbido de la brisa en un obenque dialogan, encendiéndose el uno

y el otro apagándose como si cantaran y callaran alternativamente para escucharse.

Por estar lejos de esta gritería que irrumpe entre los sueños duermo a veces en la isla, acurrucado como un perro, mas el lengüetazo de la marejada o el odio del sol o el hormiguelo de miríadas de cangrejillos minúsculos encerrados en conchas me hace volver a las inclinadas cubiertas y a las amplias sentinas que, como naves de templos, multiplican los coros y los ecos de la irrupción de las aguas.

Pero: si el mundo no es más que esta colección de escollos sin rumbo pudriéndose mientras los hombres no son más que voces o remedos de voces desprovistas de sentido, entonces todo está concluido y asisto, en aquel tumulto, a la forma final y agonía de los tiempos.

Como una hormiga que laboriosamente recorre un camposanto, sin ganas y sin prisas exploro cadáveres de naves. Me reservo para último el más enorme y el más desviado hacia el Norte, un imponente navío que quizá fue la nave almirante. Reúno anzuelos, sedales, trozos de cuchillo. Dispongo ollas y escudillas para recoger la lluvia o el rocío. Los maderos inundados de las sentinas son criaderos de ostras que la bajamar descubre: las tablas del casco, taraceas excavadas por los teredos: cada sentina inundada es una piletta donde arponeo meros y morenas que se sienten seguros en los recovecos de los baos y los curbatones. En uno de ellos encuentro clavada la cabeza de un hacha de abordaje. Igual que los cañones, luce grabado el signo de la flor de lis. Le tallo un mango. Podría cortar el maderamen menos podrido de las cubiertas para hacer un filibote, cosiendo una colcha de retazos de lonas podría quizá darle un velamen, pero no tengo donde ir. En todos los puertos del mar de los Caribes espera un nudo corredizo a quien se presente sin

salvoconducto de un Rey o un Amo. Astillo algunos de los maderos menos empapados de la cubierta para tener leña con que cocinar. Con el percutor de pedernal de una vieja pistola enciendo fuego en el horno de ladrillos de la cocina de un navío. Casi me parece que sueño cuando veo elevarse las chispas, el hilillo de humo que asciende por el tubo largo de la chimenea.

Asciendo a cubierta para que la brisa del crepúsculo termine de secar el agua salada que me entume piernas, brazos, vellos, cabellera, las manos impregnadas de escamas y de pringues de vísceras de pez. Al volver la vista hacia el Norte distingo lo que al principio me parece una mancha en el ojo, una de esas briznas, coágulos, glóbulos flotantes que atormentan mi visión de viejo: un punto blanco se desprende de la enorme roña del navío de línea al cual llamo la nave almirante. Parece una chalupa con un remedo de vela que aletea en la brisa de la tarde: en la popa una figura blanquecina o envuelta en trapos que ondulan: con su color de luna o de vela vieja la chalupa lentamente desplaza su nácar entre las horizontales espumas de las rompientes como una espuma erguida sobre el mantel de las saladas espumas.

Así se va aproximando entre el crepúsculo la deforme vela, aumentando su tamaño como crece el fulgor de la luna que asciende. La vela avanza en un sentido y se devuelve para adelantar en otro, a veces casi desaparece de la vista al quedar de perfil en una bordada: quien la maneja conoce el intrincado laberinto de corales que la luz de la tarde revela en franjas de aguas turquesa, violeta, amarillentas, como en un frío arco iris. Ya casi todo es penumbra cuando se aproxima al inmenso casco varado. La barca, semianegada, llena de remos rotos y de cuerdas

enredadas y de gatos, choca contra la amura de estribor: arría la vela un anciano que parece él mismo un aparejo, la barba blanca desplegada como un velamen, aleteando en la brisa sus harapos de lona. Apuntándome con un mosquete, me dice en francés:

—En nombre de su católica majestad Luis XIV rey de Francia, yo os ordeno que detengáis la destrucción y el pillaje de la flota a mis órdenes y bajo mi protección, en espera del real rescate y socorro en esta Isla de Aves.

Ninguna pólvora puede resistir sin destemplarse esta humedad ni el oscilante viaje de la chalupa. Más que la amenaza, me detiene la súplica de los azules ojos del anciano y el silencioso reproche con que me miran sus gatos. Arrojo un balde de agua por la chimenea. El fuego se extingue entre una última bocanada de humo. Desciendo por las resbaladizas escalas de las tres cubiertas hasta la tronera más próxima a su chalupa desvencijada. Doy la mano al invasor que intenta el abordaje. Lastimeramente, se queda atascado en el espacio entre la porta y la cureña del cañón. Tras mil peripecias, logro hacer que ponga su pie deforme y pesado en la cubierta baja de mi barco. Yo, sin fuerzas, tengo que llevarlo cargado hasta la cubierta superior. Tras nosotros saltan al buque los gatos, maullando. Deposito al anciano en el más alto sitio de popa, en la toldilla, entre los fanales de señales, bajo el roto mástil de mesana del cual es costumbre colgar la enorme bandera del homenaje. Suspira largamente y me dice:

—Soy el conde Jean d' Estrées, vicealmirante de la flota de Poniente, encallada el 11 de mayo de 1678 en estas aguas en su rumbo hacia la conquista de las islas de Aruba, Curazao y Bonaire, ocupadas por los holandeses en la Costa de las Perlas.

Sentados o echados en torno al anciano como un consejo de oficiales, los gatos escuchan, relamiéndose a disgusto la sal de sus pelambres esponjosas. Algunos miran con codicia las aves que se posan en la borda.

—De Saint Christophe zarpamos el 7 de mayo treinta bajeles. La dotación, como en todas las empresas de su gloriosa Majestad el Rey Sol en los mares del Poniente, compuesta de filibusteros. La noche del 11 surgió un desacuerdo entre los pilotos sobre nuestra verdadera posición. A pesar de que el sol, al ponerse a las siete, reveló un mar despejado, despaché adelante un brulote y dos filibotes para que exploraran. Desconocía entonces la maligna asechanza de la isla que desaparece según el capricho de las marejadas. Los tres barquichuelos pasaron sobre ella, como peces pequeños en la red de mallas grandes. A las ocho escuché un estruendo a babor: una nave de filibusteros encallaba. Al momento disparó tres cañonazos. Ordené encender los fanales de popa y disparar una salva para advertir al resto de la flota. Engañados por su desconocimiento de las señales o por creer que se trababa combate, navíos de línea y filibusteros hicieron fuerza de velas y se precipitaron al abrazo de esta media luna de escollos. Uno tras otro escuché el estruendo de los grandes navíos embistiendo el coral, la gritería de las dotaciones atacadas por el pánico; despaché chalupas para que remando pasaran sobre los escollos y advirtieran a los buques del ala de babor de la flota: algunos viraron en redondo a tiempo y anclaron en la tiniebla.

Un gato maúlla melancólico en popa.

—La noche anterior era yo el vicealmirante de la Flota del Poniente; al amanecer era el comodoro de una armada en ruinas. Del Norte al Sur estaban encallados la mitad de los barcos, como nuevos islotes del archipiéla-

go: algunos reventados, otros volcados. Embarrancamos durante la marea alta: la bajamar nos remachaba contra los arrecifes. Entre los bancos de coral flotaban cuerpos ahogados, barriles de carne salada, toneles de vino. A pesar del mal tiempo mandé bajar las chalupas, pescar en aquella sopa, llevar armas y víveres a los barcos anclados al Sur. A los pocos días el salvamento se convertía en pillaje. En las cubiertas de los buques encallados dormían tripulaciones de ebrios. Debí hacer escarmientos tremendos. Al fin con los despojos de una flota logré hacer el remedo de otra. Obligado por mi honor a permanecer hasta el fin para concluir el salvamento, encargué de la conquista de Curazao, Aruba y Bonaire a un oficial filibustero con ínfulas de gentilhombre, François Grammont de la Motte, quien ya habrá asegurado para Nuestra Majestad esas islas tomadas por los holandeses.

—Grammont pasó de largo ante los holandeses armados y pilló las villas de los españoles indefensos. Saqueó Maracaibo, Gibraltar, subió a las cordilleras, quemó una ciudad llamada Trujillo.

El anciano se lleva las manos a la cabeza:

—¡Las armas del rey de los franceses evitando los objetivos asignados y saqueando aldeas, como asaltantes ordinarios! ¡Mi flota ha naufragado de nuevo!

A partir de aquellas palabras, cae el anciano en un ensimismamiento, la mirada fija ante sí, indiferente a los gatos que se le frotan en las piernas y le saltan por los hombros; sin condescender a la caricia ni al mimo.

Con un movimiento de cabeza se niega a probar el pescado cocinado con los restos de su flota. Con tal torpeza inicia el descenso o por mejor decir la caída por las cubiertas hacia su chalupa, que tomo mi hacha y lo sigo,

lo ayudo, izo la precaria vela, fijo el rumbo hacia su gran navío encallado, en cuya proa se retuerce la inmensa talla de un grupo de tritones que parece saltar sobre el mar.

Desde todas las portas nos atisba una muchedumbre de gatos, oteando la hostilidad del mar, la cautela de las gavio-tas, los pececillos que giran en el vientre frío de las olas. Un gato cae desde un madero podrido, chapotea furioso, clava sus uñas en la madera, escapa avergonzado, convertido en un esqueleto peludo, el empapamiento revelando la vergüenza del hambre que el esponjado pelaje ocultaba: la lengüecilla mínima cata al lamerse toda la amargura de la sal.

Al ayudar al anciano a subir por la puerta del homenaje pienso que pasa quizá más hambre que la que su terrible situación le impone. Una poco convincente trama de sedales con anzuelos pobremente cebados para pescar por sobre la borda y un menaje de ollas, tasas, toneles y escudillas esparcidas por cubierta para recoger el rocío o la lluvia son toda su visible industria. Su torpeza y sus deformes pies seguramente le impiden nadar y su soberbia le representa como indigno alancear anguilas o trincar calamares. Quizá vive todavía de restos de carne ahumada y de vino agriado de los toneles de la inmensa bodega del navío. Como un cangrejo ermitaño, ha reunido en su concha de la cámara de oficiales un bazar de objetos sin sentido: poleas, cordajes, piezas de mosquete, tiras de lona podrida a las que llama sus mantos, flecos de estopa a los que denomina sus tapices, papeles desteñidos a los que llama sus hojas de servicio. En las tardes escruta el horizonte con un estropeado anteojito náutico. Una capa de mierda de pájaros da a la cubierta apariencia de sepulcro blanqueado.

Retardo el regreso a mi propio pecio. El decaimiento del anciano y su torpeza para sobrevivir me hacen pensar que tendrá necesidad de mí para abreviar alguna agonía de-

masiado larga. Así parece comprenderlo: sin hablarme, lo reconoce o quizá me lo agradece con una mirada silenciosa.

Nadie tendrá para mí esa piedad.

En el horizonte donde solo se desploman torres de madera podrida alucina el anciano velas o flotas. Solo el movimiento de las olas indica que el mundo no ha cesado de funcionar. Hasta que el advenimiento de una calma chicha convierte al mar en un espejo y el anciano, con la cabeza baja, no vuelve a levantar la mirada.

En la alta popa festoneada de aves que las ondas del aire caliente parecen disolver, el anciano permanece durante varios días echado con la frente baja, sin decir palabra, hasta que un anochecer un soplo de brisa lo hace levantar la cabeza y gritar.

Sabiendo que su vida no es ya más que una procesión de espejismos, durante largo rato lo miro a él, más que al Leste franco hacia donde señala, gritando con una garganta que apenas articula. La algarabía de gaviotas que alzan vuelo me hace volver la mirada hacia el horizonte: en él, como una espina, un velamen impulsado por los alisios que se dirige hacia la tumba marina.

—¿Qué navío será?

—Francés de mis flotas —contesta el anciano— ni siquiera la Inglaterra los arma tan magníficos.

—Tendremos compañía.

—Nos verá. Ha de vernos.

—Estamos contra el sol que se pone. A ningún vigía le gusta quemarse los ojos.

—Encenderé fanales.

—¿Qué es un fanal contra el sol? Vos mismo me habéis dicho que los fanales y cañonazos de la nave almirante

fueron mal interpretados, y perdieron a la flota que hizo fuerza de velas para seguirlos.

—¡Pero no han de caer en los escollos!

—Quizás lo merecen.

—¡Variarán el rumbo!

—El viento y la corriente los traen hacia nosotros.

—En el nombre del muy católico y serenísimo Rey Luis, os ordeno servirme y socorrerme en todo lo conducente a la advertencia y salvamento del navío de línea que se aproxima.

—En el agua no hay tronos.

Sin contestarme, el anciano camina torpemente hacia la gran cámara del capitán, arrastra hacia cubierta sus patéticos tesoros: torneadas patas de mesa, flecos de casacas de seda, sillones desfondados, mapas desgarrados, la caja de un clavecín desdentado. Adivino sus intenciones; con el hacha de abordaje astillo la baranda de la toldilla, arrojo los trozos de madera sobre el montón. El anciano hace rodar desde su cámara un barrilito de aceite, le arranca el tapón, embebe los trapos, mira a su alrededor con desesperación. Le arrojo el percutor de pedernal de una pistola. En vano hace saltar chispas que el creciente ventarrón disipa. Entre la ralea de gatos que maúllan inquietos bajo a la bodega y regreso cargando una pipa de ron que abro de un hachazo sobre la pira de despojos. Sobre mi hombro diviso el velamen del gran navío, que crece sobre el horizonte ya sumido en una oscuridad casi total. La brisa nos trae una lejana trompetería que interpreta el tristísimo toque de Oración. El anciano arranca del percutor chispas que el viento del Levante arrastra como luciérnagas, hasta que una de ellas prende en una hilacha de estopa y esta en un revoltijo de hilos de lona y esta en el charco de ron y una lengua de fuego azul barre la popa y el casco se vuelve tea ardiente.

Llorando, el anciano se retira hacia la hundida proa, viendo convertirse la magnificencia del navío en luz, precisamente como, me dice, ardió su buque insignia en la rada de Tobago. Dando un alarido, se arroja al mar entre un vendaval de chispas. Aferro el hacha, me arrojo tras él. Al caer cruzo con gatos llameantes, me aturde un estruendo de órdenes, silbatos y campanas. En la oscuridad de las aguas distingo apenas al anciano como una mancha blancuzca que se precipita al abismo. Aferro su talón, subo a respirar. El navío de línea vira aceleradamente por la banda de estribor, perdiendo el aire en sus velas cuadras que flamean estrepitosamente. Oigo la zambullida de las anclas y el golpe de las sondas en el agua y el chapuzón de las chalupas que bajan para explorar el laberinto de bajos.

El anciano revive al escuchar las voces de los remeros que hablan en francés. Con la fuerza de un loco trata de desasirse, da gritos, órdenes, alaridos. Una chalupa se nos acerca, alumbrándose con un fanal, con el golpe rítmico de una docena de remos. El contramaestre nos ase por los cabellos. Exhausto, no puedo resistirme mientras nos llevan hacia el navío y nos izan por la escala de tojines como grandes peces recién capturados. Una muchedumbre de marinos nos contempla, atónita. En la cubierta superior iluminada por los fanales el anciano se yergue, semidesnudo, chorreante, tembloroso, casi majestuoso:

—Soy el vicealmirante conde Jean d' Estrées y exijo al capitán de este navío de su Majestad presentárame, informarme qué buque es, cuáles son sus comisiones y ponerse a mis inmediatas órdenes para el rescate y salvamento de la Flota de Poniente.

Desde la toldilla, en la popa, replica un hombre de peluca plateada rodeado de un corro de oficiales:

—Este navío es el *Victoire*; yo soy Fourbin, su capitán; el vizconde Jean d' Estrées está en comisión en el Báltico, y tú eres un pillo, que serás ahorcado al amanecer junto con tu compinche por saquear e incendiar los restos de la Flota del Poniente, propiedad única y exclusiva de su muy católica Majestad Luis XIV.

—¿Cómo? —dice el anciano, abriendo ojos como platos. —¿Acaso algún farsante toma mi nombre? ¿Quizá un impostor abusa del anillo con mi sello y de mis comisiones, que di a mi cirujano y médico de confianza Alex Olivier Exmelin para que facilitara y ejecutara las más urgentes diligencias de salvamento?

El capitán se nos acerca. —Déjame ver tus manos —dice al anciano. Y ante las encallecidas palmas del náufrago, añade: —Trabajas, no puedes ser más que un canalla.

—Y en cuanto a ti, pillo —me grita— tu cuerpo habla. No eres de pies a cabeza más que una llaga de heridas y cortes y tajos; usas un hacha de abordaje.

—La encontré en la bodega de un navío del Rey de Francia.

—Hombre en batallas y sin amo: escoria. Mañana bailarás la zarabanda sin zapatillas, perro.

—Para ser perro me falta tener amo.

El lugarteniente clava el hacha en el enjaretado frente al palo del trinquete. Nos atan a este, entre un marino azotado sujeto en los brandales de babor y un marino con mordaza de hierro amarrado a los brandales de estribor. Huelo el ambiente denso de la tripulación amargada por el exceso de castigos. El capitán Fourbin no encuentra el rumbo justo entre la falta de autoridad, que lleva al desorden, y su exceso, que conduce al motín. Para conjurarlo,

prepara un espectáculo: una ejecución divierte; si es de alguien extraño a la dotación, no priva de brazos.

El capitán se encierra en su camarote. Toca el corneta la retreta para el inicio de las tareas nocturnas. El maestre de velas ordena recoger el aparejo. Los marinos del cuarto de guardia, sin oficio en el mar apacible, nos rodean curiosos. A la luz remota del navío insignia cuyas cubiertas crepitan como leños en una hoguera, el anciano habla interminablemente. Habla de la grandeza de su casa, de Gabriela d' Estrées, infortunada favorita de Enrique IV; de sus propias campañas en el Mediterráneo y en Africa, de sus batallas múltiples y de sus riesgosas navegaciones. Envía saludos a los cardenales y arzobispos de la nobleza, y a su pariente el Papa, y en todo se comporta mesurado y paciente. Algunos marinos, conmovidos, renuncian a su rancho y le ofrecen los malolientes tazones: condesciende a probarlos. En una tardía hora de la noche, cuando el mismo incendio del enorme navío parece aplacarse, el oficial de guardia, un joven pálido que escucha silencioso, de repente le dice a su acompañante, otro joven oficial vestido de negro:

—En verdad, no encuentro en este pobre loco otra culpa que la de salvarnos de los escollos de esta maldita isla que aparece y desaparece entre las aguas. Hablaré con el capitán; nunca he pedido una gracia para mí mismo.

—Quizá hacerlo para otro te lo haga más fácil, Misson —le contesta el oficial vestido de negro.

Largo rato permanece el oficial pálido en los aposentos del capitán en la toldilla. Con la campanada que anuncia el cambio de guardia reaparece, pero no dice nada, ni se retira a descansar. Aprovechando un instante en que el

anciano calla por cansancio o porque se pierde en los arrecifes de la memoria, el oficial vestido de negro se acerca al anciano, y le susurra al oído, apenas a mi alcance:

—Señor, me llamo Caraccioli, y dejé el hábito de dominico en Roma por enrolarme con mi amigo Misson. En esta nave no hay sacerdote, y yo mismo debo confesaros que solo creo en un Dios que ni ama ni odia, ni está sujeto a pasión alguna. Pero si en algo puedo servirlos, estoy a vuestras órdenes.

—Mañana confesaré ante vos y ante todos.

El oficial me interroga con la mirada. —Soy como vuestro Dios —le digo— o lo seré mañana.

El joven oficial a quien llaman Misson, reclinado sobre la amura de estribor, dice como para sí mismo:

—Llamamos alma a esa facultad de razonar que percibimos en nosotros; pero qué es esta alma es cosa que desconocemos. Puede que muera con el cuerpo o puede que sobreviva. Soy de la opinión de que es inmortal, pero decir que esta opinión es el dictado de la razón o solo un prejuicio de la educación sería cosa que, lo confieso, me confundiría. Si es inmortal, debe ser una emanación del ser divino, y consiguientemente al separarse del cuerpo, retornará a su primer principio si no está contaminada. Entonces mi razón me dice que si es extraviada de su principio primero, que es la deidad, todos los infiernos de la invención humana no pueden producir torturas comparables a semejante destierro. Pero habiéndonos creado Dios o el Caos, no sería sino para ver en nosotros reflejada su poderosa libertad, y antes de volver a ellos emularlos en su prodigiosa facultad de inventar formas. Nos ha sido dada la razón para que disfrutemos de nuestra dicha presente y por venir, y todo lo que a ella se oponga, debe ser falso.

Viene un largo silencio, que solo interrumpe el estallido de algún madero del pecio en llamas. Caraccioli se mueve de un lado a otro de la cubierta, mantiene largas conversaciones en voz baja con los hombres de guardia. A bordo siguen los murmullos del navío, que nunca duerme. Los cocineros avivan el fuego y calientan grandes ollas para el primer rancho; los carpinteros abren toneles de carne salada, las ratas chillan, se disputan piltrafas.

El fulgor del incendio palidece. Se anuncia el alba. Suena la campana del cambio de guardia. Comparece en cubierta un tambor, desentumiéndose los dedos para el redoble. Tocan los cornetas una destemplada diana. De la puerta bajo la toldilla surgen el capitán Fourbin y sus oficiales, ajustándose pelucas y casacas como quien sale de una letrina. El redoble llama a formación en cubierta. El anciano se despide de sus oyentes y llama al verdugo para perdonarle; al ver que este trae dos largos lazos corredizos por primera vez parece desfallecer y palidece:

—Un grande de Francia no puede morir como un canalla. Capitán Fourbin, de un caballero a otro, yo te pido y exijo el filo del hacha: de esa misma hacha rescatada por uno de mis hombres, tan cercana a mí como mi último instante.

Un trueno de carcajadas del capitán y de los oficiales lo acalla. Nos desatan del mástil de trinquete, nos conducen ante el palo mayor. Trastabillamos, los miembros dormidos por la prolongada atadura, pinchados por millares de agujas heladas. El anciano cae. Bajo la grisácea melena veo sus mejillas ruborizadas de que el traspíe parezca de cobardía. Rechaza toda ayuda, se yergue torpemente. Sus greñas le dan aspecto de santo; sus harapos de lona, de emperador romano. Nos ponen las sogas al cuello. De

rejo nos miran el marino azotado sujeto en los brandales de babor y el marino con mordaza de hierro amarrado a los brandales de estribor. El viejo alza su voz sobre el apagado trueno del redoblante:

—Amanece. Salimos apenas de la sombra. En este mismo momento, en Versalles se aproxima el Astro Rey a la engeguedora culminación de su gloria. En este preciso instante acostumbra nuestro Soberano concluir su paseo por el Jardín de la Inteligencia que le diseñara Le Nôtre, el milagroso paisaje de estanques y parterres dedicado al imposible connubio de las aguas y del Sol, que ordenó construir en melancólico homenaje a sus contrariados amores con María Mancini, sobrina del cardenal Mazarino. Sí, quizá en este instante Él desciende de la góndola de fantasía diseñada por Caffieri y tripulada por venecianos. Quizá dirige una mirada desdeñosa hacia los modelos en miniatura de sus flotas que el ministro Jean Baptiste Colbert hace navegar entre las alegóricas esculturas de Le Gros y Renaudin para interesar a su Majestad en la marina que domina al mundo con doscientos navíos de línea como este y doscientos mil hombres que como yo le sirven. Mas, escuchad: el obispo Bossuet eleva a los cielos una plegaria; Jean Baptiste Lully alza el pesado bastón para acompañar la marcha con la cual los músicos celebran el avance del Soberano hacia palacio, cuyo camino le abre la multitud adoratoria de sus cortesanos; puede ser que ahora mismo entre en los aposentos decorados por Le Brun, se mire en sus bustos esculpidos por Le Bernan; que al compás de una de las fanfarrias compuestas por Michel-Richard de Lalande se dirija ensimismado hacia su almuerzo, uno de los pocos actos que realiza en privado y para el cual se aglomeran apenas medio millar de criados.

Y en el instante de iluminarnos, ¿piensa en cada uno de nosotros el Rey?

—¡Al grano, perro, que todavía no desayunamos! —grita desde la toldilla el capitán Fourbin.

—En el nombre de Dios, que nos mira y nos juzga, juro que perdono a mis enemigos. Y pues no hay sacerdote en esta nave de Su Majestad, quiero a mi vez hacer confesión para suplicar de todos y cada uno de ustedes el perdón sin el cual difícilmente se afronta la hora extrema.

La primera luz del alba permite discernir el mal gesto del capitán. Pero el oficial joven que acompañó en su vigilia al oficial pálido grita:

—¡Habla!

Sin que nadie lo ordene, se detiene el exasperante redoblar del tambor.

—Nada tengo que decir —prorrumpe ásperamente el anciano— nada tengo que decir de mis heridas en el sitio de Gravelinas, de mi ataque al puente de Charendon en 1648, ni de mi triunfo contra Condé, sitiador de Arras. En tierra firme todo es claro. La oscuridad empieza en el mar. Aquí se inicia mi confesión, que es tal porque viola, no mi secreto, sino el de una Alta Instancia hasta ahora innumerable. En 1672, al mando de las flotas reales en la batalla de Southwold, permanecí en cautelosa reserva mientras se despedazaban entre sí las armadas de nuestros aliados ingleses y nuestros enemigos holandeses. El año siguiente, en la batalla de Texel, contuve los treinta navíos a mi mando para que dejaran pasar una escuadra enemiga de solo diez buques holandeses al mando de Bakaert, que acudían en auxilio del almirante De Ruyter. Ahora lo digo, y que caiga sobre mi conciencia la revelación de la razón de Estado: en ambos casos obedecí instrucciones reservadas de su Sere-

nísima Majestad, a quien plugo dejar que el enemigo y el aliado se desangraran entre ellos mientras la fuerza del pabellón de lis resplandecía incólume. Pero la orden real sellaba mis labios para responder a la acusación de cobardía que empezó a circular entre el pequeño mundo de los marinos, que somos todos demonios los unos de los otros. Lealmente callé estas instrucciones que nuestros aliados hubieran podido tachar de desleales. Pero en mi fuero interno me propuse desmentir a cualquier costo el mote de cobardía con una reputación de arrojo que me hiciera único entre los oficiales de la marina del ministro Colbert. Así, adopté como regla inflexible la acometida. En 1676 conquisté Cayena, capturé Martinica, arrasé Margarita, saqué una aldea llamada Valencia. Cubiertas así mis espaldas en la Costa de las Perlas instruí a los pilotos de la Flota del Poniente fijar rumbo hacia Tobago.

El capitán Fourbin repite su gesto de impaciencia, ahora un algo más visible en la semiclaridad del alba. El anciano, sosteniéndole la mirada, prosigue:

—Tobago, capitán Fourbin, es esa pequeña isla infestada de salvajes caribes al Norte de Trinidad, cerca de las bocas del gran río Orinoco. Para ese año también estaba infestada de holandeses. El comandante Jacob Binckes me esperaba, su flota resguardada en una bahía custodiada por la artillería de su fuerte, Steerrenschans. Los almirantes nos adivinamos los unos a los otros como enamorados: Binckes me había tendido la trampa mortal de la bahía para obligarme a desembarcar mi infantería en otro sitio e invitarme a malgastarla en inútiles ataques contra el fuerte. Confiado en la tacha de cobardía que el deber me había impuesto, no me creía lo suficientemente temerario como para navegar en una bahía dominada por sus cañones. Pero ello fue justamente lo que

hice. Con mi nave almirante *Glorieux* a la cabeza, entré en la trampa y abordé su navío insignia, el *Huis Te Kruiningen*. Desde el fuerte nos acribillaron con un millar de cañonazos. Contestamos con otros tantos. El *Marquis* abordó al *Leyden*; ambos se incendiaron. El fuego se corrió a otros buques holandeses y alcanzó al *Sphera Mundi*, donde el imbécil de Binckes había refugiado a las mujeres y niños de la colonia. Las llamas alcanzaron al *Huis Te Kruiningen* antes de que pudiera destrabar de él mi buque insignia. Ambos explotaron. Cuatrocientos hombres de mi dotación perecieron por mi loca temeridad; antes de caer a las aguas recibí esta herida en la cabeza que desde entonces llevo como la marca de Caín.

—¡Es el bastonazo de un contramaestre, canalla! — grita Fourbin desde la popa.

Nadie ríe. El anciano continúa, inmovible:

—Durante tres días combatimos bajo el diluvio de la artillería del fuerte. Aniquilé la flota de Binckes al costo de la pérdida de cuatro de mis mejores navíos de línea y de sus dotaciones. Sacrifiqué doscientos hombres de infantería en mi loco intento de desalojar por tierra el fuerte que no había podido desbaratar desde la bahía. A mi regreso a París hubo iluminaciones y medallas acuñadas para celebrar como victoria lo que era una carnicería naval y una derrota terrestre. Dios haya perdonado a Binckes su vana seguridad. Sobre su cabeza, como sobre la mía, pesan las vidas de todas las mujeres y todos los niños incinerados en el *Sphera Mundi*, en cuyas brasas ardientes, como las de ese pecio que todavía no se extingue, medimos nuestras vanidades inútiles.

La tripulación vuelve sus miradas un instante hacia el horno de la nave insignia, las torna hacia el anciano:

—¿Bastó eso para hacerme reflexionar? Acosé a Colbert hasta que me dio otra flota de once buques de guerra y seis filibotes. Con la velocidad del relámpago crucé el Atlántico, conquisté la isla de Gobres, caí sobre Tobago para atrapar a Binckes como lo quería tener: antes de que recibiera ningún auxilio de los avaros propietarios de la Compañía de las Indias Occidentales que lo habían enviado a ese infierno; antes de que la luz de la razón le aconsejara abandonar en los cinco buques que le quedaban aquella colonia condenada. Pero los almirantes nos adivinamos como enamorados. Sabía que Jacobo Binckes no se iría: sabía que quería hacerme saber que su testarudez era superior a mi temeridad. Tuve que entrar de nuevo en la bahía dominada por los cañones del fuerte, tuve que reconquistar bajo su fuego mis buques prisioneros. Tuve que contestar el fuego del fuerte. Pero esta vez Colbert me había provisto del nuevo tipo de granadas explosivas del ingeniero De Combes. Acertamos con una de ellas sobre el techo del polvorín, mientras comían los oficiales. Centenar y medio de defensores volaron por los aires sin haber podido combatir. Tomé trescientos prisioneros, incendié baluartes, casas, plantaciones: convertí el maldito islote en una pira funeraria y me fui sin dejar guarnición ocupándolo, puesto que ya había cumplido su única función posible, que era la de atestiguar mi temeridad.

—¡Basta! —grita el capitán Fourbin. —¡Tambores!

—¡Un instante! ¡Un instante aún! —grita el anciano, sobreponiéndose al redoble fúnebre. —¡Mi alma no descansará hasta que se sepa cómo mi temeridad insensata condenó a esta entera flota encallada ante nuestros ojos! ¡En 1678, Su Majestad y el ministro Colbert me encomendaron quince navíos de línea para conquistar Cura-

zao, ese islote que tomaron los holandeses para explotarle la sal! ¡En Saint Christophe se me unieron otras quince naves con mil doscientos filibusteros! ¡Fijé el rumbo al Sudeste! ¡Nos guiamos por el León y de la Cruz del Sur! ¡El piloto me había recomendado prudencia, pues no sabíamos nuestra posición exacta y en la cercanía había escollos que solo afloran en ciertas épocas del año! ¡Y entonces vi luces en el horizonte del Sudeste! ¡Y las vi alejarse! ¡Y llevado por mi loca osadía, ordené la persecución a toda vela! ¡Oh, si me hubiera conocido a mí mismo como me conocía el testarudo Binckes!

Los tambores callan un instante, pues el anciano baja la voz hasta hacerla casi inaudible:

—Juro que creí corsarios holandeses lo que no era más que un señuelo del enemigo para hacerme precipitar mi flota entera en la boca de la muerte, en donde ahora estamos. Al encallar los primeros navíos, ordené encender luces y disparar cañonazos de advertencia. Conociendo mi temeridad, el resto de la flota las tomó por andanadas en combate e hizo fuerza de velas para unírseme. Así llevé a la perdición a una flota de treinta naves de guerra. En vano arrojamos racimos de anclas de esperanza, con los vástagos atravesados en las argollas de otras anclas, por ver si aquellos garfios detenían el arrastre hacia las rompientes. Uno tras otro escuché el estrépito de cascos estallando o empotrándose en el coral. La mar gruesa dificultó el salvamento. Apenas rescatamos un navío de línea, dos transportes, tres brulotes y otros tres buques más que pudimos desencallar después de arduo trabajo. Una nave cargada de ebrios soltó sus amarras y jamás volvimos a verla. Perdimos medio millar de hombres. Y así como de nuevo perdono a mis enemigos, solemnemente y ante el

Altísimo protesto que humildemente acepto la muerte y suplico el perdón de todos aquellos a quienes mi execrable temeridad sepultó bajo el mar, tomado de cuyas manos adoloridas descendo en este momento a hacerles compañía y a afrontar el terrible juicio de mi conciencia bajo las aguas de la muerte.

Con la cabeza baja, sin hacer caso de la floja soga, el anciano empieza a arrodillarse. La tripulación intercambia miradas de desconcierto. Fourbin hace un gesto imperioso al contraмаestre, este lo repite a la cuadrilla; seis marinos tiran de la soga sobre cubierta. El vicealmirante se eleva, asciende en un amplio giro sobre la verga de la mayor y la verga de gavia y la verga de juanete hasta un horizonte de olas y rompientes y barcos devastados y nubes donde el primer rayo de sol enciende su barba plateada.

Siguiendo la dirección del despojo, las miradas hasta entonces concentradas en la ejecución se posan en el Naciente, desde donde vienen el soplo del alisio y el fulgor del sol y una vela formidable, todavía azul por la distancia. Al incendiar su nave almirante, el anciano quizá ha atraído al intruso; al mantenernos absortos con su larga perorata, nos ha impedido advertirlo antes de estar a su merced.

—¡Navío a la vista! —gritan los vigías.

—¿Qué bandera?

—¡Inglés!

—¿Cuál porte?

—Cuarenta cañones.

—¡Todos a sus puestos! —grita Fourbin. —¡Zafarrancho de combate! ¡Icen foques! ¡Larguen cangreja! ¡Abran portas! ¡Leven anclas!

Rompen tambores y trompetas a tocar «Generala» y ataque; rompen los tripulantes la formación como una

bandada de pájaros asustados, trepan por los brandales hacia las vergas, bajan para hacer girar el cabestrante. La cuerda que sostiene al anciano se traba en un paso de la maniobra: su cuerpo desnudo pende como el badajo de una campana, revoloteando entre las velas que el viento hace flamear al igual que su barba.

Cruje el casco. El ancla está trabada en el fondo. Los foques y cangreja izadas prematuramente para ceñir al viento dan un zapatazo como queriendo reventar bauprés y mesana y afincan el ancla en el coral; su impulso castiga los mástiles; los hombres que empujan las palancas del cabrestante no hacen más que tensar la sogá hasta el punto cercano al estallido. Por un instante, parece que el ancla sale, pero vuelve a trabarse en la maraña de los corales profundos. El navío, como un caballo sostenido por las riendas que caracolea sin poder liberar sus belfos del bocado, empieza a girar lentamente, impulsado por el viento sobre los recién desplegados foques y mesana. El oficial pálido que veló con nosotros mira con rabia: comprende que la desdichada maniobra terminará por dirigir la proa hacia el viento, en la más desfavorable posición frente al navío inglés que se aproxima con todo el impulso de sus velas desplegadas, a las cuales afanados gavieros añaden aletas a babor y estribor. El oficial mira hacia el cable del ancla, al hacha de abordaje clavada en los enjaretados. Como una exhalación, toma el hacha, salta sobre la borda, se desliza por los beques hasta el escoben en el cual vibra el cable del ancla, le asesta uno, dos, diez tajos. El cabo estalla, revienta con su formidable latigazo la antena de la cebadera. Un grito de exaltación y de terror escapa de todas las gargantas: la corriente y el viento empujan al *Victoire* hacia el estrecho abrazo de los bajos.

—¡Maldito seas, Misson, has perdido un ancla! —le grita el capitán Fourbin desde la popa. —¡Después del combate te reunirás con ella!

—¡He liberado al *Victoire*! —grita Misson, trepando por la amura de estribor con las manos ensangrentadas.

—Norte franco, veinte brazas —le digo.

—Has comprado una hora de vida.

—No es todavía la salida.

—Quizás tengas otra hora más.

—Quizás tú también.

El joven Misson vocea el rumbo a los pilotos que se afanan sobre la rueda del timón. Fourbin se muerde los labios, sin osar contradecirlo: el sol rasante impide a los vigías distinguir los bajos. El maestre de velas ordena ceñir para aprovechar el alisio que viene del Levante; el enorme casco escora, arrastrado por el impulso de las velas. Si el viento sopla lo suficiente, pueden aprovecharlo al sesgo para evadir la mortífera media luna de corales tendida como un abrazo. El sople constante del alisio comienza a impulsar al *Victoire* hacia el Norte de la malla de corales: con el ánimo suspendido ven todos la proa dirigirse hacia el último extremo de aquella garrá violeta extendida bajo las aguas, aflorando por momentos sus uñas espumosas. Los dos timoneles dan un impulso a la rueda. Rechinan maderos, cuerdas, poleas. Los gavieros disponen las vergas de velacho, trinquete, juanete, mayor, perico y mesana para navegar con el viento de costado.

Como en una pesadilla, los marinos absortos escuchan el rascar del diente del coral en el casco. Los timoneles, pálidos, no saben si forzar la rueda una cuarta más, perdiendo el viento, o dejar que este empuje el navío por el curso ya fijado, donde resuena el lúgubre arañazo que puede desventrarlo.

El viento trae un estruendo de órdenes, silbatos y trompetas desde la cubierta del buque inglés. Este, que ahora corre el riesgo de adelantársenos, recoge trapo, todos sus hombres mirándonos, en el palo de mesana la ristra de banderolas que intiman rendición, los artilleros afanados sobre sus cañones, una hilera de grumetillos acarreado cartuchos y barriles de pólvora desde las bodegas, las cofas llenas de fusileros con largos mosquetes. Con la ventaja del viento en popa, gira lentamente hacia estribor para ganar el Norte franco y atrápanos entre los corales y los veinte cañones de su banda de babor, que se nos aproxima con tal celeridad que pronto divisamos las lucecitas de las mechas en los botafuegos y en la decorada proa el nombre de *Winchelsea*.

¡Una luz! ¡Otra! ¡Otra! ¡Andanada! ¡Balas encadenadas! ¡Giran, latiguean! Las velas se rasgan: caen, arden, estallan en tiras. Entre la humareda Misson se acerca, corta con el hacha de abordaje las ataduras del marino azotado en los brandales de babor y del marino con mordaza de hierro atado a los brandales de estribor, corta mis ataduras, arroja el hacha a mis pies. Una botavara se viene abajo, golpea la toldilla. ¡Lonas rasgadas! ¡Cabos partidos! ¡Nubes de astillas! La metralla arroja cuerpos retorcidos sobre cubierta; la humareda nos envuelve, los hombres tosen, al disiparse descubren el cuerpo del capitán Fourbin inmóvil en un charco de sangre. El maestro corre al palo de mesana, bandera de rendición en mano. Misson lo tiende de un planazo. El y Caraccioli se miran. Entre ambos hay un relámpago de entendimiento. Misson ordena el fuego a los artilleros de estribor. El *Winchelsea* se aproxima por su propio impulso. Las piezas disparan una tras otra, le abren boquetes en las velas, le saltan trozos de amura, vuelan nubes de astillas de madera que acribillan a los hombres. El humo envuelve a los navíos.

—Noroeste cuarta al Este, treinta brazas —grito entre la humareda que vela los gritos de los heridos y los insultos de las tripulaciones. Un timonel se retuerce en el suelo, herido; para ayudar al otro aferro las cabillas de la inmensa rueda del timón. Nadie se atreve a separarme de él. Misson vocea el nuevo rumbo, multiplica las órdenes para el cambio de borda, anima a los marinos parapetados tras las amuras y los mástiles y las batayolas empalletadas de hamacas aferradas.

Se desarrolla así la rutina del combate entre navíos artillados: trata ahora el *Winchelsea* de virar ante nosotros para asestarnos la andanada de sus cañones de estribor, que todavía no ha disparado; intentamos nosotros ganarle en velocidad para presentarle el costado de babor y dispararle con los cañones cargados en esa banda. Pasamos casi rozándole el bauprés, desde el cual nos barre la metralla de dos piezas pequeñas. El violento viraje de la maniobra nos hace perder impulso nuevamente, lo cual es bueno porque el *Winchelsea* se adelanta y pierde el barlovento: nuestras desgarradas velas le tapan el viento, estorbándole la maniobra: quedamos parejos, a un mismo nivel, enfrentando las bordas preñadas de cañones.

Desmaya el viento. Quedan las dos naves cabeceando, velas colgantes, sin gobierno las palas de los timones, todavía fuera del alcance de los pesados cañones. Envían los contra maestres fusileros al bauprés, a las cofas, a las gavias. Desde los aparejos las marinerías se acribillan como quien derriba pájaros de un árbol; juaneteros y gavieros inermes se parapetan tras mástiles y vergas; alcanzados, abren los brazos y resbalan, pirueteando entre andariveles,

penoles, obenques. Cada vez que un fruto cae del árbol de la muerte otro escala sus ramas, pues despoblar los aparejos sería quedar sin impulso en cuanto vuelvan a soplar los vientos. Se ensañan los fusileros contra los hombres que trepan por las redes de los obenques; el golpe seco de los disparos siembra cubiertas y aparejos de cuerpos doblados en posiciones grotescas.

Por los pescantes de la borda de babor baja el *Victoire* su chalupa; por los de la borda de estribor baja la suya el *Winchelsea*; se afanan los remeros en remolcar la mole enorme de las naves para dejarlas en la posición más favorable; sobre los remos van cayendo doblados por mosquetazos que les disparan desde las cofas, las vergas, las gavias.

Quedan las chalupas inmóviles como ataúdes flotantes. El último golpe de remos ha dado a los navíos un impulso que los acerca lentamente, palmo a palmo. En la ominosa calma del mar se afanan sobre sus piezas los artilleros, rectificando la puntería con cuñas y palancas hasta que frente a las bocas aparece con una lentitud de sueño la amura de la nave enemiga, horadada de portas tras las cuales asoman cañones y las chispeantes lumbres de las mechas.

Resuenan simultáneos truenos: ambos navíos se sacuden, crujen, tiemblan. Lo que sigue es un mal asunto. El *Winchelsea* dispara palanquetas: pares de balas unidas por una barra, que giran trizando aparejos. Saltan surtidores de astillas. Entre nubes de azufre silban cables con garfios de abordaje. Ambas tripulaciones esgrimen hachas y sables. Desde las cofas los marineros del *Winchelsea* barren la cubierta del *Victoire* con órganos, piezas de artillería con numerosos cañones de fusiles ensamblados; los del *Victoire* acribillan la cubierta del enemigo con granadas de mano.

Y no encuentro en el combate la ebriedad sagrada de otros tiempos. Ante mí pasan la explosión, el sablazo y el dolor y el grito como recuerdos de un sueño demasiado vívido, aunque hago los precisos movimientos para sobrevivir. La vejez me obliga a ahorrar la energía, que se disipa principalmente en gestos. Me cubro de la metralla con la rueda del timón; con el hacha rechazo a los marinos de la primera oleada de abordaje del *Winchelsea* que se atreven hasta la toldilla. Mato sin alivio y sin placer, igual que vivo. Pues no puedo exonerarme de mi deber: nada debe aliviar al hombre del horror de contemplar la nada, que es su destino. Todos los velos, necesidad, enfermedad, muerte, deben ser rasgados para entregarse en carne viva a este fuego sin forma que es contemplar hasta el último instante en sí mismo el avance del decaimiento y de la disolución.

Muere el sol. El *Victoire* tiene la cubierta llena de cadáveres, los mástiles acribillados, las velas rasgadas; el *Winchelsea* es una pira funeraria de la cual llegan gritos de marinos incinerados: los sobrevivientes de su banda se afanan con rasgados tambores y desfallecientes trompetas en los toques de Llamada y Tropa —abandono del buque— y de Parte y Ataque: preparación de abandono del navío. Dejo un instante el timón al otro timonel; con el hacha corto los cables de abordaje mientras las llamaradas del *Winchelsea* lamen la amura del *Victoire*. Misson grita órdenes a los gavieros, pero el viento apenas levanta y los agujereados harapos de velas no bastan para evitar que el enemigo incendiado abraza con sus llamaradas al vencedor y lo arrastre al abismo: con remos y bicheros y hachas de abordaje tratamos de mantener separados los cascos: y aún la muralla de madera ardiente insiste en besarnos y los cañones al rojo vivo en cauterizar

las amuras: hasta que los gavieros consiguen cargar un precario trapo en el palo del trinquete y el *Victoire* se separa lentamente de la pira funeraria que lo envuelve en nubes de chispas: los hombres horrorizados se afanan sobre las palancas de las bombas y con cubos y odres recogen agua y se los pasan en hileras para ahogar el enjambre de chispas que muerde las cubiertas como una tromba de abejas enfurecidas: todos esperan volar con el reventar del polvorín, pero solo hay el lento llamear de la presa que parece seguirnos a medida que cae la noche y el gímoteo de heridos y quemados nos persigue con más empeño que el ardor de las chispas: y toda la noche arde en la proximidad el gran casco de la nave enemiga como una necrópolis incinerando los cuerpos de sus muertos en las hornacinas de las troneras y de los escotillones del casco ardiente de donde casi ya no salen voces y al cual miran los hombres con pavor afanándose en vestir con velas nuevas las vergas y desescombrar de cadáveres las cubiertas hasta que entre los dos buques hay como una alfombra de cuerpos que flotan mirando hacia el abismo: sobre esa alfombra, pasando de cuerpo despedazado en cuerpo despedazado y abandonándolos a medida que se vuelcan o se hunden, se acerca un niño del barco incinerado: un grumetillo, un asistente de artillero, sin rostro por las chamuscaduras del hollín, chapoteando como una rata en una bodega inundada hacia el *Victoire* que se aleja pausadamente llevado por la primera brisa y del cual espera quizá recibir la gracia: un tiro de mosquete para no esperar la muerte día tras día aferrado a los cuerpos trizados entre los cuales mordisquean ya los grandes peces del abismo: sus manecitas asen el primer peldaño de la escala de tojines y con los ojos enrojecidos mira hacia los rostros ennegrecidos

que lo contemplan desde la cubierta: todos disformes por las heridas, la sangre y el odio, todos aprestando sables y hachas de abordaje: el niño y los marinos se miran como desde las orillas de la vida y de la muerte: un mosquetero apoya el cañón del arma en la borda y apunta a la cabeza del niño: se oye un grito: el oficial Misson manda:

—Alto.

Lanzo un cabo: izo al grumetillo: es un niño apenas que balbucea en inglés: ni entiende ni lo entienden: tiembla y escurre agua como un gato caído en un pozo: mira y lo miran: el barco incinerado hace un ruido sordo, como el de un tambor que cae, y revienta en luz. Al fagonazo vemos por un instante nuestra cubierta, que es una sola mancha de sangre, y el pendulante cuerpo del anciano, que vuela entre las velas desflecadas. El niño rompe a llorar.

Misson y su enlutado amigo inspeccionan la cubierta alumbrándose con candiles. Voltean al capitán Fourbin, con la cabeza cortada como por el preciso golpe de un hacha de abordaje. El primer oficial ha muerto aplastado por un trozo de verga; el segundo oficial grita en la enfermería donde el cirujano se afana aserrando miembros y los ayudantes cauterizan muñones con alquitrán hirviente.

Corre la mancha de luz de los candiles por la cubierta iluminando rostros que ya no son rostros. Y en la proa desciende hasta el mar. El cansancio invita a dormir un sueño como el que duermen por siempre los cuerpos desgarrados. ¿Estamos entre los vivos o entre los muertos?

Nos aborda la soledad del mar.

Alguien destraba la polea de la que cuelga la soga en la cual pende el cuerpo del anciano.

Lentamente lo acuestan en cubierta sin saber qué hacer con él. Alguien lava con un cubo de agua sus retorcidos pies deformes.

Estamos en presencia de un augusto misterio. Tal, que hasta los heridos se quejan quedamente por no espantar la delgadez del tiempo suspendido sobre aquellos fantasmas de hombres que somos arrastrando armas, aparejos, cadáveres.

Creo que todos tememos el momento atroz en que el sol nos alumbra.

Hacia popa un nuevo alarido se une a los lamentos de los moribundos. Creo distinguir que el oficial Misson se cubre el rostro, temblando de cólera o de llanto.

Caraccioli se le aproxima y le habla, a algunos pasos de distancia:

—Amigo Misson. O por mejor decir, capitán Misson, pues el accidente ocurrido a los comandantes os autoriza a asumir el mando y tomar las providencias necesarias para la preservación de este navío y de nuestras vidas. Solo a vos toca decidir si este mando ha de ser provisorio, o duradero. Si, de regreso a Martinica, hemos de conformarnos con algún insignificante ascenso o dádiva que nos acuerde la dudosa justicia del Almirantazgo, o si, como lo sentimos un grupo de hombres de la tripulación, ha llegado el momento de no depender de otra justicia que la que nos tomemos nosotros mismos en nuestras manos.

Al fin la voz de Misson nos llega enronquecida, lejana, como si no saliera de un sitio preciso o exterior a nosotros.

—Si Dios ha hecho a cada hombre íntegro y completo en su razonamiento, es para permitirle agotar su destino en la libertad más perfecta. Si cada hombre ha sido hecho libre, no ha de estar sujeto a otro señor, amo o autoridad

que el que elija revocable y libremente. Si toda autoridad mana de quien elige, no ha de haber entre este y el elegido diferencia alguna de privilegio, rango o ventaja, así como no ha de haberla entre hombre y hombre, cualesquiera que sea su nación, fe o credo. Si esa parte de divinidad que hay en nos y a la que llamamos libertad no ha de extinguirse, juremos ya que no la rendiremos a trono, altar o potencia distintos que la de nuestro propio juicio o el de aquellos con quienes consintamos en votar fraternalmente. Si, en fin, nos atrevemos a jurar no inclinarnos ante persona alguna ni ante ella someternos en esclavitud, por el acto mismo nos declaramos libres de servidumbre a toda cosa, llámese propiedad, derecho o título, mientras nuestro viviente ser aliente y pueda escaparse de ser siervo de lo muerto.

Elevando la voz, en medio del corrillo de marinos Misson dice:

—Ya que algunos hombres se han decidido por una vida de libertad y me han pedido que provisoriamente los represente. Ya que no tengo intención de obligar a nadie, pues me haría culpable de la injusticia que reprocho a los demás. Si alguno es contrario a compartir nuestra fortuna, que prometo ha de ser igual para todos, pido que lo declare y lo desembarcaremos en el sitio más apropiado para que regrese con comodidad a su servidumbre. Y si un hombre, que no es más que otro hombre, se considera de ahora en adelante con derecho a considerar a los hombres como otros tantos esclavos, creados para su uso y placer, será indicio de alma grande y generosa sacudir ese yugo. Y si no podemos reparar nuestros errores, nos negamos a compartir las miserias a las que se someten los espíritus más pobres, y a rendirnos a la tiranía. Pues esos hombres

somos nosotros, y si el mundo nos hace la guerra, como la experiencia va a demostrar que nos la hará, la ley de la naturaleza nos faculta no solo para que estemos en la parte defensiva, sino para que militemos también en la ofensiva.

Una gritería aprueba sus palabras. El joven capitán Misson, sin saberlo, acaba de descubrir por sí mismo la secreta ley de la Hermandad de la Costa.

Misson añade que como no procedemos como los piratas, que son hombres de vida disoluta y sin principios, despreciaremos usar sus colores. Que nuestra causa, que es la de la libertad, es valerosa, justa, inocente y noble. Que a ella corresponde una bandera blanca, con la libertad pintada, y la divisa *A Deo, a libertate*, por Dios y la libertad, como que son una cosa misma. Izamos un trapo blanco empapado de sangre de los combatientes. Elegimos a Misson capitán, a Caraccioli lugarteniente, a Jean Bersace tercero. A mí, piloto, por mi eficacia en conducir la nave entre los dédalos de la muerte. Misson dice que todo debe ser común. Repartimos equitativamente los haberes de los muertos. Entregamos sus cuerpos a la mar.

Antes de elegir el derrotero cuento a Misson la posición de mi tesoro. El buen capitán fija exactamente el rumbo contrario.

Frente a San Cristóbal capturamos una balandra inglesa a cuyo capitán Thomas Butler solo pedimos seis boques de azúcar y dos pipas de ron.

Rumbo a las islas españolas apresamos la balandra corsaria del capitán Harry Ramsey, a quien quitamos la pólvora y devolvemos la libertad.

En Portobelo hundimos a cañonazos un buque holandés y capturamos otro del cual se nos incorporan trece hugonotes franceses.

En Cartagena vendemos la presa haciéndonos pasar por marinos franceses todavía leales al Rey Sol.

A la entrada del Golfo de México capturamos un mercante con veinte cañones al cual quitamos municiones, azúcar, cuatro mil piezas de a ocho y doce prisioneros franceses.

En el Norte de Cuba limpiamos el casco del *Victoire* sirviéndonos del peso de los cañones para escorarlo y votamos fijar rumbo hacia la costa de Guinea.

En la Costa de Oro apresamos el *Nieuwstadt* de Ámsterdam, nos apoderamos de dos mil libras esterlinas y liberamos diecisiete esclavos a quienes acogemos como iguales entre nuestros ranchos.

En el río Lagoa carenamos el barco apresado, sustituimos los maderos perforados por la broma y amenazamos a los prisioneros holandeses con azotar a quien sea encontrado con licor o juramentos en la boca.

En la costa de Angola abordamos otro buque holandés y lo entregamos a los noventa prisioneros para que busquen su libertad: once de los cuales prefieren unírseos.

Al Norte de la bahía de Table abordamos un buque inglés de cuarenta cañones y noventa hombres, treinta y seis de los cuales deciden unírseos.

No podemos volver con nuestros botines a ninguno de los puertos de las naciones del mundo, contra las que nos hemos alzado. Hacia el Naciente, las costas del África hierven de escollos y corales. Nuestro único refugio son las venturosas, desconocidas islas del océano que llaman Índico.

Hacia las cuales fijamos el rumbo.

Hay el momento perfecto en que la nave, plenamente ajustada a los vientos y a la corriente, deja de ser la atormentada máquina de casco y aparejos y por un instante desaparece fundiéndose con el paso de la espuma y se podría dejar el timón porque este no se movería, tan armónica la traslación de la montaña de madera en las aguas.

Es un instante que los hombres sienten, algo como una beatitud los inunda y también se aflojan secretamente los grandes cordajes de los músculos y los perros de las mandíbulas, porque es como si el navío fuera a disolverse en los aires o como un caballo que no necesitara ya freno ni espuelas, tan puntualmente sabido su rumbo y tan saludado con la cola de su estela.

Surcamos apenas la frente del mar, sin atrevernos a sentir el pensamiento de sus borrascas ni la pasión de sus corrientadas ni el misterio de las capas y capas de abismo de un ser ocupado en no más que recordarse a sí mismo, para el cual somos minucia, polvillo, accidente.

Hasta que el navío parece dejar esta voluntad de éxtasis y volvemos a la tensión perenne: el batallar, crujir y el abismarse y el saltar cada ola como un día sin término y la pulverización del agua escupiendo, babeando, hiriendo.

Como si los marinos todos, verdugos, atormentáramos a un noble animal contrariándole su rumbo, atándolo, maneándolo, bozaleándolo, enrodándolo, indiferentes a su quejumbre y su bufido.

Quizá fue la ruta dichosa la abandonada: quizá la que el navío deja crujiendo y caracoleando como quien renuncia a regañadientes a una querencia lejana: todo el mar es ahora encabritado y maldito.

Durante varias semanas nos fatigamos dando bordadas con el *Victoire* y con la nave capturada contra una corriente que viene del Sur, como si quisiera rechazarnos.

Hacia babor divisamos las costas del África, llenas de marismas y montañas azules sin ciudades.

Al atardecer Pietemmu se oculta en el Noreste, arrastrando consigo a los Canes y a los esplendorosos astros zodiacales.

Hacia el abismo del Sur bajamos, dejándonos caer en las noches por la calzada resplandeciente de la vía Láctea.

Hacia el terror del cielo despejado donde el alarido de todos los astros rasga la oscuridad hasta nublarla en el coro de las luces de los astros que gritan su propia agonía.

Por debajo vamos del conocido arco de la eclíptica, dejando a nuestras espaldas los amigables astros que rigen el sentido.

Elevados por el momentáneo pulso del viento: enfilada la proa hacia el indescifrable misterio de un eje celeste todavía sin astro alrededor del cual girar:

sus mismas constelaciones dispersas y vacías, como un reino todavía por construir

Desde las raíces del árbol de los cielos asciende el puñal de la Cruz del Sur, pero ahora surge desde el horizonte cabeza abajo, señalando con el cuchillo de su pedestal hacia un polo invisible alrededor del cual giran todas las constelaciones visibles.

Inmóvil a mi lado en la rueda del timón, recita Caraccioli en un arcaico florentino:

*Io mi volsi a man destra, e posi mente  
all' altro polo e vidi quattro stelle  
non visti mai fuor che alla prima gente  
goder pareve il ciel de lor fiammelle...*

Y mientras las cuatro estrellas completan su pirueta hasta enderezarse en los cielos, surgen bajo ellas extrañas y resplandecientes constelaciones que Caraccioli nombra consultando cartas estelares robadas: Al Nair, el Pavorreal, Centauro.

Hasta que el eje celeste del Sur gira ante nuestros ojos, a más de treinta grados sobre el horizonte, sin estrella alguna que marque su misterio elusivo.

Y a su alrededor, engarzados como en una zaranda o en una ronda de niños, giran los fulgores del Camaleón, la Hidra, el Tucán, el Octante.

Prefiero las guardias de timón de la noche, cuando la luna hace al mundo de espumas y la mirada temeraria imagina vacíos mayores que la muerte

Y en las voces del mar todo está dicho o nada

Mientras escapan los hombres dormidos de la prisión del tiempo y vagan como silenciosas estrellas en oscuridades propias, extinguiéndose

Hasta que la cadena de la aurora ata a los desventurados hombres a sus cuerpos y a la nave

Pues en una más larga noche terminaríamos todos, almas, voces y velámenes deshechos, deshilachados, como hundidos en el pasado antes de que fuéramos tejidos

Sin otro testigo que la muchedumbre adusta de las olas

Desdeñando el ojo poderoso de la luna que atisba nuestras pesadillas

Contestando a su fulgor con una oscuridad inventada, más honda que el océano

Capturados por el relámpago de la fata morgana que durante la noche enciende en luz los mástiles y el hierro de la nave

Hasta saber que en el mar como en la vida no hay más que multitud fingiendo formas desplomándose

Cerca del Cabo entramos en el poderoso imperio de los espejismos. Islas u océanos pueblan los cielos y los mares son fosos de cielos y nubes quiméricas.

Muchos soles, muchas lunas, muchos astros nos sorprenden en el espejo mudable del vacío: dél surgen bandadas de pájaros y de monstruos que nos atormentan con el dolor de la maravilla

¿Quiénes somos, entre las brumas que nos devuelven centuplicada la imagen del *Victoire*? ¿Somos reflejo acaso desprendido de la nave real, lentamente desvaneciéndonos mientras esta es comida por la broma y la roña y la caries del diente del tiempo?

Ama Misson trepar entre los aparejos, como un virgía entre las más altas antenas, atisbando con una sed de destino

Entre el griterío de las estrellas los alaridos de las exhalaciones que se consumen cambiándose en deseos.

Las desdeña Misson; sabe que otro tendrá más necesidad que él de los deseos; su deseo es que todos los demás estén colmados.

No podría subsistir si saciada la humanidad entera ese último clavo del deseo sin satisfacer crucificara la tierra.

A la altura del Cabo de Buena Esperanza nos abrimos al Sud para aprovechar el poderoso viento que sopla del Ueste ayudándonos a vencer la correntada que nos rechaza desde el Leste hasta ya no ver tierras entre nosotros y el libre mar tormentoso y el Sol naciente.

Y todavía al contornear el continente, viene desde el Norte contra nosotros otra poderosa correntada que, nos

dice Caraccioli escrutando los mapas, arranca desde las islas Comoras, corre por el Canal de Mozambique y separa la tierra firme de la inmensa isla de Madagascar.

A mitad de camino entre la bahía de Diego Suárez y la isla de Johanna salvamos la tripulación de una nave inglesa de las Indias Orientales que naufraga por una vía de agua en el casco.

Los rescatados del naufragio suplican ser desembarcados en la isla Julia, donde hay nativos amigables, mujeres de ébano que caminan erguidas, y la antigua tristeza de los hombres penetra el corazón hasta hendirlo como un coco hendido por el acero de la soledad.

¡Cuán trabajosamente navegamos entre las aguas límpidas viendo un piso de corales tan próximo que parece que lo camináramos o que lo soñáramos!

En las noches ascienden de la profundidad las venenosas serpientes de mar.

En la bahía del Norte de la isla de Julia, protegidos por dobles y triples anclajes contra la corriente que viene del Leste, cabecean el *Victoire* y el buque capturado mientras entramos en los grandes cocotales hartándonos de frutos y de mujeres. Devoramos hasta el cansancio la tortuga verde y la tortuga olivácea y la tortuga picuda que mansamente nadan en las aguas tranquilas.

En las tardes de hartura devoramos peces con patas que pescamos en los abismos y nos miran con sus ojos enceguecidos que parecen no haber contemplado la luz hace siglos.

Mujeres desnudas nadan hasta el *Victoire* y suplican baratijas de la montaña de madera que ha venido cruzando los mares. Intercambiamos anzuelos, cocos, palabras.

Vienen hacia nosotros los isleños en ágiles canoas con pontones laterales; sobre ellas trepidan velas cangrejas; sal-

tan maravillosos cuerpos hechos para los océanos, resueñan saludos.

La reina de Julia ordena proveernos. Misson casa con la hermana de esta. Caraccioli, con la hija del hermano de la reina. Lucen los oficiales harapos de sus antiguas galas; las novias, aromas de sus carnes duras y oscuras como nueces. El grumetillo inglés salvado del *Winchelsea* quiere casar con una niña: no le es negado nada y coronados de palmas yacen sin saber si tocarse.

Los hombres suplican quedarse por siempre: mas Misson los pone en guardia contra las guerras tribales cuya historia le cuenta su esposa en las largas noches en las que dormir es maltrato de la vida, pues aprenden mutuamente sus idiomas y cuerpos.

Misson ha sido enviado por sus pequeños dioses para traer la muerte a sus enemigos de la isla Mohilia, que se yergue a la vista hacia el Oeste con su impenetrable anillo de corales solo abierto hacia el Leste.

En vano pregunta Misson el nombre de su amada, pues es creencia entre los julianos que el nombre no ha de ser dicho, y la amada llora porque Misson, al prodigar su nombre por el mundo, lo ha entregado a la muerte.

Es tal el pavor de decir los nombres, que cuando el nombre de un jefe o mago es el de una cosa o es parte del nombre de una cosa, se inventa otra palabra para designarla. Así las lenguas de julianos y mohilianos, que eran una sola, fueron mutando hasta convertirse casi en lenguas distintas, y ellos en naciones diferentes.

El odio mismo entre ambas islas, que en tiempos antiguos se creía que eran una sola, proviene de un hombre malvado que había dicho el nombre de la isla. Al instante

una porción de ella se separó y cambió de nombre, por salvarse del terrible agüero de ser nombrada.

Los julianos dicen que este autor del mal fue un hombre de Mohilia, y los mohilianos que el nombrador fue un hombre de Julia, y cada pueblo jura que la isla condenada por el hálito impuro de la palabra es la otra, y la suya la pura, por innostrada.

Un día llega corriendo uno de los isleños. Pescaba tortugas cuando vio desembarcar una gran cantidad de mohilianos armados en el Noroeste, por el paso entre los corales. Llevaban pinturas y ornamentos de guerra. El jefe de la partida había gritado a voz en cuello el nombre de Julia.

Misson llama una vez más a las armas. Los hombres se levantan, harapientos, ebrios, como si todavía no salieran de un sueño, asiéndose a sus armas casi olvidadas como a los maderos de un naufragio. Misson llama a Consejo al hermano de la Reina. Con medias palabras se entienden: la esposa de Misson intercede en aquella Babel. Entre todos los árboles de la isla encuentro el adecuado para desgajar de sus ramas un akapra, el antiguo arco de combate.

Misson propone dejar entrar a los invasores para atraparlos en una celada. El hermano de la Reina le suplica no permitirles avanzar hasta el centro de la isla, pues destruirían las plantaciones de cocos. Misson llama en su ayuda a los ingleses a quienes salvó del naufragio. El buen capitán divide las fuerzas en tres grupos: una reserva que custodia las naves, una vanguardia que cerrará el paso por tierra, y una retaguardia bajo el mando suyo y de Caraccioli que parte en los botes del *Victoire* y del buque capturado hasta la playa de desembarco para cortarle la retirada a los mohilianos.

En el centro del poblado se levanta un escándalo. Las mujeres, semidesnudas, empiezan a bailar furiosas en el

centro de la aldea. Mientras sus hombres están en guerra, las mujeres danzan sin cesar, como sonámbulas. Si alguna deja de danzar, su hombre muere. Si alguna pierde el paso que los viejos marcan golpeando sobre troncos huecos, su hombre muere. Si alguna es vencida por la fatiga, su hombre es vencido por la fatiga, y muere.

En su camino hacia los botes, Misson atraviesa el torbellino. En el borde del frenesí, varias mujeres lloran y dan alaridos. El hombre de una ha comido puercoespín: ante el combate se enrollará tímido y morirá. El de la otra ha comido rodilla de buey: sus rodillas se quebrantarán en la marcha, y morirá. El de otra ha comido un gallo muerto en combate: la lanza del enemigo llegará hasta sus entrañas como una espuela, y morirá. El hombre de la más vieja ha comido riñón, víscera maldita, pues en el mutante lenguaje juliano su nombre ha sido cambiado porque se parece al de un jefe, y el nuevo nombre de la entraña es disparo, por lo cual el hombre recibirá un disparo, y morirá.

Misson me llama hacia las canoas. Mientras las empujamos hacia el intranquilo mar, entra la vanguardia en el bosque. Los hombres malditos por el hado van con pinturas funerarias; sus compañeros los lloran con lamentos como a muertos. Una ola me baña en el último impulso. Aprovechando su cresta salto a la canoa.

Este es el comienzo de las guerras entre julianos y mohilianos que nos obligan a establecernos en tierra firme. Vencemos a los mohilianos, salvamos ciento trece prisioneros de ser despedazados por los julianos enfurecidos, los devolvemos al rey de Mohilia. Nos contesta con insultos. Molesto, Misson apoyado por los julianos invade Mohilia por las playas del Sur.

Con granadas y mosquetazos barremos a los mohilianos que salen a rechazarnos en la playa; destruimos su poblado mientras los julianos devastan sus cocotales. La Reina de Julia nos insta a exterminar hasta el último de los mohilianos. Misson lo rechaza por considerar la guerra entre los nativos conveniente para nuestro establecimiento. El Rey de Mohilia manda embajadores pidiendo la paz, y solicita la presencia de los extranjeros para celebrarla. Un centenar de mohilianos cae sobre los invitados, mata a cuatro tripulantes, hiere a Misson. Acudo desde el *Victoire*, matamos una docena de arqueros, nos retiramos. Un mohiliano hiere a Caraccioli con un cuchillo. Parto su cráneo con el hacha de abordaje. Los mohilianos se retiran dejando la espesura sembrada de trampas, se esconden en el Norte de la isla, cubierta de impenetrables marismas.

A nuestro regreso a Julia, las mujeres de los muertos se hieren el vientre para yacer muertas junto a los cuerpos de sus esposos cubiertos de flores.

Misson se pasea atormentado. De acuerdo con la antigua costumbre de la Hermandad de la Costa, convoca a Consejo para pedir la opinión a los libres. Nos comportamos con estos hombres como si fuéramos sus reyes o sus amos, digo. Al permitir que fueran destruidos sus cocotales, no les dejamos otra opción que la guerra, dice Caraccioli. Hemos cometido un error, dice Misson. A bordo del *Victoire* eliminamos los nombres de francés, inglés, holandés, portugués, español, africano. Apenas en tierra, hemos sido envueltos en una guerra entre julianos y mohilianos, tan absurda como una guerra entre hombres y hombres. Toda planta nueva ha de nacer íntegramente desde la semilla. Dejaremos de degollarnos en nombre de unos isleños que nos odian y otros que nos temen y crearemos una república

que no tendrá nombre, para que en nombre de ella ninguno mate a otro. Y si queremos llamarnos de algún modo, nos llamaremos *liberi*, ya que no hay otra manera de llamar a los hombres.

Otra vez el *Victoire* hiende las aguas. En ruta al río de Mozambique abordamos un navío portugués de sesenta cañones. La batalla les cuesta cuarenta hombres y un botín de doscientas cincuenta mil libras esterlinas en polvo de oro. Perdemos treinta hombres; Caraccioli pierde su pierna derecha.

Nos dejamos fácilmente llevar por la corriente que corre del Leste sobre las Comoras hasta la costa de Mozambique. Luego viro hacia el Naciente, hasta la costa occidental de Madagascar, que bordeamos suspendidos por la majestad y la inmensidad de la isla que parece un continente. Al Norte de Diego Suárez fijo el rumbo hacia una gran bahía, cuyo suelo Misson encuentra rico, y llano, y el aire saludable.

Los libres votamos unánimemente por comenzar en la bahía la construcción de la república de nombre secreto. Con la ayuda de trescientos julianos armados de hachas de abordaje derribamos ciento cincuenta grandes árboles, gigantes casi tan altos como mástiles de navíos, de cuyas hojas y semillas los nativos comen; ante los cuales, como a dioses, hacen ofrendas antes de talarlos.

Desarbolamos y quitamos los aparejos al capturado buque portugués. Cavamos la base de dos fortines octogonales, uno en cada extremo de la bahía. En los cimientos de la torre mayor los julianos entierran una piedra mágica, para evitar la inconstancia de la suerte. Desembarcamos las piezas de artillería para coronar las esquinas. Los exploradores nos informan de poblados hacia el Sur, con casas que sus habitantes morenos desarman y llevan a cuestas en sus viajes.

Frente a Quilia, en la costa de Zanguebar, perdemos cincuenta y seis hombres al abordar otro navío portugués superior al *Victoire*, con tripulación de trescientos hombres y botín de doscientas mil libras en polvo de oro.

En el abordaje Misson se bate personalmente con el valeroso capitán enemigo, a quien acierta con un sablazo en el cuello que lo hace caer por la escotilla principal.

A la vista de Madagascar, se arroja sobre el *Victoire* y su presa una balandra de bandera negra y setenta hombres comandada por el capitán Thomas Tew. En lugar de combatirlos, el buen capitán Misson los agasaja y les cuenta nuestra historia, tras lo cual deciden unánimemente juntárenos.

Thomas Tew a su vez nos cuenta haber sido puesto al mando de su balandra corsaria por el gobernador de las Bermudas con encargo de tomar para la Royal African Company la factoría francesa de Goorie, en Zambia.

Extraviados por una tormenta de su barco compañero al mando del capitán George Dew, decidieron unánimemente hacerse piratas y navegar bajo el estandarte de la muerte soberana. Nombraron un cabo de mar, que hablara en nombre e interés de la tripulación. En el Mar Rojo capturaron una nave india de alta arboladura cuyo botín les reportó tres mil libras por cabeza. Saliendo a la búsqueda de cinco barcos que acompañaban a la nave india, encontraron una tempestad, y las fértiles costas de Madagascar, y el *Victoire*.

Reunida la colonia entera, Misson les recuerda que la monarquía existe para defender la desigualdad. Acordamos constituirnos en democracia, para ser al mismo tiempo artífices y jueces de nuestras leyes. Cada diez hombres eligen un representante, y estos un Lord Conservador que nos regirá por tres años, quedando Misson como Lord Conserva-

dor, Caraccioli como secretario de Estado, el capitán Tew como almirante.

Ponemos ciento diecisiete cautivos a trabajar en un muelle trazado más arriba de la bocana del puerto.

A sabiendas de que peligramos porque revelarán nuestra posición, al cabo de unos meses los libertamos, les regalamos el capturado *Bijoux* para que devolvieran a su isla a los julianos y regresaran a sus hogares.

Misson reparte las tierras, alegando que cada hombre ha nacido libre, y tiene tanto derecho a tener de qué vivir como al aire que respira. Sembramos maíz y otras semillas encontradas en las presas.

A los nativos compramos esclavos negros a cambio de ron, hachas, bayeta y abalorios, y una vez en nuestro poder los liberamos y recibimos como iguales. Dice Misson que los cristianos que vendían hombres como animales probaban que su religión era una farsa innoble.

Misson confía el mando del *Victoire* al capitán Tew, con cuarenta marinos portugueses, treinta y siete negros, treinta ingleses y el resto franceses.

A lo lejos, impulsados por la corriente que los arrastra desde Zanguibar hacia el Sur, pasan los barcos negreros. Se les conoce por el cabeceo que les impone su mucha carga, que casi los hace embarcar agua por las portas armadas de cañoncitos contra la codicia de otros traficantes. Inclinandose trabajosamente sobre los mapas, Caraccioli muestra que por nuestra posición podemos bloquear el tráfico de esclavos, que constituye las dos terceras partes de la carga de las marinas de Europa.

Si está de humor y están los aparejos en buen estado, el capitán Tew le da caza a los negreros alcanzándolos con precisas bordadas. A veces intentan ganar velocidad arrojando a las aguas el cargamento de negros, que por ser de las llanuras raramente saben nadar y se hunden gritando.

Incluso en barcos tan viles encontramos fácil la brecha de las acristaladas cámaras de popa, donde los capitanes disimulan con madera de sándalo el hedor de la carne mercada.

Después de cruzar el Cabo apresamos una galera de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales y un buque inglés con doscientos cuarenta esclavos. Maldice Tew de los propietarios que roban al pobre bajo la cobertura de la ley, mientras nosotros pillamos a los ricos bajo la protección de nuestro propio coraje.

Al regreso hacemos la fiesta del reparto del botín y de la liberación de los negros, que aún esperan ser comidos, temblando.

Con los carpinteros construimos las balandras *Childhood* y *Liberty*, de ochenta toneladas cada una, que armamos con los cañones de la presa holandesa. En ellas los esclavos liberados aprenden la construcción de una nave, su gobierno ante el viento, su derrotero, el levantamiento de cartas de las costas cercanas.

Caraccioli apresa otra nave holandesa cerca de las Mascarenas. Zarpamos al mando de Misson con medio millar de hombres y con los negros liberados, y abordamos frente a la Arabia Felix un barco del Gran Mogol que navega a Sidón con mil seiscientos pasajeros. Desembarcamos a los prisioneros y a las mujeres casadas en Adén y nos llevamos a Libertalia a cien muchachas y un cargamento de sedas, especias y barras labradas de oro.

¿Con qué terror o que felicidad se entregan las jóvenes a este nuevo torbellino? Las mujeres son esclavas destinadas a concubinas, preferidas en los mercados a las esposas por ser más sumisas. Iban a sus hogares o sus tálamos como a una tumba: ahora, desnudas, goteantes de agua o de perlas, brillantes las ajorcas o las pulseras, oscuros como gotas de endurecido alquitrán los pezones, surgen asombradas de verse en un mundo sin paredes;

ennegrecidos los dientes de unas con betel, otras oculto el rostro bajo velos que no fueron nunca alzados

pintadas con las marcas de la casta o del estado o del rango que lavará la saliva del mar y del amante

Cada hombre se enamora así de su promesa de eternidad que es peste de afeites y perfumes

En la piel de la hembra amamos los soles que generará y no sentiremos

¿Por qué esta prisión ha amanecido tan dulce, aun para los solitarios? ¿Es posible un beso que no nos bese o un seno que no nos amamante? ¿Alguna nana que no nos adormezca?

Fundando la república sobre la trama del semen, nos sabemos murientes mientras los vientres maduran y el día mismo parece grávido

Tardarán todavía los alaridos con los que se despierta al tiempo y el clamor con el cual todo lo que no es eternidad crepita

Nos duelen los soles que abrimos en el vientre o el torrente de tiempo que escurrimos y en su piel la piel que ya toca el mundo en el que no seremos

Desguazamos al viejo *Victoire*, castigado por los temporales, comido por la broma. Empezamos a reconstruir-

lo, aparejarlo y pertrecharlo con sus propios restos y los de las naves capturadas.

El nuevo *Victoire* se eleva, grande y mejor, como un arca o como una torre. Sobre su modificado diseño se hincan las viejas piezas recuperadas de las naves capturadas: clavos, grapas, fajas de bronce en los mástiles, bisagras en las portas de los cañones, cubos de las ruedas del timón, cristales. Los carpinteros holandeses y portugueses que se nos han unido se rompen la cabeza siguiendo los planes minuciosos trazados por Caraccioli. Les admira la ausencia de los aposentos del capitán, ya sin privilegios; se hacen lenguas del bajo bauprés y los numerosos focos, del largo casco de flecha, de la ausencia de adornos, de un algo cruel y despiadado en la concepción de un esquife en el que todo se sacrifica a la velocidad y la maniobra.

Apoyado con sus muletas sobre la mesa de dibujo Caraccioli trabaja con los teoremas de una geometría enteramente nueva, que describe los secretos de un espacio nunca visto. A veces, absorto, vislumbra la demostración de un nuevo secreto y permanece con los ojos en el vacío, mirando formas que ya no pueden ser descritas con fórmula alguna.

Rechazamos un ataque de cinco buques portugueses, cañoneándolos desde los fuertes y los barcos surtos en el puerto hasta que hundimos dos y capturamos un tercero, del cual tras terrible lucha apenas obtenemos pólvora y municiones.

Navegando en el balandro *Liberty* con el almirante Tew, encontramos que los prisioneros ingleses a quienes liberamos se han constituido en colonia. Su gobernador nombrado por tres meses proyecta comprar negros en Madagascar por diez chelines de mercancía europea o una

casaca y alimentarlos con costo mínimo, para hacerse ricos y luego ofrecerse como súbditos del primer gobierno constituido que se los proponga.

Al regresar a Libertalia siento como si un mal sino pesara sobre la colonia. El terror de haber osado un gesto nuevo suspende a isleños y colonos en una espera maravillada. Atisban algunos los mares, confundiendo cada nube con flotas invasoras. Miran otros todas las noches el cielo, esperando ver surgir astros novedosos, cometas, estrellas. Pero la indiferencia dulce del firmamento los llena de una angustia todavía mayor.

Muchos hombres dejan sus sembradíos y se pierden en las altas mesetas durante días y semanas. Los sigo.

En la soledad el espanto les hace perder sus almas. En un claro del bosque besan los pies del peor de todos, y se hacen azotar por él llamándolo amo. En rondas circulares se azotan unos a otros las espaldas y se colocan horquetas de madera en el cuello como las que llevaban los esclavos. Nombran Dios a un macaco, una sierpe, un cerdo o uno de ellos, y los siguen recogiendo sus excretas.

Grupos de conjurados se dan cita en cavernas o en troncos huecos a llamarse unos a otros jefes, duques o doctores. Por estar prohibida la esclavitud, se venden unos a otros en secreto y se llaman señor y siervo en el oído.

A cuatro patas, en círculos, sorbe cada uno las nalgas del que lo precede para intensificar la mierda.

Desde los extraños árboles los contemplan los lému- res, criaturas peludas casi humanas salvo por sus ojos y manos inocentes.

Los dejo atrás, exploro. Me interno en selvas inmensas empapadas por las lluvias, con redes de lianas abrazando los árboles derribados por las tormentas. Entre cuyos troncos los lagartos cambian de color y huidizas mangostas cazan lagartijas.

Flecho boas azules. Vadeo ríos agobiados de flores flotantes, emerjo entre arbustos de inmensas hojas y gajos de flores rosadas. Por todas partes cuelgan las pálidas trompetas de las flores sagradas de la locura.

Exploro colinas enormes que dan a roquedales espantosos, carcomidos por el viento como enormes dentaduras cariadas, y que prosiguen hacia mesetas ciclópeas y extensiones inconmensurables.

Desde lejos diviso aldeas de techos de paja con paredes de caña entre arrozales donde deambulan bueyes apacibles. Camino entre cementerios con labradas columnas de madera sobre las tumbas.

De regreso a Libertalia, encuentro que los renegados destemplan la pólvora, infestan los pozos, extravían los rebaños, incendian maizales, abren vías de agua en los botes, arrojan primitivos sortilegios y hechizos contra Libertalia, discurren armas terribles, formas de envenenar el aire o de hacer saltar por los aires la entera isla de Madagascar.

A alguno encuentro aterrado en el medio de sus tierras, pues no encuentra modo de moverse sin una orden que lo aguije.

Ante el hálito del mal, la esposa de Misson multiplica las ceremonias. Al saber que el capitán ha nacido en noviembre, mes de las lágrimas, sacude siempre la tapa del caldero de barro donde cocina, para que las lágrimas del vapor sean vertidas en lugar de las de ella.

Alguna mujer recuerda que el presagio funesto de la hora de su nacimiento la condena a perder al hijo no nacido, y arranca patas y alas de un saltamontes para que muera en lugar de este, y arranca patas y alas a un cortejo de saltamontes que han de hacer de plañideras para el entierro.

Las mujeres julianas cuchichean entre sí, con rostros atemorizados. Hablan de los belicosos pueblos de las metetas, cuyos reyes descienden del cocodrilo y que tienen el privilegio de hablar con los cocodrilos de los lagos y pedir a estos la entrega del saurio que, violando la hermandad, hubiera comido carne humana.

A la hora de la tarde arrojan al viento un puñado de cenizas para que el mal se marche con ellas. Los isleños establecidos con los colonos arrojan amuletos o monedas de concha a sitios ocultos en los corales o grietas en la tierra, en el afán de perder con ellas el infortunio.

Un hombre enviado al Sur cargado con una cabra para que perdiera con ella la amenaza, no regresa.

Misson sabe todo esto o quizá lo sabe y finge ignorarlo, perdido en pensamientos de vértigo. Por momentos se impacienta, pues juzga que la religión no es más que un freno puesto al espíritu de los débiles, que los sabios no podrían soportar más que en apariencia. A veces finge olvidar su nombre o no ser nadie. A veces en arranques de actividad frenética acarrea piedras o canastos de tierra a los baluartes contra los cuales ha de venir el mundo entero.

Así, con febricitante afán vigila los sembradíos de maíz, ayuda en la apertura de los pozos y las acequias de riego, tira de los polipastos de motones del barco que elevan los maderos para coronar las torres del fuerte que ha de resistir contra el mundo.

—El mundo no tolerará a Libertalia —dice Caraccioli.  
 —Estamos en el paso de las rutas hacia el Océano Índico, hacia el botín asiático de las coronas de Inglaterra, de Portugal, de Francia, de España y de las Altísimas Señorías de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales. Pero más que con los cañones, los amenazamos con el gesto.

—Libertalia siempre será destruida —dice Misson— y cada vez que sea destruida, reedificada más perfecta en el corazón de los hombres.

Quiero destacar entonces que Misson en medio de la colonia amenazada alcanza el estado de exaltación más pura. En los más nimios cantos de los pájaros descubre armonías, correspondencias. Son tan frecuentes sus éxtasis que a veces tengo que sacudirlo para recuperarlo. Parece ser que accede Misson a otro estado que es contrario a la misma Libertalia, por incomunicable. Pero Libertalia misma no es más que una herramienta para huir de Libertalia.

Dejo solos a los amigos. Camino hasta la rompiente de las olas para sentir el olor de la sal.

Un día entero quedo echado sobre la arena viendo pasar el sol y luego las estrellas silenciosas.

El aire mismo y el gesto de la nube son asombrosos. De este mundo solo sobro yo, el dolor de los elementos con los que fue formado.

Siento como si la opresión del mundo me dejara y estuviera próximo a retornar a un instante diáfano que suspende todo recuerdo.

Cuando regreso, sobre Libertalia se ha instaurado el juego y ahora las mujeres danzan sin parar entendiendo

que no hay más peligroso combate que el que se libra con cada instante de existencia.

Se ha olvidado la necesidad de obviar las palabras prohibidas e incluso la necesidad de las palabras mismas. Con el gesto nos entendemos, trazamos en el aire historias, a cada instante lloramos.

Atentos estamos a la razón más profunda de todo.

Algunos se matan por temor de des perfeccionar la dicha; combaten otros por sentir la delicia del riesgo; entran los más en juegos desconocidos de signos y comparaciones cuyas reglas modifican a cada instante.

Es imposible entrar en el recinto de Libertalia sin estremecimiento de pavor e imposible narrar lo que pasa.

Perdidos en sí mismos como santos los hombres divagan absortos en las alternativas posibles de la caída de un pétalo o el deslizarse de una lagartija.

Lanza uno puñados de arena al viento creando las arquitecturas más asombrosas cuyo sentido único es el pasar, como burbujas.

Sueña otro el mundo de figuras geométricas, se imagina aquel otro no ser más que la suma de todos, planea el tercero reorganizar el mapa de las constelaciones.

Otro aun gira diciendo haber descubierto el arteciencia definitivo, en el que cada movimiento es sentido y cada emoción conocimiento.

Son propensos todos a caer en trampas, descubriendo en el acariciar de la curvatura de la nuez de un coco o en el borde de un caracol ocupaciones capaces de llenar una vida.

Ya no se habla idioma alguno, sino una mezcla de inglés, francés, español, holandés, oman, garífuna, zanzibariano, mohiliano y juliano, de los cuales solo se conservan las palabras terribles, ésas que hieren.

Al fin dejan de comunicarse entre ellos, remolinos feroces de sensaciones y de ebriedad de sí mismos.

En su imaginar descubren precipicios y firmamentos por los que caen y cuyo fondo retrocede eternamente.

Un artista perfecciona el placer de morir prolongando su agonía para sentir los grados todos del desvanecimiento del ser hasta un paroxismo que lo mantendría suspendido en la eternidad como árbitro de las simétricas nulidades del existir y el no existir.

Fieras, exacerbadas, las mujeres nos asaltan y se asaltan entre ellas para rodar por la arena exaltadas en un frenesí sensorial equiparable a su antigua danza eterna, suave, rítmica

En la cual crean figuras sin forma y dédalos en combate contra lo imposible.

Cuerpos gozándose a sí mismos en un sacudón sin reposo, por momentos golpeándose y haciéndose daño para exacerbar el deleite.

En medio de la zarabanda, los músicos de la antigua banda del *Victoire* y de los barcos liberados tocan sus instrumentos, pero cada uno con una melodía particular, una improvisación sin freno que a veces se aproxima, a veces se aleja de la masa sonora; a veces abandonando el instrumento parecen ser poseídos por música que solo ellos escuchan; por momentos coinciden todos y como por milagro en un ritmo exaltante y frenético que los posee por horas hasta que cada uno difiere en sus melodías individuales; quizá escuchando a uno solo se podría sacar algo en claro: el todo es de una complejidad inagotable.

Aunque a veces, alguno, solitario, fuera del tumulto o aun en medio de él canta o repite notas quedas que parecen hundirlo en un silencio remoto hasta integrar diversos tonos de silencio, diferentes ausencias.

En medio de la danza un músico inmensamente viejo encontrado en la bodega de un barco pirata ruina humana al aire las canas avanza con los ojos en blanco haciendo por única música tronar las coyunturas de su esqueleto, atormentando sus huesos como un manojo de cañas a punto de quebrarse en una extraña música inaudita, inaudible

En esas noches nado entre las aguas agobiadas de algas de la bahía, sintiendo cómo cada golpe de mis miembros en el agua enciende burbujas fosforescentes, hasta que llego al gran brazo de corales que me separa del tumulto de las olas externas: hundiéndome como un viejo reptil dejo atrás estelas fosforescentes: veo el coral enferecido por una luminosidad blasfema y la tiniebla de las aguas transfigurada por la lava líquida del fulgor: busco la bestia que me devore: pero los grandes peces de aletas de media luna parecen enceguecidos por el esplendor interno de las aguas: aterrados por el relampagueo blanquecino de las olas al golpear en las rompientes: una prisa, un temor, un aturdimiento agita los cardúmenes de peces apenas vislumbrados: salgo a la arena nocturna como un cuerpo fulgurante todavía hirviendo entre burbujas del fulgor marino: por momentos alguna mujer viene hacia mí: yacemos, escurriendo sobre ella mar y semilla.

En el borde del mar más que nunca se sabe la mujer humedad, pulso e instante. No hay afincarse en ella más profundo que el que dan los pies bañados por las olas: ni acabamiento más dilatado que el reventar de las espumas. Susurro. Voces todas jubilantes. El mar derramándose dentro del cuerpo y este en el mar: fuera de esto nada. El reflujó del ser nos deja oscurecidos. Dentro soñamos tormentas, nubes, espejos de aguas lunares. Amanecemos tiritando.

Círculo encantado,  
 ¿cuándo te romperás?  
 Dolor del infinito,  
 ¿quién te abarcará?  
 Última palabra  
 ¿quién ha de decirte?  
 Instante  
 ¿quién ha de repetirte?

El tormento de Misson es el de haber desatado la libertad y no poder gozarla. Prisionero de sí mismo en la torre octogonal mantiene la vigilancia perpetua del reino al cual no puede llegar. Obligarlo a defenderse sería esclavizarlo.

Con el astillado catalejo del capitán Fourbin ve pasar las lejanas velas de los negreros portugueses que arrasan Zanguibar y de los traficantes árabes que se abastecen de carne de ébano en el África apenas presentida.

Cada día lo ayudo a subir más carretadas de grava para llenar las paredes delimitadas por tablas. Cada día trabajo con él cepillando tablas con las melladas garlopas del *Victoire* para reforzar el recinto octogonal.

Como dos solitarias hormigas acarreamos piedras enormes para extender el rompeolas que hará del puerto una bahía intomable. Tirando a veces con cuerdas, empujando a veces con palancas, haciéndonos daño no tanto por la física herida de las herramientas, sino por saber que nos hacemos extraños al delirio que hemos hecho nacer al precio de nuestras vidas.

Las estrías del sudor corren por el empolvado rostro de Misson, al cual la fatiga y los soles hacen parecer ya el de un viejo con el peso de un mundo encima.

Y no nos decimos una palabra, entendiéndonos por gestos, limpiando mosquetes, bruñendo cañones, afilando

hojas de sables a las cuales el espejo del sol parece haber robado la memoria misma de la sangre.

Después lo que presenciamos deja de hacérsenos comprensible. Rezagados en las fuentes, vemos perderse el torrente en un mar inescrutable.

Al fin sabe Misson que ha construido para la eternidad cuando no hay ya forma de separar la eternidad del instante.

Y comprende que era error la piedra enterrada bajo el poste mayor de la fortaleza, pues Libertalia solo tendrá lugar en la fluidez perfecta del agua y del tiempo.

Damos en no mirar hacia Libertalia, cuya sola danza insensata puede atraernos, gimientes, haciéndonos olvidar los deberes que hemos hecho nuestros y el tormento de nuestra vigilia.

A veces tengo que arrastrarlo cuando cae desplomado en la línea de la rompiente de las olas, desolladas las manos de adolescente, temblorosos los labios de la amargura de la renuncia.

Padece Misson de saber que es su fuego, su obsesión, lo que quizá mantiene existiendo a Libertalia: le cuesta un esfuerzo inmenso comunicar su pasión; le duele reconocerla en otros como un préstamo, pues sabe que Libertalia solo existirá por derecho propio cuando exista sin él.

Hombres perfectamente libres ¿A quién podrán culpar sino a sí mismos de su dolor? Moribundos desencadenados libres para vagar por los infiernos de la finitud.

—Pero yo —dijo Misson— cortaré esa telaraña dejando paso al dolor más vivo: inenarrable. Y sé que me maldecirán por haberles retirado el bálsamo de la servidumbre. Seré abominado como otro Tentador, que introdujo en el mundo la peste de la libertad. Si todo esto fue un error, lo vivimos hasta el fondo, y fue mejor que el acierto.

Misson a veces me clava la mirada. Ve en mí la enemiga utopía de ya no necesitar a nadie, ni a mí mismo.

Bien sabe que mi afanosa ayuda a Libertalia es apenas la puerta de salida a territorios espantables del ser: miradas sin foco: contemplación sin espectador.

Misson solo es libre en los breves instantes de sus sueños, cuando vaga en un mundo tan esplendoroso como el que deja a sus espaldas.

Yo ya no sueño. La vejez me ha liberado del imperio del dormir; y solo participo en él escuchando las palabras vagas que salen de la boca de Misson entre el golpe de las olas en la base de la fortaleza.

No digamos en el principio: el principio es siempre. Si el infinito ha de derrotarnos, lo venceremos mediante lo finito.

Durante uno de aquellos desfallecimientos el buen capitán Tew, que regresa de otra correría contra los negros, baja de su balandro en la chalupa, arriba al rompeolas, salta a tierra, nos mira y menea la cabeza.

—¿Están locos todos?

—Lindan con una libertad al lado de la cual la locura es tiranía.

Me dice entonces al oído, abrazándome:

—Esta blasfemia no durará mucho tiempo.

—Buen capitán Tew, ¿qué es el tiempo?

—Hugh, ¿por qué maldición aquellos a quienes quiero no me hablan ya sino en distancias?

—Amor es lejanía.

Tew regresa a la rompiente de las olas, abre un barrilito con su cuchillo, bebe aguardiente hasta caer de rodillas.

—La embriaguez es para el puerto y la disciplina para la navegación.

—Esta navegación es puerto.

Tew bebe más, hasta aturdirse para no tener que formular ninguna pregunta y no escuchar quizá ninguna respuesta.

Ruedan él y el barrilito llevados por el reflujo de las olas. Lo arrastro hasta una duna alta, ardiente, que todavía conserva en la tarde fresca el ardor del día.

Misson ha despertado. Sentado en la arena, contempla al dormido capitán. Al anoecer, Tew abre los ojos y al encontrar fijos en los suyos los de Misson, le pregunta:

—¿Qué diré a mis piratas?

—¿Qué puede decir nadie a nadie? Son libres.

—Todos están cansados. Duermen sobre sus cofres y bolsas cargadas de botín que no pueden gastar. Sueñan en mujeres que ya no existen y países que nunca fueron. Ambicionan cadenas suaves, yugos acolchados. Y sin embargo, no quieren irse porque no son libres. Misson, mientras existas, nadie estará libre de ti.

—Olvídenme.

—Misson, mientras la memoria exista, nadie estará libre de tu memoria.

—Me mataría, si con ello pudiera liberarlos.

—Pero es inútil. Alguien recordará. Y si Misson es un hombre, cualquier hombre puede ser Misson. ¿Sabes por qué se entregan todos al desenfreno? Por olvidar tu vigilia, que es superior al desenfreno.

Se va ya la luna de los mares. Una luna fantasma, que parece estar disolviéndose en el agua de los cielos. El joven capitán se muerde el puño por no contestar. El mar impone esos silencios de la tarde, en los que cada pequeña ola parece existir solo para ir preparándose a desaparecer en la

noche. Misson me dice que en ese instante se recuerda a sí mismo, niño, combatiendo a sus hermanos mayores con una espada de palo.

—Todo no son más que juegos, que el tiempo hace que contemplemos con sorpresa.

El disco del sol toca el mar del Poniente, tras el cual se adivina casi la masa del continente. Y en lugar de incendiar el mar y el enorme pelaje de los bosques, el disco cae en un abismo insondable y sin término. ¿Cómo soportaríamos el sol, sin el consuelo de la penumbra?

Tew va hacia los marinos que esperan en la chalupa, sube a ella con los movimientos desgarrados de la ebriedad. La silueta negra de la chalupa empieza a alejarse, agitando su multitud de remos como una araña.

Misson mira una gota de agua en sus manos, despreciando la visión magnífica del sol que se pone recortando la figura del balandro del capitán Tew.

Por un momento parece que fuera a decirme algo, pero al fin barbota:

—Nada.

El final viene antes de lo esperado. Nos atacan al mismo tiempo las flotas de los traficantes de esclavos, los hova de las mesetas y los desertores en busca de amos. Arrasan las murallas. Tew y sus hombres dirigen la evacuación, dando empujones a los danzantes para empujarlos hacia su balandra y el *Victoire*. Misson y yo volvemos hacia tierra uno tras otro los cañones de la fortaleza, los disparamos sabiendo que no hay quien los recargue. Tew hace atar a Misson, lo remite en el último bote que sale hacia el inconcluso *Victoire*. Caraccioli cae defendiendo la retirada. Riego el último barril de pólvora por la torre octogonal.

Lo coloco en sus cimientos. Arrojo una mecha enroscada en el bastón del botafuegos antes de saltar en el último bote que zarpa hacia el balandro de Tew. Al escuchar la explosión, no vuelvo la mirada.

Desde la playa llega una grito de los renegados que habían dejado de ser *liberi*. Forzados a mirar hacia atrás para tirar de los remos, los marinos de la chalupa comentan asombrados cómo los traficantes de esclavos les ponen sogas en el cuello y los hova horquetas en la nuca, sin que los renegados se resistan, más bien dando gritos de alborozo al sentirse arrastrados por sus amos como ganado entre las espirales de fuego de la aldea. Matan los traficantes a mosquetazos uno que otro niño rezagado, que no resistirá la travesía para ser vendido como esclavo. Entonces la humareda del incendio nos cubre, forzándonos a cerrar los ojos. Tras ella, nos alcanza la tormenta.

A empellones subimos en el balandro del capitán Tew, levamos anclas, largamos velas que el viento amenaza con rasgar. Seguimos las aguas del *Victoire* hasta el cabo Infantes, donde los marinos dan grandes gritos, diciendo que el casco del gran navío se ha abierto y que las aguas se lo tragan. Miro hacia adelante: el *Victoire* prosigue, íntegro y magnífico, sus velas hinchidas hacia el Poniente. Pero todos los piratas, el mismo capitán Tew, gritan asombrados de la rapidez con que el bauprés y el puente de proa entran en las aguas, con que los aparejos caen hacia estribor como un bosque talado. Mas: contra la tormenta yo veo desplegarse los catavientos del *Victoire* impulsado por una ráfaga tremenda que casi lo alza de las olas. No vacilo: escalo la borda: me arrojo a las aguas: las perforo, salgo a flote, nado hacia el formidable *Victoire* cuyas velas

parecen encendidas por los relámpagos. Oigo la gritería del horror a mis espaldas: no vuelvo la cabeza: escucho órdenes rápidas de Tew mientras nado cada vez más rápido en pos del *Victoire* que el viento fuerte acelera en su derrotero: a mis espaldas siento el macheteo de la proa del balandro que viene impulsado hacia mí por las ráfagas: nado todavía con más vigor hacia el *Victoire* encandilante y magnífico hasta que la oscuridad pesa sobre los cielos y el cansancio sobre mi cuerpo, y todavía intento gritar, llamar: siento un golpe de remo sobre la cabeza: desde la baja borda del balandro el capitán Tew me ase por la cabellera: los marinos me aferran de los brazos y me izan escupiendo agua, mirando aterrados al mar ennegrecido:

—¡Por Dios, hundido el *Victoire*!

—¡Perdido el buen capitán Misson!

—¡Muertos los libres!

—¡El mar lo tragó todo!

—¡Ni un tonel quedó!

—¡Ni un madero!

Me debato. Apenas veo las espaldas de los hombres aterrados que escrutan el mar en tinieblas:

—¡Nadie!

—¡Nada!

Me atan del mástil, y mientras la noche penetra cada vez más en nosotros: veo a lo lejos aún el magnífico velamen del *Victoire*: precediéndonos. Y cuando la noche llega al fondo de nosotros y los hombres se inclinan unos sobre otros para llorar la muerte de los *matelots* sumergidos en la sombra: yo todavía veo al *Victoire* como estrella en el borde del firmamento, y pido que me suelten para alcanzarlo. Por momentos, en un descanso entre el tumulto de las olas nocturnas, siento una lejana charanga de las trompetas del formidable navío.

Ofrezco matar a los que me ataron. Ofrezco matar a todos los tripulantes del balandro. Al fin Tew viene hacia mí, con una garrafa de aguardiente en una mano, me abraza, dice:

—Pobre Godwin. ¿No comprendes que, si hemos de vivir, es necesario que el *Victoire* haya muerto?

—Creo otra cosa: somos nosotros los hundidos en la negrura del mar. Los tripulantes de Tew, como una turba de demonios ahogados, me impiden escapar y me arrastran atado hacia el abismo.

—Puede ser —me dice Tew apurando el último trago de la garrafa. —Pero, ¿Cómo saberlo?

—Tu alma te lo dice.

Rompe la primera luz del alba. Hacia el Poniente todavía oscuro veo un punto de sal, un velamen que se hunde en la distancia, hacia donde celebran los chorros de espuma de las ballenas.

El balandro empieza a crujir. Desde la proa, Tew mira con el ceño fruncido las murallas de la Costa. Llevados por la constante corriente, derivamos hacia el Cabo de las Tormentas, que por burla llaman los viajeros de Buena Esperanza.

Desbaratados, hambrientos después de la tormenta los hombres de Tew desvarían viendo aproximarse la ansiada esclavitud. Uno de ellos proyecta hacerse rico fabricando sogas para los verdugos: aspira el otro a inventar una máquina de dar órdenes, el otro a enseñar a los hombres a trabajar mientras duermen y aún muertos.

Abordan el próximo barco negrero solo para entregarse. Barrenan el balandro para prohibirse toda huida. Besan los pies del capitán, se aferran a las cureñas de los

cañones para ser azotados, exigen ser apersogados con los esclavos y vigilarse los unos a los otros para garantizar mejor su esclavitud.

El capitán del buque apresado calcula lo que costará alimentar a los cautivos hasta el puerto, y empieza a colgarlos de los aparejos. A mí, por estar atado me perdona la vida creyéndome prisionero capaz de pagar alto rescate. Nubes de pájaros marinos descarnan a los colgados: de cada verga penden esqueletos sostenidos por cartílagos sangrientos.

Una vez que empieza la fiesta de los ahorcamientos no hay forma de detenerla: los prisioneros y después los tripulantes del buque empiezan a acusarse unos a otros y a ahorcarse unos a otros hasta que en las vergas no queda espacio para las velas.

Mientras llega nuestro turno nos arrojan en la bodega del negrero. Por las palabras que aprendí de los esclavos liberados por el *Victoire*, me entero de que los negros de las bodegas no han sido capturados ni vendidos. Su jefe los convenció de entrar en las bodegas de la nave voluntariamente. Obedeciendo a los blancos, les dijo, se harían al fin blancos y podrían fabricar las cuentas de vidrio y el palo de fuego que mata de lejos. Para lograr el consenso mataron a los jóvenes que intentaron correr hacia el bosque. El jefe fue el más obsequioso, el más astuto en enseñarle a los captores los escondites de los remisos. Ahora, encadenado en la sentina, el jefe espera de buena fe: cada mañana se mira las manos esperando verse convertido en blanco: al despertar, se toca creyendo que ya luce en el cuerpo la bordada casaca de Cap'tán. Cada vez que oye a sus vecinos de cadena hablar en su idioma nativo, los gol-

pea ordenándoles que hablen como Cap'tán, cuya lengua tampoco él sabe, pero que los volverá blancos y les traerá cuentas de vidrio y botones. Cada vez que se da una orden en cubierta, el jefe la repite durante horas con una desgarrada voz de loro, ilusionándose de que es él quien dirige la gran casa que va por el mar. La palabra que más repite es Cap'tán; la ha adoptado como nombre, golpea a todo el que lo llama en forma distinta.

Termina el juego de las ejecuciones. Varios días cabecea el barco negrero en una calma chicha. A golpes abro mi encierro en la bodega. Abro la sentina de los esclavos, pero no quieren salir. Solo la abandonarían a golpes, pero ni yo ni el grumetillo a quien salvamos del *Winchelsea* somos bastantes para pegarles, ni trescientos esclavos tendrían forma de gobernar la fragata inmóvil en el maldito piélagos sin vientos.

A golpes consigo arrastrar algunos esclavos hasta cubierta. Roban sombreros con plumas del cofre del capitán, botones de hojalata de los cuerpos de los colgados, aguardiente de la bodega con el que se emborrachan en la toldilla. Engalanados con cintajos, encajes sucios, pelucas desgreñadas y casacones harapientos, se sueñan dioses o tripulantes: de vez en cuando suenan silbatos, escupen por los enjaretados hacia las bodegas, bajan a éstas y apalean a sus compañeros en cadenas, quienes les besan los pies en los cuales alguno ha logrado calzarse un zapato con hebilla de latón.

Cap'tán corre de un lado a otro en cubierta, mostrando el culo desnudo entre vuelo y revuelo de los faldones de la casaca del capitán. Repite las órdenes que escuchó de los contramaestres, cayéndole a bastonazos a cuantos se ponen a su paso:

—¡Babor! ¡Tribor! ¡Tribor! ¡Babor!

Le vuelo la cabeza de un pistoletazo. Su corte de seguidores cae sobre él, le arrancan la casaca, el tricornio que usaba de guayuco, una media calzada en la mano derecha, y corren engalanados por todo el barco repitiendo:

—¡Babor! ¡Tribor! ¡Tribor! ¡Babor!

Algunos se ahorcan en las vergas, por imitar a sus amos. No tengo cartuchos para todos ellos.

La peste de cadáver empieza a ascender de las bodegas hasta encontrarse con la de la cubierta y la de los colgados en los aparejos.

Arrojo en una chalupa toneles con agua pútrida, galleta, tasajo, anzuelos, remos, lona. Tirando poco a poco de cada uno de los cabos de los motones y trabándolos mientras trabajo con los otros, consigo bajarla por el pescante hasta el costado de estribor y botarla al mar quieto como un espejo. Las ondas que arroja empiezan a extenderse sin obstáculos en el agua inmóvil. En algunas horas llegarán al horizonte. Salto sobre la chalupa, corto los cabos que la unen al buque. Siento un golpe en la popa. El grumetillo salta tras de mí, empuja la borda del buque para separarnos de él. Trae en el cuello cuerdas con una sarta de cuchillos, clavos, leznas, anzuelos, tijeras. Sin decirme palabra, toma otro remo y empieza a bogar, siguiendo mi compás.

Quizá no importa el rumbo que sigamos, porque en todo el mundo parecen haber cesado los vientos. Levantamos el pequeño mástil e izamos la vela y esta queda flácida como un sudario.

Cuando el sol está a punto de ponerse, volvemos la mirada hacia la fragata inmóvil, pequeña en el horizonte como un bloque de sal que se deslíe lentamente.

Me fascina ver como cada golpe de remo desencadena ondas que viajan hasta el infinito en el mar sin olas.

En la noche sin nubes fulgura un cielo pleno de estrellas sin exhalaciones.

Los anzuelos se hunden a plomo en un mar sin peces.

Tememos hablar, pensando hasta dónde podría llegar el sonido de cada palabra.

Remamos, siguiendo la carrera del sol, buscando el sitio donde se hunde en las aguas solo para al día siguiente sorprendernos por las espaldas.

En el mundo perfectamente inmóvil lo único que parece moverse es el sol.

Pero quizá simplemente es el hervor de mi vieja fiebre que viene y se marcha dejando sembrada la oscuridad de puntos salados.

El día un rosario de enhebradas siestas, la noche, una sucesión de cortes en el hilo de las cosas, durante los cuales se ve al mundo sin nada.

Dejo de estar atento al instante intermedio entre vigilia y sueño; de repente decido dejar de estarlo también al que divide entre vida y muerte.

Comparto con el niño el último sorbo de agua dulce con gusanos.

Divide el niño conmigo el último trozo de galleta agusanada.

Remamos, remamos, remamos, no ya para llegar al fulgor fundente del sol, sino para alejarnos de la roña del buque negrero.

Tendido sobre proa hundo el cuenco de la mano en el agua inmóvil y pruebo el primer sorbo de agua salada.

El niño me mira, inquieto. Bastante le habrán dicho que el agua salada es el veneno, la locura, la muerte.

Así entiende que cuando me suceda lo uno o lo otro podrá devorarme.

Por fin empiezo a desear que las ondas del remo no se extiendan hasta el infinito en este mar yerto como una bola de cristal.

Una mañana veo venir del horizonte una onda y temo que sea la que el remo creó días o semanas antes.

Tenemos miedo de asomarnos por la borda, por no ver si nuestros reflejos se han congelado en la gran calma del mar.

A veces veo al niño como un pequeño ángel de cabello y ojos dorados. Pero no sé qué horror mira él en mí.

Mi debilidad me impide levantarme para estrangularlo y librarlo de algún día llegar a ser como yo

pues vivimos para un solo paso, que es el de la agonía, y yo solo había aprendido que esta podía ser eterna

un mediodía llega el terror de verificar que el sol se ha detenido sobre nosotros

dejando en tinieblas al resto del mundo para alumbrar solo al más insignificante de sus espectáculos

sé que me cegaré mirando al sol detenido pero no sé si el sol acabará enceguediendo por mirarnos

la única onda que regresa desde lo más remoto se tiene de horizonte a horizonte y se disipa antes de alcanzar mi mano tendida para tocarla

los anzuelos penden de sus sedales como plumadas perfectas fracasando siempre en atrapar el abismo

trato de arrojarme al mar perfectamente calmo por crear en él otra onda que aniquile su quietud perfecta

siento que más allá del horizonte el barco negrero colapsa sobre sí mismo como un tumor dejando entrar la sal liberadora

el sol desciende hacia nosotros  
y no veo que lo surque ninguno de los pájaros ma-  
rinos, que han preferido morir con la pústula de carroña  
del negrero antes que aventurarse por aquel cielo perfec-  
tamente ilimitado

¡Ah, cómo temo el ojo enorme que lentamente des-  
ciende a pincharse en la desamparada aguja del mástil!

entonces detesto el inútil artificio de tener un cuerpo,  
estorbando el paso a la luz que finalmente habrá de explo-  
rarnos

o el inútil tesoro de las palabras guardadas, cuyo sen-  
tido es disiparse

¿cómo prohibir a los ojos del ángel el horror de mi ser:  
espejo suyo en la lámina del mar perfectamente quieto del  
tiempo?

sin sitio para esconderme de la mirada infinita del sol  
hasta que la inmensidad del párpado circular del astro  
abrasa el párpado circular del horizonte

la tormenta nos arrastra durante un día sin término en  
el cual solo hay el hervor de las aguas

trozos de peces, algas desgarradas, astillas, maderos,  
harapos de velas, conchas fracturadas voltean y se disuel-  
ven en el torbellino salado

un fragor que es la ruptura de las cosas todas del mun-  
do, incluso de los vientos

anudo un cabo del aparejo a un balde para largar un  
ancla de corriente y poner proa a la inmensidad del hervor  
de las olas que vomitan el mundo

una y otra vez el océano devora nuestros baldes, en un  
instante nos desviste de velámenes y de ropas y de cosas  
para molerlas en su trituración gigantesca

achicamos con un resto de balde, con un coco, con las  
manos

quién y qué hace esta demolición gigantesca quién y  
para qué despedaza todos los sonidos destrozándolos unos  
contra otros en la crepitación extrema de las aguas

nos batimos con los desechos de todo prestos a no ser  
pronto más que desechos

mientras el ojo de aquel sol que abarca el horizonte  
mira implacable toda cosa eviscerada e indigna de ser vista  
el vientre de las cosas eventradas derrama tiniebla

el mismo sol se desintegra en luminarias

fluye el cielo y las estrellas aparecen y desaparecen de  
él como espumas

hay en los astros como tempestades, nacen y mueren  
antes de que sea posible reparar en ellos

pasa la suma de los actos humanos como burbujas y  
las burbujas mueren dentro de sí mismas; un ventarrón  
dentro de la sangre

me maravilla vivir

¿qué era esto, por qué me disolvía yo también al pasar  
unísono de los astros?

alzo la vista y veo un firmamento sin ningún astro co-  
nocido

las exhalaciones cruzan de sitio en sitio como buscan-  
do su lugar en aquella danza de bólidos

una ola voltea al mundo y otra la voltea a ella

una corriente nos lleva entre poderosos remolinos de  
sangre y de tierra que ascienden del abismo

quizá los limos de un continente disolviéndose o de  
otro que se forma

no quiero hablar para decirle al niño cómo las corrien-  
tes me recuerdan los remolinos de un río inmenso que

choca con un inmenso océano en medio de la inmensidad  
calladamente nos juntamos con los restos del mundo  
ramas informes amasijos de hojas vegetales flotantes  
restos de palmas racimos de miembros tejidos o destejidos  
por las mismísimas olas

a cada momento cree ver el niño costas o naves, se  
adivina en la avidéz con que escruta el horizonte

el alborozo con el que espera aún algo de la ruina del  
mundo

una agonía es como una siesta entras y sales una y otra  
vez del borde de la sombra

tan repetidamente naces antes de desnacer para siempre  
la oscuridad me empapa los huesos

me siento esqueleto danzando una cabriola en la caída  
de las aguas

exhalaciones cruzando lo que fueron cráneos y mé-  
dulas

veo salir del extremo del mar una bola de luz

hasta el confín del tiempo hombres rojos como una  
llama viva comen el corazón de sus valerosos enemigos  
para que con ellos viva la memoria del devorado

una tarde en la hamaca me rasco las picadas de los  
mosquitos bebo agua de una totuma en la mano queda  
una gota que contemplo un momento no sé si es maravi-  
llosa esa contemplación ni si en esa gota está el mar entero  
o el mundo entero solo que el instante está allí mismo y  
tan completo que no necesita repetición o recuerdo no sé  
si en esa gota veo figuras o la figura mía en un instante cae  
al suelo y es ya pasado antes durante y después nada

expiraré quiero expirar expiro como un caníbal bañándose en mi sangre el grumetillo me devora me devoras quedo así en su recuerdo tu recuerdo recorro las tardías moradas de tu alma obscenamente me muevo dentro de las cámaras de tu memoria, por un instante bajo tu bóveda de sangre toco tu más obsceno recuerdo en esta noche viaje en el tumulto de tu sueño en la tripulación condenada a muerte de tantos rostros voces y heridas vivo en ti y en el recuerdo de quien te devore hasta el último mar del olvido

Uno tras otro los desnudos hombres bañados en sangre nos devoramos para permanecer los unos en los otros, los únicos hombres puros devorados por los puros hombres

Insomnes  
bajo terribles lunas,  
soñamos la miseria y la malignidad heredada de los corazones que hemos devorado

hasta solo quedar uno a ser devorado por las fauces puras del caníbal sangrante del Abismo

**E**STAS SON LAS HISTORIAS que nos contamos en las noches de guardia. Nos las transmite un niño rescatado de los piélagos; las acompaña con su terrible canto. Las compartimos al igual que los sueños y que todo lo demás. Tras el hundimiento del balandro del capitán Tew, seguimos navegando los sobrevivientes en la ya castigada *Victoire*. En el camino derrotamos y ocupamos la fragata *Reliable*, liberando una dotación de grumetes irlandeses reclutados a la fuerza. Huyendo de una enfurecida flota inglesa, batimos las avanzadillas de un convoy español y hundimos al navío *Fortuna*. Llevados por la favorable bonanza de los vientos de barlovento, tomamos por sangriento asalto la corbeta *Endurance*. En ese momento Misson advirtió que todos los amotinados de la tripulación original del *Victoire* habían muerto. Él mismo moriría, perforado por mil heridas, a las que la sal marina convertía en ardientes estrellas de dolor. Lo arrojamos al mar una dotación de mestizos, hijos de las negras liberadas y de marineros franceses, grumetes irlandeses, renegados ingleses y navegantes bilbaínos rescatados. Todos nos llamamos Misson. Nuestra nave ya no tiene nombre. Hasta tal punto es un innominado amasijo de remiendos hechos con los materiales de los navíos abordados. Las mulatas cantan rítmicas nanas mientras cosen las velas mil veces desgarradas por el huracán y por las balas encadenadas. Hacemos aguada en los despoblados deltas de los ríos que riegan el Paraíso. No conocemos otra carne que la del pez, ni otra vegetación que la de los sargazos que acarician la quilla. Tampoco, otras palabras que las de la terrible enseña: *A Deo, a Libertate*. A medida que morimos,

nos reemplazan los hijos y las hijas de las mulatas, y de los nuevos grumetes liberados en la pertinaz batalla del corso. La remendada nave se deshace en carcoma y espuma, y los sobrevivientes continuamos navegando en las carcasas de los barcos que conquistamos. Solo conocemos una ley, que es la de que toda tierra nos está prohibida, porque ninguna puede soportar la feroz libertad y la rasa igualdad de la nave. Solo sabemos que para la solidaridad impuesta por la mar no hay descanso, porque la única opción es el abismo. Solo medimos el mundo por la implacable regula de los luceros, que contiene una sabiduría más elevada que toda oscuridad. Solo sabemos que el océano es infinito, porque lo alimentan las lágrimas de las prisiones de la tierra. Solo sabemos que hay una victoria posible, que es la de flotar un instante más en la imposible soberbia de la batalla con el mundo. ¿Cuántas veces hemos sentido deshacerse bajo nuestros pies el precario tablado flotante, comido de broma? ¿Cuántas veces la roña del salitre devoró las planchas de metal de los cargueros capturados a los mercaderes del opio o los traficantes de armas? El *Victoire* es el causante de la captura de por lo menos la mitad de los buques infames cuya desaparición se ha reportado. También, del misterio de la goleta *María Celeste*, encontrada sin tripulación y sin señales de violencia, al garete en el más enloquecedoramente calmo de los mares. El *Victoire* es quizá hoy la infamia misma, con nuestra tripulación de ex esclavos y ex empleados y ex soldados y ex marinos y ex traficantes reclutados entre la más amarga hez de la tierra. Ha sido hundido repetidas veces, pero nosotros la morralla libertaria, al repartirnos cada vez que capturamos un nuevo barco, hacemos que no haya un solo mar sin un *Victoire* ni un solo océano donde no esté naciendo otro. ¡Amarrados al duro gobernalle de esta nave-

gación infinita! ¡Hasta que la furia de las estrellas del Juicio seque los océanos, y las fracturadas quillas golpeen sobre el abismo pleno de las osamentas del terror y de las opresiones! ¿Qué será entonces del *Victoire*? ¿Cómo lo arrastraremos entre los fondos hirvientes de sal, cuando toda agua haya huido, dejando tras de sí solo su amargura?

Yo vi al *Victoire* una noche de agosto, mientras hacía la guardia de timón de las tres de la madrugada en el veleiro *Lao*, abatido por el viento de barlovento que soplabla hacia la Costa de las Perlas, en un mar en el que relampagueaban lejanas plumas de borrasca y la fosforescencia de las aguas rasgadas por la quilla apenas dejaba ver los números de fósforo de la brújula. Sin luces, sin señales, escorando trabajosamente, el mil veces herido y remendado casco del *Victoire* levantaba montañas de espuma que barrían una cubierta donde se afanaban marinos sonámbulos. Me pareció ver un arrecife, a tal punto la línea de flotación estaba devorada por el hervor de las vegetaciones y de los moluscos, a tal punto la tromba de gaviotas insomnes graznaba sobre aquella masa flotante casi totalmente viva. Yo había perdido un gran amor, y sin embargo mi cuerpo no vaciló en ejecutar los irracionales movimientos de la supervivencia. Solté la escota de babor del foque y comencé a casar la escota de estribor. Viré noventa grados y di una bordada que me evitó embestir la procelosa quilla. Cuando el agua que me tumbó en la batea terminó de correr y el mástil volvió a alzarse hacia la terrible gravitación de Antares, el *Victoire* había desaparecido entre un cegador espumeo de olas o de distancia. Solo en ese instante comprendí que había hecho la maniobra equivocada. El viento estaba de través,

el rumbo era Norte Sur, y la velocidad de ocho nudos. Me habría bastado no mover el timón, para que la quilla embistiera la otra quilla, y para que en el infinito de la navegación, o en la condena de los abismos, y hasta el día del ardiente piélagos de sal, ya no fuéramos distintos yo y el *Victoire*.

Cuando el mar sea nombrado, desaparecerá.



# FUENTES



## EL SEÑOR DE LAS AGUAS

CAPÍTULO 1. Es histórico que Walter Raleigh en su primer viaje al Orinoco dejó como embajadores al marino Francis Sparry y al pajecillo Hugh Godwin (Walter Raleigh: *El descubrimiento del grande, rico y bello imperio de Guayana*, Caracas, Editorial Juvenal Herrera, 1986, pp. 76-143). «*Fortune my foe*» es un poema de Raleigh. El caballero escribió su apellido en diversas formas; nunca usó la de Raleigh con «i».

CAPÍTULO 2. Las *Instrucciones* de la Armada Invencible en efecto circularon impresas y traducidas en Inglaterra mucho antes de que la flota levara anclas.

CAPÍTULO 3. Francis Sparry fue hecho prisionero en Guayana y enviado a España. Las cuatro primeras páginas de este capítulo son transcripción del comienzo de su interrogatorio, recogido en: *Antonio de Berrío, la obsesión por el Dorado* (Estudio preliminar y selección documental por Rafael Lovera), Caracas, Instituto Autónomo Biblioteca Nacional, 1991. En el mismo interrogatorio Sparry declara que Hugh Godwin ha sido devorado por tigres.

CAPÍTULO 4. Entre la vasta bibliografía relativa a la cultura de la nación caribe y los kariña hemos utilizado particularmente: Roberto Cassá: *Los indios de las Antillas*, Madrid, Mapfre, 1992; Marc de Civrieux: *Religión y magia kariña*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, Editorial Arte, 1994 y del mismo autor: *Ritos funerarios kariña*, Ciudad Bolívar, Dirección de Cultura de la Gobernación / Ediciones Alsur, 1995; Felipe Gilij: *Ensayo de historia americana*, Caracas, Academia Nacional de la Historia,

1965; José Gumilla: *El Orinoco ilustrado y defendido*, Caracas, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 1993; Pierre Pelleprat: *Relato de las misiones de los padres de la Compañía de Jesús en las islas y en la Tierra Firme de América meridional*, Caracas, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 1965; Neil Lancelot Whitehead: «*The Snake Warriors—Sons of the Tiger’s Teeth, a Descriptive Analysis of Carib Warfare*, ca. 1500-1820» en: *The Anthropology of War* (Jonathan Haas Editor), Cambridge, Cambridge University Press, 1990.

CAPÍTULO 5. La muerte de Watt, hijo de Walter Raleigh, está narrada según el testimonio de Lawrence Keymis («Carta a Raleigh del 8 de enero de 1618» en: Walter Raleigh: *Las doradas colinas de Manoa*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1972, p. 294). El caballero había tenido otro hijo con Elizabeth Throckmorton, que murió apenas niño. El suicidio de Keymis sigue la descripción de Raleigh en su «Apología para el último viaje a Guayana» (*Las doradas colinas de Manoa*, p. 297). Que los expedicionarios de Raleigh reencontraron a Hugh Godwin lo hacen constar Demetrio Ramos, en la nota 45 de la ya citada obra de Raleigh: *El descubrimiento del grande, rico y bello imperio de Guayana y Angelina Lemmo* en: *Notas acerca de la historiografía inglesa sobre Venezuela, siglos XVI, XVII y XVIII*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1986, p.123.

CAPÍTULO 6. Los versos atribuidos a Raleigh son en efecto suyos, entre otros: «*Fortune my foe*». También es auténtico el fragmento de «*The Fairie Queene*» de Edmund Spenser. Los detalles de la agobiante mascarada de Eveltham son históricos.

## EL SEÑOR DE LA MUERTE

CAPÍTULO 1. La expedición de Thomas Warner y su alianza con Pierre Belain d'Esnameuc es histórica. El naufragio de John Nicol ha sido reconstruido de acuerdo con su testimonio, compilado por Samuel Purchas en: *Hakluytus Postumus or Purchas his Pilgrimes* (vol. XVI), Glasgow-New York, James Maclehose and Sons, The Macmillan Company, 1971, pp. 324-337.

CAPÍTULO 2. La existencia de la Hermandad de la Costa y su curiosa organización consta en las memorias de Alexander Olivier Exmelin: *Journal de Bord du chirurgien Exmelin*, Paris, Editions de Paris, 1956. Se comprueba en la bibliografía antes citada sobre los caribes que ellos practicaban excepcionalmente un ritual de canibalismo para apropiarse de las cualidades de los enemigos muertos, y como desagravio y expiación hacia ellos.

CAPÍTULO 3. Es histórico que el primer gobernador de La Tortuga que fortificó la isla, el calvinista Levasseur, clausuró la capilla católica y fue asesinado por sus lugartenientes y herederos Martin y Thibaut. Jean Baptiste Dutertre: *Histoire Générale des Antilles habitées* (tome I), Paris, 1667, pp. 168-176. El perdón de estos por el nuevo gobernador católico Timoleón Otman de Fontenay hace presumir que entre las causas del magnicidio estuvo la pugna religiosa.

CAPÍTULO 4. La polémica de los fanáticos de la Quinta Monarquía con Oliverio Cromwell es auténtica (Melvin J. Lasky: *Utopía y revolución*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1985, pp. 341-345). El converso Thomas Gage fue en verdad el inspirador del proyecto de

conquista británica del Caribe (Thomas Gage: *Viajes en la Nueva España*, La Habana, Casa de las Américas, 1980). Edward Winslow, fundador de la colonia comunista de Nueva Plymouth, que dio origen a los Estados Unidos de América, falleció durante la invasión de Jamaica. Los papeles que se presentan como hallados en su poder son documentos auténticos (George F. Willinson: *Saint and Strangers*, New York, Reynal & Hitchcock, 1945).

CAPÍTULO 5. Según las memorias de Alex Olivier Exmelin, el almirante Morgan en efecto discutió con un loco que decía ser hermano del gobernador de Maracaibo, y tras el saqueo de la zona fue auxiliado por la flota del vicealmirante Jean d' Estrées. Morgan asimismo en una ocasión robó el botín a sus propios filibusteros (Alex Olivier Exmelin: *Journal de Bord du chirurgien Exmelin*, Paris, Les Éditions de Paris, 1956, pp. 110-112). Los detalles del culto de Ajé son auténticos. He presenciado las fiestas que los pueblos de origen africano de la región celebran en su honor, atribuyéndole el nombre de san Benito de Palermo.

## EL SEÑOR DE LAS CUMBRES

Es histórico que de la alianza entre los caribes sometidos al exterminio y los africanos huidos de la esclavitud surgió una nueva nación, la de los garífunas o caribes negros, perseguida implacablemente por todas las potencias europeas que se repartieron el Caribe. Además de la bibliografía precedente sobre los caribes, consúltense Jean-Baptiste Thibault de Chanvallon: *Voyage à la Martinique: Contenant diverses observations sur la Physique, l'Histoire Naturelle, l'Agriculture, les Moeurs et les Usages de cette Isle, faites en*

1751; y J.J. Dauxion Lavaisse: *Viaje a las islas de Trinidad, Tobago, Margarita y a diversas partes de Venezuela en la América meridional*, Caracas, Ediciones del Rectorado de la Universidad Central de Venezuela, 1967, pp. 146-171).

## EL SEÑOR DE LOS CIELOS

El encallamiento de la flota del vicealmirante Jean d'Estrées ocurrió en realidad (Clarence Haring: *Los bucaneros de las Indias Occidentales en el siglo XVII*, París-Brujas, Descleé de Brouwer, 1939, pp. 214-215; Daniel Dessert: *La Royale: Vaisseaux et marins du Roi Soleil*, París, Fayard, 1996, pp. 334-346; Michel Vergé-Franceschi: *Chronique Maritime de la France d'Ancien Régime*, París, Sedes, 1998, p. 440), así como sus temerarios asaltos a Tobago (Cornelio Goslinga: *Los holandeses en el Caribe*, La Habana, Casa de las Américas, 1983, pp. 389-399). Redescubrí personalmente varias pilastras de sus cañones durante una exploración submarina de los restos de la infortunada flota de d'Estrées en Isla de Aves de Sotavento. Misson y Caraccioli son personajes históricos: el amotinamiento del *Victoire* y su periplo están reseñados por Charles Johnson en: *Historias de piratas*, Barcelona, Editorial Bruguera, 1990. Recogemos fielmente el parlamento sobre el alma que el historiador transmite como pensamiento de los amigos. La reluctancia de los malgaches a decir ciertos nombres, así como sus rituales para alejar la desgracia, constan en James Frazer: *La rama dorada*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1960.

Son lamentablemente ciertos los horrores que se narran como cometidos por los emisarios de las grandes potencias en aplicación de las máximas de acuerdo con las

cuales el mundo es botín, el prójimo sirviente o esclavo, y el pensamiento justificación o coartada de ambas prácticas. El siglo de los piratas no ha concluido.

## ÍNDICE

### El Señor de las Aguas

Capítulo 1	<i>Soy el más magnífico caballero...!</i>	3
Capítulo 2	<i>Así el señor Walter Raleigh...!</i>	11
Capítulo 3	<i>Interrogatorio al capitán Francisco Sparry...!</i>	21
Capítulo 4	<i>Ahora flechamos a los tigres...!</i>	31
Capítulo 5	<i>Venid pueblo de Londres...!</i>	43
Capítulo 6	<i>Acabas de devolverme a mi marido...!</i>	65
Capítulo 7	<i>Ocurrió esto la madrugada anterior...!</i>	77

### El Señor de la Muerte

Capítulo 1	<i>El vigía vocea la tierra...!</i>	83
Capítulo 2	<i>Remo entre el espumar...!</i>	103
Capítulo 3	<i>El cañonazo retumba en la rada...!</i>	129
Capítulo 4	<i>Llévame a la ventana Hugh...!</i>	177
Capítulo 5	<i>Chispa fulgor chispazo...!</i>	237

### El Señor de las Cumbres

Capítulo 1	<i>Así, probemos...!</i>	315
------------	--------------------------	-----

### El Señor de los Cielos

Capítulo 1	<i>Los maderos de la nave...!</i>	353
Capítulo 2	<i>Estas son las historias que...!</i>	433

Fuentes		439
---------	--	-----

PRESENTE  
**Luis Britto García**

Los Demonios del Mar y los Canibales andan sueltos por los mares del Paraíso. Los sirvientes del Infierno luchan para reconquistar un Edén perdido; los devoradores de corazones por no perder el que tienen.

Una trenza de historias procedentes de una realidad tan insensata como el delirio marca los hitos de la contienda. El más perfecto hombre universal se juega la vida por conquistar un mundo de hombres sin cabeza y doncellas guerreras.

Un pajeillo criado en las cortes europeas deviene salvaje desnudo y servidor del Señor de la Muerte. Diablos católicos asesinan luzbeles calvinistas para impedirles construir la fortaleza que dominará el mundo.

Henry Morgan gana cien años de perdón robando a sus benévolos colegas. Centurias después, el globo vuelve a ser botín, el prójimo esclavo y el intelecto coartada. El siglo de los piratas no ha terminado...

**LUIS BRITTO GARCÍA**

Nace en Caracas en 1940. En 1970 obtiene el Premio Casa de las Américas con su colección de relatos *Rajatabla*. En 1979 gana el mismo galardón internacional con su novela *Abrapalabra*. En 1981 recibe el Premio de Literatura Humorística Pedro León Zapata por *Me río del mundo* y en 1984 navega por el mar narrativo de las utopías con *La orgía imaginaria*. Su pieza *Venezuela Tuya* es galardonada con el Premio de Teatro Juana Sujo 1971 y representada en gira por América Latina durante dos años. En 1975 gana el Premio Municipal de Teatro con *El tirano Aguirre* y en 1980 el Premio Latinoamericano de Dramaturgia Andrés Bello por *La misa del esclavo*. En 1997 estrena *La ópera Salsa*, con música de Cheo Reyes. Periodista de opinión e investigador en Ciencias Sociales, analiza las contraculturas y el discurso político en *La máscara del poder* (1989), *El imperio contracultural: del rock a la postmodernidad* (1990) y *Venezuela: investigación de unos medios por encima de toda sospecha* (2004). Los hechos y paisajes de *Pirata* se nutren de una vida como navegante deportivo y submarinista y de su investigación histórica *Señores del Caribe: Indígenas, corsarios y piratas en el mar colonial*. En 2001 le fue conferido el Premio Nacional de Literatura por el conjunto de su obra; en 2018 el Premio Nacional de Cultura Mención Humanidades y en 2019 el Premio Nacional de Historia.



**Gobierno Bolivariano  
de Venezuela**

Ministerio del Poder Popular  
para la Cultura